
SANTA CRUZ

El Cóndor indio

Alfonso Crespo



Obra suministrada por la Universidad Mayor San Andrés, Bolivia

ALFONSO CRESPO

SANTA CRUZ

EL CÓNDO R INDIO

Librería y Editorial "Juventud"

La Paz- Bolivia

1979

Es propiedad del Editor.

Derechos reservados bajo

El D.L.L.P. N° 212/79

Impreso en Bolivia-Printed in Bolivia

Impresores Empresa Editora Urquiza S.A.

Distribuidores: Librería Editorial "Juventud"

A mi madre

A cuatro mil metros de altura, más alta que las nubes, existe una remota nación sudamericana, poco conocida, hasta por sus propios vecinos; se llama Bolivia.

Esa nación, que en 154 años de existencia sólo ha sabido de infortunios, fue durante una época fugaz la más poderosa, organizada y temida del Continente Austral. Sus ejércitos pasearon victoriosos desde el Ecuador hasta la Argentina, y suyas, fueron las leyes más avanzadas de América.

Debió tal esplendor a la acción de uno de sus hijos, vástago de una india: Andrés Santa Cruz.

Este libro intenta ser una crónica de su vida. De su gloria y de su infortunio.

PORTADA

Gigantes blasonados por los siglos. Blanco beso dormido durante eternidades en cumbres cimera y en precipicios hollados por torrentes enloquecidos. Hermandad de nieve y granito; vestigio postrero de milenarios duelos entre los Dioses. Allí yacían, ostentando la serenidad grandiosa de su estirpe.

El Illimani, trino y uno, dé mágico perfil, al que dorados crepúsculos regalaban fantásticos nimbos. El Mururata, despojado un día de su alba corona, para que Pachacamac, pudiera herir con ella a enemigos en fuga. El Illampu, oración en blanco, elevándose, silencioso, hasta la morada misma del Sol,

Los hermanos menores: el lejano Pichincha, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Sajama, el Huaina-Potosí. Arriscados, majestuosos, como conscientes de su pétrea grandeza.

Extendida a sus pies, la pampa altiplánica, árida, zahareña. Si albos los colosos, si azul el dombo del cielo, la pampa sólo era una canción en gris. Dilatada, inmensa, casi infinita, no sabía de la riente policromía de los valles aledaños y quizá envidiaba a los gigantes, cuando el Sol-artista caprichoso – diseñaba sobre ellos el desdibujo de aquellos inmensos semicírculos de siete colores. Acaso les envidiaba también al verles retozar entre sí, esconderse tras de sutiles mantos de nubes o en el fleco cristalino de las lluvias, para reaparecer luego más bellos y arrogantes, riendo y sonriendo en el rumor de cascadas y sus ventisqueros.

La pampa no comprendía estos juegos. Siempre árida y zahareña. Virgen severa y yerma, jamás supo del espasmo fecundante que revienta en flores y frutos. Sus siglos fueron siempre tristes y sólo el viento – amante inconstante y voluble – cantaba sobre ella, en noches interminables, su lamento desesperado.

La pampa concebía hirsutos matorrales que, al gemir ante el beso del viento, le recordaban por eternidades su esterilidad y su tristeza.

Era vano que intentara poseer la alegría de los gigantes. Una maldición parecía pesar sobre ella y los Dioses le habían negado el don del goce. Sería siempre sombría, gris y atormentada.

Una noche, la pampa lloró su tristeza y las lágrimas quedaron flotantes en su faz, En realidad, era una lágrima enorme, centelleante, a la que el sol, obsequiaba reverberos, maravillosos. Su dolor habla cuajado en una esmeralda cambiante e irisada. Era un lago. Un lago azul y verde, profundo, misterioso y extraño, como la tristeza y el dolor que lo habían engendrado.

Los gigantes acostumbraron a mirarse en él. Y se miraba el sol, al desperezarse en las mañanas. Y algunas noches, discreta y pálida, la luna.

En este cosmos singular, el lago también lo era. Como los gigantes, tenía sus placideces y sus arrebatos. Solía encolerizarse en ocasiones y erizar su límpida superficie, con millones de aristas cambiantes. Sus tempestades eran terribles. Eran tempestades del Lago Sagrado.

Mas estas tormentas duraban poco, y, transcurridos unos días, volvía a reinar la calma, mientras los gigantes se recreaban nuevamente y la pampa lloraba su esterilidad ahora con lágrimas de plata y estaño, que, celosa y avergonzada, escondía en sus propias entrañas.

I

EL SEÑOR MAESTRE DE CAMPO

El tiempo desgranaba su rosario de siglos.

Un día, la yerma pampa sintió que algunos seres minúsculos surcaban el lago, violando el secreto de milenios.

De Septentrión vinieron luego otros y otros, en migraciones incesantes. Cada vez eran más numerosos y osados. Al amparo de frágiles embarcaciones, luchaban contra el lago enfurecido y rebelde. Infatigables y tenaces, lograron finalmente dominarlo. Muy pronto vencieron también, a la pampa. Y esa virgen severa supo del dolor de los primeros surcos, pues fue obligada a concebir, para alimentarles.

Subyugando al lago y a la pampa, los hombres quisieron perpetuar su triunfo y erigieron una ciudad de piedra, urbe misteriosa y extraña, a la que denominaron Tihuanacu.

Con los años, aprendieron a conocer a la pampa y al lago, en sus más recónditas intimidades. Llegaron a amarlos. La pampa era su madre; el lago, espejo donde solía mirarse ese Dios al que adoraban, el Sol. Era, pues, sagrado. El Lago Sagrado.

Tihuanacu, metrópoli floreciente en la que enormes bloques pétreos lanzaban su desafío al viento, desapareció de súbito, destruida por una catástrofe sísmica. Nuevas poblaciones y nuevos hombres nacieron en torno al Lago Sagrado, y de la vieja ciudad sólo se conservó vago recuerdo, que los años convirtieron poco a poco en leyenda difusa y fantástica.

En una isla del Lago Sagrado se había levantado un templo en homenaje a Inti, el Dios Sol. Un nuevo soberano, el Inca, solía venir a él, para celebrar extraños ritos, mientras unas vírgenes morenas llamadas ñustas, eran sacrificadas en cruenta ceremonia.

El Inca era Monarca de un poderoso Imperio, que, según relatos de viejos amautas, había nacido así:

El Dios Sol creó al primer Inca, llamado Manco Kapac, y a la hermana y esposa de éste, Mama Ocho, y les ordenó fundar un Imperio, en aquel sitio en que se hundiera una vara de oro que proporcionó a Manco Kapac. La pareja anduvo por todo el contorno del Lago Sagrado e internóse después rumbo al Norte, hasta que un día, la vara desapareció en un lugar denominado Cuzco. Allí fundó Manco la capital de su Imperio.

Reunió luego a los dispersos habitantes de las comarcas vecinas y les enseñó nuevos métodos para labrar la tierra, mientras Mama Ocho instruía a las mujeres en el arte de tejer.

Estableció así un Imperio poderoso y una dinastía duradera. La extensión de aquél casi no conocía confines. Sus límites naturales se extendían por el Norte hasta la que después sería denominada República del Ecuador; por el Sur, hasta el río Maure, en Chile; en Occidente tenía como barrera el Océano Pacífico y hacia el Oriente, las selvas amazónicas.

Con el tiempo, el Cuzco convirtiéndose en una ciudad de mayor esplendor aún que la desaparecida Tihuanacu. En ella estaban el Templo del Sol y suntuosas residencias habitadas por los grandes dignatarios. Amplias plazas y puentes tendidos sobre el río que atravesaba la ciudad, servían para realzar la magnificencia de innumerables templos y palacios, y “cada fuente, cada senda y cada muralla eran consideradas como un misterio sagrado”.

En el Imperio floreció pronto una cultura propia. Mejor organizados que sus vecinos, los súbditos del Inca conquistaron las comarcas aledañas e impusieron su hegemonía.

El gobierno del Inca era teocrático, y sus preceptos recibidos y ejecutados como mandatos de la Divinidad. Rodeado siempre de boato, llevaba pesados pendientes de oro, que alargaban los pabellones de sus orejas, hasta los hombros; vestía

finísimos mantos de piel de vicuña y estaba adornado con brazaletes recamados con piedras preciosas.

Religión e idioma comunes eran dos grandes factores que vertebraban al Imperio. Se adoraba, aparte del Dios Sol, a la Luna, a las estrellas y al arco-iris, que era considerado como el mensajero del Sol. Los templos estaban esparcidos en todo el territorio, pero los dos más importantes eran el del Cuzco, llamado de Coricancha, y otro situado en una isla del Lago Sagrado. Próximos a ellos existían unos santuarios en los que unas vírgenes recluidas tenían, como tarea de toda su vida, la preparación de las ceremonias del culto. Las sacerdotisas hacían voto de castidad y sólo podían desposarse con el Inca. La contravención a esta regla era castigada enterrando viva a la infractora e incendiando el pueblo o región donde ella había nacido.

El idioma era el quichua, y aunque no se conocía la escritura, el medio de comunicación consistía en un ingenioso sistema de pequeñas cuerdas con nudos, llamadas quipus. Hombres sabios, los amautas, poseían la clave para descifrarlos.

No existía la propiedad particular y los bienes y la tierra pertenecían al Inca. Las regiones de cultivo se dividían en tres porciones: del Sol, del Inca y de la Comunidad. El producto de la primera, era destinado para el culto; el de la segunda, para el Monarca y el ejército, y el de la tercera, para el pueblo en general. El ocio no era permitido y consecuentemente tampoco se conocía la pobreza. “Era tanta la orden que tenía en todos sus reinos y provincias, que no consentía ayer ningún indio pobre ni menesteroso, porque había orden y formas para ello sin que los pueblos recibiesen vexación ni molestia, porque el Inca lo suplía de sus tributos”.

No existiendo la propiedad privada, tampoco podía haber riqueza individual; ninguno de ambos extremos era tolerado, y jamás se conoció la mendicidad. La moral contenía tres prohibiciones: “Ama súa, ama kella, ama llulla” – no robar, no estar desocupado y no mentir.

Eran excelentes guerreros y su sobriedad llegaba a límites increíbles; infatigables caminantes, solían efectuar inmensos recorridos en tiempos mínimos. Mejor organizados que sus vecinos, el buen éxito les acompañaba siempre, y, al retornar de sus triunfales campañas, hacíanse preceder por el cortejo de sus prisioneros. Poseían magníficas carreteras y aunque ignoraban la rueda y desconocían el caballo y el hierro, su cultura era incomparablemente superior a la de las bárbaras o salvajes tribus vecinas.

Vivían de la agricultura y sus métodos de labranza y regadío eran los más adelantados del continente; dedicábanse también a la crianza de animales domésticos, entre ellos la llama y la alpaca, que les servían también como bestias de carga. Laboraban minas de oro, plata y estaño, metales a los que concedían poco valor.

Eran gentes felices, sin grandeza de ideas ni mucho espíritu heroico. Su sumisión al Inca era absoluta y no extrañaban —acaso porque nunca la habían conocido— su libertad individual.

Un día —instante extraviado entre los siglos— nació en el Imperio un villorrio llamado Huarina. Rústicas casuchas de barro y paja, adosadas a unas colinas y próximas al Lago Sagrado. Rústicos sus moradores, a quienes brisas heladas prendieron pronto cobre en la tez. Hijos de la pampa, eran hieráticos y hoscos como ella y poseían en cierto modo la grandeza serena de los gigantes cercanos, aunque fuesen humildes e ignorados como su poblacho.

Porque Huarina, punto perdido entre el Lago y los Gigantes, nunca logró alcanzar desarrollo notorio. Era apenas una pequeña mancha de color, en la extensión dilatada de la pampa.

Siglos más tarde, aparecieron extraños hombres blancos. Venían del Norte y eran indomables y fieros. Habían desembarcado de viejos galeones y después de cruzar territorios hostiles, en sangrientas peregrinaciones, llegaron al Lago

Sagrado, unos en busca de tesoros inverosímiles y otros alentando el anhelo de salvar almas para un extraño Dios crucificado.

Poseían armas que mataban a la distancia y el brillo de sus coteletes y rodela, la ferocidad de sus perros y la velocidad de sus caballos, desconcertaron a los sencillos y primitivos indios.

Ávidos de poder y riquezas, los barbudos forasteros llegaron en 15 de noviembre de 1532 al valle peruano de Cajamarca, en el que se hallaba el Inca reinante entonces, Atahualpa.

Hiciéronle prisionero y le mataron luego. Destruyóse así para siempre el Imperio milenario, ya que, ante el suceso fulminante, los indígenas no atinaron a reaccionar y fueron pronto sometidos a dura servidumbre.

Dueños y señores del territorio y hastiados acaso de no tener con quien guerrear, los recién llegados comenzaron a matarse entre ellos. Teniendo al alcance de sus, manos –¡oh! esas manos ensangrentadas y sangrantes– riquezas inconmensurables, peleaban con furor salvaje por pequeñas fracciones de tierra, por míseros doblones o por imaginarias ofensas.

Huarina, el caserío ignorado, fue un día teatro de una batalla entre ellos. Viejos aventureros de cimbreantes espadas y prestas manos, los de Centena y Carbajal avistáronse en las cercanías del pueblo y lucharon con saña, en la que después los cronistas llamarían “la batalla de Huarina”.

Fue un suceso episódico que anoticié a muchos, por vez primera, sobre la existencia del desconocido poblacho. Y esa constituyó la merced que sobre Huarina vertieron Centeno y Carbajal, transeúntes despreocupados y errantes, cuyas gallardas siluetas se recortaron fugazmente sobre el fondo blanco de sus humildes callejas.

Transcurrieron los años.

España asentó paulatinamente su dominio en el Nuevo Mundo. Perdido para siempre su encanto poético, los gigantes, la pampa y el lago, pasaron a constituir

un simple distrito administrativo. Llegó la civilización. A los gigantes se les denominó Cordillera de los Andes; la pampa, una fracción del territorio llamado Real Audiencia de Charcas. Ni el lago pudo salvarse, pues recibió el nombre de Lago Titicaca.

Fueron fundadas nuevas ciudades. En 1548, un licenciado de nombre Alonso de Mendoza erigió a algunas leguas del lago y cerca del Illimani una población a la que, celebrando una cruenta victoria sobre Gonzalo Pizarro, denominó La Paz.

La Corona española tenía obvio interés en consolidar su soberanía en las antiguas tierras del Inca. La parte septentrional fue designada como el Bajo Perú; la meridional, aquella en la que los más altos picachos de los Andes erguían sus moles desafiantes, fue llamada Alto Perú. Pero ambas, Alto y Bajo Perú, constituían geográfica y racialmente una sola unidad, que ninguna disposición administrativa pudo jamás destruir.

España perfeccionó su organización colonizadora. Desde la Península, arribaron, en marejada incesante, virreyes, gobernadores, guerreros, frailes, espadachines.

Todos ellos formaron ese mundo poliforme que fue la Colonia; luz y tinieblas, mezcla alucinante de novela e historia, de heroísmos y crímenes, de santos y ladrones.

Era la España mística de Felipe II y de Torquemada; la España heroica de 'don Juan de Austria; la España de Don Quijote, transportada a los remotos dominios del Inca, por la magia de la espada de un Francisco Pizarro, de un Sebastián de Benalcázar o de un Francisco Carbajal.

En las postrimerías del siglo XVIII, llega un día a La Paz – aquella ciudad que fundara el Licenciado Mendoza – cierto Maestre de Campo, llamado Joseph Santa Cruz y Villavicencio. Pocos le conocen en verdad, pero algún vecino indiscreto averigua que el forastero viene con asuntos de negocios.

Más tarde, éste mismo encárgase de proyectar luz sobre su persona y sus antecedentes.

Ha nacido en Huamanga, capital de una provincia peruana, y es hijo de don Andrés Santa Cruz y Castro y de doña Ildefonsa Villavicencio Ibáñez, personas “de notoria hidalguía y de muy ilustre ascendencia”. Dice verdad el hidalgo, pues cierto es que su abuelo paterno fue don Francisco Santa Cruz López y Salcedo, “hijodalgo executoriado”, natural de la noble y leal Villa de Cáceres en Extremadura, quien, en octubre de 1718, viniera a Lima como Secretario del Virrey Príncipe de Santo-Bono.,

Su abuelo materno ha sido don Gerónimo de Villavicencio y Granada, natural de la ciudad de Cádiz y descendiente inmediato de los Condes de Cañete. Don Gerónimo llegó al Perú para servir en los Corregimientos de Huamanga, Aymaraes, Puno, Cajamarquilla y en el Gobierno de Castrovirreyna, “habiéndose hallado antes en las expediciones, campañas, sitios y ataques del campo de Nisa, de Gibraltar, del Condado de Niebla, de Serpa y Mora, y en la Escuadra que cruzó el Mediterráneo al mando del Almirante Teniente General D. Andrés Pez, en que fué muy ponderada la famosa hazaña de haber apresado el dicho D. Gerónimo con la falúa del Navío Apolón, al navío enemigo llamado el Roberto, internándose bajo la artillería arrojadamente sin temor a los tiros de cañón, rindiendo la nave contraria con espada en mano”.

Aún más blasones tiene don Joseph. A quien quiere escuchar, gusta leerle unos viejos pergaminos en’ los que se da fe que su tercer abuelo fue “don Francisco Josef de Villavicencio, Caballero de la Orden de Calatrava, cuya es la jurisdicción y tolerancia de la Villa de Cañete y Pinar” y descendiente a su vez de “Miguel Fernández, rico hombre de Castilla, cuya fue la Villa de Villavicencio y que se halló en la batalla de las Navas de Tolosa, siendo caudillo de una escuadra que peleó tan valerosamente que después de haber hecho mucho estrago en el enemigo, murió de las heridas que recibió, honrándole en esta ocasión con particularidad el Señor

Rey don Alonzo, pues habiéndole puesto la mano sobre' las armas y sacándola ensangrentada, mandó que en memoria del valor con que había obrado, acrecentase a sus Armas que eran tres bandas de Oro en campo azur, como descendiente de los Señores Reyes de Castilla, los cinco dedos ensangrentados".

Pero no eran sus ascendientes, únicamente el Caballero de la Orden de Calatrava y el valeroso guerrero de la batalla de las Navas de Tolosa. Que también contaba don Joseph, a mucho honor, a don Gerónimo Agustín de Villavicencio, capitán de las guardias del Marqués de Montara en el sitio de Barcelona; a don Francisco Josef de Villavicencio, su bisabuelo; al ya mencionado general don Gerónimo de Villavicencio y Granada; y finalmente, a su padre don Berbané de Villavicencio e Ibáñez, de la Orden de Calatrava, Corregidor y Justicia Mayor de Canches.

Razones asisten a don Joseph para sentirse orgulloso de su estirpe hispana.

Muy joven, sus padres le enviaron al Colegio de San Bernardo de la ciudad del Cuzco; pero no llamándole su inclinación al estado eclesiástico, se retiró a Azángaro, en el Perú, donde fue nombrado capitán de una de las Compañías del Regimiento Provincial de Milicias.

En 1780, el Virrey de Buenos Aires, Teniente General don Juan Josef de Vertiz, le designó Maestre de Campo de las fronteras y nuevas conquistas de Caupolicán, para contener con las milicias a su mando a los indios bárbaros que asolaban dichas regiones.

Viajó luego a Buenos Aires y a su regreso cúpole combatir contra Tupac Catari, el caudillo indígena que se sublevó en la ciudad de La Paz. Su comportamiento denodado en auxilio de las tropas que defendían esta plaza, motivó su ascenso a Coronel del regimiento de infantería de las fronteras de Apolobamba.

En 1786 fue designado administrador particular de las rentas del tabaco de Caupolicán, y posiblemente algún negocio relacionado con estas funciones le trajo un día a La Paz.

Durante los primeros días de su permanencia, don Joseph Santa Cruz y Villavicencio, pasea su murria por las tortuosas y mezquinas callejas del villorrio. Soltero y solitario, con escasa labor administrativa, tiene como único solaz la contemplación del Illimani cercano o las visitas a algunas iglesias.

De vez en vez, noticias que llegan del Cuzco, de Lima o de Buenos Aires. En La Paz hay relativamente pocos españoles y la mayoría de la población está compuesta por indígenas. Ni para qué hablar de mujeres blancas, pues casi no existe ninguna.

En ocasiones, don Joseph gusta de reflexionar acerca de ello. ¿Por qué la Corona no envía mujeres españolas a América?

Inglaterra y España tienen políticas colonizadoras diferentes, y mientras aquella manda familias íntegras, España sólo alienta la emigración de varones. ¿Piensan quizá los astutos consejeros del Rey, que debe tenderse a la fusión de razas, para ligar con la tierra a los inquietos y siempre desazonados peninsulares?

Sangre ardiente la de éstos, les impulsa a buscar a la “compañera” entre las indiecillas tímidas y morenas, que se les rinden sin resistencia, tal vez maravilladas ellas mismas de merecer el favor del blanco y barbudo conquistador. Tómarlas, para abandonarlas luego, aunque, en algunas ocasiones, la costumbre, el amor o simplemente el temor religioso, les impelen a legalizar mediante el matrimonio esas uniones alentadas por la pasión. Vicuñas gráciles, las mozuelas indígenas callan y asienten, pues para ellas poca importancia tiene la formalidad religiosa.

Son luego compañeras abnegadas de esos españoles, siempre sedientos de poder y riquezas. Junto a ellos van en búsqueda de inverosímiles Paititis, de inexistentes Gran Dorados, y ambulan en pos de mitos o bajo la seducción de fantásticas leyendas. Unos buscan la conquista de imperios fabulosos; otros, esperan encontrar fortuna en el laboreo de las minas, que unas veces les dan millones y más frecuentemente la muerte. Aquellos, místicos y alucinados, desean salvar almas para el Señor, aunque su fe no les impida en algunas oportunidades

trocar la cruz con la espada o amar con humano ardor a las bronceadas hijas de la pampa.

En ésta y otras consideraciones suele sumergirse don Joseph. Su soledad va haciéndose pesada

Un día sus ojos se posan en una doncella indígena que haldea por las calles del pueblo. Presto en resoluciones, averigua quién es ella y su interés súbito es satisfecho al saber que la moza es hija de la cacica de Huarina, aquel pueblecillo perdido en el altiplano. Se llama Juana Bacilia Calahumana y es hija única de Matías Calahumana y de Justa Salazar, descendientes directos de los Incas, según se dice.

Don Joseph, es joven. Juana Bacilia también.

Don Joseph está solo...

Resuelto a concluir con su soltería, la corteja durante algún tiempo y se une luego a ella, como lo preceptúa la Santa Madre Iglesia.

En cierto modo la alianza resulta simbólica, pues son dos dinastías las que se conjugan.

Si orgulloso don Joseph, Juana Bacilia no lo es menos. Ambos, de razas y caracteres tan diferentes, se complementan. El hidalgo es audaz, ambicioso, jocundo. Ella, tímida, reconcentrada, astuta. Don Joseph es arriesgado; Juana Bacilia, calculadora. Aquél sólo vive el presente; ésta se hallará siempre ligada al pasado. Don Joseph es soñador, imaginativo; Juana Bacilia vive realidades. Uno reverencia al Rey de España; la otra, al Inca muerto. Ambos tienen conciencia de su grandeza. El Coronel, de la gloria presente; Juana Bacilia, de la gloria pretérita. Don Joseph recuerda al Imperio de Carlos V; Juana Bacilia al de Atahualpa.

Empero, los dos se aman y son felices. Sus disimilitudes psicológicas y raciales, lejos de alejarles, les aproximan.

Mucho tiempo después, estas características dispares explicarán diversas cosas.

El 5 de diciembre de 1792, nace en la ciudad de La Paz, un vástago de don Joseph y de Juana Bacilia. Es el segundo de la familia, pues antes han tenido una hija, Maria.

El infante es bautizado el mismo día de su nacimiento, en la Iglesia de La Merced, por el Canónigo don Antonio Rodríguez de Olivera, quien escribe con complicada letra, la correspondiente partida:

“En el año del Señor de mil setecientos noventa y dos en cinco de Diciembre; yo el Dr. Dn. Antonio de Olivera, Canónigo de la Merced de esta Santa Iglesia Catedral de Nuestra Señora de La Paz, con lissencia parroquial baptisé a un Niño recién nacido, español, hijo lexítimo del Maestre de Campo Dn. Jossef Santa Cruz y Villavicencio y de Da. Juana Bacilia Calaumana; púsele por nombre Jossef Andres, fué su padrino el Señor Dr. Dn. Baltazar Reque, Canónigo Doctoral, Provisor y Vicario General de este Obispado y para que conste, lo firmé – 13. Antonio Rodríguez de Olivera”.

El pequeño Andrés – sangre española y aimara en sus venas – hereda también las cualidades y defectos de las dos razas y en su primera educación recibe la influencia contrapuesta de dos personas diferentes, sus padres.

El Maestre de Campo, don Joseph, le habla de los Conquistadores, de tesoros ocultos, de imperios desconocidos. Juana Bacilia musita historias de Incas remotos, leyendas del Tahuantinsuyo, tradiciones transmitidas por los viejos amautas.

Juana Bacilia es inagotable en sus recuerdos. Pronto advierte el interés que su ‘hijo demuestra por conocer detalles de la vida de sus antepasados los Incas y no desperdicia oportunidad para llevar hasta la imaginación del niño el relato de aquellas hazañas. Vierte en sus oídos la historia del primer Inca, llamado Manco Kapac, que emergiera un día del Lago Sagrado para constituir un imperio poderoso. Refiérole las conquistas de los sucesores del fundador; la vida de las

vírgenes del Sol; sus extraños cultos, su adoración a Inti; las ceremonias litúrgicas del Inti-raimi; sus exóticos ritos, sus costumbres.

Le repite cómo los guerreros del Inca extendieron el Imperio, desde el Ecuador hasta el Maule, porque su organización les había hecho más fuertes que sus vecinos.

En otras oportunidades, anotica a Andrés sobre ese Santuario que existe en el Lago Sagrado. Allí una virgen morena llamada de Copacabana, recibe diariamente las preces de los indígenas pescadores y es su patrona.

Juana Bacilia es inagotable en sus recuerdos...

Andrés queda siempre profundamente impresionado por los poéticos relatos de su madre. ¿De modo que sus antepasados han gobernado en un Imperio fabuloso?

Les perteneció el territorio del Alto y Bajo Perú y su cultura floreció en una época en que en Europa aun reinaba la barbarie. La arquitectura incaica tenía todavía maravilloso florón en el Cuzco, la vieja capital del Imperio. Aun existían palpitantes vestigios de ese remoto esplendor. ¿Habría muerto para siempre el reinado de los Incas? ¿No existía, por ventura, un descendiente de aquellos monarcas, un hijo de esa raza subyugada, capaz de restaurar, después de cuatro siglos, la obra que quedó inconclusa?

Suele pensar a veces que podría ser él quien reviviese la gloria de sus antepasados. Pero los suyos son ensueños de niño: vagos, imprecisos y fugaces.

Crece el infante, y, a medida que su inteligencia se desarrolla, va percatándose de la nobleza de su origen. Ha heredado de su padre, la ambición; de su madre, la tenacidad. Precocemente reservado y cauto, parece que el medio físico hubiera impreso sus características en él. Debe quizá a la influencia telúrica de la pampa ese su hermetismo y la melancolía que suele asaltarle de tarde en tarde.

No es frecuente verle reír, y aunque cordial y afectuoso con los miembros de su familia, es parco y tímido con los extraños.

La tierra ejerce extraña influencia sobre él. Su aspecto mismo delata su origen altioplánico.

El tono imperceptiblemente moreno de su tez hace resaltar la fuerza de esos ojos negros, de penetrante agudeza. "No se podía soportar esa mirada", confesará alguien un tiempo más tarde. Las comisuras exteriores de ambos ojos poseen una leve inclinación hacia abajo, que será acentuada por los años.

La frente es amplia y descubierta; una línea en el lado derecho de la cabeza divide en dos la endrina cabellera, lacia y abundante. Sus cejas dibujan dos trazos firmes y ente ellas hay un lunar.

Cuando se irrita, suelen formársele dos pequeñas arrugas, verticales en el entrecejo, haciendo resaltar el lunar.

Las orejas son grandes, de amplios pabellones. La nariz, pronunciada y recta. Fino el labio superior y algo prominente el otro. Algún día harán epigramas acerca de ellos. El mentón tiene lejana semejanza borbónica.

El cuerpo, bien proporcionado y robusto.

El conjunto de su fisonomía revela inteligencia y carácter. Hay algo en esos ojos que demuestra que dentro se esconde un alma inquieta. La boca suele contraerse a veces en fugaces rictus de energía o astucia. Más tarde, estos rasgos fisonómicos irán acentuándose, en estrecho paralelo con las características psicológicas. Por el momento sólo son los de un niño, que alterna sus juegos con los vagos anhelos que en él despiertan las narraciones de su madre.

¿Advierte don Joseph esta influencia de Juana Bacilia en el pequeño Andrés? Y, de advertida, ¿mide las consecuencias que ella tendrá en la formación espiritual de su hijo?

Es probable; y quizá por contrarrestarla, o simplemente porque el niño ya se halla en edad, le inscribe en el colegio de San Francisco de La Paz.

No es mucho lo que Andrés obtiene en los claustros. Es política de España mantener a los colonos de América dentro de severas limitaciones culturales, para

que no prendan en ellos las semillas de ciertas doctrinas disolventes que han hecho rodar la cabeza de ese Rey que se llamó Luis XVI.

En el colegio de los frailes, Andrés Santa Cruz aprende las primeras letras, algo de aritmética, los principios elementales de la doctrina cristiana y, sobre todo, mucha sumisión y respeto al Rey y a sus autoridades.

Los franciscanos moldean su carácter. El sentido de disimulo y astucia que le transmitiera su madre, se afina al contacto con estos tonsurados, maestros en tal arte. Aprende a tratar con afabilidad a las personas que se allegan hasta él y a sondearlas en su íntima entraña espiritual. Va advirtiendo que el halago y la lisonja son eficaces llaves, dondequiera que se las emplee. Empieza a estudiar los sutiles meandros del alma humana.

Por línea materna pertenece a una raza que soporta un vasallaje de tres siglos; lleva, pues, en su ancestro alguna propensión a ser receloso y desconfiado. Esta primera educación que recibe acentúa tal peculiaridad.

Sus maestros, realistas fanáticos, le dicen que la autoridad del Rey proviene de Dios; que todo poder emana de la divinidad. La misma nobleza tiene un origen providencial. Al oírles, quizá Andrés piensa que su madre desciende también de monarcas.

No dejan de impresionarle las admoniciones. ¿Tendrán razón estos frailes que predicán lealtad al Rey? Su padre es adicto servidor del Monarca de España y en muchas oportunidades le ha oído hablar de sus deberes hacia él. Para don Joseph, que ya comienza a envejecer, será un día de gran júbilo aquél en que pueda ver a su hijo enrolado en los cuadros de la bicolor gualda y roja. Y eso lo sabe Andrés. Y lo recuerda ahora, que en el colegio de San Francisco de La Paz los dómines de sayal repiten lo que él oyó tantas veces al Maestre de Campo.

Malos tiempos han comenzado para los Realistas. Pese a la censura y a las severas instrucciones del Virrey, se han infiltrado en el Alto Perú noticias de lo acaecido en Europa. La Revolución francesa ha abierto muchos horizontes nuevos

y América entera se siente sacudida por el imperioso anhelo de liberarse del poderío español.

El malestar crece perceptiblemente y ningún criollo ha olvidado a Tupac Amaru ni a Tupac Catari, patrulleros de sacrificio de ese ejército que más tarde acaudillará un guerrero llamado Simón Bolívar.

El conflicto está planteado. O con la Patria o con el Rey. Andrés Santa Cruz comienza a sentir alguna simpatía por ese lejano Monarca al que jamás conocerá. Se han esfumado un poco los vagos ensueños que en él despertaran las pláticas con su madre, y, por el momento, juzga que tal vez será mejor distinguirse en servicio de la Corona. Habrá tiempo para decidirse.

Han transcurrido algunos años. Andrés crece y es necesario completar su educación. Don Joseph posee alguna fortuna y decide enviarle al Cuzco, para que concluya sus estudios. Dando un adiós a su madre, a quien ama y venera entrañablemente, Andrés se dirige al nuevo destino.

La capital incaica renueva en él sentimientos y emociones aletargados. ¡Esta es la ciudad tantas veces presente en los recuerdos de su madre! En aquellos palacios y fortalezas – ruinosos ahora – han morado sus antepasados. Ahí yacen, presentes e irreales, los testigos de su remoto esplendor. Muertos están los Incas, pero sin duda, entre los sombríos muros del Macchu-picchu, vagan aún los dioses penates, solitarios y olvidados.

El Cuzco semeja una lamentación en piedra y Andrés Santa Cruz, el hijo de Juana Bacilia, no puede ni quiere sustraerse a su hechizo extraño. No se liberará jamás de él, y el resto de su vida estará siempre ligado a ese Lago Sagrado, a esas minas, a esa pampa y a esos montes nevados, cuna de una raza y de un Imperio.

Ingresa en el Seminario Conciliar de San Antonio Abad. Nuevamente, frailes españoles hablándole de sus deberes para el Rey.

Aquí conoce a vástagos de las principales familias de la sierra peruana. Entre ellos, intima pronto con un muchacho de tez morena, rostro irregular, desencajado y mirar huidizo. Alguien murmura que es hijo de un cura llamado Zaldívar.

En los amplios claustros conventuales, entre viejos, iconos e imágenes, Andrés Santa Cruz y el estudiante cuzqueño comparten sus horas y devaneos de estudiantes. Quizá leen en los mismos textos y reciben idénticas enseñanzas.

El nuevo amigo de Santa Cruz se llama Agustín Gamarra.

Un día de 1809, cierto incidente pone fin a los estudios del joven alto peruano. En represión de leve falta, el superior del Seminario ordena a Andrés Santa Cruz que permanezca recluido en su celda durante algunas horas. Este, que encuentra injusto el castigo, pretendiendo escapar de él, salta de un barandado hasta el patio, y sufre algunas contusiones.

El daño físico es insignificante pero Santa Cruz huye del Seminario para siempre. Hace algún tiempo que conoce a don Pedro Antonio Cernadas Bermúdez de Castro, Decano de la Real Audiencia del Cuzco, y ha visitado frecuentemente su casa, atraído acaso más que por la sabia plática del jurisconsulto, por los endrinos ojos de su hija Francisca.

Al huir del Seminario, Andrés Santa Cruz busca refugio en casa del Oidor y en ella permanece durante algunas semanas, antes de retornar donde su padre.

¡Cuánto le gusta Francisca! El señorío de figura y la fineza de alma de la hija de don Pedro le han impresionado profundamente y un sentimiento desconocido hasta entonces para él germina en su corazón.

Pero ambos son demasiado jóvenes, y Andrés Santa Cruz, soslayando un compromiso formal, retorna a Apolobamba, donde le espera su padre. Sin embargo, lleva consigo la firme determinación de volver algún día para realizar lo que ahora no puede ser más que un ensueño y un deseo. Francisca Cernadas... No la olvidará jamás.

Su visita a la capital de los Incas ha vigorizado en él la convicción de la grandeza de su prosapia. La contemplación meditativa de esas ruinas que hablan de pretéritos esplendores, le ha dicho que el hijo de Juana Bacilia Calahumana no es un desconocido, pues su estirpe es tan añeja y tan noble como la de esos vestigios que orgullosos resplandecen en cada amanecer, al ser basados por el Sol luminoso.

Vuelve a La Paz, bordeando el Lago Sagrado. Aquí también, en este lago, han transcurrido los primeros días de su infancia y alguna vez en sus orillas —orillas poéticas sobre las que crepúsculos de milagro recortan la grácil silueta de las balsas de totora— su madre le ha iniciado en los primeros conocimientos de la antigua nobleza de los Incas, cuyo descendiente es. Contempla también los nevados de la Cordillera de los Andes; colosos que en remotos siglos, cuando la pampa era aún virgen, solían mirarse con orgullo en las límpidas aguas del Lago, mientras el viento sollozaba su canción inútil.

Pocos cambios encuentra en la ciudad de don Alonso de Mendoza, Casonas blancas con techos de coloreadas tejas. Calles tortuosas, empinadas, irregulares, prestas al motín y a la barricada. Dividida desigualmente por el río Choqueyapu, su movimiento comercial más activo está concentrado en el barrio de Churubamba. Pocos carruajes, por lo general pertenecientes a autoridades españolas; algunos birlochos: monotonía y quietud sólo agitada en algunos atardeceres por el melancólico son de zampoñas indígenas o por el acompasado trotar de rebaños de llamas.

Hay un ambiente de rebelión y descontento que el joven Santa Cruz advierte pronto. Aunque americano e hijo de una india, sus simpatías están al lado de los Realistas. Las admoniciones de su padre y la influencia de los frailes de San Francisco y San Antonio Abad han aprehendido en su espíritu un sentimiento de lealtad al Monarca español. Por este tiempo, todo su anhelo es hacerse famoso en

servicio de la Corona, para merecer algún día el agradecimiento y las mercedes de ésta.

Se ha apagado la voz de Juana Bacilia. Ahora Andrés piensa en el lejano abuelo, aquel don Miguel Fernández, que tan bizarramente combatiera en las Navas de Tolosa y que tan honrosa distinción mereciera del Señor Rey don Alonso. Y en aquellos caballeros de la Orden de Calatrava, famosos por sus servicios. Y en don Gerónimo Agustín y en don Francisco Joseph y en don Bernabé... Allí están todos ellos, en cohorte alucinante, luciendo brillante armadura o posada la mano en el broquel de la espada, vistiendo airosa golilla o el albo manto de los Caballeros de la Orden de Calatrava.

¿Cómo podría olvidarlos?

El hijo de un hidalgo debe ser, por lo general, guerrero o sacerdote. Andrés Santa Cruz, que desdeñara en el Cuzco seguir la carrera eclesiástica, prefiere ser guerrero. El 1º de agosto de 1809 se enrola, con el grado de Alférez, en el Regimiento de Dragones de Apolobamba, que manda su padre, don Joseph.

Pero su ambición está enderezada hacia los regimientos que comandan jefes de mayor graduación y fama. Muchas veces, acercándose a su padre, le ha rogado que le incorpore en una unidad donde pueda hacer activa vida de campaña. Don Joseph -orgulloso de ofrecer un hijo al servicio de España— ha prometido complacerle en la primera oportunidad favorable.

En julio de 1810, llega a Zepita, pueblo del Bajo Perú cercano al Lago, un brigadier arequipeño llamado José Manuel de Goyeneche. Acá recibe los suministros de hombres, armas y dinero que, por orden del Virrey, deben proporcionarles las autoridades españolas para combatir a la rebelión que ya ruge en toda América.

¿Será la ocasión ansiada?

Don Joseph no cavila mucho. So pretexto de llevarle el tributo de las Reales Cajas de Puno, allégase a Goyeneche para presentarle a su hijo Andrés. Desde ese

día, el Ejército Realista cuenta con un oficial más, pues Goyeneche acoge con deferencia al joven guerrero y le destina como su ayudante de campo, con el mismo grado de alférez.

En el Estado Mayor del brigadier arequipeño figura también un antiguo seminarista, Agustín Gamarra, aquel amigo que Andrés Santa Cruz conoció en el Cuzco. Es la segunda vez que ambos se encuentran.

A poco, Goyeneche levanta tiendas y se dirige al sur.

Por las mejillas del Maestre de Campo cruza una lágrima inoportuna mientras divisa, a lo lejos y cada vez más

distante e imprecisa, la polvareda que levanta la caballería de Goyeneche, en cuyas filas va su hijo Andrés en pos de gloria y fortuna...

En un segundo plano, ignorado de todos, se recata el sollozo de Juana Bacilia.

II EL REALISTA

Aquel 16 de Julio de 1809 estaba marcado con rojo en el Calendario. Sucedió en La Paz. Ciudad que unos años antes sufriera el desmán de ese precursor llamado Tupac Catari, parecía no haber escarmentado con el castigo que a aquél se inflingiera. Los cuatro caballos que al partir en opuestas direcciones, despedazaron el cuerpo del indígena rebelde, habían también esparcido en los puntos cardinales, el anhelo de libertad que el infortunado cobijara.

Desde entonces, la ciudad fue teatro de misteriosas citas y conjuras. Embozados criollos cruzaban cautos por callejas a las que pálidos mecheros regalaban su luz menguada. Rumores, sonrisas de entendimiento, medias palabras. Silencios súbitos, panfletos distribuidos bajo la capa en que se disimulaba el conspirador o entre las páginas de inofensivos libros. Afanes, trajines y desvelos.

Era la revolución en marcha.

El 25 de mayo de 1809, Chuquisaca lanza el primer grito libertario en América. Antes de dos meses más tarde —el 16 de Julio— día de Nuestra Señora del Carmen, los paceños se alzan en franco motín. Grande algazara en la plaza principal, deposición de autoridades realistas y Cabildo abierto.

Reunido éste, bajo el auspicio de un oscuro abogado llamado Pedro Domingo Murillo, se erige una Junta Provisional, a la que denominan Tuitiva, y se pone preso al gobernador Dávila y al Obispo La Santa.

El gesto, como gesto, es gallardo. Ciertamente es que no ha habido mayor efusión de sangre, y acaso por este motivo, los altoperuanos vuelcan su ardor en una airosa "Proclama" de esas que después la República conocerá por cientos— en la que hablan del "destierro en el seno mismo de la Patria" y formulan dramático llamado

a la unión que deberla reinar entre todos “para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente”.

¡Cuán poco se conocen a sí mismos! En su disfavor están el poderío todavía intacto de España; la absoluta falta de disciplina y carencia de armas adecuadas; la inexperiencia en el arte de la guerra. No obstante, estos factores adversos, lejos de unirles ante el peligro común, les separan y distancian. Antes de enfrentar al español, comienzan a destrozarse entre si. Rivalidades personales, alguna ambición y quizá el temor ante el propio gesto demasiado audaz, motivan que no pueda conseguirse la unidad de mando, indispensable en tan críticas circunstancias.

Los bizarros revolucionados del 16 de julio están en realidad vencidos antes de combatir contra los realistas.

Sus recursos militares son escasos. 800 hombres y 11 piezas de artillería. Tras no cortos esfuerzos han logrado centralizar el mando en la persona de Pedro Domingo Murillo; pero en tanto, uno de los rebeldes apellidado Indaburu, ha entrado secretamente en componendas con los realistas y el 18 de octubre, encabeza una contra-revolución, rápidamente sofocada por los patriotas.

Hasta el Virrey del Perú, don José Fernando de Abascal y Sousa, llegan noticias de la insurrección operada en La Paz. Este Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos percatase de la gravedad de la situación. ¿A quién elegir para conjurarla?

No duda mucho. Hay a su servicio un brigadier arequipeño que conoce estas faenas. Se llama José Manuel de Goyeneche.

El brigadier, siempre presto a servir al Rey y con esperanzas depositadas en futuras recompensas, se pone en campaña de inmediato. Es presidente del distrito del Cuzco y no le resulta difícil conseguir la colaboración de las autoridades a su mando. Establece su cuartel general en Zepita –localidad aledaña al lago

Titicaca— y en poco tiempo organiza un ejército de 5.000 hombres, provenientes de las milicias de Arequipa, Cuzco y Puno.

Cruza el río Desaguadero y a marchas forzadas, se presenta en las cercanías de La Paz. Informados de ello, los criollos deciden presentarle batalla.

El 25 de octubre de 1809, una masa irregular compuesta por paisanos, indígenas y algunos soldados, al mando del gallego Juan Antonio Figueroa, enfrenta a las disciplinadas huestes de Goyeneche.

Derrota completa y sólo un elogio para los vencidos. Esas palabras que alguien profiere, refiriéndose a Figueroa:

—Con cien hombres como éste, de tan intrépido valor, seguramente conquistaría la América.

Pero ello no puede impedir que Goyeneche, dueño del campo, penetre triunfante en La Paz e instale un Consejo de Guerra que condena a Murillo y a sus compañeros a morir ahorcados.

La ejecución se realiza el 29 de enero de 1810, y el oscuro abogado paceño ingresa a la inmortalidad, airoosamente cabalgado en los rayos de una tea simbólica.

La revolución está sofocada y Goyeneche vuelve al Cuzco. Ha vertido mucha sangre pero ella no le impide proferir estas palabras sarcásticas:

—Al retirarme a mi capital del Cuzco, dejo con sentimiento un pueblo cuya lealtad, noble carácter y particulares prendas, han esclarecido, dejando ileso su buen crédito.

En tanto, la sangrante cabeza de Murillo, colgada de un pilar del Alto de La Paz, muestra su mueca trágica y su reproche de siglos.

Desde 1810, el destino de Andrés Santa Cruz permanece ligado a la suerte de Goyeneche. Va familiarizándose con los entretelones de la vida militar y con el valor, astucia y conocimientos profesionales de los jefes realistas, maestros en el arte de la guerra.

La revolución sigue su marcha.

La Junta Revolucionaria de Buenos Aires, comprendiendo la importancia estratégica del Alto Perú, destaca ahora a uno de sus más expertos jefes militares, Juan José Castelli, al mando del Primer Ejército Auxiliar Argentino, destinado a combatir en el lejano Altiplano.

La aproximación de estas fuerzas subleva instantáneamente al distrito de Cochabamba y se arman de inmediato numerosas guerrillas para hostigar a las fuerzas realistas comandadas por el coronel Juan Ramírez.

El 14 de noviembre de 1810, Estéban Arce derrota a éstas en Aroma, obligando a Ramírez a buscar el apoyo de Goyeneche quien se encuentra en la orilla del río Desaguadero. Allí, Andrés Santa Cruz, oficial realista, oye por vez primera el medroso relato de los vencidos españoles y aprende que no siempre es el número el que decide la suerte de los combates.

Castellí prosigue su marcha hacia el Alto Perú. En la quebrada de Suipacha, el 7 de noviembre de 1810, alcanza completa victoria contra las tropas de los generales realistas Nieto y Córdova, que le atacaran. Entra luego triunfalmente a Potosí, para pasar a Chuquisaca y Oruro. Va aproximándose al ejército de Goyeneche, que acampa a orillas del Desaguadero. Junto al Lago Sagrado, levantan sus tiendas las tropas españolas, y, entre ellas, el joven brigadier Santa Cruz tasca su impaciencia. El también desea combatir y distinguirse en servicio del Rey.

Ambos jefes, Goyeneche y Castelli, pactan un armisticio. Pero el arequipeño, hombre de pocos escrúpulos, infidente al convenio, ataca sorpresivamente a los argentinos y altoperuanos el 20 de junio de 1811, derrotándoles después de una batalla de seis horas.

Su deslealtad y su victoria consiguen para él la recompensa de Conde de Guaqui, y para su ayudante de campo el primer ascenso. Ambos han obtenido sus respectivos títulos combatiendo contra sus compatriotas, los americanos.

Goyeneche vuelve a enfrentarse el 13 de agosto de 1811 con las tropas patriotas comandadas por Díaz Vélez, derrotándolas después de breve refriega en los

campos de Amiraya. Parte luego con dirección a Chayanta y Potosí, acompañado siempre por su ayudante de campo, Andrés Santa Cruz y por otro oficial peruano, Agustín Gamarra, quien también comienza a distinguirse en servicio de las armas realistas.

El brigadier arequipeño y novísimo Conde de Guaqui desea invadir las provincias argentinas; mas le disuade de su propósito una nueva insurrección en Cochabamba. Divide sus fuerzas y envía al general Tristan a la Argentina, volviendo él a Cochabamba, con 4.000 hombres. Santa Cruz parte con la fracción de Tristán.

El 22 de mayo de 1812, Goyeneche vence en el Queñual al caudillo criollo Estéban Arce y amaga a la ciudad de Cochabamba. El 27 del mismo mes, las mujeres cochabambinas ganan la inmortalidad en la Coronilla, al oponerle su heroísmo épico, en desigual combate.

Vuelve luego a Potosí, pero al anoticiarse de la aproximación del Segundo Ejército Auxiliar Argentino, se repliega al Norte y solicita su retiro. Abascal lo concede y José Manuel Goyeneche se despide del servicio activo, cargando los millones que ha obtenido en los saqueos de La Paz, Chuquisaca y Cochabamba.

El Virrey designa en su reemplazo a Joaquín de la Pezuela, brigadier español de destacados antecedentes, quien llega a Oruro dispuesto a proseguir la guerra contra los insurgentes.

Guerrero cauto, se informa primero sobre las condiciones de los hombres que tiene bajo su mando. Como su antecesor, descubre pronto las cualidades que adornan al oficial Andrés Santa Cruz y le acoge con igual deferencia, dándole el mando de un escuadrón de caballería.

En tanto, ha llegado al Alto Perú el Segundo Ejército Auxiliar Argentino, cuyo jefe, el general Manuel Belgrano, hace su ingreso triunfal en la ciudad de Potosí.

Pezuela no es hombre a quien agrade perder el tiempo en fintas. Enfrenta a Belgrano en Vilcapugio, el 19 de Octubre de 1813, y después de encarnizado

combate, hace suyo el triunfo. Novecientos cadáveres certifican el valor con que han luchado los patriotas.

Andrés Santa Cruz, al mando de su escuadrón, ha peleado bravamente. Vuelve a intervenir en la batalla de Ayouma, el 14 de noviembre de 1813, en la que Pezuela inflige segunda derrota a los argentinos, esta vez dirigidos por Díaz Vélez. Santa Cruz obtiene en esta acción el ascenso al grado de teniente.

El hijo de don Joseph no ha defraudado los anhelos de éste. Es un militar disciplinado, valeroso, y va destacando, sobre todo, sus aptitudes de organizador metódico.

Dueño del Alto Perú, Pezuela avanza hasta Tupiza, donde instala su Cuartel General. Para acosar a los argentinos, destaca hasta Jujuy a la segunda vanguardia de su Ejército. En ella va el teniente Santa Cruz, siempre labrando méritos en servicio de la monarquía española.

Sin embargo, una noche recibe cierta noticia que le anonada. Nueve días después de la batalla de Guaqui —aquella en que Goyeneche venciera a Castelli— La Paz ha vuelto a sublevarse contra el gobernador don Diego Quint Fernández Dávila. Dos criollos, Bernardo Calderón y José Ramón Irusta, armando hordas de indígenas, siembran el terror en toda la comarca. Después de realizar correrías por las provincias de Yungas y Larecaja, retornan a la ciudad, en tren de saqueo y exterminio. Libran sangrientos combates en las calles y la población vive momentos angustiosos.

Es recién el 20 de octubre de 1811 cuando sobre el Alto de la ciudad, aparecen mil hombres, los cuales al mando del general Pedro Venavente y de Joseph Santa Cruz y Villavicencio, derrotan a los insurgentes y restablecen el orden en la ciudad. No satisfecho con tener bajo banderas a su hijo Andrés, el viejo Maestre de Campo también ha querido combatir por su Rey.

Desgraciadamente para él, cierto día, el 24 de septiembre de 1814, la ciudad de La Paz, cae en manos del jefe rebelde Pinelo. El gobernador de la plaza, marqués

de Valde Hoyos, a quien acompaña don Joseph Santa Cruz, cae prisionero. En la ciudad estalla un depósito de pólvora, el día 28, y la multitud enfurecida da muerte a Valde Hoyos y, con él, a cincuenta y siete prisioneros realistas. Entre éstos, hay uno que muere con él: “¡Viva el Rey!” a flor de labios. Es el Maestre de Campo, Joseph Santa Cruz y Villavicencio.

Aunque son algo confusos los detalles de la tragedia que hasta él llegan, el teniente Andrés Santa Cruz puede medir la magnitud de su desgracia. En adelante deberá luchar solo, recogiendo esa herencia empapada en sangre.

Joaquín de la Pezuela, vencedor en Vilcapugio, Ayouma y Sipe-Sipe, domina el Alto Perú. Juzgando tranquila la situación, delega el mando en manos de su segundo, el general Ramírez. Malos cálculos ha hecho el brigadier, pues este cambio inoportuno, coincide con una sublevación general en todo el país.

Los criollos han modificado su táctica. Surgen ahora “guerrilleros” en reemplazo de los ejércitos: Lanza, Camargo, Padilla, Warnes, Méndez. Mal armados, en pequeñas montoneras, sólo tienen por aliados a la noche, a la sombra y al coraje. Su guerra es sin cuartel y Santa Cruz, desde las filas realistas, comienza a aprender este nuevo arte de combatir contra enemigos invisibles, que en la quietud traicionera de las noches aparecen de improviso, destrozan y matan, para esfumarse luego con la rapidez del relámpago.

1815. El Ejército monárquico está jaqueado en todo el Alto Perú, por los indomables, guerrilleros: Miguel Lanza en Ayopaya; Manuel Ascencio Padilla en la Laguna; Ramón Rojas y Eustaquio Méndez en Tarija; José Vicente Camargo en Cinti; José Ignacio Zárate y Miguel Betanzos en Porco; Ignacio Warnes en Santa Cruz.

Santa Cruz y el cuzqueño Agustín Gamarra, unidos en la suerte de los combates, siguen luchando por la causa de España. El segundo ha obtenido ya una victoria personal, al derrotar al cura Muñecas en Cololo, el 28 de mayo de 1816.

El capitán Santa Cruz es hasta ahora nada más que un subordinado. Actúa siempre con entusiasmo y eficacia, pero es indudable que anhela algo más. La vida de campaña, con sus privaciones, fatigas y vigias, está formando un nuevo espíritu en él. En los vagos ensueños de antaño atisban ahora nacientes ambiciones, y de tarde en tarde advierte que oscuras fuerzas le recuerdan su origen americano. Muchas veces, al combatir contra sus paisanos y vencerles, ha hallado más amargura que gozo y se ha encontrado más semejante a sus adversarios, los vencidos, que a sus compañeros, los vencedores.

No puede menos que admirar a aquellos hombres que saben luchar y morir con las armas en la mano, buscando libertad para su patria. ¿Siente algún remordimiento de perseguirles?

El guerrillero Vicente Camargo continúa proporcionando, preocupaciones a Pezuela. Está posicionado en la región de Cinti, y con sus honderos hostiliza incesantemente a los realistas.

Decidido a concluir con él, Pezuela destaca a fines de enero de 1816, una columna de infantería y otra de caballería, al mando del brigadier Alvarez. Desastre para los españoles. Camargo los destroza el 2 de febrero, después de cercarles en una hondonada. "La montaña parecía deshacerse en su cima y conmovearse en su base. Resonaban alaridos de triunfo en lo alto y lamentos y maldiciones en el fondo del precipicio. Eran las armas de la republiqueta de Cinti, que intervenían en el combate; eran las formidables galgas de los antiguos altoperuanos, que aplastaban a los españoles".

Alarmado por la derrota, Pezuela destaca nueva expedición, al mando del coronel Buenaventura Centeno. Forman su fuerza el batallón "Chilotes" y un escuadrón de su propia guardia, bajo órdenes del capitán Andrés Santa Cruz. La retaguardia está comandada por el coronel Olarría, con 200 infantes e igual número de jinetes.

Centeno y Camargo chocan en el pueblo de Cinti, el 12 de marzo de 1816. El caudillo patriota se repliega a Culpina, pero es perseguido y derrotado en Aucapuñima, el 27 del mismo mes, pese a que sus hombres han luchado con valor extraordinario “asaltando los fusiles como si éstos no los ofendiesen”. Santa Cruz saborea nuevamente la fruición del triunfo.

Camargo se retira, pero es alcanzado, vencido y hecho prisionero el 3 de abril, en Arpayá. Dos indígenas le han traicionado y no ha podido defenderse. El propio Centeno se encarga de decapitarle.

Así concluye la “Republiqueta de Cinti”, destruida por Centeno, Santa Cruz y Olarría. Tan increíble es la victoria que el jefe español la atribuye a “un milagro de Nuestra Señora del Carmen”

Mientras Santa Cruz obtiene estas victorias contra sus compatriotas los altoperuanos, Joaquín de la Pezuela es designado Virrey del Perú. Le reemplaza José de la Serna, veterano de las guerras napoleónicas, quien llega de España acompañado por un brillante Estado Mayor: Carratalá, Espartero, Valdés, Rodil.

Como primera disposición, La Serna resuelve invadir a las provincias argentinas. Antes de ponerse en marcha, deja en la villa de Tarija una fuente guarnición y designa como jefes de ella al coronel Mateo Ramírez y a Andrés Santa Cruz, que ostenta ya el grado de teniente coronel.

Ramírez y Santa Cruz comienzan luego a ser hostigados por el altoperuano Francisco, Uriondo, que acecha a Tarija con 400 guerrilleros, jinetes en su mayoría.

Temiendo un ataque sorpresivo, Ramírez destaca a Santa Cruz hasta Concepción, con 130 hombres. Acertada precaución ésta, pues sobre Tarija marcha también el comandante patriota Gregorio Araoz de La Madrid, al mando de 400 combatientes.

La Madrid llega a las afueras de la ciudad, sitúa su campamento en el morro de San Juan e intima rendición al jefe realista, quien está aislado. Ramírez responde con altivez:

–Un jefe de honor no se entrega por el hecho de dispararle cuatro tiros. Sólo me rendiré cuando me queden veinte hombres, y éstos sin municiones. –Nada hay más que decir y ambos jefes ceden la palabra a los fusiles. Ramírez es derrotado en La Tablada y se entrega prisionero “sin más condiciones que los honores de guerra, garantía para los paisanos que hablan tomado las armas y el uso de la espada para los oficiales”.

El 15 de abril de 1817 se realiza la ceremonia de la capitulación. En ella rinden sus armas, aparte de Ramirez, el teniente coronel Andrés Santa Cruz, 17 oficiales, tenientes coroneles y 274 soldados.

¡Adiós sueños de grandezas! Este teniente coronel de 25 años de edad cree concluida su carrera y ve incierto y nebuloso el porvenir. Ha caldo prisionero sin mucha gloria, sirviendo a una causa que en realidad no debería ser la suya.

Santa Cruz es remitido a Tucumán y posteriormente al campo de concentración que el Gobierno de Buenos Aires posee en Las Bruscas. Allí languidece por mucho tiempo, hasta que –ayudado por unos corsarios británicos– logra fugarse, internándose en el Brasil, para llegar después de múltiples peripecias, a Río de Janeiro. Muchos años más tarde, será también un barco inglés, el “Samarang”, el que le salve la vida.

Deseoso de rehabilitarse, en 1820 se traslada a Lima y gestiona su reincorporación a las filas realistas. El Virrey le designa segundo comandante de la costa sur, con jurisdicción hasta Nazca (Perú), y luego, Jefe Militar del Puerto de Chorrillos.

Pero no es esto lo que él anhela. Solicita con insistencia una misión que implique mayor actividad y riesgo. Sus ruegos son oídos y es destinado como comandante del Regimiento de Dragones, en la división que bajo el mando del brigadier Diego O’Reilly, opera en el Bajo Perú. Tal es su nuevo campo de actividades. Antes, el Alto Perú; ahora, el Bajo Perú. Sin quererlo, va conociendo el

Imperio de sus antepasados los Incas y recorriendo el campo de sus futuras actividades.

En noviembre de 1820, O'Reilly hállase en Lima, cuando el ejército comandado por el general José de San Martín entra en campaña. El prócer argentino destaca una columna encabezada por el general Antonio Alvarez de Arenales, con instrucciones de internarse en la sierra peruana y hostigar a los hombres del Virrey Pezuela. Al saberlo, éste proclama con desprecio y burla:

– A cada puerco le llega su San Martín.

Y se dispone luego a repetir sus hazañas en el Alto Perú, que tanta gloria y provecho le proporcionaran. Ordena a la división O'Reilly, en cuyas filas se encuentra Santa Cruz, operar en armonía con la columna del general Quimper que se halla en Pisco. Luego, al tener noticia que Alvarez de Arenales se halla en Jauja, dispone que O'Reilly ataque el ceno de Pasco. Su propósito es coger entre dos fuegos a Alvarez de Arenales.

Mas esta vez fallan sus previsiones. Arenales destroza a la columna de Quimper y el 31 de noviembre, después de cruzar la cordillera, entra sin encontrar resistencia, en la ciudad de Huamanga. Ocupa luego el valle de Huancayo, para ponerse de inmediato en marcha hacia el Cerro de Pasco, en busca de O'Reilly, quien ha salido de Lima el 18 de noviembre, al frente de mil hombres.

El jefe español acampa al sur del Cerro de Pasco y allí espera la acometida de Arenales. El 6 de diciembre de 1820, el ejército argentino rompe fuegos.

El combate, muy sangriento, dura poco y se decide por el triunfo absoluto de Arenales, quien captura 343 prisioneros, 2 piezas de artillería, 360 fusiles y una bandera.

Entre los prisioneros se encuentra nuevamente el teniente coronel Andrés Santa Cruz, pálido y abatido. Con él han caído todos los oficiales de la división y O'Reilly, sin poder sobreponerse a este infortunio, da fin a su existencia disparándose un balazo en el corazón.

Con más filosofía, Andrés Santa Cruz entrega su espada al mayor Juan Lavalle, siendo conducido luego a presencia del general San Martín. Al llegar al campamento del jefe argentino, apenas si repara en un cadete de catorce años de edad, que le observa con alguna curiosidad. Es un rapaz de mirada centelleante y ademanes nerviosos, quien habiendo escapado del hogar paterno unos días antes, ha obtenido la gracia de incorporarse en el ejército patriota. Viste el uniforme de soldado y "siente ya el escalofrío de su destino".

Se llama Felipe Santiago Salaverry- Por ahora es el cadete Felipe Santiago Salaverry, del batallón "Numancia".

Pero, ¿cómo ha de reparar en él, ese teniente coronel vencido por segunda vez y a quien graves preocupaciones torturan la mente?

Santa Cruz ha combatido con denuedo, nadie lo duda; pero esta vez su ánimo flaquea y su orgullo se abate. Quizá ha vuelto a hablarle esa voz recóndita que parece surgir de lo más hondo de su espíritu y le ha reprochado, muy a la sordina, el que combate contra sus compatriotas.

Vacila su convicción de soldado realista. Al fin ¿por quién lucha? Por un Monarca al que no conoce y de quien le separan miles de kilómetros; por un sistema político repudiado por los americanos. ¿Contra quiénes? Contra sus hermanos de raza, contra sus paisanos. Sus jefes son españoles. Sus adversarios, argentinos y peruanos. Alguna vez le ha alcanzado y mortificado la altivez de los realistas y la extrañeza de los criollos, ante su posición de americano defendiendo los intereses de España.

Además, hábil calculador es. La experiencia recogida en estas últimas campañas, le advierte que la independencia de las Colonias es un hecho histórico fatal, que podrá postergarse, pero no detenerse. La insurrección es cada día más vigorosa y el espíritu libertario ha cundido por toda América, como un incendio. Podrán los realistas obtener algunos triunfos militares más, pero es indudable que

al final serán irremisiblemente vencidos. ¿Cuál, entonces, la suerte de los americanos que les ayudaron?

Un dilema torturante se plantea ante él. ¿Deberá seguir combatiendo por el Rey? ¿No sería más noble —y también más conveniente— poner su espada en servicio de aquellos que pelean y mueren por conseguir su libertad?

Empero, está reatado a compromisos morales. Mucho debe a los realistas y con ellos se ha hecho soldado. Su padre, don Joseph, ha rendido la vida en servicio de esta causa. No es posible renegar súbitamente del pasado, pues él se alzaría siempre, como sombra impalpable pero acusadora.

¿Qué hacer?

El llamado de la tierra se toma más apremiante. Esa su voz misteriosa, le repite que la independencia de América está próxima. Podrán perderse combates pero la guerra será ganada, porque tal es el **kairos** del siglo. América será libre. La dinámica de los acontecimientos conduce fatalmente a ese resultado.

¿Qué hacer?

No vacila ya. El 8 de enero de 1821 ofrece sus servicios al general José de San Martín y éste los acepta al punto.

Andrés Santa Cruz, el realista, no existe más.

III EL PATRIOTA

Ha enmudecido la voz de los antepasados españoles:
el guerrero de las Navas de Tolosa, el Conde, el Caballero de la Orden de Calatrava. Ha callado también la voz de don Joseph, el último vástago de la estirpe.

Ahora hablan los Incas, la tierra, los antepasados indios. Juana Bacilia ha sobrevivido a su esposo. Es quizá un desquite de la raza subyugada.

Santa Cruz ha volcado sus dados. En adelante servirá a los patriotas. San Martín le destina a la división de Arenales, su vencedor. Siempre en el arma de preferencia: la caballería.

Nuevos horizontes abren su luz ante él. Arenales comprueba pronto que tiene a sus órdenes a un militar distinguido, saturado de conocimientos y con bastante experiencia en el arte de la guerra. Ya sabrá utilizarle.

Estalla un motín popular en favor de los realistas, en el pueblo de Otuzco. Para sofocarlo es enviado el teniente coronel Santa Cruz, a la cabeza de un pequeño destacamento. Sale de Trujillo el 1º de julio de 1821 y, venciendo fácilmente a los rebeldes, obtiene, en recompensa, su ascenso a coronel y la condecoración del Sol.

Le destinan luego al gobierno de Cajamarca y de Piura, donde trabaja en la formación de fuerzas militares destinadas a auxiliar a la república de Colombia, que prepara una expedición contra Quito, reducto español.

Antonio José de Sucre, general venezolano, ha sufrido rudo contraste en Guachi, el 12 de septiembre de 1821.

Desde Quito, primero, y desde Babahoyo, después, angustiosamente pide refuerzos.

José de San Martín, que ejerce la suprema autoridad militar en el Perú, ordena que acuda a socorrerle la división comandada por el general Antonio Alvarez de

Arenales. Este, que no desea ponerse bajo la autoridad de Sucre, declina el mando de la expedición. Sucre, al conocer los motivos de su excusa, ofrece el puesto a Arenales, manifestando:

– Me gusta más obedecer que mandar, y será siempre lisonjero servir bajo tan acreditado general.

Como Arenales persiste en su negativa, San Martín designa en su reemplazo al coronel Andrés Santa Cruz.

En enero de 1822, éste cruza la frontera con sus tropas, apoderándose sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca, el 9 de febrero. Reúnese luego con la división colombiana que manda Sucre.

Santa Cruz ha salvado de una situación difícil al general venezolano. Le recibe éste con singulares muestras de agradecimiento y ambos se aprestan a continuar la campaña. Tienen en total unos 2.000 hombres y, en marzo del mismo año, Sucre resuelve tomar la ofensiva.

Santa Cruz, que marcha a la vanguardia, recibe en estas circunstancias una comunicación del gobierno peruano, en la que se le ordena replegarse inmediatamente hasta Piura. Desconcertado, ya que ello significa el fracaso de los planes de Sucre, reúne a sus oficiales y, después de breve deliberación, resuelve desobedecer las instrucciones recibidas y continuar con Sucre.

Es la primera ocasión en que se ha apartado de una rígida disciplina militar. Su actitud muestra al hombre que comienza a sentirse seguro de si mismo y no teme ya afrontar el enojo de sus superiores. Va creciendo en él algo que después será característica sobresaliente de su personalidad: la independencia de criterio, el don de mando.

Son 1.500 hombres los que ahora tiene a sus órdenes, o sea una división completa. Como compañero de armas, a Antonio José de Sucre.

En Quito está atrincherado el jefe español Aymerich y su situación es difícil, aunque cuenta con 2.000 hombres duchos en ciencia guerrera. Tan crítica y

lamentable es aquella que un oficial español, el capitán Murgeon, muere de pesar al contemplar a sus famélicos soldados.

Sucre decide atacar. Desde Cuenca desciende al valle de Riobamba, al pie del Chimborazo, provocando la batalla. El 25 de abril, Santa Cruz obtiene victoria sobre una columna realista, anulando a la caballería de Aymerich por todo el resto de la campaña.

El 21 de mayo ocupa el llano de Turubamba, al sur de la ciudad de Quito. Los españoles se retiran a posiciones más sólidas, en Jalupana.

Sucre concibe un plan estratégico atrevido, y, sabiendo que Aymerich prepara una sorpresa, decide anticiparse. A las nueve de la noche del 23 de mayo, emprende la marcha hacia las cumbres del Pichincha, atravesando un desfiladero tortuoso, "por el que hasta entonces no había pasado bestia alguna".

Andrés Santa Cruz continúa a la cabeza de su división, en la vanguardia. La lluvia empapa los cuerpos de sus soldados, pero todos avanzan animosos.

El 24 de mayo de 1822, ante la sorpresa de Aymerich, el ejército libertador aparece sobre las cimas del Pichincha. La batalla se traba de inmediato.

Los cuatro picos albeantes del Pichincha contemplan este duelo en el que se decide la suerte de una nación. Realistas y patriotas se baten con encarnizamiento, hasta agotar sus municiones.

Andrés Santa Cruz, comandando el batallón. Trujillo y a la cabeza de su división, cubre el ala derecha. Hay escenas dramáticas: el teniente ecuatoriano Calderón, herido

en el brazo izquierdo toma el sable con el derecho y continúa peleando, hasta que una bala de cañón le quiebra las dos piernas. A su vez, los españoles tienen bajas numerosas, entre ellas, el hijo del propio Aymerich.

A las doce del día, el coronel colombiano José María Córdova ataca con el batallón neogranadino Alto Magdalena y el Yaguachí, compuesto de gente ecuatoriana, a los que se une más tarde el Albión, y decreta la derrota realista.

Aymerich capitula el día 25, entregando Quito después de perder 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 400 muertos y 190 heridos. Caen en poder de Sucre 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles y varias banderas.

Las bajas de los patriotas no han sido menores. Tienen 400 muertos. Al identificarlos se evidencia que la mitad pertenece a la división comandada por Santa Cruz.

El parte de esta batalla es suscrito por él como distinción merecida a sus esfuerzos y a su valor. La victoria ha sido espléndida y Simón Bolívar al conocerla, exclama:

Desde las riberas del Orinoco, hasta los Andes del Perú, el Ejército Libertador, marchando de triunfo en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Participad del océano de gozo que inunda mi corazón y elevad en los vuestros altares al ejército libertador que ha dado gloria, paz y libertad.

Andrés Santa Cruz ha rivalizado en esta batalla con jefes del prestigio de Sucre, Morales, Córdova y otros. Sucre le elogia sin reparo en sus partes y comunicaciones privadas. Sobre su actuación, se emitirá más tarde este juicio:

“En justicia, debe confesarse que la actividad que Santa Cruz demostró en la formación de una división auxiliar le da un mérito eminente en esta parte de la guerra. Su participación en la batalla en que sus batallones resistieron el principal empuje de los contrarios, tiene el mérito extraordinario de haber asegurado la victoria, porque habiendo ordenado Sucre que el ejército patriota descansara en las quebradas de Pichincha, Santa Cruz le representó que sería la mayor imprudencia, puesto que el éxito de la campaña dependía de tomar antes que los españoles las alturas; continué con la división peruana, seguida del resto del ejército, diligencia que le valió ocupar las cumbres cuando los españoles estaban muy próximos a ellas”.

La victoria de Pichincha decreta la independencia del Ecuador y es Andrés Santa Cruz el artífice de ella. Se celebra el acta de independencia el 29 de mayo de 1822: Declara que el antiguo reino de Quito formará parte de la república de Colombia. Obsequia a los jefes del ejército libertador con medallas de oro y brillantes. Dispone asimismo que sobre el campo de batalla se erija una pirámide en la que se hallen grabadas estas palabras: “Los hijos del Ecuador a Simón Bolívar, el Angel de la paz y de la libertad colombiana”. En el mismo pedestal deberían esculpir los nombres de todos los jefes y oficiales de la división peruana, comenzando por el de Santa Cruz.

Su labor ha sido sacrificada en todo el curso de la campaña. Generoso con aquel país, antes de Pichincha ha renunciado a la mitad de su sueldo, para sostener al ejército libertador: “Con convencimiento de la escasez de fondos que tiene usted en su Caja Militar para el preciso pago de sus divisiones unidas, ha creído poder ceder en obsequio de aquéllas una mitad de mi sueldo, que no me es necesaria desde el presente mes”, dice en carta del 15 de marzo.

“Que se le exprese al coronel Santa Cruz, el aprecio que merece al Gobierno esta oferta, y su celo y buenos servicios a Colombia”, es la respuesta.

El 13 de junio, por decreto del Libertador Bolívar, Andrés Santa Cruz es ascendido al grado de general de brigada del Ejército de Colombia, y el 25 de octubre la Suprema Junta Gubernativa le confiere la primera de las tres medallas otorgadas a los Beneméritos de Pichincha.

Dos guerreros insignes rivalizan en América. Son Bolívar y San Martín. El duelo es silencioso pero el caudillo argentino, después de la entrevista de Guayaquil, decide dejar el campo a Bolívar. El 20 de septiembre de 1822 se embarca de incógnito rumbo a su país, exclamando:

– Bolívar y yo no cabemos en el Perú.

Ausente San Martín, se reúne el Congreso peruano y designa una Junta Gubernativa, compuesta por tres miembros: el general José María La Mar, don

Felipe Antonio Alvarado y don Manuel Salazar y Baquijano, conde de Vista Florida.

Pero los españoles aún no están totalmente derrotadas, y su frente de resistencia se extiende desde Pasco hasta Potosí. El grueso del ejército, al mando de Canterac, está fortificado en la sierra, desde Jauja hasta Huancayo, y en el Alto Perú campea el general Pedro Antonio Olañeta. El cuartel general del Virrey La Serna se halla en el Cuzco y está dispuesto más que nunca a sofocar a cualquier precio la insurrección de las colonias americanas.

La Junta Gubernativa peruana, después de alguna vacilación, determina enviar al Alto Perú un ejército comandado por el general Alvarado. Estas fuerzas deberán operar en armonía con las de Arenales, que tienen Jaula como objetivo.

En cumplimiento de las instrucciones recibidas, Alvarado zarpa del Callao en octubre de 1822, desembarcando en Anca el 3 de diciembre. “La empresa me parece demasiado penosa”, manifiesta a uno de sus ayudantes, al poner pie en tierra.

Los españoles están ya informados del arribo de esta expedición y el general Jerónimo Valdés destroza a las tropas de Alvarado, en Torata. El plan del ejército peruano ha fracasado.

Por irónica coincidencia, el mismo día en que el ejército de Alvarado es deshecho en Torata, el Congreso peruano decreta la erección de un monumento en honor del Ejército Libertador del Sur.

Gran desilusión para el pueblo peruano cuando conoce los detalles de la derrota. En Lima, tumultos populares acusan abiertamente a la Junta Gubernativa, de ineptitud y desacierto. El fermento crece cada instante y —pese a que los españoles están aún intactos— comienza a tramarse la primera revolución.

El ejército peruano concluye por insurreccionarse y los oficiales invitan al general Alvarez de Arenales para encabezar el movimiento. Pero éste, no deseando

mezclar su nombre en disensiones internas, resigna el mando en manos de su segundo, el General Andrés Santa Cruz y, en marzo de 1823, se aleja del Perú.

Con sorpresa para muchos, Santa Cruz afronta la situación y se hace cargo de ella. Es su primera actuación política, una subversión.

Sin vacilaciones, envía al Congreso un ultimátum, en el que pide la dimisión de la Junta Gubernativa y el nombramiento, como Presidente del Perú, del coronel José de la Ríva Agüero. Con él, firman la nota, el coronel Agustín Gamarra –que ahora sirve a los patriotas–, Ramón Herrera, Juan Bautista Eléspuru, Antonio Gutiérrez de la Fuente y Enrique Martínez. ¡Ah! Si Santa Cruz supiese lo que esos nombres significarán en su futuro. Ramón Herrera... Juan Bautista Eléspuru... Antonio Gutiérrez de la Fuente., y Gamarra, Agustín Gamarra...

Como el Congreso no accede de inmediato a la conminatoria, Santa Cruz moviliza sus tropas y las sitúa en los suburbios de Lima, en actitud amenazadora. Simultáneamente manda decir a los congresales, que “si dentro de media hora no resolvían el pedido, el Ejército tomaría medidas inmediatas”. Es el 26 de febrero de 1823, y hay en este episodio algo que recuerda al del general Bonaparte, el 18 brumario.

La decisión del general altoperuano acaba por amedrentar a los congresales, y el 28 de febrero, temeroso ante las bayonetas, el Congreso elige Jefe Supremo del Perú al coronel Riva Agüero.

Santa Cruz ha triunfado en esta primera escaramuza política. Sucre reprocha acremente su actitud: –Los Ministros Pando y Heres resistieron, firmaron y presentaron su dimisión. No sé por qué el general Santa Cruz no hizo lo mismo, antes de prostituir su puesto.

No piensa así el Jefe Supremo Riva Agüero, encumbrado gracias a Santa Cruz. Le colma de distinciones, y entre éstas, no es la menor el nombramiento que le confiere, de General en Jefe del Ejército peruano. Santa Cruz jura el cargo el 8 de abril de 1823.

Es preciso disipar el desaliento dejado por la derrota de Alvarado. El nuevo Jefe Supremo, Riva Agüero, concibe al punto la idea de enviar un nuevo ejército al Alto Perú, a fin de concluir para siempre con ese peligro permanente, que significa la presencia de fuerzas españolas en este territorio. Ya se ha oído hablar que los realistas tienen el propósito de atacar a Lima, y es preciso anticiparse.

El más indicado para llevar a buen término esta expedición, es sin duda el General en Jefe, Andrés Santa Cruz

Así se hace, y Santa Cruz comienza, con febril actividad, a preparar esta nueva campaña. Bolívar escribe a Santander: “Yo he lisonjeado a la división auxiliar de Sarda Cruz y felizmente este jefe es muy bello sujeto”.

Se ha flotado en Londres un empréstito de un millón doscientas mil libras esterlinas, y con una fracción de él es posible organizar velozmente un ejército de cinco mil hombres, con siete batallones, cinco escuadrones de caballería y ocho piezas de artillería.

La expedición se llamará de “Intermedios”, por ser estos los puertos que tocará en su travesía, hasta desembarcar en Anca.

Santa Cruz, que encabeza este ejército, se presenta ante el Congreso un día antes del viaje y con ademán teatral jura “triunfar o morir”.

La expedición zarpa del Callao el 23 de mayo de 1823, rumbo al Sur. Forman en el Estado Mayor de Santa Cruz el general Agustín Gamarra –siempre ligado a su destino– el coronel alto peruano José Miguel de Velasco y un joven teniente primero, llamado Felipe Santiago Salaverry.

¿Recordará Santa Cruz a ese cadete del batallón “Numancia” que le miraba con curiosidad cuando él entregaba su espada a San Martín? Ahora es ya teniente primero y comienza a adquirir fama en el ejército por su coraje temerario y por el ímpetu de su carácter.

El objetivo de la expedición de Intermedios, es ocupar Arequipa y Puno, para internarse después en el Alto Perú. Santa Cruz no desperdicia el tiempo, y a

mediados de junio, domina toda la costa, desde Iquique hasta lío. Pero su situación dista mucho de ser ventajosa. Bolívar, gran guerrero, ha podido darse cuenta de las probabilidades.

—No son Canterac y Valdez los temibles; sus recursos, posiciones y victorias les dan una superioridad decisiva que no puede contrarrestarse de repente, sino lenta y progresivamente. La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe y las víctimas Tristán, Alvarado y ahora Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes pero los elementos son los mismos y nadie cambia los elementos. No debemos contar más con la expedición Santa Cruz. La división Santa Cruz no puede tomar el Perú y la que está en Lima no puede batir a Canterac. Un cuerpo flamante como el de Santa Cruz, en una retirada simple por desiertos, no necesita para sucumbir, más que ser perseguido vivamente con infantería y caballería.

Los vaticinios parecen cumplirse, pues apenas iniciada la campaña de Santa Cruz, el general Canterac, con 9.000 hombres, captura Lima. Bolívar, alarmado ante el giro de los acontecimientos, envía desde Guayaquil una expedición de 3.000 hombres, al mando del general Sucre. Esta vez, los papeles han cambiado. Ahora es Sucre quien auxilia a Santa Cruz. Y es el Perú, el que dama la presencia de Bolívar para conjurar la situación. El prócer venezolano acepta, declarando que “desde hacía mucho, su corazón le llamaba al Perú”.

Santa Cruz ocupa el Sur. El virrey La Serna, el Norte. Ambos ejércitos, en el propósito de sorprenderse, se cruzan, y el español, temeroso de ver cortada su retirada, evacúa la capital y se repliega a la sierra.

En tanto, Sucre se pone en campaña para prestar a Santa Cruz el apoyo que éste precise; pero, cuando arriba a Anca, ya no le encuentra y sabe que se ha internado en el sur, rumbo al Alto Perú.

Santa Cruz ha principiado cometiendo un error táctico, al dividir su ejército en dos fracciones. El queda al mando de la primera, y la segunda es encomendada al

general Agustín Gamarra. Integran también su ejército el coronel Blas Cerdeña — militar bravo y leal que inicia en esta campaña su colaboración con Santa Cruz— Pedro Zelada, Eléspuru, Placencia, Garzón y otros.

Santa Cruz, con la división a su mando, avanza hasta Moquegua, mientras Gamarra ocupa Tacna. Ambos esperan refuerzos de Chile, mas, al comprobar la tardanza de éstos, Santa Cruz trasmonta la cordillera el 13 de julio de 1823 y sin hallar resistencia en el camino, ocupa La Paz el 8 de agosto. El antiguo realista ha vuelto a la ciudad del Illimani, esta vez ostentando los entorchados de general y al mando de fuerzas libertadoras.

En la expedición incierta y azarosa, ha traído consigo una imprenta completa, la primera en llegar a La Paz. Y es así cómo, al mismo tiempo que impone a los habitantes una contribución de doscientos mil pesos, para cubrir los gastos de la campaña, les obsequia con un instrumento de cultura.

El general realista Olañeta, don Pedro Antonio, que opera en el Alto Perú, se repliega al sur, al tener noticia

de la aparición del ejército de Agustín Gamarra. En tanto, el virrey La Serna, temeroso de que Santa Cruz destruya a las fuerzas de Olañeta, ordena que las tropas al mando de los generales Valdés y Carratalá se dirijan, a marchas forzadas, en su persecución.

Con rapidez prodigiosa, Valdés se acuartela en Puno con 1.800 hombres y se posesiona de la margen izquierda del Puente del Inca. Al conocer la maniobra, Santa Cruz, cruza el puente, obligando al general realista a replegarse hasta Zepita. Santa Cruz está operando en un territorio que es suyo. El Lago Sagrado, el altiplano, son sitios familiares para él y están asociados a recuerdos de su infancia. Esto le enardece y le brinda confianza y seguridad en sí mismo, pese a que sus hombres sólo alcanzan al número de 1.300.

El 25 de agosto de 1823 ataca las posiciones del ejército real; pero la situación de Valdés es impenetrable. Santa Cruz concibe el plan de atraerlo a la llanura.

Ordena a sus tropas atacar al enemigo, con vigor, hasta aproximar-se a sus mismos reductos y luego simular una derrota. Los soldados cumplen impávidos esta orden. La artillería truena por ambos lados, mientras el batallón Legión y el batallón 49 se lanzan furiosos a la pelea. Llegado el momento de luchar cuerpo a cuerpo, de acuerdo a la consigna huyen como poseídos de terror y corren hasta ponerse bajo el amparo de los batallones de reserva Cazadores y Vencedores. Los batallones de Valdés caen en la celada y abandonando sus atrincheramientos, bajan a la pampa profiriendo gritos de victoria. Es en ese momento cuando los dos escuadrones de Húsares, comandados por los generales Soulangue y Brandsen, cargan por ambas alas, mientras la infantería secunda este ataque, con empeño renovado.

El combate se encarniza, y aunque con evidente ventaja para Santa Cruz, no hay decisión concluyente. La calda de la noche pone un alto en los fuegos. Santa Cruz es dueño del campo pero no puede afirmar que ha vulnerado mortalmente a Valdés, ya que éste logra retirarse en orden, sin mayores pérdidas que las sufridas en el campo de batalla. Santa Cruz se ve honrado con el título de Mariscal de Zepita. Distribución de honores y distinciones a todos los participantes, jefes, oficiales y soldados. Entre éstos últimos hay un tambor de once años de edad, llamado Manuel Isidoro Belzu, más tarde presidente de Bolivia.

¿Ironía del destino? Ha sido en Zepita, donde, algunos años antes, Joseph Santa Cruz llevara a su hijo Andrés para ponerle en servicio de las armas del Rey.

Zepita es sólo un triunfo parcial, y la situación de Santa Cruz continúa crítica. El virrey José de la Serna, unido a Valdés, repasa el Desaguadero, al frente de 4.500 hombres. Santa Cruz, juzgándose en inferioridad de condiciones, se repliega para reunirse con Gamarra. Consigue hacerlo el 8 de septiembre y es en tiempo oportuno, pues La Serna, Valdés y Olañeta comienzan a maniobrar coordinadamente, con ánimo e intención de coparle.

Santa Cruz emprende la retirada rumbo al Desaguadero. Está visto que nada puede hacer en el Alto Perú, y que sólo debe procurar salvar su ejército. La contramarcha se realiza en forma desastrosa. “Desapareció la disciplina; los oficiales desobedecían al general y los soldados a los oficiales; la desertión era vergonzosa, todo era confusión; el ejército dejó de existir y sálvese quien pueda fue la voz general”.

El desastre es completo y Santa Cruz resulta vencido sin pelear. No ha vencido ni ha muerto como prometiera en Lima, al partir. Y tiene que oír este reproche: –“Hubiera sido más glorioso para Santa Cruz, lleno de presunción y orgullo, morir en una gran batalla de cuatro o cinco mil contra diez mil y reparar dignamente sus grandes errores, con una ruidosa y sangrienta inmolación”.

Su prestigio profesional queda mellado con esta retirada. Ha sido en vano que el general Sucre pretendiera auxiliarle, avanzando hasta Puno. Los realistas amenazan cortar la retirada y el general venezolano se ve también obligado a reembarcarse en Quilca, después de intentar salvar los restos del ejército de Santa Cruz, “cuyas erradas disposiciones se desesperaba por rectificar a través de la distancia”.

Se reprocha a Santa Cruz que no presentara batalla y responde, en excusa, habersele extraviado la artillería. Canterac, al que alguien dijera que Santa Cruz marchaba para atacarle por la espalda, ha respondido desdeñosamente:

–“No importa, enviaré un corneta que lo espantará”.

Y cuando Santa Cruz está definitivamente vencido llega hasta sus oídos que los españoles han puesto el nombre de “la campana del talón” a sus incesantes retiradas.

Alguien piensa que Santa Cruz ha estado derrotado desde el principio, no por su ineptitud militar, sino por haber desconfiado de sí mismo. Sucre ha ido al Perú, quizá más para vigilarle que para ayudarle. Sus antecedentes de realista y su condición de alto peruano han difundido en torno a su persona la sospecha de que

al encabezar la expedición de Intermedios lo hace por independizar al Alto Perú más de los peruanos que de los españoles.

Es el mismo Sucre quien trasmite esta inquietud al Libertador: —“Los porteños y otros dicen que el general Santa Cruz tiene por objeto de su expedición, apoderarse de las provincias del Alto Perú y Buenos Aires, formando un Estado separado y, por tanto, hay una oposición terrible a tal expedición, por los de Buenos Aires, a quienes les quitaría sus provincias”.

Siempre en retirada, Santa Cruz llega a Moquegua, donde encuentra al general peruano Luis José de Orbegoso. Ambos se embarcan en Anca a bordo de un bergantín inglés, navegando hasta los puertos de Ilo y Quilca, donde pueden ver reembarcar a los últimos restos de la división y al ejército de Sucre que también se dirige al norte.

Abatido y desmoralizado, Santa Cruz llega a Lima, tras corta navegación. Acá oye censuras francas y comprende que su prestigio militar y político está menguado.

Sólo tiene 31 años y piensa que su carrera ha concluido. Silencioso se retira a Piura, con intención de abandonar el oficio de las armas y dedicarse a la vida privada. Desfila por su recuerdo atormentado ese ejército numeroso que embarcara en el Callao, para conquistar el Alto Perú. Los 800 hombres derrotados que le acompañaron en la vuelta, son el testimonio viviente de su fracaso. Muy sombrías son sus meditaciones en este voluntario destierro de Piura. Y siempre la imagen obsesionante de la derrota inmerecida y vergonzante. El, que había prometido “vencer o morir”... Sólo Bolívar no ha perdido la fe en él, y dice: —“Del general Santa Cruz todo lo creo, pues sé que es consecuente y patriota”.

En el Perú la situación política se toma vidriosa. Riva Agüero ha sido depuesto por el Congreso, y se ha designado en su reemplazo a Torre Tagle. Pero éste tampoco puede tranquilizar los ánimos, hasta que finalmente llega Bolívar, el 2 de septiembre de 1823.

El Congreso y el pueblo le reciben con alborozo, confiriéndole el título de “Libertador”. Desde Lima, escribe Bolívar: –“El Perú está dividido en dos zonas: la del Sur pertenece a la guerra exterior; la del Norte le toca la guerra intestina. Únicamente Lima, saqueada y aniquilada, está en poder del gobierno legítimo: este gobierno no posee nada sino deudas”.

Bolívar tiene empeño en destrozarse a Canterac, que comanda los últimos restos del ejército realista en el Perú. Es verdad que cuenta aún con unos 18.000 hombres; pero ellos están diseminados, 4.000 en el Alto Perú, con Olañeta a la cabeza; 3.000 acantonados entre Puno y Arequipa, 8.000 en la sierra peruana y el resto disperso en diversos sitios. Con todo, son superiores en número y en preparación militar a las fuerzas americanas. Pero el infortunio parece ensañarse contra el Libertador. La sublevación de las fuerzas que resguardan el Callao toma crítica su situación, al obligarle a evacuar Lima. Está enfermo y la fiebre le ha tenido seis días sin conocimiento. Todo conspira contra sus empeños. No obstante, cuando alguien le pregunta en Pativilca qué piensa hacer en tan adversas condiciones, responde lacónicamente:

–“¡Triunfar!”

Y apenas repuesto escribe a Sucre: –“No terminará este año sin que estemos en el Potosí”.

Llamado por Bolívar, Santa Cruz ve renacer una esperanza al designársele, el 24 de mayo de -1824, comandante de la infantería del Perú y luego Jefe del Estado Mayor del ejército peruano.

Como los españoles amenazan copar a las fuerzas de Bolívar, éste se repliega hasta Trujillo. Tras grandes esfuerzos, constituye luego un ejército de 10.000 hombres, al que divide en - cuatro divisiones comandadas por los generales José María Córdova, Jacinto Lara, José La Mar y el coronel Lucas Carvajal. Santa Cruz jefaturiza el ejército del Perú, y el coronel Francisco Burdett O’Connor al ejército de Colombia. La caballería está al mando del general Necochea.

A este ejército le dice Bolívar: —“Los enemigos que váis a destruir se jactan de catorce años de triunfo: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. ¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No, no! ¡Vosotros sois invencibles!»

Un acontecimiento inesperado viene a mejorar la precaria situación del Libertador. En el Alto Perú se ha sublevado el general realista Pedro Antonio de Olañeta, lo que obliga al virrey a distraer una fracción de sus fuerzas. Comprendiendo que la hora ha llegado, Bolívar abre campaña y cruza los Andes. Canterac, a su vez, ocupa Jauja, en el centro del Perú, con 8.000 hombres.

Luego de algunas -maniobras preliminares, ambos ejércitos se avistan en Junín el 6 de agosto de 1824. Canterac despliega su línea de batalla y se enfrenta a los patriotas. Es un duelo al arma blanca, en el que no se oye un solo disparo. Necochea, el jefe de la caballería, es traspasado por siete lanzazos. Pero es tal el denuedo de los escuadrones peruanos, que la caballería realista se ve constreñida a volver grupas en completo desorden. Canterac, que descontara el triunfo, contempla estupefacto esta derrota incomprensible. “La derrota imposible. en- 16 humano», según sus propias palabras.

Bolívar se dirige al ejército vencedor: “¡Peruanos!” Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de sus Incas».

El general Santa Cruz es encargado de suscribir el parte de la batalla. Está borrado el recuerdo de “la campaña del talón” y nuevamente parece sonreírle la fortuna.

Los españoles extreman crueldades en su retirada. Cabe al mismo Santa Cruz ser testigo de ellas: —“Fusilaban (los españoles) a todos los soldados americanos cansados, a las mujeres que hablan tomado en defecto de hombres para el servicio

de la cocina y hasta a los desgraciados enfermos de los hospitales que no eran capaces de seguirlos. He visto más de doscientos muertos sobre el tránsito de ellos, y los vecinos de este pueblo me han informado de los asesinatos de nueve hospitalarios que habla en él y de otros cinco en Abancay. No parece sino que querían despoblar la tierra que no poseían».

Santa Cruz se halla rehabilitado como guerrero. No lo está, empero, ante el aprecio del general Sucre, quien consigue que el Mariscal de Zepita sea alejado del ejército libertador y destinado a Huamanga en calidad de prefecto, con encargo de establecer allí un hospital, una maestranza y cuidar de las comunicaciones.

Pero no son solamente insinuaciones de Sucre las que -determinan esta medida de Bolívar. Es éste mismo que ha descubierto en Santa Cruz a un administrador más que a un guerrero. No faltan buenos militares en las filas del ejército americano, pero aún no se vislumbran los estadistas, los administradores, los hombres de gabinete. Santa Cruz parece reunir ambas cualidades, y el primero en advertirlo ha sido el Libertador.

Santa Cruz es, pues, prefecto de la ciudad donde naciera su padre. Acepta el cargo un poco a regañadientes; pero, buen soldado, sabe obedecer. Poco tiempo permanece en estas funciones, ya que muy pronto se ve obligado a abandonar la ciudad, ante el avance del virrey La Serna, quien intenta atacar por retaguardia al ejército de Bolívar.

En tanto, Sucre ha alcanzado la victoria de Ayacucho, que significa la liberación del Alto Perú. Jefe del Estado Mayor en esta batalla ha sido el general Agustín Gamarra.

Santa Cruz, que se hallaba en Paucartambo, recoge en la misma tarde del 9 de diciembre a varios españoles que huyen del campo de batalla. Por ellos sabe el triunfo obtenido por Sucre, y es el primero en comunicárselo a Bolívar que se halla en Lima.

Después de Ayacucho, Sucre envía tropas al Cuzco, bajo las órdenes de Gamarra. Este parte el 12 de diciembre, llegando al Cuzco el 24. Es recibido triunfalmente, ya que nadie ignora el rol preponderante que ha tenido en la victoria. Mientras Santa Cruz lamenta no haber participado en la batalla que ha dado la independencia al Alto Perú, Agustín Gamarra sonríe halagado y satisfecho.

El también posee sus sueños de grandeza; él también aspira a la gloria, Y la desea con más vehemencia porque sabe que allá, en Paucartambo, existe un general altoperuano, cuyo nombre emula al suyo y que tiene los mismos anhelos y quizá el mismo destino.

¡Ah! Talvez algún día...

IV INTERMEZZO

Con el triunfo de Ayacucho, Sucre ha liberado el Alto Perú. Santa Cruz está algo mohino. El habría querido contribuir en forma más directa en la batalla, pero los acontecimientos no han sucedido así y mientras Sucre y Gamarra se cubrían de gloria frente al Condorcunca, él estaba en Paucartambo, cuidando la retaguardia del ejército.

Empero, sabe disimular. Calla y observa. Empieza a fijarse más en este cuzqueño Gamarra, que parece seguir sus pasos y proyecta ya sombra sobre su destino. Secreto instinto le anuncia dónde está el enemigo de mañana> y aunque ambos combaten por la misma causa, Santa Cruz presiente que un abismo comienza a separarlos y que quizá el camino es demasiado estrecho para que puedan caber los dos.

Gamarra recibe los despachos de general de división y es destinado luego al Cuzco, en calidad de prefecto. En la vieja capital de los Incas, este guerrero inquieto comienza a vivir un romance de amor. En Zurite, una villa cercana, ha conocido a doña Francisca Zubiaga y Bernales, cuzqueña como él y mujer extraordinaria que ejercerá notable influencia en su carrera.

Santa Cruz, en tanto, ve acercarse el desmembramiento prematuro del Gran Perú, ese viejo imperio de los Incas entrevisto en su infancia y en sus vagos sueños de grandeza. Le apena el giro de los acontecimientos. Lo que él concibe como una unidad política armónica y articulada devendrá por voluntad de algunos hombres, en dos naciones distintas, el Perú y Bolivia dos naciones distintas... Dos países que pueden llegar a ser enemigos. El no lo comprende enteramente y habría querido otra solución.

Se yergue en el Alto Perú el último reducto realista por rendir. Es el general Pedro Antonio de Olañeta, que, segregado del virrey, continúa enarbolando el pendón de Casulla entre las yermas breñas del altiplano andino. A Sucre, después de su victoria en Ayacucho, aún le resta esta labor. Pero el Alto Perú ofrece muchos peligros, acaso más políticos que militares, y Sucre se siente fatigado. Intenta desasirse de esta comisión postrera y escribe al Libertador:

“Yo no quiero meterme en este barullo de cosas del Alto Perú. Cuento haber concluido mi comisión en Ayacucho; rogaré a usted mil veces que no me haga pasar adelante».

Pero Bolívar, que ve en él a un auxiliar irremplazable> ordena que ingrese en ese territorio cruzando el río Desaguadero. Sucre, sumiso al Libertador, llega hasta Puno con su ejército, al que Andrés Santa Cruz se ha incorporado como Jefe de Estado Mayor.

Allí, una tarde recibe la visita de un mozo alto y arrogante> de mirada huidiza y ademán cazurro. Es un doctor chuquisaqueño, facundo, declamatorio y enfático. Se llama Casimiro Olañeta y es sobrino del general realista al que Sucre viene a batir. Ha desertado de su tío, de quien fuera secretario, y se adhiere al ejército libertador. Santa Cruz le mide con una mirada, Olañeta, aunque le ve también y le observa, aparenta no reparar en él. Seguramente ya le conoce. Ambos hombres han cruzado una finta, sutilísima e imperceptible para todos los que les rodean. Se recelan instintivamente. Los dos poseen características psicológicas semejantes, y tanto el guerrero como el doctor altoperuano son maestros en el arte del disimulo. Mantienen> pues> una actitud de reserva. Acaso esperan servirse mutuamente el uno del otro> pero ocultan sus cartas. Se separan sin cambiar una palabra. Ya se encargará la vida de juntarles muchas veces.

Se dice que cuando Napoleón encontró a Talleyrand le detestó íntimamente, pero por extraño presentimiento advirtió que en el futuro no podría prescindir de él. Algo parecido sucede con Santa Cruz. Acaba de ver por primera vez a Olañeta y

ya sabe que ese doctor jugará rol importante en su destino. Se atraen como dos polos eléctricos opuestos. Olañeta también disimula y sonrío mimetizado en la cortina de humo de sus palabras.

Sucre, espíritu menos sutil, cae pronto enredado en los lazos de Olañeta. “A este don Olañeta — escribe — que es tan patriota y parece tiene talento, lo nombraré Auditor General del Ejército, que es el más grande rango que hay que darle aquí; ha sido Oidor de la Audiencia de Chuquisaca. En fin le atraeré con toda distinción, pues además que lo merece me dicen que tiene un gran influjo en toda la provincia”.

Lo que Olañeta ha ido a proponer a Sucre es nada menos que la autonomía y completa independencia del Alto Perú. En el pueblo de Acora inspira a Sucre la idea de fundar una nueva república, aunque ello contraría los vastos planes de Bolívar y Santa Cruz.

Al cruzar el Desaguadero alguien dice a Sucre: —“Ha pasado Ud. el Rubicón, Y el Mariscal responde sagazmente: —“Pero cuánta diferencia. Yo no diviso allí el puñal de Bruto. Veo, sí, a nuestros hermanos esperando con los brazos abiertos al ejército que les lleva la paz y la libertad entre olivos y laureles”.

Sucre, en viaje a La Paz, se detiene en Tiahuanacu.

Mayor motivo de meditación para Santa Cruz. Como las ruinas del Cuzco, éstas le hablan de la grandeza de sus antepasados y con aguijón torturante le recuerdan que él también podría resucitar esos añejos esplendores. Cuánto significado adquieren los monolitos inmensos, la puerta del Sol, el Ackapana. Sucre y los demás tienen la curiosidad fría del viajero que pasa, mientras Santa Cruz se emociona íntimamente, pues la severa majestad de los pétreos monumentos repercute en lo más hondo de su espíritu.

Llegan a La Paz el 7 de febrero de 1825. Nuevamente se abre a los pies de Santa Cruz, la ciudad en que naciera. Contempla el Illimani y vuelve a beber ese horizonte infinito que se extiende ante él. Abajo se despereza, voluptuosa, la

ciudad. Santa Cruz sonríe satisfecho. Cerca de él, un general irlandés del ejército patriota, Francisco Burdett O'Connor, también observa el panorama singular.

Está visto. Los altoperuanos –Olañeta a la cabeza– quieren constituir una república independiente. Bolívar, como Santa Cruz, sueña con algo más grande. Pero a ello se opone el deseo de los doctores chuquisaque os, que anhelan gobernarse y ser libres. Se opone también el colombianismo de Sucre, que entrevé un peligro para su patria si se constituye un Gran Perú. Es pues, preciso fraccionar.. Y el 9 de febrero de 1825, Sucre lanza un decreto creando la nueva nación. Desencanto para Santa Cruz. Y no ciertamente por falta de patriotismo, pues ama a su terruño, sino porque el estadista que ya comienza a formarse en él encuentra mayores perjuicios que ventajas en la nueva república. Pero Olañeta, Urcullu y otros han tenido mayor influencia en el ánimo de Sucre, quien no requirió de mucho esfuerzo para dejarse convencer.

Sin embargo, el general Olañeta –el realista Pedro Antonio de Olañeta– aún no ha sido reducido y se halla en Potosí. Le busca Sucre con ánimo de presentar combate. El general Medinacell  se apresura a resolver la situación, defecionando del ejército español y librando combate en Tumusla, el 1  de abril, contra sus antiguos compañeros de armas. Olañeta pierde el combate y la vida. El Alto Perú es completamente independiente.

Conjurado el problema militar, subsiste el político. Bolívar continúa oponiéndose a que el Alto Perú constituya una nación autónoma. “El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires”, dice. El 16 de mayo dicta este decreto: “1. – Las provincias del Alto Perú, antes españolas, se reunirán conforme al decreto del Gran Mariscal de Ayacucho, en una asamblea general, para expresar libremente en ella su voluntad sobre sus intereses y gobierno, conforme al deseo del Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas del Río de La Plata y de las mismas dichas provincias. 2. – La deliberación de esta Asamblea no recibir  ninguna sancion hasta la instalación del nuevo Congreso del Perú en el año próximo.

Consternación para Sucre. Consternación para los altoperuanos. En las ilusiones ya abandonadas de Santa Cruz, nace un débil rayo de esperanza. ¿Logrará imponerse la voluntad de Bolívar?

Sucre insiste. Aduce que el pueblo desea su independencia y soberanía política. Escribe a Bolívar: “Desde ahora sí le advierto que ni usted ni nadie las une (a las provincias altoperuanas) de buena voluntad a Buenos Aires, porque hay una horrible aversión a ese vínculo; si usted tiene idea de unir las puede decir a Buenos Aires que mande un fuerte ejército para que lo consigan, pues de otro modo es difícil». Santa Cruz no desea tampoco la anexión al virreinato de Buenos Aires, sino al Perú.

Bolívar parte al Alto Perú el 10 de abril de 1825. Sucre pasa de Potosí a Chuquisaca, donde debe reunirse el congreso convocado por su decreto de 9 de febrero, a fin de decidir en definitiva sobre los destinos del país.

Santa Cruz es nombrado prefecto de Chuquisaca, el 11 de julio de 1825, Allí sabe que Bolívar se dirige al Alto Perú. Ha Comenzado a ceder. —“No sé todavía lo que tocará hacer con ese Alto Perú —exclama—; porque la voluntad legal del pueblo es mi soberana y mi ley».

Se aproxima en tanto la fecha señalada para la apertura del congreso. Sucre, deseoso de conservar su imparcialidad, abandona Chuquisaca. El 9 de abril de 1825, Santa Cruz es elegido diputado por La Paz, y Sucre le encomienda el mando de la ciudad y la dirección de la Asamblea. No acepta el cargo, pues ve en la Asamblea la destrucción de sus anhelos. Obtiene permiso para no incorporarse a ella y observa una actitud prescindente y reservada.

Sucre, para quien no ha pasado desapercibida esta actitud, escribe a Bolívar: —“Me ha indignado ver el modo con que Santa Cruz habla de Bolivia; la trata de las Provincias Altas, después que ha hablado del Perú. Parece que este espúreo boliviano quiere lisonjear a los peruanos maltratando a su patria; pero falso en sus procedimientos, es también falso en sus cálculos”.

El 10 de julio, Chuquisaca viste sus mejores galas. Revientan los balcones en la gracia de sus claveles; banderines orlan las calles y hay movimiento y expectativa. Es el Congreso que inaugura sus labores.

Los representantes eligen como presidente al doctor José María Serrano, vice al doctor José María Mendizábal y secretarios a don Angel Mariano Moscoso y José Ignacio Sanjinés. Perdidos en deliberaciones insustanciales, recién el 18 de julio consideran el asunto principal de la reunión:

la independencia. Gran oportunidad para los oradores Olañeta y Serrano, quienes en ampulosos discursos proclaman la necesidad de que las provincias altoperuanas sean autónomas. Casi todos los secundan. Es sólo un diputado, Eusebio Gutiérrez, quien, desafiando el ambiente, proclama la necesidad de que las provincias se incorporen al Perú, formando una sola entidad poderosa.

Se decide enviar una delegación al Libertador a fin de exponerle el voto de los congresales asambleístas y lograr de él autorización para que la nueva república cobre autonomía. Se comisiona como delegados a los diputados Olañeta y Mendizábal. Las instrucciones que reciben son que la nueva nacionalidad se separará del Bajo Perú con una 'línea que "tirándola del Desaguadero a la costa, Anca venga a quedar en el territorio de la República"'. Para halagar al Libertador, se designa también el 6 de agosto, aniversario de la batalla de Junín, como fecha de la independencia del Alto Perú.

El 6 de agosto de 1825 nace la nueva República de Bolivia y se designa capital a la ciudad de Chuquisaca. Algunos días después, parte la delegación a informar a Bolívar de todas estas novedades y a comunicarle que "tendrá el supremo poder ejecutivo de la República por todo el tiempo que resida entre los límites de ella". Eficaz ardid para vencer las últimas resistencias del Libertador.

Los delegados le entrevistan en La Paz, en los primeros días de septiembre. Bolívar pasa luego a Potosí y Chuquisaca, ciudad en la que celebra el primer aniversario de la batalla de Ayacucho. Está rodeado de una atmósfera de

veneración. El humo del incienso que en su torno se esparce le impide ver algunas necesidades del ejército libertador. Pero un día, en medio de las palabras de elogio con que se le coima, oye una voz cuyos acentos están en desacorde con los discursos de los melifluos doctores de Chuquisaca. Es un oficial que le dice: “Después de tantas demostraciones y ofrendas que creo cansado a V. E. me parece oportuno hacerle presente las necesidades que sufre el batallón en que sino

Estupor general. ¿Quién es el osado que habla al Libertador en esta forma disonante? Un oficial peruano, llamado Felipe Santiago Salaverry. Bolívar — grande siempre— no se ofende, y atendiendo al pedido del militar provee las necesidades del cuerpo de éste.

Santa Cruz, que ha conocido a Salaverry en anteriores campañas, no desapercibe este detalle. Quizá era a él a quien correspondía efectuar la demanda, formulada por un subalterno.

El prefecto Santa Cruz dispone grandes homenajes en honor de Sucre, que se halla presente. Y él mismo, olvidando las discrepancias que les separan, pronuncia un discurso conmovido, ensalzando la figura del vencedor de Ayacucho.

Desde La Paz, Bolívar escribe a Santa Cruz: —“El fruto de estas penas y dificultades (la fundación de la República) las recogeremos usted y yo cuando hagamos triunfar a la recién nacida República. Si ella dice que es mi hija, yo digo que usted es mi primer nieto”, agrega con alguna ironía.

Bolívar retorna al Bajo Perú, el 10 de enero de 1826. Antes de partir el 29 de diciembre de 1825, dicta un decreto delegando a Sucre la presidencia y disponiendo “que en caso de enfermedad, ausencia o muerte del Gran Mariscal de Ayacucho, se nombre al General de División don Andrés Santa Cruz en su lugar”. Bolívar no ignora cuán partidario es Santa Cruz de la unión entre el Alto y el Bajo Perú. Acaso piensa que es el llamado a efectuar la fusión, proyecto que él no pudo hacer realidad, por ser — pese a todo— un extranjero. Conoce a Santa Cruz y fía en su tino político. Además, como alto peruano es menos vulnerable a los ataques que

Bolívar ya presiente venir. El 19 de diciembre de 1825 ha querido darle una muestra de su gratitud confiriéndole la medalla de la orden del Libertador. Es, pues, posible que si Sucre llega a ausentarse por cualquier circunstancia, Santa Cruz, con la suma del poder político oriente sus actos hacia el fin que ambos se proponen.

Santa Cruz, que tiene un tácito entendimiento con Bolívar, procura captar para sí el aprecio del Libertador. Es el que propone y realiza el obsequio de una medalla de brillantes. Bolívar que quiere darle mayores muestras de su aprecio y de su agradecimiento, le obsequia una casa en La Paz y una hacienda en Yungas, que suman un valor de ciento veinte mil pesos. Ambas propiedades han sido expropiadas a un español llamado Zaballa, quien las reclamará más tarde.

Santa Cruz, como Bolívar y acaso más que Bolívar, comprende poco a poco que el deseo autonomista está demasiado arraigado en el espíritu de los altoperuanos. Cualquier labor en contrario sería tachada de inmediato de antipatriótica y ganaría para quien la prohijase la impopularidad y acaso la desgracia política. Y él es demasiado débil para comprometerse tan tempranamente.

Conoce el propósito que ha guiado a Bolívar al nombrarle sucesor de Sucre, en caso de muerte o ausencia de éste; pero se percata que tampoco logrará nada con ello. La idea no ha madurado todavía. Es el instante de la efervescencia y algarabía patrióticas.

Abandona Chuquisaca. El 1º de enero de 1826, sale de la capital dirigiéndose a La Paz, Conserva su cargo de prefecto de aquel departamento y se le ha encomendado iguales funciones en La Paz.

Su labor es de aprendizaje. Adquiere experiencia. Estudia las necesidades del país. Investiga, inquiere. Comienza a rodearse de amigos y agentes. Elabora útiles proyectos para el futuro. Mas no impone a nadie de ellos. Es desconfiado por

naturaleza y juzga —con mucha razón— que dejar entrever sus propósitos es condenarlos a prematuro fracaso.

Es gobernador de dos departamentos, pero su mirada y su corazón están puestos en el norte. En el Perú. Allá posee más amigos, más relaciones, más intereses. Su nacimiento le ata indisolublemente a Bolivia; pero, en el fondo de su alma, se considera un peruano. Vive pendiente de los acontecimientos de allende el Desaguadero. Sigue la política con detalle, pues un secreto instinto le indica que pronto habrá de actuar en el Perú. El Cuzco, el Perú, le atraerán siempre, fatal, inevitablemente. Le liga vínculos sólidos con ese país, pues allí ha realizado gran parte de su carrera política y militar. Hay un extraño magnetismo que le orienta hacia el Perú. Y Santa Cruz sabe que ningún poder humano será suficiente para destruirlo.

También ama a la patria de su nacimiento. Y es por ello por lo que su ambición mayor es que ambas patrias formen una sola. Cuán lejano parece estar, sin embargo, el día en que estos deseos puedan cristalizarse.

Agustín Gamarra continúa de prefecto en el Cuzco. Está enredado en polémicas con el obispo de esa ciudad, que ha iniciado una campaña contra el Libertador, acusándole de impío y enemigo de la religión. No obstante, su acción de prefecto es proficua, pues inaugura un colegio de mujeres, algunos hospicios y establecimientos de beneficencia. Instala también la universidad de San Simón.

Esta labor forma parte de sus planes. Como Santa Cruz, él también los tiene. Carece de la envergadura intelectual de aquél, pero le iguala en ambición. Menos calculador, más audaz. Menos obstinado, más decidido. En cierto modo, como ocurre en la misma época a Santa Cruz, su espíritu está ausente de las cosas e indiferente a los hombres que le rodean. Sueña con algo más grande, con algo que le concierne más directamente.

El año 1825 concluye entre arrebatos de nacionalismo de las nuevas repúblicas y nacientes ambiciones y rivalidades entre los dirigentes de ellas.

Bolívar ha intentado implantar en el Perú la Constitución Vitalicia. Mas se ha creído ver en ese proyecto una desembozada ambición cesarista. Se le resiste y se le tilda de extranjero. Comprendiéndolo, el Libertador considera que acaso lo más sensato es que al Perú le gobierne un peruano. Con este propósito, en junio de 1826, llama a Santa Cruz para que presida el Consejo de Gobierno que debe regir en Lima. Bolívar dice a Sucre: –“El general Santa Cruz servirá para la presidencia del Perú, a menos que se desagraden de él, lo que no espero, pues él es bastante agradable y sagaz”. Y luego escribe al general Carlos Soublette:

–“Este general Santa Cruz tiene cualidades muy superiores a los que han mandado hasta ahora en el Perú y, a la verdad, es el único en quien he podido fijarme después de la tenaz resistencia del general La Mar”. Conociendo la rivalidad que tiene con Gamarra, Bolívar escribe a éste, el 30 de junio de 1826: “El General Santa Cruz queda aquí de Presidente del Consejo de Gobierno, rodeado de las personas más respetables por su probidad, por sus luces y por la opinión de que gozan. Me ha sido muy satisfactorio ver que ha sido generalmente aplaudida la elección hecha en él para este alto destino”.

Santa Cruz atraviesa el Desaguadero, río que comienza a ser simbólico para él. Acaso esperaba esta invitación de Bolívar, pues sus agentes y amigos en el Perú le informan oportunamente de los acontecimientos.

El 29 de junio de 1826 se instala solemnemente el congreso peruano. Su directorio está formado por Andrés Santa Cruz, como presidente; Hipólito Unanue, como vice; José María Pando, como secretario y José Larrea Laredo y Tomás Herez, como vocales.

En el acto de posesión, Santa Cruz dirige una proclama a los peruanos y les dice: “El padre de la república, el hombre insigne del siglo, me ha encargado de la presidencia del Consejo de Gobierno. Su Excelencia no ha contado más que con mi subordinación y buena fe, y con el profundo respeto que le debo, como al salvador de mi patria”. ¿Se refiere a Bolivia? ¿Se refiere al Perú?

En Bolivia se ha olvidado que Santa Cruz es boliviano; se le considera y se le da el tratamiento de peruano. Y es el mismo Sucre, el venezolano presidente de Bolivia, quien manda a Santa Cruz, boliviano presidente del Perú, la siguiente misiva congratulatoria: —“Vuestra elevación a la Presidencia del Consejo de Gobierno del Perú, que ejerce el poder ejecutivo de la república, y que os dignáis participarme en vuestro apreciable despacho de 13 de julio, ha sido tan grato al gobierno de Bolivia como a los hijos de ésta, que conmigo se felicitan por tan distinguida elección”.

La habilidad administrativa de Santa Cruz, se muestra de inmediato. Trabaja incesante e infatigablemente desde el primer día. Fomenta la instrucción popular; le preocupan la salubridad e higiene del pueblo. Posee además buenos colaboradores: Unanue, hombre de ciencia, escritor, publicista.. Consejero de los últimos virreyes, ha sido también ministro de Hacienda de San Martín. José María de Pando, limeño, diplomático, de destacada actuación en el viejo mundo.

El 1º de julio de 1826, Pando envía una circular a los prefectos, para que convoquen a los colegios electorales y se decida si los pueblos aceptan la Constitución Vitalicia, formulada por Bolívar, y que según él es: “el arca que salvaría a los pueblos del naufragio”. Pero los peruanos resisten y detestan la constitución que pretende imponer Bolívar. El espíritu liberal de la época tiene un gesto de honor ante todo lo que pueda evocar la imagen del rey y de la monarquía. El 6 de julio, estalla una sublevación en Huancayo. Santa Cruz va personalmente a conjurarla. Llega allí y comprueba que dos escuadrones de Húsares de Junín son los amotinados. Somete con facilidad a los rebeldes, e, implacable y frío, condena y ejecuta al teniente Silva y a varios hombres de tropa comprometidos.

Pero la situación no está salvada. El 28 de julio se descubre otra conjuración contra Bolívar. Nuevas persecuciones y destierros. Bolívar exilia al general Necochea, a Luna Pizarro y a otros.

Dolido y exasperado, el Libertador resuelve marcharse. El 1º de septiembre de 1826 designa a Santa Cruz para que lo sustituya en el cargo de presidente del Perú. El 3 del mismo mes, Bolívar emprende su viaje que es casi una huida. Desde Popayán, en octubre, escribe, desengañado, a Santa Cruz: —“Yo tengo demasiadas atenciones en mi suelo nativo que he descuidado largo tiempo por otros países de América; ahora veo que los males han llegado a su exceso y que Venezuela es la víctima de mis propios sucesos; no quiero merecer el vituperio de ingrato a mi primitiva patria. Tengo también en consideración la idea de conciliar la dicha de mis amigos con mi gloria particular. Ustedes serán sacrificados si se empeñan en sostenerme contra el conato nacional. .. Yo pues, relevo a ustedes y a mis amigos los ministros, del compromiso de continuar en las miras que habían formado. Yo aconsejo a ustedes que se abandonen al torrente de los acontecimientos patrios., y que en lugar de planes americanos, adopten ustedes designios puramente peruanos..

Santa Cruz ha permanecido fiel a Bolívar. No ignora que la Constitución Vitalicia levantará descontento y resistencia en el Perú. Ello no es obstáculo para que el 30 de noviembre de 1826, decrete la vigencia del Código Político del Perú, que habla sido inspirado por Bolívar, y designe presidente perpetuo al Libertador. Le concede también el derecho a elegir sucesor. La ceremonia del juramento de la Constitución Vitalicia no es precisamente una demostración de entusiasmo popular. “Se arrojaron monedas, que no faltaron gentes de color que las recogiesen; pero no se logró que repitieran las palabras incesantes de Pando que desde una de las galerías no cesaba de gritar: “¡Viva la Constitución! ¡Viva el Presidente Vitalicio!” Unas cuantas voces de burla se oyeron que decían: “¡Viva la plata!”

¿Quién recuerda ahora que Bolívar dijo: “Esta constitución es la obra de los siglos, porque yo he reunido en ella todas las lecciones de la experiencia y los consejos de los sabios?”

En materia internacional, el Consejo de Gobierno del Perú celebra un importante acuerdo con Bolivia, aunque sus resultados son frustrados por el mismo Santa Cruz. Ortiz de Zeballos, plenipotenciario peruano, logra celebrar dos tratados con el gobierno boliviano.

Son los tratados de “Federación Boliviana y de Límites”, suscritos en Chuquisaca el 15 de noviembre de 1826, entre el ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Facundo Infante, el vocal de la Corte Suprema, Manuel María Urcullu y el ministro plenipotenciario peruano Ignacio Ortiz de Zeballos. Se fija la línea divisoria entre el territorio de los dos países “en el morro de los Diablos o cabo de Sama, entre los puertos de Ilo y Arica, hasta el pueblo de Sama, desde donde continuará por la quebrada honda en el valle de Sama, hasta la cordillera de Tacora, quedando para Bolivia el puerto de Anca y los demás comprendidos desde el grado 18 al 21”.

Bolivia, a su vez, cede al Perú los territorios de Copacabana y la provincia de Apolobamba o Caupolicán, obligándose también “a satisfacer en indemnización del aprecio que le merecen los puertos y territorios que la del Perú le cede en la costa, la cantidad de cinco millones de pesos fuertes a los acreedores extranjeros del Perú, en los plazos y con los gravámenes que esta república haya pactado”.

Se va aún más lejos, al proponerse la federación de Bolivia y el Perú.

Santa Cruz, presidente del Perú, tiene entonces unas palabras increíbles: “Usted –amonesta a Ortiz de Zeballos– está encargado de defender los intereses del Perú y por lo tanto me es imposible creer que usted trate ningún asunto que no sea de su felicidad. ¿Cómo puedo creer que siendo usted un agente del Perú, lo destruya y lo arruine? Sería no concederle a usted sentimiento de corazón peruano”.

La acción diplomática de Ortiz de Zeballos tiene aún otra repercusión. Son ya los departamentos del sur del Perú, que ante el temor de verse desmembrados por los tratados, intentan confederarse por su cuenta. Benito Laso, prefecto de Puno,

invita a una conferencia a Agustín Gamarra, prefecto del Cuzco, y al general La Fuente, prefecto de Arequipa, en Lampa. El propósito es dividir al Perú en dos estados, antes de permitir que parte de su territorio pase a dominio boliviano. Los tres prefectos no pretenden guardar secreto acerca de sus propósitos y en Arequipa discuten el asunto francamente. Santa Cruz obra esta vez con mano enérgica y destituye a Laso. No se atreve a hacer lo mismo con Gamarra y La Fuente; mas les advierte que sus planes no tienen el apoyo del gobierno.

Es el propio Santa Cruz quien determina el fracaso de los tratados suscritos por Ortiz de Zeballos. Perjudica a Bolivia, su patria. Hace todavía algo más: recibe un pedido de los vecindarios de Tacna, Anca, Moquegua, Locumba y Tarapacá solicitando el protectorado de Bolivia, y lo rechaza con igual energía.

Actitud incomprensible, desde el punto de vista boliviano. Sin embargo, le pinta como a gobernante y hombre honrado y leal con quienes le han delegado el mando. Es boliviano, pero en ese momento se halla de presidente del Perú. Su deber es servir los intereses de este país. El mismo lo dice: —“Los bolivianos quieren Anca y yo no quiero satisfacer los tratados por no faltar al juramento que he hecho de sostener a todo trance la integridad del Perú” -Agrega después: —“Yo no quiero que ningún Poder Ejecutivo pueda desmembrar la nación cuya integridad he jurado sostener y esto para mí sería mucho más comprometido que para otro alguno; no lo haré, pues, porque no debo, no puedo y porque no quiero abusar de la confianza que el Perú ha depositado en mi buena fe. Por el contrario, estoy resuelto a sostener a toda costa esta confianza y esta integridad nacional mientras llegue el momento de que sea relevado de mis juramentos”.

Santa Cruz, en ese momento se siente tal vez más peruano que boliviano. No otra explicación tienen estas sus palabras: “Que el Perú ceda Anca y Tacna por la provincia de Copacabana y Apolobamba... es loca proposición que no debíamos aceptar aunque pudiéramos... Los chuquisaqueños han engañado al pobre Zeballos”. Y el “pobre Zeballos” a su vez se regocija porque sus tratados no hu-

biesen sido ratificados, lo cual, a su juicio, “probaba que los bolivianos no podían salir de su miserable esfera sino a costa del Perú”.

En Bolivia la incompreensión no es menor. Por suspicacias inexplicables, los legisladores que discuten estos tratados en sus sesiones de 28 de noviembre y 2 y 15 de diciembre, imponen como condición que también Colombia deba incluirse en la federación propuesta. Es simplemente, como dice Olañeta, con cínica franqueza, “una excusa que disfrazaba la falta de sinceridad con que en Bolivia se iba a esa conjunción de las dos naciones .

Lo que Ortiz de Zeballos ha sugerido es la federación, bajo la presidencia de Bolívar. Y es Santa Cruz quien se opone a ello. ¿Se reprochará él mismo más tarde? Mas, por ahora, sus palabras y sus actos acusan un peruanismo intransigente y celoso. “Ello —dice un escritor— explica y disculpa en alguna manera a Santa Cruz de este grave cargo ante la posteridad y establece las razones y causales qué tuvo primero para rehusar en su calidad de Presidente del Perú la aprobación del tratado de límites del año 26, y luego para oponerse al deseo e insistentes peticiones de los pueblos del sur, para anexarse a Bolivia”.

Ni aun alejado Bolívar, cesa la resistencia del Perú contra la Constitución. El pueblo no la desea y cuando llega José Manuel Lorenzo Vidaurre, estalla otro motín.

Santa Cruz se halla enfermo en Chorrillos y ha delegado a Pando la atención del gobierno. Pero en la madrugada del 26 de enero de 1827, en circunstancias en que Pando pretende ingresar al Palacio, un centinela le impide el paso.

Un coronel apellidado Bustamante encabeza el motín. Como no desea o no logra llevar su intento a un plano político, envía una comisión en busca de Santa Cruz, invitándole a reasumir el gobierno.

Se reúne el Cabildo. Primer síntoma de que la Constitución será de Urulda, ya que ella a su vez habla abolido los cabildos. Al día siguiente se determina la no

vigencia de la carta política, el restablecimiento de la anterior y la convocatoria a un congreso, en el plazo de tres meses.

Santa Cruz, que ha demorado estudiadamente su llegada, arriba a Lima cuando el Cabildo está reunido. Se le recibe con entusiasmo y se le leen los acuerdos. Cuando se le participa que los miembros han sido suprimidos, Pando, que se halla presente, tiene el gesto despectivo de sonreír, quitarse el sombrero y saludar.

Dos días después, el 28 de enero, Santa Cruz comprende que es imposible mantener las disposiciones de Bolívar y declara que “no habiendo sido bien recibida la Constitución Política dictada por Bolívar, convoca a los pueblos para elegir representantes a la Asamblea Constituyente”. Su política ha cambiado en forma radical, al acatar un estado de cosas inevitable, eludiendo con tal actitud, no sólo el malestar existente, sino tal vez un conflicto armado entre peruanos.

Se critica acerbamente su conducta. Es verdad que se ha mostrado irresoluto, vacilando entre aceptar las proposiciones de los revolucionarios, o encabezar la reacción, embarcándose rumbo al norte. Pando le aconseja lo segundo; el gobernador del Callao le obliga a lo primero, al amenazarle con cañonear el barco “Macedonia”, en el que intenta marcharse. Quizá lleva en lo íntimo de su conciencia un secreto remordimiento por no haber cumplido hasta el final el deseo del Libertador, al que todo debe. A los delegados que le envían los revolucionarios, ha declarado que está de acuerdo, pero “que un puntillo de honor le detiene”.

Lara y otros jefes son expatriados. La división colombiana, que se subleva, es también embarcada el 8 de marzo rumbo a su patria.

Queda destruida la obra política de Bolívar. Y por extraño designio es Santa Cruz, obligado por la presión del pueblo, quien asesta la estocada final. Es verdad que no puede acusársele de infidente, ya que el mismo Bolívar, comprende que sus propósitos no arraigan en la opinión peruana y releva a Santa Cruz de sus obligaciones, en una carta fechada en Popayán, el 26 de octubre de 1826, en la que

dice: “Yo no quiero, no, jamás que mis amigos sean víctimas de su celo, o que caigan en la detestable opinión de enemigos de la patria. Así, obre el Consejo de Gobierno libremente; oiga su conciencia sin trabas ni empeños; oiga la voluntad pública, y sígala velozmente, y habrá llenado todos mis votos: el bien del Perú. .

Triunfante el golpe de estado, se constituye nuevo ministerio. Santa Cruz continúa como presidente y tiene la colaboración de Vidaurre, a cuya inspiración se debió el motín, José María Galdano, Manuel Salazar y Baquijano.

Santa Cruz envía en estas circunstancias una proclama al pueblo peruano: “El gobierno del Perú no sería fiel a sus obligaciones si desatendiese un eco que llega a sus oídos desde los puntos más remotos de la república y 16 dice la Constitución para Bolivia no fue recibida por una libre voluntad, cual se requiere para los códigos políticos”.

El 28 de enero de 1827, dicta el decreto de convocatoria a elecciones para el Congreso Constituyente que deberá reunirse el 1º de mayo del mismo año, para nombrar al Presidente y Vicepresidente de la república, de acuerdo a la Constitución de 1823.

El Congreso inaugura sus deliberaciones el 4 de junio de 1827. Congrega a destacadas personalidades peruanas, y ante ellas Santa Cruz presenta, por tres veces, teatral renuncia de su cargo. El 7 de junio lee su mensaje y se despoja de la bicolor manifestando: “que quería abandonar su carrera política, después de haber logrado la libertad de la Patria”.

En el Congreso existe ambiente para reelegirle y él mismo mueve subterráneamente los hilos. Presidente del Congreso ha sido elegido el hábil y astuto Luna Pizarro –quizá más hábil y astuto que el propio Santa Cruz– quien presenta la candidatura del general ecuatoriano José de La Mar.

El 9 de junio, sorpresivamente, Luna precipita la votación; La Mar obtiene 58 votos y Santa Cruz 29. Derrotado, califica la elección como “brusco y sorpresivo

ataque, igual al que pueden hacer a un caminante desarmado, unos bandoleros de oficio

Vicepresidente es designado Manuel Salazar y Baquíjano.

Como La Mar se halla en Guayaquil, el 24 de junio Santa Cruz resigna el mando en favor del vicepresidente Baquijano, quien lo retiene hasta agosto. La Mar, hombre de grandes virtudes, es igualmente un extranjero. Ha nacido en Cuenca (Ecuador), y le ha cabido destacada actuación en las guerras de la independencia. No goza de mucha popularidad en el Perú y su elección débese al empeño de los adversarios de Santa Cruz por impedir que éste llegue a la presidencia.

Eliminado Santa Cruz, el Congreso declara abolida la Constitución Vitalicia y restablece la vigencia de la de 1823.

¿Por qué Luna Pizarro ha enderezado su influencia en favor de La Mar y no de Santa Cruz? ¿Es acaso el precio de la expatriación que Luna Pizarro tuvo que decidir para si mismo, cuando el motín de Balconcillo?

Cualquiera que fuese la causa, frustra con esta política el destino de dos pueblos. “Debe considerarse como una inmensa desgracia, el que Santa Cruz no fuera elegido –escribe Jorge Basadre–; había en Santa Cruz aptitudes administrativas singulares y era conveniente emplearle en servicio del Perú. Aprovechándose de la incipiente del celo nacional boliviano en aquella época, hubiera ido Santa Cruz a la reunión del Perú y Bolivia en beneficio del Perú; al “anschluss” como se diría con palabras de nuestro tiempo, boliviano gobernando el Perú, como Hitler, austriaco, gobernando Alemania obtuvo la anexión de Austria en beneficio de Alemania. Chile, rival clarividente que años más tarde desbaratará la Confederación peruano-boliviana, no se habla consolidado aún”.

- Por desdicha el “nacionalismo incipiente” de Bolivia contaba con un Casimiro Olañeta –con muchos Olañetas– que habrían tal vez precipitado la guerra civil antes que soportar una anexión al Perú. Los políticos de este país

encumbran a La Mar y posponen a Santa Cruz. El Congreso - decreta que se dé gracias al general Santa Cruz “por sus esfuerzos para reunir a la representación nacional”. Es una forma de despedirle.

Luego le encarga la representación diplomática del Perú en Londres para designarle finalmente plenipotenciario en Chile y la Argentina. Se busca alejarle por todos los medios. Luna Pizarro no puede convenir “que existiera en el territorio, ningún hombre que no fuera de su protección”, según palabras del mismo Santa Cruz.

Santa Cruz parte rumbo a Santiago de Chile, en julio de 1827. Sabe que el tiempo trabajará en su favor; pero no ha podido evitar ni encubrir su contrariedad por los últimos acontecimientos.

Cumplió su deber en el Perú. Pudiendo perpetuarse en el mando, prefirió convocar a una asamblea, que acaba de desterrarle con disimulo. Fiel a sus juramentos de gobernante peruano, ha perjudicado a Bolivia, al oponerse a tratados que la habrían engrandecido, sin representar pérdida sensible para el Perú.

Ha sido, en suma, un buen administrador. Regularizó la hacienda pública con nimiedad extrema; rodeó de libertades las actividades de los ciudadanos; jerarquizó y dignificó las funciones de gobernante.

Le alejan ahora los mismos que gozaron de sus beneficios. Pero está seguro que volverán a llamarle, obligados por las circunstancias.

Es sólo un “intermezzo”.

V ARISTIDES

¿Ha olvidado a su patria este Embajador del Perú en Chile y la Argentina?
¿Son ya extraños a sus afectos y a sus recuerdos, aquel lago plácido en cuyas orillas transcurrieran las horas de su niñez dichosa; esas montañas inmutables que le enseñaron la grandeza de su tierra; esa pampa yerma y gris en la que moran unos hombres siempre reconcentrados y tristes?

¿Es que nada representa para él su madre, que aún vive en el altiplano remoto?
¿Ha olvidado ya que en La Paz se halla la tumba de don Joseph, aquel que muriera defendiendo la causa del Rey?

No. No se puede olvidar a la patria. Andrés Santa Cruz, a quien el Perú acaba de pagar con un destierro disimulado, vuelve ahora la mirada a Bolivia, la tierra de su nacimiento.

Pese a los contratiempos, no ha muerto su ambición y comprende que es necesario conservar los vínculos con su país. Tiene amigos, cuenta con posibilidades. Quizá Bolivia puede brindarle lo que el Perú le niega.

Es demasiado orgulloso para solicitar directamente y por ello mueve con astucia a aquellos de quienes espera que podrán servirle. Se informa acerca de los acontecimientos de su patria; indaga sobre sus hombres representativos, y subterránea pero ahincadamente, interviene en la actividad política.

Una noche, el 24 de diciembre de 1827, estalla en La Paz una sedición encabezada por el regimiento "Voltijeros". Lo extraño es que los sublevados salen a las calles al grito de –"Viva Santa Cruz" y "¡Viva Gamarra!" – ¿Cuál de los dos caudillos se recata en las sombras?

El motín es dominado por las fuerzas del gobierno, pero queda flotando una sospecha: ¿Por qué se ha vitoreado a Santa Cruz?

Se inquieta, sin embargo, al saber que Agustín Gamarra, desconociendo la autoridad del general La Mar, presidente del Perú, ha invadido a Bolivia con un ejército propio.

Sus amigos de La Paz le informan detalladamente sobre los acontecimientos:

Gamarra, amo. del sur del Perú, ha invitado al mariscal Sucre, para celebrar una conferencia en el río Desaguadero. Esta se efectúa el 5 de marzo de 1828 y Gamarra queda aparentemente tranquilizado, por las promesas y seguridades que da Sucre. El mariscal de Ayacucho juzga haber conjurado el peligro de invasión y escribe, unos días más tarde:

“El 5 de éste, hablé con el general Gamarra en el Desaguadero. Dejarnos transadas todas las diferencias de un modo muy satisfactorio para los dos Estados. Creo que me ha hablado de buena fe y por tanto conservaremos la paz. Me trató con el mismo respeto y consideraciones que el día de Ayacucho y pienso que está animado de buenos sentimientos”.

El jefe cuzqueño ha procedido con cicatería, pues el 4 de mayo cruza el Desaguadero afirmando que 82 peticiones con más de dos mil firmas le llaman. Exige un “ósculo de paz y una amistad fraternal con el Bajo Perú”.

Refiriéndose al motín del 18 de abril, en que fuera herido Sucre, expresa con hipocresía:

–“Vengo a ponerme entre la víctima y los asesinos”.

Está alentado por algunos bolivianos y el ejército no intenta oponerle resistencia. “El enemigo huye regando el camino de hombres y armas”, dice Gamarra, olvidando pronto lo del ósculo de paz.

Entra en La Paz el 8 de mayo, sin encontrar oposición. Sucre delega el poder al general José María Pérez de Urdininea, quien intenta un avenimiento con el invasor. Gamarra, en cuyo ejército va vestida de hombre su propia esposa, hace oídos sordos a toda solicitud de concordia.

Ocupa Oruro y señorea en el país. Urdininea viendo perdida la situación, accede a firmar el tratado de Piquiza, el 6 de julio. En él se estipula la salida de las tropas colombianas; la renuncia de Sucre; la ocupación de Potosí por el ejército peruano hasta la reunión de la Asamblea; el mantenimiento de dicho ejército con fondos del tesoro boliviano; y otras condiciones igualmente ominosas. Es tan humillante este tratado, que, al suscribirlo, uno de los delegados bolivianos, el general López, llora sin embozo.

Sucre se marcha de Bolivia, pero antes envía al Congreso reunido en Chuquisaca, ese mensaje que recordarán las generaciones: "Aún pediré otra recompensa a la Nación y a sus gobernantes. La de no destruir la obra de mi creación y de conservar por entre todos los peligros la integridad de Bolivia".

Sale de Chuquisaca, escarnecido y con un brazo quebrado. Ha pedido prestados -mil pesos para costearse el viaje.

Quizá Santa Cruz no es del todo ajeno a la campaña desencadenada en Bolivia contra Sucre. Muy sugerente es la carta que envía al general Pedro Blanco, desde Santiago de Chile, el 10 de diciembre de 1828: "... Aunque el señor Córdova no me ha traído carta tuya porque estabas fuera de Chuquisaca, he sido informado por él de algunas particularidades que me han satisfecho, instruyéndome de tu buena comportamiento y de la bien merecida opinión que se te tributa en recompensa. Tan satisfactorio me ha sido saber el triunfo de la patria como el que tú hayas sido el principal agente de él. Espero que continúes tus nobles esfuerzos en favor de una obra que apenas está en obra. El orden es el asunto que en mi concepto merece más atención, porque sino la anarquía va a ser más cruel que el tirano que acabas de echar del país..

Sin saberlo, Sucre ha propuesto en su mensaje al Congreso boliviano que su sucesor en la presidencia, sea el general Santa Cruz. Con ello, cumple una disposición de Bolívar y también lo hace porque comprende que Santa Cruz es el único personaje boliviano que puede oponerse a Gamarra.

El Congreso inaugura sus deliberaciones el 12 de agosto de 1828. Con premura, designa presidente de la república al mariscal Andrés Santa Cruz y vicepresidente al general José Miguel de Velasco. Como Santa Cruz se encuentra en Chile, encarga provisionalmente la presidencia, al segundo. El congreso se disuelve luego, convocando previamente a una asamblea convencional.

Cumplido su objetivo, Agustín Gamarra sale de Bolivia; pero antes envía al gobierno una nota mordaz:

“Bolivianos: el ejército peruano vuelve a pasar el Desaguadero, pero lleno de contento por haber reintegrado en sus goces a una nación amiga y hermana. Lleva, pues, en recompensa, la amistad y los ósculos de paz que le dirigen pueblos justos y reconocidos”.

Casimiro Olañeta responde con mayor ironía:

“...el jefe del ejército peruano repasando el Desaguadero, se presenta para la historia, como el guerrero filósofo que ha sabido convertir los instrumentos de ruina y devastación, en beneficio de la humanidad doliente...”

Pero Gamarra, aunque se retira, deja su ambición arraigada en Bolivia. Saquea los arsenales militares y agotado el tesoro público, escribe a sus agentes, les incita a la traición; intriga, seduce. El general boliviano Pedro Blanco es el más obsecuente cómplice. En La Paz estalla a poco un movimiento de anexión al Perú, promovido por el general Ramón Loayza, también boliviano y amigo de Gamarra. El presidente Velasco conjura el conflicto, mediante promesas y halagos.

La situación política es inestable y caótica. Gamarra es el amo y a su poder se someten los hombres. Bolivia, en verdad, está en trance de perder su independencia, aun antes de haberla ganado por entero.

Es notorio que uno de los motivos por los que Gamarra la ha invadido ha sido el de despojar al mariscal Sucre de toda ingerencia en el gobierno boliviano y evitar así que, establecido un entendimiento entre Bolivia y Colombia, el Perú

tuviese dos fronteras que defender en caso de un conflicto. A la vez, era política de Sucre impedir que Bolivia fuese absorbida por el Perú o se uniese a él, creándose así un vecino demasiado poderoso frente a la república colombiana.

Santa Cruz sabe esto y mucho más.

Le desazona comprobar que Gamarra va adquiriendo tanto poder e influencia en una patria que no es la suya. Conoce mucho a este compañero de la infancia e intuye que su ambición no se detendrá ante nada. Gamarra también prohíja la idea de un Gran Perú, pero no como resultado de voluntario acuerdo entre nación y nación, sino imponiendo a Bolivia la hegemonía del Perú. Lo que él desea es una sumisión que semeje una conquista.

Andrés Santa Cruz presiente que ha perdido terreno, por más que los representantes congresales le hubiesen ungido presidente. Barrunta que Gamarra, al retirarse de Bolivia, ha dejado amigos y secuaces que secundarán su política. Es preciso, pues, comenzar por desbaratar los planes concertados por aquél. Así lo hace de inmediato, aunque en forma disimulada y poco ostensible. Aparenta colaborar con Gamarra y éste, que tampoco ignora los verdaderos propósitos de Santa Cruz, finge aceptar la ayuda.

“Ojalá fueras tú el salvador del Perú; entonces trabajaría con doble acierto”, le escribe. Pero ambos están jugando con barajas -falsas y pretenden engañarse recíprocamente.

Andrés Santa Cruz desempeña todavía funciones de ministro del Perú en Santiago de Chile, cuando recibe la noticia de su encumbramiento a la presidencia de Bolivia.

No se sorprende mucho, pues sus agentes le han informado constantemente acerca de los sucesos políticos y él ha podido prever que, tarde o temprano, los inquietos y amenazados bolivianos recordarán al único hombre que podría salvarles en críticas circunstancias.

Nuevos horizontes se despejan para él e intuye que sir-viéndose y sirviendo a Bolivia, conseguirá tal vez lo que el Perú le rehusó. En ninguna circunstancia ha dejado de sentirse ligado a este país, que continúa interesándole tanto o más que su misma patria. Ahora es presidente de Bolivia, pero no desea perder su condición de ciudadano peruano. Es demasiado precavido para hacerlo y por eso antes de aceptar la presidencia de Bolivia, él, ciudadano boliviano, solicita permiso al gobierno del Perú.

“Los vínculos que me ligan al Perú – dice – me hacen ver sus intereses como los de Bolivia y si algo me lisonjea en la elección con que ahora se me ha honrado, es verme en estado de llevar a efecto mis más ardientes anhelos, trabajando igualmente por la causa de ambas repúblicas”.

Gamarra, a la fecha presidente del- Perú, accede a la petición del mariscal de Zepita, pensando acaso que con ello elimina a un contendiente peligroso.

Esos ‘ardientes anhelos’ de Santa Cruz son, sin duda, hacer del Perú y Bolivia una sola patria. Ha adquirido ya suficiente experiencia política, sus ensueños de antaño poseen ahora la concreción de propósitos definidos y parece llegada la hora de obrar.

Santa Cruz no acierta a reprimir en estremecimiento. Sabe que tiene prestigio en el Perú y que es indispensable su presencia en Bolivia. En aquella nación sólo hay un hombre que puede hacerle sombra: su antiguo condiscípulo Agustín Gamarra. En Bolivia, por el momento, es una cumbre solitaria. El poder está en sus manos y aunque la patria se halla anarquizada, confía en restablecer la normalidad y el orden. No ignora que es de titanes la labor que le aguarda y que quizá muchos desengaños y contratiempos acechan en su camino. No obstante, su anhelo de trabajar por el país vence a los vagos temores que quizá le asaltan en un postrer instante de duda y vacilación.

En un día memorable –el 2 de diciembre de 1828– Andrés Santa Cruz, acepta la presidencia de Bolivia, mediante nota dirigida al Presidente Provisional, general José Miguel de Velasco.

Está deseoso de emprender inmediatamente sus tareas. Considera de buena técnica disimular su prisa y demorar el viaje, dando a su aceptación, la apariencia de un sacrificio personal, inveterada manía altoperuana:

–“Me decidí por fin a marchar en auxilio de Bolivia, resuelto a librarla de tantos horrores, o a sepultarme en sus ruinas” –, declara teatralmente.

El 15 de diciembre de 1828 parte de Valparaíso a bordo del bergantín “Aguiles”. Desde la cubierta del barco dirige una mirada a esa tierra que mañana será su enemiga, y con la cabeza rebotante de proyectos, comienza tal vez a meditar su primer discurso. Llega a Islay y se dirige luego a Arequipa, en los primeros días de enero de 1829. Aquí, en la Ciudad Blanca, encarado al Misti, y olvidando sus devaneos políticos, consagra algunos días a la hija del antiguo Oidor Pedro Antonio Cernadas, doña María Francisca, aquella en cuya casa se hospedara cuando huía del seminario de San Antonio Abad. Hace muchos años que la ama y todas las alternativas de su azarosa carrera militar no han impedido que este sentimiento florezca. Ahora, en este breve paréntesis, Andrés Santa Cruz puede por fin unirse para siempre con ella. Se casa sin boato.

Francisca Cernadas ha aprendido en la magia extraña de sus ojos endrinos, el añejo y misterioso encanto de la tierra en que naciera. Ambos eran casi niños y sus primeras miradas cuajaban rubores, cuando se conocieron. Pero los años, lejos de disipar la impresión primera, la han fortalecido y arraigado. Ella esperó al guerrero que combatía en países lejanos; él suspiró siempre por retornar. Repican campanas en sus corazones y algo les anuncia que su amor sólo morirá con ellos.

María Francisca Cernadas será siempre la compañera abnegada de un hombre a quien embestirán muchas tempestades en su camino.

En Bolivia acaecen sucesos diferentes. La Asamblea Constituyente, reunida en Chuquisaca el 16 de diciembre de 1828, elige presidente de la república al general Pedro Blanco, amigo y agente de Gamarra.

El resultado de la votación ha sido terminante. Por blanco, 28 votos; por Santa Cruz, 6. Detalle sintomático: vicepresidente, el general Ramón Loayza, también amigo de Gamarra. Indudablemente, es un triunfo de éste.

Santa Cruz se muerde los labios. Se le ha olvidado en el Perú, ahora se le relega en Bolivia. Amarga enseñanza.

Sin embargo, los acontecimientos cambian en su favor. Pedro Blanco es asesinado el 19 de enero de 1829, cinco años después de su encumbramiento a la presidencia-, y la anarquía y el caos parecen enseñorearse otra vez en Bolivia. La Asamblea, dividida y desconcertada; Velasco, incapaz de hacer frente a la situación. El país entero carente de un conductor y frente a la amenaza latente de Agustín Gamarra, quien continúa asechando desde la frontera peruana. El crimen político ha manchado ya las primeras acciones de la república. “¡Bolivianos!, dirá entonces Velasco, la guerra fratricida nos amenazó; veíamos al padre luchando contra el hijo, al hermano despedazando la mitad de su alma, a la esposa traicionando a su marido; la amistad y la justicia huyendo a otra tierra feliz para buscar un asilo, la industria muerta; los campos incendiados, el comercio * paralizado, atacada la propiedad, levantado un cadalso en cada bocacalle, las poblaciones solitarias, pero cubiertas de cadáveres y sangre, y llanto y desolación”. ¿A quién recurrir en tan críticas circunstancias?

Instintivamente el pueblo vuelve otra vez recuerdo y mirada hacia Santa Cruz y vuelca sus esperanzas en él. La angustia de una nación desorientada, se dirige al mariscal de Zepita, al amigo de Bolívar, al ex-presidente del Consejo de Gobierno del Perú.

La misma asamblea que antes le ha inferido público desaire, al elegir a Blanco, decreta el 31 de enero de 1829:

... Por tanto se llamará nuevamente el Gran Mariscal don Andrés Santa Cruz, como a Presidente Provisional nombrado por el Congreso Constituyente y deseado por todos los bolivianos”.

Esta vez ya no se le olvidará. Pero Santa Cruz, temeroso de un nuevo contratiempo desagradable y seguro ya de que es imprescindible su presencia en Bolivia, exige que el decreto de 31 de enero sea ratificado en-actas populares suscritas en toda la república.

Doble motivo le impulsa a ello: desea impresionar a amigos y enemigos, dando la sensación de su firme arraigo en el espíritu y en el corazón del pueblo. Anhela también compulsar ante sí mismo el sentimiento popular, ya que los planes que piensa poner en ejecución cuando asuma la presidencia requieren del apoyo de todos los bolivianos. Y por esa da largas a su aceptación. Espera con paciencia,— aunque ello no le impide mover a sus amigos y agentes diseminados en todo el territorio.

Este aparente desapego e indiferencia del presidente electo alarma a los bolivianos. Con desusada celeridad se suscriben actas en todo el país. En las ciudades principales, se ubican estos documentos en las plazas públicas, para lograr el mayor número de firmas. No satisfechos con ello designan una comisión para que entreviste a Santa Cruz en Arequipa y venza sus últimas resistencias. Son nombrados para esta labor personajes conspicuos: Baltasar Alquiza, jurisconsulto y legislador; Fermín Eyzaguirre, parlamentario y viejo partidario suyo; Agustín Fernández de Córdova, en representación del clero. A su vez, el ejército delega al general Francisco López y a los capitanes Fermín Rivero, José Buitrago y José Benito Velasco.

Los - delegados entrevistan a Santa Cruz el 9, de abril de 1829. Les recibe teatralmente, pues no ignora que debe impresionarles y dar en todo momento la sensación de su desapego del mando.

Eyzaguirre le entrega una carta credencial, firmada por el vicepresidente Velasco y fechada en Chuquisaca el 4 de febrero, en la que Santa Cruz lee este párrafo patético:

“Yo me lleno de la más consolante satisfacción al dirigirme por segunda vez a V.E. para presentarle los cordiales votos de los bolivianos, que con derecho claman por la presencia de su hijo predilecto, para encargarle el cuidado de su dicha y felicidad. Si, cuando se hallaba reunido el Congreso Constituyente, la República no ofrecía, sin duda un aspecto tan melancólico como el presente, era mirado V.E. como el ángel de la paz, como el áncora de salvación, como el único capaz de dirigirla diestramente a puerto seguro, hoy que aquella perspectiva ha sido algo más empañada, ¿cómo no se ansiará con más razón por ver a V.E. entre nosotros?”

Luego habla Fermín Eyzaguirre: “Entregada Bolivia a la orfandad más lamentable y no divisando otro horizonte que catástrofes sin fin, vuelve sus abatidos ojos hacia vos. Por todos los ángulos de la república, el nombre de V.E. se aclama como el ángel de la paz... Volvamos, señor, a nuestros hogares. Allá, en medio de sus hermanos, compatriotas y amigos, podrá consolarse de la pérdida de las dulces satisfacciones que disfrutaban en este suelo generoso y por lo menos el mérito de haber salvado a su patria compensará tantas privaciones y sacrificios. ¿Será posible que V.E. permitiese que los infelices bolivianos giman por más tiempo bajo el peso del infortunio?... Séame permitido conjurarle a nombre del Dios del Universo, que venga a enjugar el llanto de los bolivianos o renuncie al nombre americano”.

Santa Cruz responde con grave ademán:

—“Triste es, señores, la reseña que me habéis presentado de Bolivia, y aunque os había precedido el ruido de los acontecimientos que allí se han sucedido, no he podido escucharos sin lastimar mi corazón. No debo ocultar cuán sensible me sea tener que ausentarme de entre mis mejores amigos y del país al que me liga la gratitud y también la sangre. Bien sabido es cuánto debo al Perú y que éste ha sido

el campo de mis trabajos y donde algunos de mis servicios, protegidos por la fortuna, han sido consagrados por la afección, y no debe extrañarse que yo luche todavía con fuerte perplejidad. .

Ha cuidado de recalcar su amistad y devoción al Perú. Lo hace porque realmente se siente ligado a este país y también porque sabe que su futuro seguirá enlazado a él. Es, pues, conveniente aceptar la presidencia de Bolivia, dejando empero establecidos los vínculos que le reatan al Perú. Desea estar siempre presente en su política y no conviene a sus planes que se le considere un extraño. Por ello, en su discurso de aceptación, habla con más cariño del Perú que de la república que le ha ungido presidente. Se refiere a Bolivia como si se tratase de una madre desgraciada, a la que es un deber amparar y proteger.. .. Habla del Perú como del suelo amigo, en el que quedan las preferencias y el corazón. Aquella representa un deber, éste un afecto.

Tal es el sentimiento que no recata a los delegados bolivianos. En el fondo es quizá sólo un ardid, para engañar a unos y otros, porque lo que realmente sueña, es ver al Perú y a Bolivia unidos, formando una sola patria.

Finalmente, acepta la presidencia y se prepara para viajar a La Paz. El hijo de Juana Bacilia volverá a la tierra de sus padres.

Antes de abandonar Arequipa, y dos días después de haber conversado con los delegados, da un paso trascendental para el desarrollo de su futura política. Considerando que su posición de presidente de Bolivia le impedirá ejercer acción directa y desembozada en el Perú, recurre a medios subterráneos, que en lenguaje contemporáneo podrían llamarse de “quinta columna”

Cuando su rendición a San Martín, después de la batalla de Cerro de Pasco, ha ingresado a la masonería. Convencido de la poderosa influencia ejercida por estas asociaciones secretas en la consecución de fines políticos, sabe que la independencia americana se ha logrado en gran parte, gracias a la labor silenciosa y eficaz de “logias” que prepararon el terreno para las victorias militares.

No cavila mucho, y antes de volver a Bolivia funda la logia masónica denominada "Independencia Peruana". El documento inicial es suscrito por el propio Santa Cruz:

"Acta fundamental de la nueva sociedad masónica, instituida por el muy caro.: Andrés Santa Cruz, titulada de la Independencia Peruana, bajo los auspicios de San Juan de Jerusalén y con iguales ritos a las anteriormente constituidas. – A Cr.: del Titicaca, en un lugar sagrado donde reina el silencio y la humildad, a los 11 días del 2º mes masónico, año de verdadera luz 5829 y de la era vulgar 1829. Se juntaron el Gran Maestro fundador Andrés Santa Cruz y los hh.: Rufino Macedo, Domingo Infante, Pedro Miguel de Orbina, Manuel Eusebio Bermejo, Atanasio Hernández, Manuel Rodríguez Magariños, Pedro Aguirre, Juan Escobedo y Mariano Luna, convocados por el Gran Maestro, con el objeto de fundar esta nueva sociedad masónica: -

El propósito esencial de Santa Cruz al fundar esta logia es emplearla para trabajar por la Confederación Perú-boliviana. Todos los "hermanos" reciben instrucciones concretas para ejercitar acción en tal sentido, mediante propaganda paciente y constante sobre el pueblo. Santa Cruz toma para si el nombre de "Aristides" y es el director espiritual del movimiento.

Esta acción, en vísperas de salir para Bolivia, le pinta por entero. No se atreve todavía a lanzar la idea de la unión política entre el Perú y Bolivia, pero comienza a situar a sus agentes y amigos en ambos países. Ellos le tendrán informado y serán, constantemente, los agitadores cautos y disciplinados, que obedecerán órdenes impartidas desde el Altiplano.

Satisfecho con este paso inicial, Santa Cruz sale de Arequipa el 2 de mayo, en viaje a La Paz. Abandona por un tiempo el Perú, pero ha dejado ya la semilla que en su oportunidad germinará en los frutos ansiados. Los miembros de la "Independencia Peruana", dispersos en los principales sitios del Perú, serán los vigías alertas prestos a notificarle de cuanto acontezca en ese periodo preparatorio.

Los primeros resultados se hacen visibles, aún antes que Santa Cruz asuma la presidencia. En ese mismo mes de mayo de 1829, aparece en Puno un acta pidiendo al congreso peruano la elección de Santa Cruz como presidente del Perú. En el Cuzco, agentes de la "Independencia Peruana" logran que la Municipalidad deponga al prefecto Pío Tristan e implore a Santa Cruz la "protección ofrecida".

Pero no es eso lo que el mariscal de Zepita desea por de pronto. Es añeja costumbre en él esperar con paciencia el desarrollo de los acontecimientos e intervenir directamente en el momento oportuno. No desea que la Logia que acaba de fundar desarrolle acción inmediata y visible. Prefiere el trabajo perseverante y lento, a fin de preparar los espíritus e introducir en ellos paulatinamente la convicción de que Bolivia y el Perú deben ser un solo país, con un solo gobierno y comunes ideales.

Santa Cruz bordea nuevamente el Lago, rumbo a la patria. Le espera la presidencia de la república; pero, no obstante el deseo que abriga de iniciar de inmediato su tarea, se detiene unas horas en Copacabana, para visitar el Santuario. Allí, en el fondo de una pequeña capilla, "Aristides", el Gran Maestro, se arrodilla ante la imagen de la virgen morena. La mística atmósfera que le rodea, el solemne momento que vive, la incertidumbre del mañana y el embrujo de ese Lago que tantas sugerencias guarda para él, motiva que olvide sus terrenales preocupaciones y por unos instantes eleva su alma a Dios.

Se difunde con celeridad la noticia de su visita al Santuario. El pueblo boliviano, católico en su médula, celebra esta actitud del presidente y el relato del episodio de su visita al Santuario - acrecienta su popularidad. "Aristides" permanece ignorado.

Ingresa en La Paz, el 19 de mayo de 1829 y es recibido en triunfo. El pueblo se ha volcado en las calles y sobre la faz sonriente del Mariscal, llueven aplausos y flores. Los doctores altoperuanos pronuncian altisonantes discursos y las panceñas

le regalan sus mejores sonrisas. El ejército –pobres cuadros mal vestidos y astrosos– presenta armas. Bolivia entera acoge jubilosa al hijo que viene a salvarle.

Santa Cruz evidencia de inmediato la pobreza del ejército. Al día siguiente de su llegada, lanza la iniciativa de suscribir un empréstito voluntario destinado al mantenimiento y pago de los hombres de tropa. La población se acuota con entusiasmo y cubre en pocos días una suma apreciable, que Santa Cruz distribuye de inmediato entre oficiales y soldados. También allega recursos para ofrecer a la sociedad paceña saraos y banquetes hábilmente utilizados para vincularse con los vecinos principales y ganar su aprecio.

De acuerdo con el precepto constitucional, el mando debe serle transmitido por el vicepresidente Velasco; pero, como éste se halla en Chuquisaca, Santa Cruz considera moroso ir hasta la capital y prescindiendo de formulismos presta el juramento ante el prefecto de La Paz, coronel José Ballivián y Segurola.

Como sitio para la ceremonia, elige la iglesia de San Francisco; allí, el 24 de mayo, en presencia de autoridades, clero, tropas y numeroso público, jura por Dios y por su honor defender los intereses de Bolivia y gobernarla con honradez y sacrificio.

El grave repicar de las campanas de San Francisco anuncia a la ciudad que Andrés Santa Cruz acaba de ser ungido presidente.

La población vibra al conjuro de su nombre.

Andrés Santa Cruz... Andrés Santa Cruz...

VI

“YA DIVISO A MI ESTRELLA TAN BRILLANTE COMO EL SOL”

A los treinta y siete años de edad, Andrés Santa Cruz es presidente de Bolivia.

En lo físico ha cambiado poco desde aquellas épocas lejanas, en las que, bullente la lozanía de sus años mozos, solía contemplar los mágicos crepúsculos del Lago Sagrado.

Ha engrosado levemente y su tez cetrina destaca ahora más que antes la viveza y penetración de esos ojos pequeños y almendrados. El conjunto ha adquirido serena gravedad, sólo traicionada a veces por unos labios que suelen plegarse en gestos sutilmente irónicos. Su fisonomía descubre, como antaño, mucha astucia y prudencia. No brilla en ella la inspiración febril del héroe, pero sus facciones forman un conjunto de discreta armonía y recatada nobleza.

Es medido y hasta amanerado en sus modales. Viste con gran pulcritud y luce bellos uniformes militares, en los que habitualmente centellea una condecoración. La casaca es por lo general azul y el colán blanco. Usa botas de altas cañas, siempre relucientes. Su porte es marcial e irradia dignidad.

Un escritor enemigo suyo le describe así: —“Sin ser alto ni amplio, representaba una caja robusta que le daba cierto aire notable. Tenía una apostura firme sin ademanes inquietos, sin movimientos expansivos ni excitaciones aparentes; el gesto, protector pero impenetrable, a lo que contribuía el ojo almendrado, de un mirar lento y reposado, pero oblicuo y esquivo, velado por largas pestañas bajo cuya sombra podría sospecharse que se disfrazaba un ánimo prevenido y cuidadoso de apariencias, conveniencias y fines que no se diseñaban. La frente carecía de formas nobles, tenía la forma elíptica sobre la base de las cejas. Era trigüeño y completamente lampiño, como los hombres de su raza; larga la

nariz, bien torneada y puntiaguda en su extremidad, sin ser aguileña; perfecto y agraciado el cierre de la boca; descoloridos los labios como los de todos los hombres insidiosos; la pretenciosa gravedad que afectaba, descubría a cien varas las condiciones del advenedizo que pretendía imitar el tono de los altos personajes a quienes había servido”.

Sus características morales e intelectuales han ido acentuándose con el tiempo. En 1829 es un hombre experimentado y conocedor de la vida. Ha sabido de victorias y derrotas, de encumbramientos y de olvidos. Es incapaz de aborrasearse porque ahora conoce que nada es definitivo ni perdurable, y que hoy se puede ser furente realista, para convertirse mañana en convencido patriota. Agustín Gamarra, le ha demostrado que en el compañero de ayer se recata a veces el adversario y émulo de mañana. Conoce la veleidad e inconstancia de los pueblos, que tan pronto encumbran ídolos como les despedazan; que son fáciles al aplauso y al vilipendio; que sólo se ofrecen al que triunfa.

Todo este bagaje le ha enseñado a ser cauto, calculador, mesurado, impasible. Heredó de su madre tales características y la vida ha tonificado su perfil. Nada le emociona visiblemente y cuida siempre de no mostrar ante extraños los estados de su alma. Demasiado frío, no conseguirá ser audaz y temerario, en ocasiones en que la audacia y la temeridad serán precisas. Esta es su gran virtud y, paradójicamente, su gran defecto. Es tolerante, pero no generoso. Por ello se le respetará siempre sin adorársele jamás. Nunca llegará a apasionar a las multitudes y sus armas serán la seducción, el halago, la promesa, la sonrisa. Es un hombre de logia y gabinete, antes que de plazuela o algarada; es un administrador admirable antes que un soldado; un estadista, más que un guerrero.

Es ambicioso. Gusta de recibir honores y halagos. Su amor a la pompa no le impide, empero, ser metódico y ahorrador. Pese a ello, es también un imaginativo. Ha soñado siempre con el Gran Perú y sus anhelos vuelan quizá hasta más allá de los que es posible alcanzar en su tiempo. Es receloso y suspicaz. Olañeta, que no le

tiene simpatía, dice de él: —“Fue suspicaz, desconfiado por naturaleza y aborrecedor por organización. Siempre pequeño en lo grande, desconfiado nimiamente y aborrecedor por instinto”.

Posee excepcionales aptitudes de organizador. Penetra en el detalle de las cosas y gusta de resolver los problemas por sí mismo, lo cual, a veces, le hace perder la visión del conjunto.

Habitualmente es reservado y hermético. Ríe en contadas oportunidades y nadie puede jactarse de ser íntimo amigo suyo. Desconoce la confianza y ello le pesará más tarde, pues, en el momento crítico, quizá lamentará la ausencia de ese amigo fiel al cual nunca intentó conquistar.

Es laborioso e infatigable cuando se propone efectuar una tarea. Su tenacidad llega a límites increíbles. Ha buscado el poder, primero en el Perú y luego en Bolivia. Lo ha conseguido en el Perú y en Bolivia.

En su vida privada, intachable. Más tarde le acusarán sus enemigos: “Santa Cruz no gastaba en el comer ni en el vestir”. O esta otra referencia: “Santa Cruz corría con los más pequeños gastos de su casa, en medio de las atenciones de la administración del Estado y en su mesa ponía de ordinario sólo una botella de vino, de la que se servía él solo, sin convidar jamás a sus edecanes, ni a otras personas que accidentalmente le acompañaban a comer.

Es, finalmente, un hombre disciplinado, austero y dotado de un profundo conocimiento del alma humana.

Todo parece sonreír al joven presidente y éste “ya divisa su estrella tan brillante como el Sol”, según sus propias palabras a un amigo de Arequipa.

Gobierna a Bolivia, pero ¿qué es Bolivia en 1829?

Quince años de campaña cruenta han vencido a los soldados del Rey. Los pendones de Castilla no tremolan ya más victorias en el Alto Perú. Desapareció el virrey y con él todo el régimen político que representaba, Pero la cultura española, el régimen social y el sistema económico no han sido derrotados y perdurarán por

mucho tiempo. En cierto modo, la Colonia no ha muerto con la República y es casi posible afirmar que se ha internado en ella. España se halla presente en sus viejas catedrales barrocas; en sus yermos conventos cuyos claustros parecen todavía prestar asilo al espíritu colonial; en los oscuros socavones de las minas; en los hombres cuya formación ha recibido influencia castellana.

La República carece de un estilo propio. No han sido modificadas las costumbres ni la organización social; los prejuicios de raza y casta permanecen invulnerables y persiste, incolmable, el abismo que separa a los blancos, cholos e indios que viven en mundos diferentes e infranqueables.

La nación boliviana constituye en 1829 un todo invertebrado, inconexo e informe. La única característica que quizá la diferencia del extinguido Alto Perú son los motines y cuartelazos incesantes. Sus hombres, perdido ya el temor a esa autoridad casi mística que era el monarca español, comienzan a combatir y destruirse entre ellos mismos. Nacen ambiciones y apetitos y no hay militar que no sueñe con la presidencia de la República. Aterradoras son la ignorancia y pobreza del bajo pueblo, cuyo nivel de vida es casi sub-humano.

Un millón de habitantes, mal alimentados y en su mayor parte analfabetos, pueblan más de tres millones de kilómetros cuadrados. De aquel millón tres cuartas partes están constituidas por indígenas aimaras o quechuas. Raza sojuzgada durante tres siglos, ha perdido ya el recuerdo y conciencia de su pretérita grandeza. ¿Qué saben ellos de Independencia o Democracia? ¿Qué podrá ser la Independencia para seres humanos que muchas veces no tienen qué comer?

Se les explota en la misma forma que antes, y siguen muriendo a millares sepultados en las oquedades de las minas. Son fácilmente desposeídos de sus tierras y todo ello les ha convertido en seres hoscos, desconfiados y herméticos. Sin embargo, constituyen fuerza y nervio de la agricultura y de la minería, y son prácticamente los - únicos elementos productores. Sus métodos de trabajo no han evolucionado desde, siglos atrás y su condición social roza con la esclavitud.

Otra capa social, en esta Bolivia de 1829, está constituida por los mestizos o cholos. Producto del cruce entre el blanco y el indio, ha heredado de éste su espíritu desconfiado, solapado y astuto; del blanco, el alcoholismo, la pereza y la arrogancia. Económicamente posee un nivel de vida superior al del indio, pero su pobreza no es menos lamentable. Son artesanos, sacerdotes o militares.

Finalmente, la tercera clase social. Los blancos, que suman unos cincuenta mil. Españoles o descendientes de españoles, sin cruce indígena, son por lo general empleados públicos, terratenientes, mineros o comerciantes. Indolentes y poco prácticos, sus preocupaciones derivan por lo habitual a la política.

Las tres clases o capas sociales están divididas entre sí. Se desconocen y se detestan, como se desconocen y se detestan los habitantes de las diversas regiones del territorio boliviano. Los centros poblados son escasos y están alejados por enormes distancias unos de otros. Esto motiva que los habitantes, ignorándose mutuamente, tengan propensión al regionalismo, herencia hispana. Si enormes las distancias geográficas que les separan, mayores aún las distancias espirituales que divorcian sus almas. Se ama a la patria chica en desmedro de la grande, Bolivia, que no emociona. El fenómeno tiene raíces muy hondas: diferencias geográficas, raciales, económicas. El occidental, paceño, orureño y potosino, es altiplánico con vigorosa influencia aimara. El cochabambino la ha recibido más bien quechua. El oriental, ubicado en el departamento de Santa Cruz, conserva más que ningún otro la pureza de sangre española.

Con tipos tan diferentes ¿podrá organizarse una unidad política?

Las “republiquetas” de la Independencia, las famosas guerrillas, han desarrollado aún más el espíritu localista de los bolivianos. Esas montoneras esforzadas luchaban por su región antes que por su patria, que aún no había nacido. Quince años de pelea organizada y sin cuartel entre realistas y patriotas, han formado un espíritu indisciplinado, insumiso y levantisco. El español ha legado su herencia terriblemente personalista y resulta laborioso obtener que

renazcan la tranquilidad, el sosiego y la disciplina. ¿Por qué obedecer al Presidente si antes se desconoció la autoridad del Virrey? ¿Por qué acatar las órdenes del caudillo de la región vecina, si todos lucharon por conseguir la libertad?

Las guerras de la independencia han alejado al boliviano de esas costumbres sociales y políticas que germinan cuando hay paz. Es un hombre de guerrillas, de barricadas. Hace mucho tiempo que dejó de ser agricultor, para convertirse en guerrero; desconoce lo que es mantenerse por su propio esfuerzo y espera casi siempre la asistencia del Estado. Todos han sido soldados-; ¿será posible convertirles nuevamente en ciudadanos?

Muchos han sido capitanes, coroneles y generales y están ya habituados a una vida inquieta, azarosa y nómada; ¿querrán volver a trabajar durante años, ahorrando fatigosamente unos pesos, para morir pobres? ¿Para qué roturar los campos, si en las ciudades la fortuna sonrío a los audaces? Las guerras han talado los campos y destruido la avicultura y pocos trabajan porque se ha perdido la costumbre de trabajar.

Los idiomas son también diferentes. En el occidente altiplánico predomina el aimara. Al centro y sur el quechua. El castellano sólo es hablado por los escasos blancos, por la mayoría de los mestizos y por muy pocos indígenas. Pero estos últimos, aunque sojuzgados políticamente, han impuesto su idioma en las relaciones comerciales y siendo en la práctica los únicos elementos productores, mestizos y blancos han debido someterse. "Razas diversas, variedad de idiomas y costumbres; he ahí los elementos y rasgos generales de los pueblos del Alto Perú en momento en que terminada aquella guerra, iban a ensayar una gran revolución en su manera de ser y en sus destinos".

En menos de cuatro años de vida independiente, dos revoluciones han ensangrentado ya el suelo boliviano. Se ha asesinado al primer presidente; el país ha sufrido una invasión extranjera: la de Gamarra.

La primera Constitución Política, anulada por el Congreso; la hacienda pública, en plena falencia. Lo confesará el mismo Santa Cruz: —“Desde la fundación de la república” jamás bastaron los ingresos ordinarios a llenar las necesidades sociales. En 1826 no pasaron aquellos de la suma de 1.500.000 pesos, en tanto que los egresos ascendieron a 1.800.000». En el Tesoro de La Paz “no hay cuatro reales” según pintoresca confesión del prefecto; se debe siete meses de sueldos a los empleados públicos, pese a que los recursos han sido recaudados con anticipación de medio año.

Continúa siendo preponderante la influencia del clero. Dueños de las conciencias, los sacerdotes tienen todavía inmenso poder espiritual y político. Santa Cruz, que lo sabe, se encarga de difundir sus convicciones religiosas católicas.

La agricultura, no repuesta del golpe que le infirieron los conquistadores al destruir el sistema agrario incaico, no recupera su esplendor en la república. Languidece por falta de brazos y modernos sistemas de labranza. La tierra está mal distribuida. La minería —frente fabulosa de riqueza durante el Coloniaje— tampoco prospera y su explotación continúa tan rutinaria como antes.

Es prácticamente nula la inmigración y la carencia de vías de comunicación con el exterior aleja toda posibilidad inmediata. Bolivia está encerrada entre sus breñas y rarísimo es el extranjero que posee el coraje de internarse en esta especie de Tibet americano. Consecuentemente, tampoco hay inversión de capitales y las perspectivas industriales son escasas. Sólo existe sí, un ejército desproporcionado a las posibilidades económicas del país y que es únicamente factor de desorden, anarquía e indisciplina. No ha sido capaz de detener la invasión de Gamarra, pero es insuperable en el arte de las revoluciones. De sus cuarteles han salido ya varios caudillos militares que se inician en el sistema de motines, pronunciamientos y subversiones.

Pero ocurre algo más grave. Este ejército carece de emoción, conciencia y sentido bolivianistas. Una fracción de él ha seguido y se ha plegado al invasor Gamarra, cuando éste se retiraba al Perú. Además, está acosado por la miseria y pocos días antes que Santa Cruz asumiera el poder, en Paría, se sublevó un regimiento, impago desde once meses atrás.

Esto es lo que encuentra Andrés Santa Cruz, cuando toma bajo su responsabilidad la conducción de su patria. “Se necesitaba tener mucho patriotismo y algún valor moral para encargarse del gobierno en semejante estado de cosas” confiesa él mismo.

Sin embargo, no se sorprende. Conoce la realidad de Bolivia y sus planes de gobierno están trazados con sujeción al medio en que debe actuar.

Sus primeras disposiciones son políticas. El 24 de mayo promulga una generosa “Ley del Olvido”, que concede amnistía absoluta hasta el 11 de mayo a todo boliviano culpado, culpable o sospechoso de los errores y extravíos políticos a que fueron consiguientes los desórdenes que ha experimentado la república; los cuales quedan entregados al olvido bajo un velo impenetrable”.

Gana así el agradecimiento de muchos de estos levantiscos, a quienes la justicia tiene algo que reclamar. Pero aquél ha sido un mero primer paso preliminar del que da al día siguiente, en que mediante Decreto abroga la Constitución política promulgada el 6 de noviembre de 1826 y asume la totalidad del poder.

Los considerandos de este Decreto revelan sus intenciones: “La Constitución de la República ha motivado el descontento de la Nación, Correspondiendo a la confianza nacional en las difíciles circunstancias en que me ha llamado, para llenar sus esperanzas, es un deseo mío fijar el régimen que debe observarse mientras se reúne la Representación Nacional. La reorganización de la República, grande objeto de mis compromisos y de la voluntad general, no puede verificarse sin

adjuntar aquellas medidas indicadas por el curso de los acontecimientos y por la naturaleza misma de las circunstancias .

Santa Cruz centraliza todo el poder en su persona. Ha medido la gravedad del paso; pero no vacila, pues considera que es la única manera de introducir orden y disciplina en el país. La nación entera parece comprender que tal determinación es necesaria y nadie, en ningún punto de la república, reprocha su actitud.

Unos días antes, el Presidente ha asegurado la colaboración de los prefectos de departamento, a los que dirige una circular encomiástica:

—“Yo me lisonjeo de que V.G. será uno de los que con más decisión coadyuve a la ejecución de mis miras en la obra máxima de organizar el Estado, de una manera que sea respetable a los vecinos por su poder y recomendable por sus virtudes. Me inspira esta persuasión, el estar instruido de que el celo de V.G. en ese departamento, ha conservado hasta aquí los débiles alientos de una nación expirante. ..”

Busca también el apoyo de otra fuerza poderosa: el clero. El 16 de julio dicta un Decreto, en el que declara que “la religión católica, que profesa la Nación, la independencia, la libertad del Estado, son sagradas y el gobierno las sostendrá y protegerá con todas sus fuerzas”. En el artículo cuarto del mismo Decreto, “El Presidente se declara temporal, responsable ante la opinión pública, la Nación y su legítima representación, a quien dará cuenta de sus actos, tan luego como las circunstancias permitan reunirlos”.

Está rodeado por la simpatía y el halago populares. Se multiplican las actas de adhesión a su gobierno y a su persona. Entre otras, recibe una carta de Casimiro Olañeta:

“El arribo de V.E. a Bolivia, es el único paso que podía inspirar la confianza de gozar de los beneficios del reposo. Para el que suscribe, no ha habido momento más lisonjero que aquél en que se anunció la llegada del Presidente del Estado a la ciudad de La Paz

Tal el clima bajo el cual comienza su tarea.

Luego, Santa Cruz busca la colaboración de los hombres más capaces, pues no ignora que su tarea es superior a las posibilidades de una sola persona. No repara en el color político de aquellos. Su primer Gabinete está constituido así: ministro de Relaciones, Mariano Enrique Calvo; de Hacienda, José María Lara, y de Guerra el coronel Mariano Armaza.

Finalmente, antes de emprender su labor administrativa, promulga un decreto que considera indispensable: Establece la pena de muerte para los instigadores de revoluciones.

Consagra su primera atención a las finanzas públicas, que se halla en lastimosa bancarrota. Comienza introduciendo una contabilidad fiscal, científica, minuciosa y estrictamente supervigilada. No se moverá un peso del Tesoro Nacional sin su previa aprobación. Simplifica los métodos contables “dándoles por base fundamental la más estricta economía en los gastos y la pureza en las recaudaciones”. Se anticipa a establecer castigos para los defraudadores y malversadores de fondos públicos. Regula los impuestos en forma justiciera y con un criterio técnico. Desconoce el *laissez faire, laissez passer* que propician en esos mismos tiempos algunos de los pueblos más civilizados de la tierra. Es, en esencia, proteccionista y establece derechos prohibitivos sobre ciertas mercaderías importadas. En 1829 aparece el nuevo “Arancel Aduanero” cuyo autor es el ministro de Hacienda, José María Lara, pero que ha sido redactado bajo la inspiración del propio Santa Cruz.

Grava fuertemente los artículos suntuarios, al mismo tiempo que libera de impuestos la importación de acero, hierro y maquinarias para la industria. Estimula la libre internación de textos de estudio y libros de todo género.

En 1831, las rentas nacionales alcanzan a 1.700.000 pesos y la gestión presupuestal de ese año concluye sin déficit. Empieza a redimir las deudas

nacionales contraídas por gobiernos anteriores. La casa de la Moneda de Potosí y los Bancos de Rescate comienzan su giro, con el auspicio económico del gobierno.

Al asumir Santa Cruz la presidencia, la deuda interna es de 4 millones de pesos. Dos años después, ha desaparecido. En su gobierno, Bolivia es el único país americano sin deuda externa.

Es uno de los primeros pasos en materia financiera: el equilibrio en el presupuesto. Años más tarde, uno de sus generales y colaboradores, Francisco Burdett O'Connor, dirá:

—“Puedo asegurar que durante la administración del general Santa Cruz no se sacó un solo peso del erario nacional, fuera del Presupuesto, y que se gobernaba, en todo, conforme a la Constitución”.

Su escrupulosidad en el manejo de las rentas nacionales linda con lo exagerado: cierto día se anoticia de unos pagos hechos por el general José Miguel de Velasco, para el traslado de tropas desde Tarija hasta Chuquisaca.

—“¿Por orden de quién se ha dado el dinero?” inquiriere.

—“Yo dejé esa orden al prefecto —contesta Velasco—. ¿Cómo quería usted que viniese desde la frontera de Tarija, sin sueldos y sin bagajes?”

—“No es ese el motivo de mi pregunta —concluye Santa Cruz— sino que dí orden al prefecto de que no se desprendiese de un peso de tesorería sin mi orden expresa; porque es indispensable observar una estricta economía en las actuales circunstancias. Y Ud. Velasco, reintegrará ese dinero en la tesorería de Potosí”.

Realiza constantes esfuerzos por impulsar la agricultura y la ganadería. Ofrece premios a quienes cultiven el algodón y establece el monopolio fiscal en la extracción de cascarilla. Prohíbe la caza de la chinchilla.

Intenta poner en práctica una ley que establece para todos los empleados públicos la obligación de usar telas fabricadas en Bolivia; pero la resistencia que encuentra, le disuade pronto de tales propósitos.

Conoce sobradamente que el Estado boliviano vive de la minería. La protege también con medidas adecuadas. Decreta la abolición del “derecho de cobros”, le preocupa también la suerte del obrero minero, y se anticipa al moderno Seguro Social con un “Reglamento Orgánico del Trabajo Minero”, que contiene acertadas disposiciones para mejorar la situación social del minero. Va aún más lejos, al declarar la abolición de la “mita”, institución que se remonta a los primeros tiempos de la Colonia. Desea también afrontar el problema insoluble: la escasez de brazos. Dicta un decreto, otorgando facilidades para el reenganche de obreros voluntarios; pero mediano éxito alcanzan sus fatigas, pues los indígenas no han olvidado aún el horror que les infunden las Mitas.

Su tendencia estatista se muestra igualmente en la creación del “Banco de Refacciones” que es en el fondo un Banco de rescate de minerales, destinado a aviar las explotaciones mineras y pagarse luego con el importe del mineral extraído.

Desde Guayaquil, Bolívar aplaude su obra: —“El General Santa Cruz — escribe— ha restablecido la paz en Bolivia y se maneja muy bien a la cabeza de aquel Gobierno”.

Pretende respaldar sólidamente la moneda implantando el patrón oro, que es rescatado en proporción creciente y bajo un control riguroso. Se acuñan monedas de este metal, que pesaban 542 gramos; “se fija, además, en 22 quilates su ley, siendo de notar que las onzas españolas sólo tenían 21 quilates”.

Comete, empero el error de desvalorizar las monedas de plata, alterando su ley en forma subrepticia. La moneda, que tenía 24,45 gramos de metal fino, es rebajada a 18,05 gramos. En 1834 funda en Potosí el Banco de Circulación, que es el primer emisor que se establece en Bolivia.

—“A su lado no había reposo; sus subalternos trabajaban sin darse cuenta, Si los edecanes de Bolívar dormían rendidos sobre la silla, a los Ministros y

Secretarios de Santa Cruz los cogía el sueño sobre el bufete, dejando escapar la pluma”.

Continúa viviendo modestamente y su sueldo es de 25.000 pesos al año, suma con la que cubre no sólo sus gastos personales, sino también algunas erogaciones correspondientes a la administración pública.

Poco a poco su ejemplo parece contagiar a los bolivianos y van desapareciendo la incertidumbre y la intranquilidad públicas. Se inicia, en forma casi imperceptible en un comienzo, pero con un ritmo más y más acelerado después, una era de trabajo, disciplina y orden desconocida hasta entonces.

“La ley contra los conspiradores –declara– puede decirse que quedó en desuso, pues nadie osa conspirar y la ciudadanía se muestra tranquila y satisfecha por la labor del gobernante”.

Organizada la hacienda, Santa Cruz torna sus ojos al ejército. Las guerras de la Independencia han dejado como saldo una propensión incontenible a los motines y cuartelazos. Se sabe que por medio de la carrera militar es posible escalar situaciones que de otra manera estarían vedadas. Los soldados se hallan acostumbrados a ganar ascensos en las revoluciones y la mayoría de ellos vive pendiente de éstas, tratando de averiguar quién será el próximo caudillo.

El pueblo gusta de los airosos desfiles de los “despejes” y de las paradas militares. “El ejército es más peligroso que útil declara Santa Cruz. Los batallones son unidades esqueléticas, pésimamente armadas y peor equipadas, Los soldados no son pagados con la puntualidad necesaria y ello naturalmente, fermenta en el deseo de revoluciones y motines. Los arsenales están vacíos y en todo el territorio de la república no existe pólvora suficiente para municionar un batallón. La fortaleza de Oruro se halla desmantelada y no hay un solo cuartel que pueda merecer el nombre de tal.

“El pequeño Ejército –dirá Santa Cruz, más tarde– adolecía en su composición de vicios notabilísimos, que le constituían en el elemento más funesto al reposo público. Se hallaba desnudo y hasta sin municiones”.

En lo moral, el ejército ha sufrido la vergüenza de la última invasión peruana, Además, no tiene un concepto preciso de sus funciones y las confunde con aquellas privativamente políticas.

“Un buen ejército –dice alguien– necesitaba buenas finanzas y éstas, para ser prósperas, requieren bases económicas firmes. Al labrar estas bases para incrementar aquellas y después llevar al ejército por los campos de gloria, se contrajeron los esfuerzos del genial político, que a la noble ambición castellana, unía la astucia y la terquedad del indígena, dispuesto a agotar todos los recursos conducentes al fin deseado”.

Santa Cruz moraliza al oficial y dignifica al soldado. Por primera vez en Bolivia, señala las atribuciones del ministerio de Guerra, así como las del Estado Mayor General; reforma el Reglamento Orgánico del Ejército, dictado por el mariscal Sucre: redacta códigos, ordenanzas y reglamentos. Así, en 1834, el ejército boliviano llega a contar con 2.577 hombres, distribuidos en cuatro batallones de infantería dos regimientos de caballería y una brigada de artillería. Crea un colegio militar para la formación de oficiales profesionales.

Adquiere armamento en el exterior en cantidad suficiente para cubrir todas las necesidades de una guerra. Prohíbe el castigo de apaleo al soldado “por considerarse demasiado fuerte esta pena para hombres que se conducen bien y por los principios del honor y de la emulación”; mediante una orden directa, dispone que aboliéndose la costumbre del rancho, se dé dos reales diarios a cada hombre de tropa. Es siempre un administrador, inclusive cuando maneja el ejército.

El milagro también se produce. Desaparecen las deserciones y un nuevo tipo de soldado integra el ejército boliviano. Si antes su permanencia o ingreso en las ciudades era visto con temor y desagrado por las depredaciones y saqueos, con

Santa Cruz nadie le teme y todos le respetan, porque se ha constituido en defensor del orden público.

Crea además, la Guardia Nacional, reserva considerable para el ejército de línea. Son 22 batallones de infantería y 13 de caballería, que algún tiempo más tarde son aumentados a 23 batallones y 43 escuadrones. Al fundarlos, Santa Cruz profiere estas palabras: —“Aquí los militares sirven sólo a la patria; obedecen a las autoridades y marchan impertérritos y sin mancilla por la senda del honor, y ningún elogio por parte del Gobierno puede ser superior a su merecimiento. Donde el pueblo mismo es el custodio de sus derechos, no puede temerse que ellos sean hollados en manera alguna”. Y concluye con esta frase: “Los hombres armados se creen por lo regular con facultad de ser injustos o arbitrados; pero en Bolivia nadie lo es porque todos son igualmente fuertes sólo ante la ley”.

Santa Cruz impone su prestigio ante los jefes del ejército. Los doblega sin que ellos mismos requieran en su ascendiente. Gana también el cariño de los soldados que le respetan y le obedecen.

Está satisfecho con su ejército y puede vanagloriarse de haber realizado en corto tiempo, la hazaña de convertir a unas montoneras anárquicas, en una organización profesional disciplinada y aguerrida.

“Deseo que Bolivia sea en Sud América lo que Esparta en Grecia», -dice en cierta oportunidad”.

Su instinto de estadista le dice “que la existencia política de Bolivia es un problema, mientras le falte un puerto propio para comunicarse con las demás naciones y comerciar por él, sin sometimiento a ajenas leyes ni a las condiciones de sus vecinos

Contempla con angustia que Cobija está separada por el desierto, de los centros vitales de Bolivia, lo que inhabilita el desarrollo del comercio. No obstante piensa que Bolivia debe por las fuerzas de las circunstancias, hacer de Cobija el centro de su vinculación con el mundo exterior.

Su primera medida es declararla puerto franco, para atraer hacia ella el comercio boliviano que se efectúa por Arica. Luego autoriza al gobernador del puerto para flotar un empréstito de cien mil pesos, con destino a la ampliación de los almacenes de depósito. Respalda esta operación otorgando a los prestamistas el privilegio de exportar el cobre de Atacama, libre de derechos por espacio de dos años. Considera conveniente proveer a Cobija de medios de defensa y ordena la construcción de una fortaleza con 20 cañones gruesos un cuartel para 300 hombres y una batería de cañones en el Morro Blanco.

El 30 de diciembre de 1832 realiza una visita de inspección al puerto. Dispone luego la construcción de un camino carretero que vincule Cobija con Potosí. Quiere vencer al desierto. Ordena también que se perforen pozos artesianos y que se distribuyan gratuitamente terrenos a quienes deseen poblar la región aledaña. Para intensificar el movimiento comercial de la localidad, decreta el premio del 2% sobre la exportación de lanas, cacao, café, cascarilla y estaño, siempre que ella se efectúe por el puerto.

Tal vez al visitar ese poblacho remoto, Santa Cruz recuerda que sólo unos años antes, como presidente del Perú se ha opuesto a que Arica pasara a la soberanía boliviana. Cuánto debe lamentarlo ahora que la patria y su gobierno precisan un puerto verdadero, un pulmón para ese pueblo que se asfixia.

Con voluntad férrea trata de reparar el error. Pese a las 170 leguas de desierto que separan a Cobija de La Paz, pese a que Cobija carece de agua potable y pese á todas las dificultades que opone la naturaleza, los empeños del Presidente obtienen que al cabo de unos años, la población de aquel puerto se eleve de cien habitantes a mil doscientos y que por sus dársenas circulen las dos terceras partes de las mercaderías que ingresan a Bolivia. Es tan notorio el adelanto que en 1833, el Congreso de Bolivia dicta una ley, concediendo una condecoración a Santa Cruz, en premio del esfuerzo y labor realizados en pro de Cobija.

Es una de las obsesiones de Santa Cruz: conseguir un puerto para el país. A poco de hacerse cargo de la presidencia, el 12 de octubre de 1829 ya había dirigido a Bolívar, entonces presidente de Colombia, una comunicación concebida así:

—“Bolivia, tal como es hoy, es imposible que exista como Nación. Carece de hombres y aun de un punto para salir de la más triste dependencia. Un puerto, señor, debemos buscar; pongámonos de pie sobre firme para trabajar con solidez, Si fuera indispensable, pereceremos, pero sea con el consuelo de haber tocado un camino nuevo que todos creen el más y el único seguro. Es en él donde la gloria de usted puede acrecentarse, pues que ya no cabe en el pobre y estrecho que hemos seguido”.

Por desdicha, la carta llega a poder de Bolívar tres días después que el Libertador ha dimitido la presidencia de Colombia.

Santa Cruz, admirador e imitador de Napoleón Bonaparte, no ignora que éste, sobre la gloria sangrienta de sus batallas, yergue la más pura y perdurable obra de sus Códigos. Las generaciones reverenciarán quizá más al legislador que al guerrero y mientras la suerte varia de los combates acabó un día con sus conquistas militares, no hubo ni habrá jamás poder humano que destruya sus Códigos.

“Bolivia adolecía —afirmará más tarde— a este respecto de los males comunes a todas las sociedades hispano-americanas, y de algunos más, teniendo una legislación confusa, conjunto de leyes indeterminadas, contradictorias y esparcidas en miles de volúmenes que formaban el laberinto en donde todos los derechos quedaban al arbitrio de los jueces, de los abogados y de las circunstancias de la política”.

Con tales antecedentes en mente, Santa Cruz se propone dotar a Bolivia de una codificación remozada y completa. Hasta la fecha ha regido la legislación española y es obvio que la república reclama normas jurídicas renovadas. “Para hacer una cosa importante —dirá— que cediese en bien de mi patria y de mi buen nombre,

me resolví a emprender la reforma de toda la legislación de mi país, como el medio más eficaz para hacer efectivas las garantías de los ciudadanos y la libertad civil”.

Forma comisiones especiales, encargadas de redactar los Códigos Civil y Penal. Designa en la primera a los ministros de la Corte Suprema Manuel María Urcullu, Casimiro Olañeta, Manuel Sánchez de Velasco y Andrés Torrico.

Los jurisconsultos deliberan quince meses. y aunque pesa sobre ellos la influencia del Código Napoleón, dan al cabo legislación propia a Bolivia.

Por decreto de 22 de marzo de 1831, se declaran en vigencia desde el 2 de abril del mismo año los Códigos Civil y Penal. El primero cuenta con 1556 artículos. El Código Penal es modelado sobre el español, cuyo autor es el jurisconsulto español Calatrava. También es audaz y adelantado para su tiempo y se halla inspirado en la escuela clásica.

Con ambos Códigos, Bolivia puede enorgullecerse de ser la primera nación sudamericana que cuenta con legislación propia. Extraña paradoja la que presenta esta República antes tan anárquica y ahora situada de súbito entre las más progresistas y organizadas del continente,

Santa Cruz es el autor directo de los Códigos. No sé, lo los ha impulsado con sus iniciativas y apoyo moral, sino que también ha concurrido a algunas deliberaciones de los jurisconsultos que los redactaban y en oportunidades ha expuesto ideas propias sobre legislación.

No puede contener un ademán de satisfacción al ver realizados sus proyectos. Quizá presiente que su obra política y militar será superada en su proyección en el tiempo por esta tarea de redactar preceptos legales en el silencio de un gabinete en plática con pacíficos doctores, que no entienden de cañonazos ni cargas a la bayoneta.

El congreso de 1831 denomina justicieramente a los códigos con el nombre de su propulsor. Más tarde, las pasiones políticas y la veleidad de los pueblos,

llegarán a negar todo mérito de Santa Cruz, pero jamás se discutirá su legítima gloria refugiada en los códigos, que hasta hoy rigen a Bolivia.

Tal, más que ninguna otra constituirá su perdurable grandeza.

VII
MIENTRAS EL LAGO MUSITA SU CANCIÓN
ETERNA

Un inglés, llamado Hugh Wilson, cónsul de Gran Bretaña en Bolivia, declara un día refiriéndose a Santa Cruz:

–“Confieso que me acerco a este indio, con más respeto que al Rey de Inglaterra”.

La frase es exagerada, pero revela en el fondo, el grado de respeto que Santa Cruz alcanza en su patria.

Su labor sigue incansable, fecunda. Desde el día de su ascensión, el ritmo ha sido el mismo. La maquinaria administrativa funciona con eficiente precisión. El ejército –esos engreídos generales y soldados de la Independencia– han olvidado sus devaneos revolucionarios y acatan con respeto la autoridad del Presidente. Bolivia vive su época de Oro. Un paréntesis inverosímil entre dos etapas de desorden y desconciertos

“Para llegar a tan favorable resultado – escribiré es de notar que no fue preciso ningún ejemplo de rigor, porque tampoco se volvió a advertir ningún síntoma de rebelión”.

Cada día que pasa le proporciona mayor experiencia y abre ante él más vastos horizontes. Parece haber olvidado sus proyectos acerca del Perú y concentra toda su actividad en el gobierno de su patria. “Averiguaba todo” dice Burdett O’Connor.

Recorre constantemente el territorio nacional. En sus viajes se detiene en cada pueblo, visita las iglesias, las escuelas, las oficinas del Estado. En una inspección al hospital de San Juan de Dios, comprueba que no existen medicamentos. De inmediato, utilizando sus propios fondos, envía dos mil pesos a Chile, para comprarlos.

Muchas veces sus colaboradores le engañan, esterilizando sus esfuerzos, En cierta ocasión, provisto de gran cantidad de vacunas, las reparte en todas las casas de La Paz, con instrucciones de emplearlas de inmediato. Mas, habiéndose ausentado, toda la vacuna es desperdiciada, pues la ignorancia de los vecinos teme utilizar las ampollitas.

En 1831, convoca a una Asamblea Nacional para deponer ante ella los poderes discrecionales de que se halla investido. La Asamblea, por ley de 18 de julio, le otorga un voto de agradecimiento por su consagración a la patria. Por otra ley de 15 de septiembre, le adjudica en propiedad la medalla que el congreso constituyente de 1835 había donado al Libertador Bolívar. Por último, le confiere los títulos de Gran Ciudadano, Restaurador de la Patria.

Santa Cruz recibe complacido aquel homenaje pues la medalla que usara el Libertador posee para él un significado especial. Muy grande y noble ha sido siempre la amistad que les ha unido y Santa Cruz presidente, ha tenido oportunidad de pagar algunas deudas de gratitud pendientes Con aquél.

Al saber que el héroe venezolano se halla pobre, desamparado y enfermo, le envía un oficio conmovedor por su ingenua sinceridad, ofreciéndole la representación de Bolivia – ante la Santa Sede, y sin esperar respuesta le remite las correspondientes credenciales. Postrer muestra de gratitud y reconocimiento de un pueblo y de un hombre que no llega a materializarse, pues Bolívar muere en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830, acaso mitigada un poco su amargura al ver que la lejana Bolivia, la “Hija Predilecta” no le ha olvidado en el infortunio.

Santa Cruz paga con este ofrecimiento lo mucho que debe al Libertador, Sólo le responden los últimos suspiros de un moribundo. De un moribundo que todavía tiene fuerzas para dictar estas frases en su testamento:

–“Es mi voluntad que la medalla que me presentó el Congreso de Bolivia a nombre de aquel pueblo, se le devuelva como se lo ofrecí, en prueba del verdadero afecto que aún en mis últimos instantes conservo a aquella República”.

Es esta misma medalla que Santa Cruz recoge ahora, como herencia simbólica del más grande americano de todos los tiempos.

Después de discernir estos honores al Presidente, la Asamblea sanciona una nueva Constitución Política del Estado, creando las Cámaras de Diputados y Senadores. Establece un Consejo de Estado, compuesto por un representante por cada departamento y luego por ley de 14 de agosto, designa a Andrés Santa Cruz presidente constitucional por un nuevo período.

Todo está normal, ya que Santa Cruz ha regularizado su situación política. “Yo puedo asegurar –dirá más tarde– que ésta fue una de las épocas más felices de mi vida, por haber visto a mi patria libre de la anarquía, organizada en perfecta tranquilidad y en una marcha progresiva hacia la prosperidad”.

Continúa su labor administrativa, en la que cada día tiene algo nuevo que agregar> Dicta un reglamento que establece la división política de la república. Deslinda las funciones de prefectos, subprefectos y corregidores. Suscribe otro reglamento de policías con resultados halagadores: “No hay asesinos ni ladrones en las ciudades ni en los caminos” dice el presidente. En efecto, durante todo el tiempo de su gobierno no se comete un solo crimen en Bolivia.

El 10 de septiembre, mediante otro decreto, encarga a la Corte Suprema de Justicia el conocimiento de la “tercera instancia» en los juicios, echando así las bases del sistema que, con alguna variante, continúa en vigencia en Bolivia.

Dicta luego varias disposiciones que favorecen la inmigración. Sus propósitos, enunciados con diáfana claridad en uno de sus mensajes, son refundir las castas existentes en una sola, poblar los campos y dar más brazos a las industrias. –“Sólo el vicio debe considerarse extranjero entre nosotros”, exclama al defender sus ideas sobre la necesidad de atraer corrientes inmigratorias a Bolivia. Presenta a consideración del Parlamento un proyecto de ley que crea exenciones de impuestos a los padres de familias numerosas; promueve matrimonios mediante premios

pecuniarios y excluye a los solteros de ciertos cargos públicos, en especial en la magistratura.

Se preocupa por articular la república mediante vías de comunicación. Abre un camino a Yungas, región agrícola de promisorias posibilidades. Otro de Cochabamba a Mojos, que estrena él mismo acompañado por su esposa y su pequeño hijo Simón. Se interesa por obras de regadío en Cochabamba y construye un puente sobre el río Pilcomayo. En 1831, realiza el censo de la nación, que arroja 1.088.898 habitantes.

Impulsa la educación pública. Crea el Colegio de Minería; envía estudiantes a Europa; reforma la antigua Universidad de San Francisco Javier y crea la Universidad de La Paz, que en honor a él es denominada "Universidad Mayor de San Andrés". Erige en cada capital de departamento un asilo para huérfanos. La Paz, Cochabamba y Chuquisaca son las primeras favorecidas.

Considera, asimismo, que la religión es un instrumento poderoso para formar a los ciudadanos. Se esfuerza por insuflar espíritu católico en los bolivianos juzgando que "es el mejor resorte de la moral de los pueblos y la que hace la felicidad del hombre hasta en el silencio de su conciencia".

Dignifica el clero; repara la catedral de Chuquisaca; comienza la construcción de la catedral de La Paz y moderniza el templo de Santo Domingo. Viejo devoto de la virgen de Copacabana, restaura su santuario. Establece misiones religiosas en Caupolicán, Guanay, Mosetenes, Yuracaráes y Guarayos.

Multiplica los hospitales de la república. Reedifica el de La Paz y construye uno nuevo en Chuquisaca y dos en Santa Cruz y Potosí.

Aparte de la universidad de "San Andrés", crea en La Paz un Colegio de Medicina, una Academia de Jurisprudencia y mejora el Colegio de Ciencias y el Seminario. Con el nombre de San Francisco de Paula crea un colegio de artes y oficios. Establece escuelas primarias en todas las capitales de departamento y de

provincia, sin excepción. Crea la Biblioteca Pública, que aún subsiste en La Paz. Importa tres imprentas para la difusión cultural.

No olvida tampoco al oriente de la república, En Santa Cruz funda un Colegio de Artes y Ciencias. Impulsa su comercio y durante su gobierno el departamento de Santa Cruz puede proveer de azúcar a todos los demás distritos de la república.

Erige en Tarija un colegio y varias escuelas. Construye la catedral en Potosí y restablece en Oruro la escuela de ciencias. Ningún departamento está alejado de sus preocupaciones. “No se crea –dice refiriéndose a La Paz– que por haber nacido yo en aquel departamento le diese exclusiva atención; antes bien la extendí igualmente a todos los demás”.

Comprende que Chuquisaca es el foco cultural de Bolivia y allí impulsa la instrucción con preferencia. Mejora los métodos educacionales e inaugura en la ciudad de Sucre el Instituto Nacional, al que obsequia una biblioteca.

Siempre que sus ocupaciones le permiten, asiste a los exámenes de los alumnos y, un día, complacido por la brillantez de las pruebas rendidas por las niñas chuquisaqueñas, las obsequia con una tarjeta de oro que momentos antes le ha donado la Corte Suprema de Justicia.

Redobla sus esfuerzos para acrecentar el prestigio de Bolivia entre las potencias extranjeras. Desea garantizar su independencia mediante reconocimientos expresos de los gobiernos, y comprende que la mejor defensa del estatuto territorial del país son, por dentro, la disciplina y la organización y, por fuera, el apoyo de los países que señorean en el mundo.

Intenta convocar a un Congreso Panamericano en La Paz.

Francia es el primer país que reconoce la independencia de Bolivia en junio de 1831. El Rey de los franceses envía al capitán de navío Henry de Villaneuve, en el bergantín “Nissus”, hasta el puerto de Cobija, portando un mensaje que hace saber al pueblo boliviano que Francia ha reconocido su independencia.

El capitán Villeneuve tiene también otra misión. Invitar al gobierno boliviano para suscribir un tratado de amistad, comercio y navegación, “que reglado sobre las bases de la más estricta reciprocidad llegue a ser el gaje seguro de relaciones tan íntimas como perdurables”. Aunque la “exacta reciprocidad” constituye una ventaja comercial para Francia, que tiene mucho que exportar y poco que importar de Bolivia, Santa Cruz acepta gustoso la proposición.

El enviado francés invita al presidente para que acredite en París un negociador, y anuncia a la vez que el Rey Luis Felipe constituirá en La Paz un representante diplomático.

Paulatinamente trasciende la obra que realiza el presidente boliviano. Bolivia alcanza en pocos años un prestigio internacional no superado por ninguna de las naciones suramericanas de ese tiempo.

El gobierno de México invita a Bolivia para concurrir a una Asamblea General de los países americanos, tendente a adoptar acuerdos relativos al reconocimiento conjunto de la independencia, por parte de España. Santa Cruz acepta; pero, a poco, el país azteca ingresa en un período de disturbios internos, que impiden la reunión del Congreso.

Anoticiado de ello, Santa Cruz inicia discretas gestiones directas ante el gobierno español. Estas no alcanzan buen éxito y Santa Cruz exclama:

–“Aprendamos a merecer nuestra independencia, antes que mendigarla”.

Inicia también una política de acercamiento con el Brasil. El gobierno de Río de Janeiro constituye en La Paz un encargado de negocios y cónsul general, don Antonio Goncalvez de Cruz. El presidente envía como representante diplomático al general Mariano Armaza.

Dentro de una concepción integral de las relaciones internacionales Santa Cruz tampoco olvida a la república Argentina donde posteriormente representa a Bolivia el mismo general Armaza. Recibe proposiciones de los unitarios para intervenir directamente en la contienda contra los federales. En 1831 Facundo

Quiroga, caudillo federal, destaca una diputación especial hasta La Paz, ofreciendo a Santa Cruz las provincias de Salta y Jujuy, a trueque de ciertos compromisos. Santa Cruz rehúsa la invitación y algunas horas después de despedir a los diputados argentinos, confiesa a uno de sus generales:

–“Dios me libre de pegar esa postema a las costillas de Bolivia”.

Todos los países limítrofes mantienen relaciones amistosas con su Gobierno. Santa Cruz puede vanagloriarse de su habilidad de gobernante. No sólo ha introducido el orden y la paz en el interior, sino también ha prestigiado su gobierno más allá de las fronteras.

En tanto, ¿qué es del Perú?

Cercado por preocupaciones y desvelos, ¿ha olvidado Santa Cruz a ese país al que se halla ligado por viejos vínculos?

¿Subsisten aún los proyectos de conseguir la Confederación? ¿Cuál la labor de la “Independencia Peruana” aquella logia fundada en un sitio “donde reina la tranquilidad y el silencio”? ¿Ha desaparecido Arístides? ¿Qué hace Agustín Gamarra?

¿Qué acaece allende esa línea azul del Lago Sagrado?

Santa Cruz no ha perdido contacto con sus amigos; tampoco ha renunciado a sus antiguos propósitos. Desde 1829 hasta 1835 está consagrado a trabajar por Bolivia, pero no ha dejado de pensar en el Perú y conoce las vicisitudes políticas ocurridas en todo ese tiempo.

En realidad, los acontecimientos se remontan a mucho tiempo atrás, pero Santa Cruz retiene las incidencias de esta etapa anárquica y agitada por la que atraviesa el Perú, pues todas ellas servirán para orientar sus propósitos. Fiel a su estrategia de siempre, atisba a los hombres con quienes o contra quienes debe actuar.

Ha estado informado de la guerra del Perú con Colombia, producida en 1828 y finalizada en los primeros meses del siguiente año, Y ha sabido, acaso con regocijo,

la derrota de su rival Agustín Gamarra, en el portete de Tarqui, el 27 de febrero de 1829, frente a las fuerzas comandadas por Sucre. Le han contado cómo el general peruano, cuando la batalla aún estaba indecisa, ordenó la retirada y abandonó el campo, poniendo a salvo su persona. No ignora que el honor del Perú ha sido salvado por el general Domingo Nieto, en un episodio lindante con lo novelesco: derrotados los peruanos en el Portete de Tarqui, un jefe colombiano apellidado Camácaro, retó a Nieto a duelo singular. Aceptó éste y en furioso combate, mató a Camácaro, atravesándole con su lanza. Nieto, al retirarse con su regimiento, encontró al mariscal Sucre que, a la cabeza de los colombianos, ocupaba un paraje desde el que fácilmente podía destrozarle. Pero Sucre, que sabía el reciente combate personal de Nieto, dio orden de no disparar contra él ni contra sus hombres. Nieto, emocionado ante tanta nobleza, pasó delante de Sucre, saludándole en silencio...

–“Nieto... Domingo Nieto” – repite Santa Cruz, a la sordina.

Pero la víctima de la campaña contra Colombia, no ha sido Gamarra, como podía esperarse, sino el presidente La Mar. Se ha hablado de una traición de aquél, y algunos años más tarde, será el propio Santa Cruz quien formule la acusación.

El 4 de junio de 1829, el general La Fuente ha destituido al vicepresidente del Perú, Salazar y Baquíjano, mientras Gamarra, dos días después, hacía lo mismo con el presidente La Mar que se hallaba en Piura. Santa Cruz no ha sido ajeno al complot. Formaba en esa época un triunvirato secreto con Gamarra y La Fuente. Gamarra mismo lo ha confesado en una carta privada:

–“La Fuente, Santa Cruz y Gamarra deben ser y son de hecho, tres cuerpos en un alma”.

El Congreso peruano ha elegido, el 9 de diciembre de 1829, presidente del Perú a Gamarra y vicepresidente al general La Fuente. Con diferencia de algunos meses los dos antiguos compañeros han sido encumbrados a las más altas situaciones de

sus respectivos países. Santa Cruz sonríe enigmático reflexionando quizá sobre el extraño paralelismo de esos dos destinos.

Ha colaborado en el encumbramiento de Gamarra y La Fuente. Sin embargo, Gamarra, pocos meses antes escribía: —“El general Santa Cruz sabe que nadie más que yo se interesa en la fusión con Bolivia, que quiero que él aparezca como un peruano de nacimiento y que siempre trabajaré por él con preferencia a mi persona...

Andrés Santa Cruz tiene diseminados sus agentes en todo el territorio peruano y comienza a advertir que, mientras el sur le es enteramente adicto, el norte permanece ajeno, indiferente y hasta contrario a sus sigilosas preocupaciones. y tanteos. Ya el tiempo se encargará de acentuar esta característica.

El centro principal de sus maquinaciones está en Arequipa, ciudad que siempre le será fiel. Allí continúan amigos decididos, trabajando por la causa, con el sigilo y el recato que las circunstancias imponen.

Un descuido culpable motiva que algunas de las instrucciones reservadas que imparte Santa Cruz caigan en manos de agentes del presidente Gamarra. Alguien descifra la clave en que ellas están escritas y revela que Santa Cruz está incitando a la rebelión. El abortado movimiento tiene, al parecer, ramificaciones en el Cuzco y Puno. Encargado de llevar estos documentos a Lima es el teniente coronel Ramón Castilla, y quien los recibe, el propio Gamalta.

El militar cuzqueño no se sorprende, pues sabe que tanto Santa Cruz como él mismo juegan falso. No obstante, depone de inmediato al prefecto de Puno, Rufino Macedo, conocido por partidario y agente del presidente boliviano.

Santa Cruz, aparentando ignorar todo —aunque sabe que a nadie engaña— reclama amistosamente por la libertad de sus amigos. Gamarra, tan astuto como Santa Cruz, finge ser engañado y envía a Bolivia un plenipotenciario, Mariano Alejo Alvarez, más con el propósito de sondear los verdaderos planes del presidente y darse cuenta de la situación del país, que de gestionar un tratado de

comercio y alianza, que son los móviles que en apariencia motivan la visita. Santa Cruz sigue negando todo propósito de intervención en el Perú, y afirma que aunque es partidario de la unión con Bolivia y aquella nación, sus intenciones no son belicosas ni tiene el menor interés en actuar en la política peruana.

No obstante, unos meses más tarde, en agosto de 1830, estalla en el Cuzco un motín tan misterioso como el anterior. Santa Cruz vuelve a negar su intervención, pero Gamarra, ya alarmado, sale precipitadamente de Lima, "sin más equipaje que media cama y su capote". Se le unen luego sus tropas y con ellas avanza hacia la frontera con Bolivia, en forma amenazante.

Anoticiado de ello, Santa Cruz moviliza también su ejército y se sitúa en las proximidades del río Desaguadero. El conflicto armado parece inevitable.

Lo habría sido sin duda, a no mediar la cautela del presidente de Bolivia quien se dirige a Gamarra y le solícita una conferencia personal. Acepta éste y se decide que la entrevista habrá de llevarse a efecto en el Desaguadero, que marca el límite entre las dos naciones y, acaso, en un sentido simbólico, también el abismo que separa a los dos hombres.

La primera conferencia se realiza el 15 de diciembre de 1830. Es aparatosa y teatral y recuerda a muchos la efectuada por Napoleón veinte años antes, cuando conferenciara con el Zar de Rusia, sobre un puente de barcas.

A las once de la mañana llegan casi simultáneamente los dos jefes supremos y mediante una mutua salutación anticipada, se abrazan sobre el mismo puente, asegurándose de parte a parte, "en alocuciones breves y elocuentes, la ansiedad con que se buscaban para aquel caso, lo satisfactorio que era para los dos antiguos amigos, compañeros de armas y directores de dos naciones vecinas, ligadas por mil vínculos. Este espectáculo no podía ser más grato a ningún americano que conozca la importancia de la paz y la inteligencia entre dos naciones que por tantos títulos no parecen más que hermanas", comenta un diario de la época.

Seguidamente, pasan a la margen derecha, sobre la que se ha levantado una enramada. Allí renueva la buena disposición de transigir amigablemente todas las diferencias que hablan tendido o pudieran tender a turbar la buena armonía y tranquilidad de los dos países.

Santa Cruz está acompañado por su ministro de relaciones exteriores Casimiro Olañeta, y a Gamarra le asesora su ministro Manuel Ferreiros. Las conferencias duran tres días y en ellas Ferreiros propone la cesión por Bolivia

de los territorios de Copacabana y la banda del Desaguadero para recibir, en compensación, tierras en la provincia de Tarapacá. Olañeta responde negando la proposición y pide para Bolivia el puerto de Arica.

Las conversaciones llegan a un punto muerto y el fracaso es irremisible. Aunque Santa Cruz y Gamarra han permanecido atentos a las deliberaciones de sus ministros, sin intervenir en forma directa, ambos aprovechan el tiempo para esgrimir sonrisas, promesas y halagos, que ocultan sus verdaderas intenciones inamistosas.

Santa Cruz escribirá más tarde: —“Invité al general Gamarra a una entrevista, que se efectuó en el Desaguadero en diciembre y tuve el sentimiento de descubrir en ella una obstinación decidida por dictarnos la ley, sin respeto a nuestra soberanía”.

En verdad, ni él ni Gamarra han llevado sinceridad a la entrevista del Desaguadero, y ambos tienen alistados sus ejércitos, en las cercanías.

Santa Cruz robustece cada vez más su ambición de unificar los dos países. A su vez, Gamarra no ha olvidado que fue ya el amo de Bolivia. Ambos poseen idénticas miras y quieren ser señores absolutos, sin rivales que perturben sus planes ni echen sombras sobre su poder. Esto les distanciará para siempre.

Están ciegos y sordos y es vano que ese lago que tienen delante les hable del común origen del Perú y Bolivia. Les falta ser visionarios en un momento en que actúan de políticos. El Lago Sagrado señala el camino, con el lenguaje mudo de sus

aguas irisadas, que no conocían esa línea ilusoria de la frontera establecida por los hombres.

Y le alejan el uno del otro, esta vez divorciados espiritualmente para siempre.

Pero el mariscal de Zepita, aunque convencido de la inutilidad de sus gestiones, busca una nueva oportunidad para llegar a un acuerdo con el Perú.

Envía a su ministro Olañeta hasta Arequipa con estas instrucciones:

“La Paz, 30 de octubre de 1930.— El Ministro Plenipotenciario debe saber que el objeto casi exclusivo de su misión, es restablecer las relaciones amigables con el Perú, alteradas de poco tiempo a esta parte por equivocados conceptos y empeoradas sin duda por los informes y por la imprudente conducta del señor plenipotenciario Alvarez. Este señor prostituyendo sus deberes ha trabajado por un rompimiento entre las dos naciones y es de suponer que él mismo y sus agentes hayan difundido en la república peruana rumores alarmantes.

“Urge por tanto que la Legación, desde que pise aquel territorio, se ocupe sin malograr ocasión de deshacer tan falsas noticias, de desmentir todas las calumnias suscitadas con el dañado intento de enconar los ánimos de los pueblos. El de invasión se desmiente con hacer notar que el Gobierno boliviano no ha mudado de política ni de actitud a pesar de que también aquí ha corrido el rumor opuesto, vestido con los colores de la mayor verosimilitud.

“En las conferencias que tenga con el gobierno peruano le asegurará que el de Bolivia no desea otra cosa que la armonía con los estados limítrofes; que sus derechos sean respetados por ellos, como- él respeta los ajenos; agregan. do que estos sentimientos son más especiales con relación al Perú, así por las mayores analogías que tiene con Bolivia, como por la particular afección de su Presidente a la Nación y al General que la preside. En comprobante, asegurará que el Gobierno de Bolivia está pronto a celebrar tratados que puedan hacer la dicha y prosperidad de los dos países y a celebrar un tratado de alianza defensiva contra toda nación europea”.

Olañeta viaja a Arequipa, y luego de presentar credenciales propone la firma de un tratado de alianza defensiva entre el Perú y Bolivia. Gamarra no está interesado en esta clase de negociaciones. Por el momento, todo su propósito es derrocar a Santa Cruz, e intenta seducir al ministro Olañeta para efectuar una revolución en Bolivia.

Acepta el falaz Olañeta –“pan descubrir sus planes”-.— y luego se retracta, siendo despedido de Arequipa poco menos que a la fuerza.

Antes, ha realizado oficialmente cuatro conferencias con el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Ferreiros. La primera se efectúa el 29 de enero de 1831 y la cuarta el 16 de febrero. Todas las discusiones se limitan a un mutuo cambio de seguridades y de promesas, en las que ninguno de los dos delegados confía, y que concluyen con el mismo resultado estéril de la entrevista del Desaguadero.

Aunque es el segundo fracaso, el mariscal Santa Cruz promueve nuevas negociaciones, que culminan en el tratado de Tiquina firmado el 25 de agosto de 1831, entre el delegado Pedro Antonio La Torre, por parte del Perú, y Miguel María Aguirre, por Bolivia. Un ajuste preliminar determina la reducción de ambos ejércitos, a cinco mil hombres el peruano, y tres mil doscientos el boliviano.

El primer artículo del tratado dice: –“Todas las diferencias ocurridas desgraciadamente entre los Gobiernos del Perú y Bolivia, quedan sepultadas en el más completo y profundo olvido”. Otros artículos prevén la firma posterior de tratados definitivos de paz, amistad y comercio, “bajo la respetable mediación de S.E. el Ministro Plenipotenciario de la República de Chile cerca del Gobierno del Perú”.

Es el mismo Santa Cruz quien elige Tiquina como sitio de las negociaciones. Asiste personalmente a ellas y aporta sus consejos.

Tal como había sido previsto, el 8 de noviembre se firma en la ciudad de Arequipa, por los ministros plenipotenciarios y con la mediación del ministro

chileno Miguel Zañartú, el tratado de Paz y Amistad, que rebaja los ejércitos de Bolivia y el Perú a un efectivo de dos y tres mil hombres, respectivamente.

Cada república se compromete también a no intervenir, directa ni indirectamente, en los asuntos internos de la otra. El acuerdo es complementado, en esa misma fecha, con un Tratado de Comercio. Este último es rechazado por el congreso boliviano y reemplazado por otro firmado entre Olañeta y La Torre, en Chuquisaca, el 17 de noviembre de 1832, con una vigencia obligatoria de seis años.

Pero Gamarra no pone buena fe en la ejecución de estos tratados, y quizá Santa Cruz tampoco. Ambos buscan -ganar tiempo, afianzarse en sus respectivas posiciones. Santa Cruz, que desconfía de la lealtad de Olañeta, dispone su viaje a Francia en calidad de ministro plenipotenciario. El abogado chuquisaqueño, resentido por esta actitud, afirma que su alejamiento es debido a que él es contrario a los intereses imperialistas del presidente. Pero, pese a sus protestas, viaja en una misión que equivale a un destierro.

Antes de partir rumbo a Francia, Olañeta intenta justificarse ante el presidente: –“Sabe muy bien S.E. –le dice– que el Gral. Gamarra tuvo la audacia de mandarme seducir, para que traicionara a mi Patria, y a mi Gobierno y a -mis sagrados deberes, con el objeto de internarse a Bolivia, destruir la autoridad y humillar al pueblo, que no pudiendo vencerlo con nobleza, se intentaba esclavizarlo con la inmoralidad..

“El único crimen que he cometido para con el Gobierno peruano durante la misión que me confió S.E. es haberme presentado a las negociaciones con aquel patriotismo y dignidad que hemos aprendido los bolivianos en una larga serie de sacrificios por la causa de la independencia.

Ya en Francia, Olañeta suscribe un tratado de amistad comercio y navegación con el rey Luis Felipe.

Francia recompensa a Santa Cruz con la condecoración de Gran Oficial de la Legión de Honor, distinción que halaga extraordinariamente al mariscal de Zepita, pues no ignora que es el primer suramericano que la recibe.

El gobierno francés designa, asimismo, a Justo Enrique Bouchet-Martigny como su Encargado de Negocios. Llega éste a Bolivia y, recibido en audiencia especial por el presidente, formula acerca de él el siguiente comentario:

—“Sus ideas son bastante elevadas y su manera de obrar respecto a los extranjeros y sobre todo hacia nuestros nacionales ha sido bastante generosa para que se pueda dudar. El primer fin de todas las medidas, de todos los esfuerzos del General Santa Cruz es dar cada día a sus compatriotas y a los extranjeros, una más alta idea de su habilidad, de su importancia para el país y de convencer (a los primeros sobre todo) que nada bueno puede realizarse sin él en Bolivia”.

El tratado firmado por Olañeta en París es reemplazado por otro suscrito el 9 de diciembre de 1834 por Martigny y José María Serrano, ministro de la Corte Suprema de Justicia.

Porque lo que Santa Cruz desea ante todo —se ha dicho— es consolidar la situación jurídica de Bolivia ante las naciones extranjeras. Todos sus esfuerzos tienden a darle categoría y respetabilidad; pues comprende - que sólo el apoyo moral de las grandes potencias será suficiente para resguardar a la República.

Y también porque creé que éste es el antecedente necesario para dar comienzo y forma a los viejos ensueños y ambiciones nunca olvidados.

Pues, pese a todo, tiene en su alma una aguja magnética que sigue señalándole el camino del Norte, allá, esa otra orilla del Lago Sagrado.

VIII

EN NOMBRE DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

¡Mujer extraña, esta doña Francisca Zubiaga! Cuántas cosas se dicen de ella! Es extraordinaria: audaz, ambiciosa, libertina. Gusta de la vida de cuartel y muy a menudo se muestra luciendo uniforme masculino, de brillantes colores azul y grana. Experta amazona, no obstante haber pasado buena parte de su juventud en un convento; maestra en el arte de urdir y sofocar revoluciones, no vacila en marchar a los combates, a la cabeza de sus soldados, con quienes a veces comparte el lecho.

Ha nacido en el Cuzco y es hija de un español y de una india. Sus padres la internan en un convento, con ánimo de consagrarla al servicio del Señor; pero en 1825, escapa una noche en brazos de ese oficial peruano, llamado Agustín Gamarra. Este, que desempeña el cargo de prefecto del Cuzco, se apercibe que Francisca Zubiaga es la mujer que precisa. Se casan luego, y la hermosa cuzqueña une su ambición y su destino al del pálido y taciturno militar.

Alguien murmura más tarde que Francisca Zubiaga ha tenido deslices con el Libertador Simón Bolívar; Gamarra, -que lo sabe, siente acrecer su animadversión contra el héroe colombiano.

Doña Francisca es la principal animadora de su esposo, Le acompaña en todas sus campañas militares, y ella misma -vestida de hombre- capitanea un destacamento de caballería en la guerra contra Colombia.

Vuelve al Perú. Su marido alcanza la presidencia de la República, y ella pasea su orgullo y su belleza provocativa por las calles de la ciudad virreinal. Grande enojo para las limeñas, que no perdonan a la "Mariscala" las hazañas de guerra y de alcoba que de ella se cuentan. Los halagos y fruiciones del poder no matan las

aficiones cuartelescas de doña Francisca. Gusta de hacer rondas nocturnas, despertando a latigazos a los dormidos centinelas de los cuarteles.

Cierto día se amotina un regimiento. Doña Francisca se precipita airada contra los revoltosos, y los desarma, con sólo estas palabras:

—¡Cholos! ¿Ustedes contra mí?

Así gobiernan Gamarra y ella durante dos años. Doña Francisca interviene en todos los negocios de Estado y su decisión- es definitiva en más de un asunto. Se la acusa de liviandad y desenfreno, pero ella, látigo en mano, sabe hacer callar a los maledicentes. Su presencia causa lascivia, pavor y respeto, porque todos saben que es más ambiciosa que Agustín Gamarra.

Su fina perspicacia de mujer le hace ver que ese presidente boliviano llamado Andrés Santa Cruz, representa el mayor obstáculo y peligro para los planes de su marido. Impetuosa como es, no se cuida de disimular su antipatía y es ella quien agujonea a Gamarra.

Mientras Gamarra está con Santa Cruz en las conferencias del Desaguadero, el vicepresidente La Fuente despliega en Lima actividades que suscitan sospechas en doña Francisca. Esta, que también se halla en Lima, promueve asonadas callejeras contra el vicepresidente y en la noche del 16 de abril de -1831 envía soldados en su búsqueda. La Fuente debe huir desnudo por los tejados, a fin de eludir muerte segura.

Prófugo y enante, La Fuente busca refugio en Bolivia, y Santa Cruz se lo concede amplio y generoso. Unos años después, el fugitivo olvidará estas mercedes, y será enconado enemigo de su protector.

La política peruana, lejos de amainar con esta dramática intervención de doña Francisca, se anarquiza mayormente. Se suceden catorce revoluciones contra Gamarra, y el país ingresa en una etapa de desorden y convulsión, a los que quizá no es del todo ajena la influencia de Santa Cruz.

En noviembre de 1832 se producen varias prisiones de militares sospechosos. Entre ellos se halla un coronel de 26 años, - llamado Felipe Santiago Salaverry, aquel que un día, huyendo del - hogar paterno, se presentara en las filas del ejército libertador comandado por San Martín. Entonces tenía 14 años.

Su figura comienza a destacarse con caracteres particularísimos. Es temerario, impetuoso y romántico. Ha actuado en las campañas emancipadoras, y en la de Intermedios, Santa Cruz fue su jefe. Testigo presencial del fracaso militar del actual presidente de Bolivia, desde entonces ha perdido la fe en la capacidad profesional de éste. Posteriormente se le ha visto combatiendo en el Alto Perú, y en cierta oportunidad, le ha cabido reclamar ante el propio Bolívar por las necesidades de sus soldados.

Ostenta valor a toda prueba. Durante el gobierno del presidente La Mar, conjura una sublevación batiéndose a sable con el cabecilla, comandante Huavique, al que mata de un mandoble.

Doquiera se presenta, despierta simpatías por su juventud y temor por su altivez. Es hombre "de porte marcial, acentuado por las patillas que cubriendo casi como un casco los costados de su rostro, torcían hasta tocar casi la boca donde el bigote recortado completaba la sensación de arrogante petulancia. Dentro de este marco acentuado por la juventud, los ojos grandes, saltones y la nariz con leve curva borbónica ponían una nota de vitalidad. Su figura pequeña pero ágil y delgada consonaba con ella y lo excepcional de esta personalidad bullente que llegaba a revelarse inclusive en la gruesa y nerviosa señal que rubricaba la última letra de su apellido en sus autógrafos.

"Son muestras de juventud, su arrogancia, su intrepidez, su rebeldía, su fogosidad, su ambición inmensa por la cual, sin embargo, estaba listo a ofrendar su vida... Era enérgico y vesánico pero por caprichos más que por la conciencia profunda de los sacrificios que exige la mejora social. De Gamarra hablaban sus enemigos con desprecio; de Santa Cruz hablaban sus enemigos con odio; de

Orbegoso -hablaban sus enemigos con burla; pero de Salaverry hablaban sus enemigos con terror. El "loco" Salaverry, decían los periódicos públicos; el "tigre" decían otros..."

Salaverry hace su aparición en la escena política del Perú, con la impetuosidad de un torrente. Confinado al Oriente por doña Francisca, se subleva en Chachapoyas, seduciendo a los mismos soldados que le conducen. Vencido luego, se libra de ser fusilado, gracias a la clemencia del coronel Vidal. Vuelve a huir para conspirar nuevamente. Santa Cruz, su jefe de ayer, conocerá muy pronto sus hazañas.

Concluido el período presidencial de Gamarra, le sucede el general Luis José de Orbegoso, el 20 de diciembre de 1833.

Un nuevo personaje para el drama que se avecina. Luis José de Orbegoso es un trujillano aristócrata y acaudalado, De porte arrogante y marcial, carece empero de carácter y personalidad. Designios de la suerte le obligarán a actuar en situaciones decisivas, pero él se dejará arrastrar por las circunstancias, sin pretender enderezarlas por su propio esfuerzo. Es un afortunado. Enfrentado a graves conflictos, alguien se encargará siempre de resolverlos para él y alcanzará triunfos sin esfuerzo y ventajas sin sacrificio. Hombre incoloro, no despertará jamás ni mucha admiración ni mucho odio.

Gamarra le ha entregado el poder con estas palabras:

–“Expirando hoy el periodo de mi magistratura constitucional, termina también hoy mi carrera política”.

Es un nuevo ardid, pues habría querido continuar mandando. El mismo Orbegoso dice: “Gamarra se separé del mando político, pero asumí el del ejército, titulándose por sí y ante sí, su General en Jefe, haciéndose llamar así y firmándose como tal...”

El marrajo cuzqueño siembra la resistencia pasiva en torno del nuevo Presidente y, en forma abierta, dificulta los primeros actos de su gobierno.

Orbegoso es un mandatario nominal y el palacio donde habita, está poco menos que desierto “parecía casa de donde estaba ausente el dueño”.

“Mi colocación en el gobierno más semejaba una farsa provisional; que la solemne resolución de la república . . . confiesa el mandatario.

Gamarra ha dejado la hacienda pública en completa falencia. En el hecho continúa ejerciendo el poder y se permite elegir a los edecanes y hombres de servicio del Presidente, sin que nadie ose contradecirle y Orbegoso menos que cualquiera.

La situación aparece inestable y precaria; se vive bajo la amenaza constante de una revolución. –“Cada día que duramos es una victoria”, dice entre irónico y amargado, uno de sus ministros.

Finalmente, Gamarra se decide a arrancarse la máscara. El 4 de enero de 1834, estalla un motín en Lima que proclama presidente al general Pedro Bermúdez, su partidario incondicional.

Orbegoso se ha refugiado en la fortaleza del Callao, sin ánimo de presentar resistencia. Es el pueblo limeño el que en forma espontánea sale en su defensa, amotinándose contra las tropas que sostienen a Bermúdez.

Aparece doña Francisca, vestida de hombre; con una capa azul y grana bordada de oro, disparando e incitando a sus oficiales y soldados a la lucha. Se combate en las calles durante unas horas y, finalmente, el pueblo se impone y obliga a huir a Gamarra, a su belicosa consorte.

Orbegoso vuelve a Lima y es recibido en triunfo. No ha tenido participación alguna en la victoria, pero es quien recoge los resultados. Sin buscarlo ni desearlo, resulta el ídolo del pueblo, mientras Gamarra, perseguido y repudiado, insiste en sus planes sediciosos.

La caótica situación del Perú se agrava aún más. El sur se halla dividido entre “orbegosistas” y “gamarristas”. “Gamarranos” les llaman los mordaces limeños. Arequipa se ha mantenido fiel a Orbegoso, pero las fuerzas que defienden esta

plaza, al mando del general Domingo Nieto, se hallan amenazadas por fuertes contingentes de Gamarra, desprendidos desde Puno y Cuzco.

Al verse en situación difícil, el general Nieto —aquel del duelo con el colombiano Camácaro— solicita ayuda a Santa Cruz. Es precisamente lo que éste desea desde hace tiempo. No obstante, político cauto, responde en forma evasiva, pidiendo que la solicitud parta de Orbegoso o “de las corporaciones de las ciudades peruanas del sur’.

Es perceptible el plan del presidente boliviano. Desea intervenir, pero no en auxilio a un jefe, sino atendiendo al llamado de todo el país. Así tendrá suficiente justificación su propósito y también —no lo olvida— mayor respaldo moral y material. Se niega a intervenir pero subrepticamente alista su ejército, poniéndolo en tren de campaña; efectúa reclutamientos apresurados, monta su máquina guerrera y la habilita para actuar al primer llamado.

Con estas palabras, Santa Cruz explica al congreso de 1834, su negativa a ayudar a Nieto:

—“La República del Pera ha presentado en este año el espectáculo sensible de un pueblo desesperado por 105 partidos, siendo el teatro de grandes alteraciones y acontecimientos alarmantes. Desde el principio de estos sucesos se dirigió a nosotros solicitando nuestra cooperación y auxilios el ilustre general Nieto, que en el departamento de Arequipa se pronunció noblemente por la causa de la ley. Sus instancias fueron repetidas y confirmadas luego por el Presidente de la República que instaba por la prontitud de ellos. Sin dejar de conocer la identidad de nuestros principios, la comunidad de intereses y la necesidad de sofocar a un partido-perjudicial, cuyos escándalos se habían llevado al exceso, nos abstuvimos de prestar los auxilios solicitados, respetando hasta el extremo el indefinido principio de la no intervención, y limitándonos sólo a reforzar nuestras fronteras para preservarnos del contagio anárquico, o de las tentativas de la fuerza que parecía sobreponerse.

Con todo, la situación del Perú se agrava en tal forma, que el 18 de abril de 1834, la Convención Nacional Peruana aprueba una ley, por la que “se autoriza al Supremo Delegado para que solicite, si lo creyere necesario, la cooperación del Gobierno de Bolivia, con el único y exclusivo objeto de terminar la guerra civil”.

Es lo que Santa Cruz espera. Que se le llame, no por un jefe militar en apuros, sino por el más alto y responsable organismo del Perú. Ciertamente es que la autorización sólo es facultativa para el Supremo Delegado, quien puede utilizarla o no, Domingo Nieto es engañado por un ardid del jefe gamarrista. San Román y Arequipa cae en poder de éste. Santa Cruz, que lo sabe inmediatamente, no adopta ninguna disposición de hecho, aunque no ignora que esta es una ventaja positiva para Gamarra. Sigue en espera del momento propicio, que no tardará en presentarse. Orbegoso, al verse perdido, le llamará sin duda.

En el norte del Perú se ha producido otra sublevación contra Orbegoso. Es nuevamente Felipe Santiago Salaverry, quien después de novelescas peripecias, logra conseguir alguna fuerza e iniciar una campaña devastadora y fulmínea.

En el centro también existe agitación. Las fuerzas de Orbegoso han sido vencidas parcialmente por Gamarra, en el combate de Huaylacucho. La situación de Orbegoso es crítica, pero la suerte viene otra vez en su ayuda. Cuando el ejército del gobierno está por dispersarse, determinando así el triunfo de Gamarra, ocurre algo inaudito, Los dos ejércitos, el de Orbegoso y el de Gamarra, al encontrarse en Maquihuayo, el 24 de abril de 1834, arrojan sus armas y corren a fraternizar. Es el famoso “abrazo de Maquihuayo”. Mala noticia para Santa Cruz, que cifraba en estos desórdenes y en esta anarquía la realización de sus proyectos.

Gamarra y su esposa, doña Francisca, se hallan en Arequipa. Al tener conocimiento del inesperado curso que han seguido los acontecimientos y presionados por un disturbio que ocurre en la ciudad, se ven obligados a huir.

Doña Francisca, temiendo al resentimiento de Santa Cruz no se atreve a buscar refugio en Bolivia, y vestida de clérigo, se dirige rumbo a Chile, a bordo de un bergantín inglés.

Es el ocaso de su existencia. Tal vez ahora valora el verdadero sentido de una frase que pronunciara mucho tiempo atrás:

– “¡Ay, gloria, cuán caro cuestas!” – No obstante, aun en el destierro, conserva intacto su orgullo. No volverá jamás a ver a su esposo ni a pisar tierra de su patria y morirá en Chile un tiempo después, triste, olvidada y pobre. Por suprema ironía será el general La Fuente – aquel a quien ella hiciera huir por los tejados – quien la asistirá en los últimos días. El 5 de mayo de 1835 señalará su muerte.

¡Doña Francisca Zubiaga! Personaje novelesco y romántico, escapado de las páginas de una “Tradición peruana”. Sus hazañas lindan con el campo de la fantasía y la quimera.

Mientras doña Francisca se dirigía a Chile, Agustín Gamarra huye del Perú perseguido por la execración de los sureños. Fugitivo y encubriendo cuidadosamente su identidad, es empero sorprendido y reconocido en Puno. Sus compatriotas le persiguen con ánimo de victimarle. Tiene ante sí ese Lago Sagrado, cuya otra orilla pertenece a Bolivia; detrás, a una multitud enardecida que se le aproxima cada vez más.

Gamarra vacila un instante. En la orilla se halla atracado un pequeño barquichuelo “El Tomasito”. Es su única salvación. Se precipita sobre su borda, y larga amarras con la ayuda de los indígenas tripulantes. Unos instantes después, llegan, jadeantes, sus perseguidores.

Sofocados sus temores y su angustia de verse atrapado, pregunta por el patrón del barco. Este se acerca y le platica. Es un boliviano y “El Tomasito” enarbola también bandera boliviana.

Gamarra no halla otra alternativa; se dirige a Bolivia. Confía en la generosidad del presidente boliviano, aunque a momentos teme por su suerte. Sus angustias se

mitigan a poco, cuando —entre sorprendido e incrédulo— Santa Cruz le recibe con estas palabras:

—“Los bolivianos no conocen enemigos desgraciados y nuestro territorio será siempre sagrado para todos los que se acogen a él..

¿Será posible? A Gamarra le cuesta trabajo creerlo. Pero es la verdad; Santa Cruz le ha extendido la amplia mano generosa.

Es la segunda vez que le salva la vida. Allá, en 1822, un Consejo de Guerra condenó a muerte a Gamarra, por su actuación pusilánime e infidente en la batalla de Macacona. Santa Cruz intercedió por él ante el Libertador Bolívar, consiguiendo que la pena le fuera conmutada.

Para el inquieto Gamarra no es suficiente la cordialidad que hallara en Bolivia, y cautivo siempre de su ambición, emprende sigiloso viaje a Cobija, con el propósito de internarse en el Perú posteriormente. Las autoridades bolivianas le detienen en Oruro. Entonces solícita una entrevista con Santa Cruz, la misma que se realiza en Chuquisaca, ante la presencia del ministro peruano La Torre.

Gamarra manifiesta a Santa Cruz, que numerosos jefes peruanos reclaman su presencia, amenazándole con ponerse bajo las órdenes de Salaverry, de no ir él mismo a encabezarles.

¿Creerá Santa Cruz esta afirmación del marrullero?

Al comienzo duda; pero algunos días más tarde recibe noticias que parecen confirmar esas aseveraciones. Algunos jefes peruanos que Gamarra indicara como adictos a su persona, se han sometido efectivamente a Salaverry. Gamarra reitera su petición y ofrece al Presidente ir al Perú y trabajar activamente por la causa de la confederación Perú-boliviana. Se compromete asimismo a combatir contra Salaverry.

Santa Cruz teme más a Salaverry que a Gamarra y accede a que éste viaje al Perú. Busca sobre todo liberarse del primero, pues su agudo instinto ya le ha advertido cuál es el hombre peligroso. Lo confiesa él mismo:

–“El carácter desasosegado de Salaverry, su natural talento, hasta su charlatanismo, el entusiasmo que logró inspirar a sus secuaces y sus miras ambiciosas, todo en la revolución que él efectuó, amenazaba de muerte a Bolivia, si no se le salía al encuentro”.

Entra, pues, en acuerdos con Gamarra, y recibe de éste la promesa de trabajar por la fusión de Bolivia y el Perú.

Lo extraño del convenio es que siendo Santa Cruz quien puede dictar condiciones, acepta que el nuevo estado a formarse –si las gestiones de Gamarra tienen buen éxito– lleve el nombre de República del Perú y se mantenga el pabellón peruano, como divisa de ambas naciones unidas.

Algo más. Se compromete a suministrar al jefe peruano, elementos de guerra para la campaña que debe emprender en el Perú, Si logra imponerse, se dará forma inmediata a una nueva nación, compuesta por tres estados: Nor, Centro y Sur Peruano. Gamarra será presidente del estado Nor peruano, para lo cual Bolivia proporcionará hombres, armas y dinero. En caso necesario, el ejército de Santa Cruz atravesará el Desaguadero.

Logrados estos acuerdos, Agustín Gamarra cruza el río en mayo de 1835. Llega al Cuzco y allí consigue reunir 2.500 hombres. Luego, viendo consolidada su situación, olvida y desconoce sus compromisos con el Presidente boliviano y se autoproclama Jefe Supremo del Estado del Centro del Perú, que comprende los departamentos de Ayacucho, Cuzco, Arequipa y Puno.

¡Una vez más, ha engañado a Santa Cruz! –Prescinde en absoluto de él y no le menciona en sus acuerdos. Obra ahora con independencia y logra apoderarse de la división Lopera, que Orbegoso enviara para combatirle.

Su falta de sindéresis llega a límites extremos. Pese a la infidencia contra Santa Cruz, tiene aún el desenfado de dirigirle una carta desde Lampa, fechada en 28 de mayo:

—“El General Orbegoso hace en la capital de Arequipa —dice— impotentes esfuerzos para mantener prestigios que desaparecieron. Se ha mandado una comisión suficientemente autorizada: es de esperar resultados favorables. El 17 del corriente me presenté en Puno y se han echado en mis brazos. El Ejército y los pueblos me piden su salvación, me he resuelto a arrostrar toda clase de peligros.

“Comprometidos ya mi honor y mi espada, vuelvo los ojos a los generosos ofrecimientos de V.E.; es llegada la circunstancia: necesito auxilios de armamento, municiones y pólvora, en la cantidad de mil del primer artículo...

Santa Cruz ha sido burlado, esta vez a sabiendas. ¿Cómo explicar tal error en un hombre que se precia de profundo- conocedor del alma humana y avezado político?

El pacto ha sido artificial, sin duda. Era muy difícil que ambos -personajes olvidaran así, de súbito, viejos rencores y depusieran la mutua ambición siempre contrapuesta. Santa Cruz habría podido buscar otros aliados más leales y eficaces. ¿Por qué recurrió a la colaboración de un proscrito que jamás alentará ninguna simpatía hacia él?

Data la explicación, un tiempo más tarde: —“Aunque el Gobierno de Bolivia no podía dar crédito a las palabras de un hombre tan notado de mala fe y tan conocido por la larga historia de sus traiciones; aunque no podía tener confianza alguna en sus comprometimientos creyó, sin embargo, conveniente a la seguridad de Bolivia, dejarle en libertad para que se presentase en el Perú a embarazar los proyectos de Salaverry”.

Gamarra dará otra explicación. Para él lo perentorio, lo urgente era recobrar su libertad. Con este propósito habría aceptado cualquier condición de Santa Cruz, seguro de no cumplirla después. No depuestos en ningún momento su resentimiento y animadversión contra él, y hallándose a su merced, juzgó necesario asentir a todo. Fingió oír y dejarse convencer por los razonamientos del boliviano, empeñado en demostrarle el deber que tenían los antiguos soldados de

la Independencia, por salvar la libertad y conseguir la felicidad de los pueblos por ellos emancipados. Gamarra asintió, no contradijo, estuvo conforme con todo. Lo que él buscaba era salir de Bolivia, y a ser posible, llevar consigo municiones, armas y vituallas.

Mientras tales acontecimientos se suceden, Orbegoso gobierna con tranquilidad y sosiego precarios. El “abrazo de Maquihuayo” ha resuelto su situación en forma inesperada. Sin embargo, un día recibe una información secreta de su Ministro de Chuquisaca, anoticiándole de los acuerdos convenidos entre Santa Cruz y Gamarra.

Alarmado por la gravedad que ellos revisten, abandona su abacial indolencia y se dirige hacia Bolivia. Con su viaje, Lima queda desguarnecida. Esta circunstancia es aprovechada por Salaverry, para proclamar la revolución, el 22 de febrero de 1835.

– “¡La época es de los muchachos!” – exclama el fogoso amotinado, olvidando que el Presidente Orbegoso, en el deseo de mantenerle tranquilo, le ha ascendido al grado de general.

Orbegoso conoce la insurrección en Arequipa. Inquieto por las proyecciones que ella puede adquirir, destaca contra Salaverry al General Valle Riestra, al mando de un fuerte contingente. Al desembarcar en Pisco, la tropa se insurrecciona contra Valle Riestra y se pronuncia en favor de Salaverry, que ha amenazado “hacer clarines con las canillas de sus enemigos”.

Prisionero de sus propios hombres, Valle Riestra es entregado a Salaverry y éste, con desconocimiento del derecho de gentes, le hace fusilar sin proceso alguno.

El crimen atemoriza a todos y Salaverry adquiere para los peruanos el significado de una tormenta ciega. Su nombre es pronunciado con pavor y hasta el frío Santa Cruz presente que no ha errado en sus apreciaciones. Salaverry es realmente temible.

Es, pues, prudente combatirle con todas las armas. Fiel a su táctica favorita, antes de enfrentarse directamente, hará brotar en tomo al nuevo caudillo obstáculos imprevistos. Antes que él, Orbegoso y Gamarra lucharán contra Salaverry.

La situación del Perú se agrava por momentos. Salaverry domina en el Norte; Orbegoso en el Sur. Gamarra ha establecido su cuartel general en el Cuzco y hay prácticamente tres Presidentes.

Todo es desorden- y desconcierto. La anarquía señorea en el país. Un día que Lima está desguarnecida, ingresa en la ciudad una partida de montoneros, comandados por un bandolero negro llamado León Escobar y éste, después de apoderarse del Palacio de Gobierno, se proclama a sí mismo, Presidente del Perú.

La nación amenaza desquiciarse desde sus bases.

Santa Cruz confronta estos hechos, con cierta ansiedad; ¿Será llegado el momento de intervenir? Orbegoso, Presidente Constitucional, se halla solo y aislado en Arequipa. Tiene a sus órdenes 86 soldados de infantería y 12 de caballería; sin embargo, no ha olvidado que posee una autorización del Congreso peruano, para solicitar ayuda a Santa Cruz.

Urgido por los acontecimientos, le invita a entrevistarse, para delinear La confederación Perú-Boliviana. Santa Cruz rehuye con cortesía. Ello no consigue sino exacerbar la angustia de Orbegoso, quien destaca sucesivamente cuatro agentes a Bolivia. Son ellos el Agente Confidencial Estévez, el Ministro La Torre, José Luis Gómez Sánchez y el general Anselmo Quiroz. Los cuatro llevan instrucciones para destruir el pacto entre Santa Cruz y Gamarra, obteniendo a cualquier precio, el apoyo de aquél.

Santa Cruz comprende que la situación está en sus manos. Cicateramente opone algunas resistencias y aparenta poco interés en las proposiciones de los angustiados mensajeros de Orbegoso. Estos extreman sus peticiones y presionan sin cesar, ofreciendo amplias ventajas y seguridades.

EL 15 de junio de 1835 marca una fecha trascendental en la vida de Andrés Santa Cruz y una jornada histórica para el Perú y Bolivia.

Anselmo Quiroz, el cuarto enviado de Orbegoso, y Mariano Enrique Calvo, Ministro de Relaciones de Bolivia, firman un Tratado, en el que “en nombre de la Santísima Trinidad”, comprometen en forma decisiva el apoyo de Bolivia al Presidente peruano.

El Tratado comienza así:

“Habiendo el Gobierno del Perú, solicitado con insistencia y por repetidas veces la cooperación y los socorros de Bolivia, para el restablecimiento de la tranquilidad perturbada por la sedición escandalosa del general Salaverry y por el desorden en que se halla la mayor parte de la República Peruana...; deseando el Gobierno de la República de Bolivia extender una mano fraternal a la Nación Peruana y siendo conveniente ante todo fijar las bases de un convenio., han autorizado y convenido en los artículos siguientes:

Artículo Primero.— El Gobierno de Bolivia mandará pasar al Perú, inmediatamente, un Ejército capaz a su juicio, de restablecer el orden alterado y pacificar completamente aquel territorio.

Artículo Segundo.— El Ejército Boliviano llevará una caja militar suficiente para cubrir sus gastos por tres meses a lo menos. Este ejército irá mandado por un General ó por S.E. el Presidente Gran Mariscal Andrés Santa Cruz, si así lo creyere conveniente. En este caso S.E. el Presidente de Bolivia tendrá el mando superior militar de las fuerzas de ambos Estados.

Artículo Tercero.— El Perú será responsable de todos los gastos que ocasione la marcha del Ejército, desde que se mueva de sus respectivos cantones; para lo cual puede poner un Comisario asociado.

Artículo Cuarto.— Hallándose los pueblos del Perú enteramente dislocados y siendo su organización política uno de los objetos más esenciales, S.E. el Presidente Provisorio de aquella República, inmediatamente que se le dé aviso de haber

pisado las tropas bolivianas el territorio peruano, convocará una Asamblea de los departamentos del Sur, con el fin de fijar las bases de su nueva organización y decidir de su suerte futura. La convocatoria se hará para un lugar seguro, libre de toda influencia y el más central y cómodo que se pueda.

Artículo Quinto.— El Gobierno de Bolivia garantiza el cumplimiento del Decreto de convocatoria y las resoluciones de la Asamblea.

Artículo Sexto.— El Ejército Boliviano permanecerá en territorio peruano hasta la pacificación del Norte y, cuando ésta se consiga, convocará allí el Presidente Provisorio del Perú otra Asamblea, que fije los destinos de aquellos departamentos.

Artículo Séptimo.— El presente Tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en el término de quince días contados desde la fecha, o antes si fuere posible. .

En apariencia, la conducta de Santa Cruz es contradictoria. ¿Por qué pacta ahora con un Presidente a quien nadie apoya, situándose frente- a dos poderosos rivales? ¿Le seduce el principio legalista, de reconocer a la autoridad legítima, o es cuestión de mero cálculo?

El mismo dirá más tarde:

—“Mi Gobierno contrajo este comprometimiento por necesidad. Importaba tanto preservar a la República del mortal contagio de una revolución militar entronizada en el Perú, como alejar el inminente riesgo de invasión meditada y públicamente declarada por Salaverry. Si yo no hubiera consultado más que la conveniencia y la seguridad en el resultado, habría prestado auxilios, sin duda, a Gamarra, que disponía de más recursos y de más fuerzas que el Presidente provisorio; pero otras eran mis ideas y debía -ser otra la regla de mi conducta. El carácter de legitimidad que ejercía indudablemente el Presidente Provisional, nombrado por la Convención Nacional de 1834, indujo al Gobierno de Bolivia a

admitir las proposiciones de aquél, aunque se hallaba débil, bamboleante y combatido”.

Siempre el temor a Salaverry; siempre la timidez en cuidar las formas legales. No menciona la posibilidad de un acuerdo con Gamarra, pese a que éste cuenta con un ejército de 2.000 hombres. Salaverry es para Santa Cruz, “un jefe feroz, que habitualmente deja asolados los campos por donde transita”.

Salaverry se ha percatado del temor que infunde y, jactancioso y arrogante, proclama que todas las propiedades bolivianas quedarán sujetas a la ocupación bélica. Santa Cruz teme que La Paz caiga en manos del “feroz jefe”. Se apresura a tomar medidas defensivas y cuando alguien observa la celeridad con que ellas son realizadas, el Presidente contesta:

—¿Cómo quiere usted que a uno primero lo asesinen y después recién se tome precauciones?

Es el justificativo que intenta darse a sí mismo: al intervenir en los asuntos del Perú, defiende la seguridad, de Bolivia y evita la invasión de Salaverry o Gamarra.

Pero una recóndita voz le dice a la sordina: —No. No es tal el motivo. Es tu viejo ensueño de Inca. Es el llamado de tu sangre y de tu tierra, que te ordena reconstruir el Imperio. No, Andrés Santa Cruz, hijo de Juana Bacilia. No te interesa tanto la seguridad de Bolivia, como el deseo de mandar en el Perú. Lo has anhelado desde niño. Son tu sangre y tu ancestro los que hablan. Pesa sobre ti extraño destino y representas quizá el último esfuerzo de una raza, para volver a ser lo que fue... Sólo eso es cierto... Anda ya.. . ¿Qué te detiene?... Ha llegado el momento...

—Desde lo alto te contemplan los dioses penates; tus antepasados los Incas.. . Invisibles ñustas sonríen en la otra vera del Lago Sagrado... ¿Qué esperas?.. . ¡Anda!... ¡Anda!... ¡Anda!

El 15 de junio de 1835, 4.632 soldados bolivianos cruzan la frontera con el Perú.

IX LA GUERRA A MUERTE

Hombrecillos menudos, cetrinos y aguerridos. Infatigables en las caminatas, sobrios en la alimentación, valerosos en los combates. Sus pequeñas siluetas se perfilan sobre el telón azul del Lago, mientras un sol de oro sonríe a las columnas en marcha.

Primero, la caballería, compuesta por los regimientos “Lanceros del General” y “Lanceros de la Guardia”; luego, los infantes, fusil al hombro y con banderas tremolantes al viento. Son seis batallones. Después, la artillería, penosamente arrastrada por mulos. Finalmente, el complemento indispensable: las “rabonas”. En México se las llama “Adelitas” y “Juanas” en Venezuela. Pero su tipo es singular en Latinoamérica. Hembras rudas y tan fuertes como los soldados a quienes acompañan. Con ellos sufren, con ellos luchan y con ellos mueren. Compañeras abnegadas, mitigan la sed de aquellos, curan sus heridas y en veces cierran sus ojos para el sueño postrero. Son parte integrante del Ejército y estarán donde éste vaya.

La vanguardia del ejército boliviano que ingresa al Perú, está comandada por el general Ramón Herrera, militar bravo y leal.

Algunos días después, Santa Cruz atraviesa el Desaguadero, encabezando la Segunda división de su ejército. Lleva consigo como Jefe de Estado Mayor, al Vicepresidente General José Miguel de Velasco. Mariano Enrique Calvo ha quedado en Bolivia, desempeñando la Presidencia.

¿Qué pensamientos cruzan por la mente de Santa Cruz? ¿En qué cavila, mientras su cabalgadura va dejando atrás la tierra boliviana? Comienza a adquirir fe en su destino,-aunque no se le ocultan los peligros que aún debe vencer. Tiene confianza en la eficiencia de su ejército y en la adhesión de sus amigos. ¿Contra

quiénes deberá enfrentarse? Desde luego, contra Salaverry. ¿Y Gamarra? ¿Será nuevamente perjuro?

Teme a ambos. A aquél por su valor, a éste por su astucia. Unidos, serían terriblemente peligrosos.

Llega a Puno sin encontrar resistencia. En Vilque se le reúne Orbegoso. El Mariscal de Zepita, consciente de su superioridad, se muestra cordial con Orbegoso, que se allega hasta él casi fugitivo y en derrota. No escatima frases de agradecimiento. Le manifiesta que casi todos los departamentos del Perú, han pronunciado votos expresos para federarse con Bolivia, de acuerdo con los términos del Tratado de 15 de junio.

Santa Cruz, que conoce el valor de las palabras, solicita una comunicación escrita y Orbegoso, accede al instante. El 8 de julio de 1835, dirige una carta:

—“Grande y buen amigo: Después que a virtud de los Tratados celebrados con Vos, con el objeto de pacificar esta República, desgarrada por la sedición, habéis obtenido el mando superior del Ejército peruano... he creído necesario trasmitiros, como desde luego os trasmito, las facultades extraordinarias de que me hallo investido, por la Nación, para que ejerciéndolas en todos los puntos que ocupe el Ejército Unido, que tan dignamente mandáis, proporcionéis a esta desgraciada parte de la República, la tranquilidad y el orden a que ella aspira.

“Al trasmitiros, grande y buen amigo, una parte de la alta confianza que esta República depositó en mí, tengo presente vuestra conocida lealtad y el gran aprecio que merecéis a los peruanos, a quienes, antes de ahora, habéis prestado servicios importantes, sin abusar jamás de su confianza en los altos destinos que obtuvisteis entre ellos.

“Deseo, grande y buen amigo, que el cielo prospere vuestros trabajos, que aumentéis la gratitud que os profesan los peruanos y que al dimitir yo el Mando Supremo, que ostento, en las respectivas Asambleas que van a reunirse, tenga el

placer de decirles: Queda el país en completa libertad debido a los esfuerzos combinados del Ilustre Presidente de Bolivia, con los buenos peruanos

Santa Cruz está respaldado por la autoridad constitucional peruana. Por su parte, el Congreso Boliviano, por ley de 22 de julio de 1835, aprueba también el Tratado de Auxilios de 15 de junio del mismo año.

Ya en noviembre de 1833 –dos años antes– se le ha autorizado para actuar en el Perú, con estas palabras: –“Se autoriza al Poder Ejecutivo para tomar cuantas medidas crea convenientes a fin de precaver los contagios del desorden y defender la República de toda clase de agresiones manteniendo siempre en la política internacional la superioridad que nos da el orden y la paz que felizmente disfruta la República”.

Ahora, cuando Santa Cruz encabeza su ejército, el Presidente del Congreso le dirige este Mensaje: –“No pudiendo el Capitán General de Bolivia mirar con indiferencia esta crisis peligrosa para su Patria, invocado por el Gobierno y pueblo peruanos, conforme con el voto del Consejo de Estado y usando de la autorización con que sabiamente lo investió la representación nacional de 1833, marcha bajo la augusta sombra del pabellón tricolor”.

Miembros de este Congreso que así alienta a Santa Cruz, son José María Linares, Buitrago, Sempértegui; Antezana, Molina y otros personajes.

El 10 de julio de 1835, Santa Cruz expide en Puno una solemne Declaratoria de Garantías en favor de la Nación Peruana, en la que como Presidente de Bolivia y General en Jefe del Ejército del Perú, notifica que todo el territorio ocupado por el ejército mediador se halla bajo su inmediata protección. Garantiza asimismo el ejercicio de la religión católica romana y la independencia del Perú. Se adhiere a la convocatoria hecha por Orbegoso y se compromete a procurar la reunión de las Asambleas expresadas en ella y a sostener sus deliberaciones. Va aún más lejos. Si dichas Asambleas se declaran por la formación de dos Estados independientes,

confederados entre si y con Bolivia, Santa Cruz se compromete a que también esta última República, ingrese a formar parte de la asociación.

Comprende que debe disipar toda desconfianza acerca de sus verdaderos propósitos y por ello se anticipa a hacerlos públicos.

Luego, procura arribar a un avenimiento con los sediciosos. Sabe que ello es difícil, pero al Intentarlo, busca otro fin: dar al pueblo peruano, la impresión que sus planes no son hostiles y que él busca la concordia y la paz.

—“Si me presenté como mediador y ofrecí garantías a todos los peruanos — declara — no fue sino con el muy laudable objeto de evitar la efusión de sangre y de procurar una reconciliación pacífica entre todos los partidos”.

No ignora la suerte que cabrá a sus incitaciones pacificadoras.

El primero en romper lanzas es Gamarra, que se ha proclamado ya Presidente del Estado del Centro de la Confederación, aunque nadie sabe si existen los Estados del Norte y del Sur, ni quiénes son sus respectivos presidentes.

Gamarra pide que se expulse al Presidente Orbegoso.

Su tono es altivo y Santa Cruz recela que algo se oculte detrás de estas palabras. Lo comprueba a poco: una columna de Salaverry se ha pasado a las filas de Gamarra, el 20 de mayo de 1835, fortaleciendo su ejército, que cuenta ya con 4.000 hombres Salaverry es aún más concluyente y expeditivo. El 7 de julio de 1835, lanza contra Santa Cruz su Decreto de “Guerra a Muerte”, que constituirá a la larga su propia sentencia. Nuevo Bolívar, declara condenados a muerte a los soldados del ejército boliviano y a cuantos les auxiliaren en esta empresa.

Su temeridad va más lejos. Declara benemérito de la Patria a todo el que mate a un soldado, oficial o jefe del Ejército de Santa Cruz, eximiéndole además del pago de contribuciones, por espacio de cinco años. Confiere igual prerrogativa a los pueblos que priven de recursos, hostilicen o destruyan en cualquier manera a las tropas bolivianas. Finalmente, incluye dentro de tan rigurosa amenaza a las

tropas peruanas comandadas por Gamarra, dándoles el perentorio plazo de cuarenta días para reincorporarse a su propio ejército.

Proclamas ardorosas que revelan su temperamento fogoso. Algo hay en ellas que hace empalidecer su violencia, para empaparlas de un aroma heroico y romanesco. Quien las cita es un general de 28 años de edad, que cuenta con débiles fuerzas, frente a más poderosos ejércitos que pueden aniquilarle. Por eso, en sus retos hay siempre un cierto matiz de desesperación. Es casi un adolescente que grita y vocifera y su voz, lejos de alcanzar tonalidades tronantes, es apenas más que una bravata. Por ello, sin duda, la figura de Salaverry adquiere simpatía y sus hombres le siguen confiados y animosos, aun sabiendo que es sólo la muerte la que les aguarda al fin del azaroso camino.

“¡Peruanos! –dice Salaverry al ponerse en campaña contra Santa Cruz. Un ejército invasor ha traspasado nuestras fronteras y viene a conquistar la tierra sagrada de los Incas. Miserables aventureros arrastrados por un jefe ambicioso, profanan nuestros hogares, osan pisar las cenizas de nuestros padres y nos traen el nefando presente de la devastación y la ignominia. ¿Sufriréis que nos insulten unos cuantos reclutas hambrientos y cobardes?”

Santa Cruz responde ofreciendo 10.000 pesos de recompensa a quien entregue la cabeza de Salaverry. Califica el decreto de guerra a muerte como un crimen horrendo contra el género humano y como una violación bárbara del derecho de gentes. Declara que el Ejército Boliviano realizará la campaña de acuerdo con los principios jurídicos de uso universal; excluye de estos beneficios a Salaverry y le dá un plazo de cuarenta días para someterse.

Bien sabe que el ofrecimiento caerá en el vacío; pero al dictarlo pretende atraer para si la simpatía del pueblo peruano. Hay siempre marrullería y cálculo en sus pasos, aun en momentos en que podría esperarse que su atención y ánimo se hallen concentrados en resolver los graves problemas militares que tiene delante.

La guerra es realmente a muerte. Teme a Salaverry, aunque no lo confiese.

“La prudencia, el patriotismo, el deber –explica– todo se reunía para prescribir que saliéramos al encuentro de Salaverry, a fin de desbaratar a tiempo sus proyectos, sin darle lugar de que se robusteciesen. Sus proclamas y decretos, en que anunciaba que las propiedades de los bolivianos quedarían sujetas a la ocupación bélica si no se sometían a su yugo, son la mejor prueba de su carácter ferino, de su propósito de saco y expoliaciones”.

Tiene ya - definida su situación. Con él está Luis José de Orbegoso, que no significa el aporte de fuerza material alguna; pero es el representante de la legalidad, ya que ostenta el título de Presidente Constitucional del Perú.

¡Cuán efímero ha sido su pacto con Gamarra! Infidentes ambos, lo ocurrido es consecuencia lógica de un acuerdo celebrado sobre bases deleznable. Ninguno de los dos tuvo intención de cumplirlo y ahora cada uno muestra sus verdaderas intenciones. Aun no han roto oficialmente, y de hombres como ellos, siempre es posible esperar la negociación y el entendimiento, aunque simultáneamente vayan aguzando sus estoques.

Por ello no es de extrañar que después que las tropas bolivianas han, cruzado el río Desaguadero, Santa Cruz y Gamarra mantengan correspondencia. Santa Cruz asegura a Gamarra que de acuerdo con Orbegoso no destruye su pacto con él, pactó a cuyo cumplimiento “le arrastraba sin violencia, a más del empeño sagrado que había contraído, la consecuencia de la amistad”. Le asegura asimismo, con premeditada vaguedad que Orbegoso renunciará en la primera Asamblea a reunirse.

Salaverry está contra todos. Sus imprecaciones contra Santa Cruz corren parejas con las proclamas en que denosta a Gamarra: “El más cobarde de los soldados, el más desleal entre los hombres, el desnaturalizado Gamarra, el corruptor de la moral del Ejército.

Pronto se arrepiente de sus palabras. Ante la presencia cada vez más amenazante de Santa Cruz, comprende que ha obrado con precipitación al

distanciarse de Gamarra, que puede ser un aliado eficaz, si olvida ciertos rencores. Hombre de decisiones rápidas, no vacila mucho y en julio de 1835, envía ante el jefe cuzqueño dos emisarios, Felipe Pardo y Juan Angel Bujanda, proponiéndole la alianza militar contra Santa Cruz.

Gamarra se estremece de gozo. Es precisamente lo que esperaba. Recibe con cordialidad a ambos delegados y sin muchas dilaciones, esta vez en “nombre de Dios Todopoderoso”, firma en el Cuzco el 27 de julio de 1835, un tratado de alianza con Salaverry.

No es exigente. Accede sin violencia a reconocer la primacía de aquél, quien es designado Jefe Supremo de ambos ejércitos y del Estado Central. No se detiene allí. “Para destruir cualquier desconfianza”, acepta salir del territorio de la República, inmediatamente después de haber entregado el mando a Salaverry, para desempeñar una función diplomática ante el gobierno de Chile.

Semejante sumisión es extraña en un hombre que algunos meses antes dijera de Salaverry: —“Joven audaz pero con más audacia que talento y con una ambición que deja muy atrás aun a la misma audacia, ¿qué otro partido puede abrazar el General Salaverry, hallándose rodeado de una soldadesca indisciplinada, que lanzarla fuera de su país, tan pronto como éste se haya sometido a su yugo?”

Pero estas palabras no le han impedido —algún tiempo atrás— apadrinar la boda de Salaverry, y llamarle, siempre que le escribe: —“Mi muy querido ahijado” —.

Ahora firmaría todo lo que Salaverry propusiese; no hace sino repetir la técnica empleada con Santa Cruz.

Dos días después de firmar el Tratado con Salaverry, Gamarra le traiciona al invitar a Santa Cruz para una entrevista en Sicuani. Su duplicidad supera toda ponderación. En un mismo día, escribe estas dos cartas:

“Cuzco, julio 29 de 1835.— Sr. General D. Andrés Santa Cruz.— Mí querido amigo: Anoche llegó Larrea y me entregó la carta de Ud. Su contenido consuela todavía algo mi corazón. Supuesto que estamos convencidos en la esencia, ¿por qué no nos hemos de arreglar, usando recíprocamente de generosidad y desprendimiento? ¿Sacrificaríamos dos pueblos por vanidades quijotescas que de nada sirven más que de hacernos perder opinión y popularidad? Ud. está en vísperas de ser el Jefe de una Nación que ya será muy grande y poderosa, y yo también estoy en vísperas de acabar una vida pública penosa pero llena de honradez.

“A pesar de lo extenuado que estoy, haré el sacrificio último a la Patria y a la amistad, en montar a caballo y buscar a Ud. en Sicuani, para darle un abrazo. Yo iría hasta Puno o hasta el cabo del mundo, pero Gailarte habrá dicho a Ud. cómo he quedado. Iré pues, con la amistad por delante y me acompañarán sus amigos Mendoza y Campero. Encargo a Ud. por tanto que esta entrevista no sea como la del Desaguadero. Es preciso que demos al país un día de consuelo.

“Sé que le han llenado a Ud. la cabeza de toda clase de chismes y casi todos completamente falsos. Le mando una carta original del coronel Vivanco y el parte del Prefecto de Ayacucho, que anuncian la revolución de Lima, hecha en mi favor, para que Ud. vea que yo no sé urdir mentiras y en todo marchó con honradez. A nuestra vista se desengañará de mucho y mucho.

“... El 8, pues, nos abrazaremos. Yo llevaré la escolta de una mitad de caballería solamente y creo que Ud. vendrá del mismo modo. Con confianza y buena fe se hará todo.

“Es falso cuanto le han dicho a Ud. de que yo trato con Salaverry; yo se lo aseguro. Mi cabeza está muy débil y hasta el 8 de agosto, se despide su invariable amigo y servidor.— Gamarra”.

Ese mismo día, 29 de julio de 1835, Gamarra dirige esta carta a Salaverry:

“Mi apreciado ahijado: Por más que se hable contra mi y se quieran interpretar mis sanas intenciones, jamás caminaré sino por la senda del amor patrio y del

honor. Los amigos Pardo y Bujanda han escrito a Ud. con extensión sobre todos los acontecimientos del Sur del Perú; y ahora que el primero lleva esta carta, informará a Ud. de cuánto se ha hecho por estos lugares en bien de esta Patria desgraciada. Mis comunicaciones oficiales desengañarán a Ud. de mi modo de pensar y le harán ver que yo tomo las cosas como un viejo sin miras y como un patriota moderado y leal.

“Ojalá venga Ud. cuanto antes a ponerse al frente de un Ejército respetable, entusiasta y muy moral.

¡Ojalá proporcione Ud. días de gloria a la Patria! ¡Ojalá sea Ud. el restaurador de la paz! Para todo cuente Ud. con mi cooperación, para todo con mi patriotismo. Quiera el cielo que al cerrar los ojos deje en nuestro suelo reposo estable y prosperidad.

- “Si mientras Ud. llega me busca el enemigo, no dudo que lo batiré y este trofeo más puede esperarse para nuestras banderas, porque el entusiasmo del pueblo y del Ejército es extraordinario.

“Si el General Orbegoso me hubiese creído honrado; si su círculo no le hubiese preparado tan torpe- -mente contra mí, él habría hecho quizá algo más útil para la Patria. La franqueza y la confianza sean nuestra divisa. Con estos lazos haremos mucho bien al país.

“Para todo, cuente Ud. con la honradez y buena fe de su afectísimo padrino y servidor. – Gamarra”.

Pero Santa Cruz está informado, y acaso más que informado, intuye la celada que pretende tenderle Gamarra. Se niega a concurrir a la cita y destaca una fracción de sus tropas capturando - prisioneros a algunos emisarios del enemigo.

El ejército boliviano recibe en Lampa un importante refuerzo militar consistente en una División peruana de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de artillería al mando del General Blas Cerdeña, que comienza aquí su carrera al lado del Mariscal de Zepita.

Santa Cruz aprecia el aporte, más por su trascendencia política que militar. En su ejército alinean ahora también peruanos. De inmediato da a sus fuerzas la denominación de Ejército Unido.

En Lampa organiza sus huestes. Encomienda la vanguardia al general Ramón Herrera, hombre de su absoluta confianza. La caballería es puesta bajo el mando del general Felipe Braun, alemán de nacimiento y veterano de las guerras de la Independencia.

El Ejército suma aproximadamente seis mil hombres, bien armados y avituallados. La Caja tiene un millón de pesos de reserva.

Orbegoso se ha entregado a Santa Cruz sin ambages. Es tal su sometimiento, que cuando uno de - sus generales, Ramón Castilla, le anuncia textualmente:

–“Yo no quiero que venga Santa Cruz”.

El responde:

–“Ustedes deben hacer lo que les mando”.

El 15 de julio lanza una proclama a sus soldados: –“Mañana marcháis a incorporaros con vuestros compañeros de Bolivia y a formar con ellos el Ejército Unido que ha de dar orden y tranquilidad a la Patria afligida por las hondas heridas que le abrieron sus malos hijos. El Gran Mariscal Santa Cruz marcha a vuestra cabeza. - Aquel ilustre Jefe condujo siempre al Ejército peruano por el camino del honor. Id, pues a abrazar a vuestros hermanos de Bolivia”.

La prensa peruana también muestra su regocijo por el ingreso de Santa Cruz. - El Arequipeño dice: –“La intervención de Santa Cruz es una intervención pedida y deseada por nosotros mismos; el único propósito de aquél es apaciguar al Perú, librarlo de la anarquía y llenarle de gloria”.

A su vez, Santa Cruz arenga a sus tropas: “... Si encontramos obstáculos a nuestra marcha, los superaremos con entusiasmo, y si temerarios enemigos de la causa y del reposo de los pueblos osaren presentársenos; los combatiremos y venceremos; todos los elementos están en nuestro favor. .”

Orbegoso, después de ceder a Santa Cruz el escaso aporte militar con que cuenta, se apresura a convocar al pueblo del Perú a dos Asambleas destinadas a resolver el pacto de Confederación Política con Bolivia, tan incierto aún, ya que sobre él se ciernen sombras amenazantes.

En el Decreto de convocatoria, Orbegoso decide que los departamentos de Arequipa, Puno, Cuzco y Ayacucho, enviarán sus delegados el 26 de octubre de 1835, a Sicuani. Los departamentos del norte, Junín, Lima, Libertad y Amazonas, lo harán "tan luego como se hallen libres de la opresión que sufren".

Santa Cruz no carece de motivos para considerarse satisfecho. Esa intervención que él tanto anhelaba, no ha sido impuesta por la fuerza de las armas; ha sido solicitada por los mismos peruanos. Se complace en rememorar los hechos, Ha sido la Convención Peruana de 1834, la que solicitó su ayuda para poner término a la rebelión de Gamarra; ha sido el General Nieto quien, frente a una situación crítica, también solicitó sus auxilios. El general Eléspuru, comandante de una división de Gamarra, le invitó a formar parte de la Confederación como Supremo Jefe de ella; el propio Gamarra, su enemigo de siempre, le habló en reiteradas oportunidades sobre la necesidad de fusionar ambas naciones. Por último, Orbegoso, el Presidente Constitucional del Perú, destacó ante él cuatro enviados plenipotenciarios para conseguir su ayuda.

Con tales antecedentes ¿podría acusársele de haber impuesto su voluntad, contrariando el sentimiento del pueblo -peruano?

Santa Cruz piensa que no.

Es indudable que, rotas como están las relaciones entre Gamarra y Salaverry, por una parte, y Santa Cruz por la otra, sólo las armas dirán su última palabra. Así lo comprenden los tres y se aperciben a una lucha sin cuartel.

Gamarra ha estado reforzando sus efectivos. Primero, la división "Lopera", con sus batallones "Defensores", "Pichincha", "Puno", "Paruro", "Quispicanchis", el escuadrón "13 de Enero" y dos piezas de campaña. Luego, la división "Larenas",

enviada desde Lima para combatirle y que, sin embargo, minada por oficiales adictos a él, se le ha entregado sin resistencia.

Salaverry también apresta sus huestes. Lo hace quizá con menor eficacia, pero con más espectacularidad. El 28 de julio de 1835, Día del Perú, desfila en Lima, luciendo brillantes entorchados, airoso y gallardo, pensando seguramente en la gloria que le aguarda. Establece luego que todo hombre comprendido entre los 15 y los 40 años, deberá enrolarse en filas, en un plazo mínimo.

Ordena a Gamarra no empeñar batalla con Santa Cruz, hasta que él personalmente tome a su cargo el mando de las tropas. Para satisfacer a su émulo y amigo ocasional, le designa Presidente del Consejo de Gobierno, olvidando el compromiso suscrito por el mismo Gamarra de abandonar el Perú tan luego como Salaverry se hiciese cargo de la jefatura del ejército.

Gamarra no ignora lo que debe hacer. Comprende que si, prescindiendo de Salaverry, logra él una victoria militar contra Santa Cruz, su situación devendrá preponderante, disipándose las condiciones de inferioridad en que ahora se halla. Acaso confía más en sus propios recursos militares que en los de su novísimo e impetuoso aliado, a quien conoce arrojado y temerario, pero falto de reposo, cálculo y mesura necesarios para luchar contra ese maestro del reposo, cálculo y mesura que se llama Andrés Santa Cruz.

Mide sus probabilidades. Una derrota a manos de Santa Cruz será también una derrota para Salaverry. Una victoria sobre Santa Cruz será una victoria suya, exclusiva, concluyente. En cambio una victoria bajo el mando de Salaverry, servirá tan sólo para acentuar el prestigio de éste.

Están en sus manos los medios militares que le permitirán intentar la gran aventura. La oportunidad es propicia. Debe presentar batalla a Santa Cruz antes que llegue Salaverry y esperar a éste con los laureles del triunfo. Se juzga mejor guerrero que Santa Cruz. Sabe que el Mariscal boliviano, excelente como organizador de tropas en tiempo de paz y más eficiente aún como estadista, no

brilla con igual intensidad en el empleo de las armas. Gamarra le conoce de antiguo y confía en que, frente el uno del otro, habrá de imponerse la capacidad estratégica de quien escogió el campo de batalla de Ayacucho, sobre el desafortunado guerrero de la “campaña del Talón”.

No es tiempo de vacilaciones. - Además, la retirada que le pide Salaverry es difícil, y aparte de sus consecuencias desmoralizantes para las tropas, le hará desperdiciar una oportunidad que acaso no vuelva a presentarse.

Celebra un Consejo de Guerra el 12 de agosto de 1835 para resolver “si se retiraba o presentaba batalla”. Lopera, uno de sus generales, opina por la retirada hasta el otro lado del Apurimac y la unión con el ejército de Salaverry. La mayoría de los jefes piensa lo mismo, pero Gamarra

– que tiene ya su decisión- adoptada – ordena atacar.

Destaca a Lopera a la cabeza de una división, con instrucciones de no rehuir combate. Luego, todo el ejército se pone en marcha hacia Andahuaylas.

Santa Cruz avanza en dirección a Puno, pero al tener noticia del movimiento de Gamarra, maniobra sobre el flanco izquierdo de éste, procurando tomar las alturas de Yanacocha.

Con nimiedad, Santa Cruz atiende los últimos preparativos para la batalla inminente. Ahora podrá probar de qué sirven la disciplina, sobriedad y el espíritu guerrero que procurara inculcar a sus hombres. Se aproxima el momento de prueba y pese a su aparente frialdad, presiente que la hora decisiva está próxima.

No son únicamente su suerte y prestigio los que se hallan en juego. Conoce cual será la suerte que le espera si Gamarra logra imponerse. No ignora que su propia patria volverá a ser invadida. Confía, empero, en el valor de sus soldados, esos indiecitos curtidos por el sol y las heladas brisas del Altiplano, y en sus viejos oficiales: José Miguel de Velasco, Braun, Cerdeña, Ballivián...

Buen guerrero, Gamarra se ocupa ante todo de situarse en posiciones estratégicas favorables. Examina el terreno y escoge un abra dominante, en la que

coloca sus cuatro batallones de infantería y cuatro piezas de artillería. A su flanco, un regimiento de caballería, listo para maniobrar en el momento oportuno. Frente a esta posición casi inexpugnable, se halla el camino angosto y sembrado de riscos y peñones> interceptado por el lago Yanacocha.

Serán difíciles las maniobras de Santa Cruz en este terreno y sus hombres quedarán segados por los fusiles de Gamarra. No son sólo éstas las precauciones que adopta el cuzqueño. Considerando inevitable la derrota de los bolivianos, y para impedirles toda salvación, esconde en una serranía adyacente, a más de diez mil indígenas armados con piedras, galgas, "hondas" y armas blancas. Su ejército se halla algo mermado. Cuenta con tres mil hombres de línea y los diez mil indios, inútiles en la pelea, pero provechosos después de la victoria. Sus batallones son: "Cazadores", "Granaderos", "Paruro" y "Ayacucho"; un escuadrón de caballería y 4 piezas de artillería.

En la lejanía, se avista ya a las tropas bolivianas- Gamarra despliega sus banderas de combate que no son, como podría esperarse, enseñas bicolors peruanas. Flamean al viento, unos pendones negros, trágicos, impresionantes.

A las cinco de la mañana del día 13 de agosto de 1835, la vanguardia peruana comandada por Lopera, choca con las avanzadas del ejército de Santa Cruz.

Este reúne a sus oficiales. Señala el cerro donde se halla posesionado Gamarra y exclama:

—“El que llegue primero a la cima del cerro, encontrará allí el plumaje del generalato”.

Los coroneles José Ballivián y Francisco Anglada parten de inmediato, encabezando a sus hombres.

Después de algunas escaramuzas, Felipe Braun recibe orden de atacar a fondo el ala izquierda de Gamarra. Análoga instrucción es impartida a Trinidad Morán, para atacar el flanco derecho del enemigo con dos compañías del "Ayacucho" y "Arequipa". El escuadrón "Escolta", cubre la retaguardia.

Al percatarse de la maniobra, Gamarra refuerza sus alas, debilitando el centro. Santa Cruz ordena concentrar el ataque sobre esta parte desguarnecida.

Se combate con denuedo. Las fuerzas de Gamarra defienden sus posiciones, pero se advierte en ellas alguna inexperiencia. Están mal comandadas por sus oficiales.

Los bolivianos conquistan el ala izquierda y después de hora y media de ataque, derrotan completamente a esta fracción del ejército de Gamarra.

La división destacada contra Lopera obtiene igual resultado, En el ala derecha, Trinidad Morán ha destruido al enemigo y flanquea peligrosamente. Carga. Pocos minutos después, al centro del ejército peruano no existe más.

Aunque corta en duración, la batalla resulta sangrienta. 1.500 cadáveres enmarcan ese campo de Yanacocha.

Ballivián y Anglada han logrado ascender simultáneamente al cerro y llegando juntos a la cumbre, ganan el generalato ofrecido por Santa Cruz. Distanciados por un incidente anterior, esta vez la gloria común los impulsa a unirse en dramático abrazo.

Santa Cruz captura 915 prisioneros, algunos de los cuales se incorporan a su Ejército. También caen 78 oficiales, toda la artillería enemiga, 1.200 fusiles y el parque. Al día siguiente de la batalla, fusila dos jefes gamarristas: el coronel La Torre y el capitán Moya. Manuel Valdivia, comandante peruano de grandes méritos, ha muerto en la acción. La Torre era jefe de la caballería adversaria. Santa Cruz le ha hecho fusilar en la plaza de San Jerónimo, en altas horas de la noche. Sólo la luna y unos soldados embozados han contemplado el espectáculo pavoroso; nadie conoce el motivo de la cruenta determinación.

Gamarra emprende la fuga perseguido por Morán. Todavía intenta oponer alguna resistencia en Ayacucho, pero la presión de las tropas bolivianas le obliga a desviarse hacia el departamento de Jauja. No tiene nada que hacer ya; sobre él se ciernen las iras de Salaverry, a quien ha desobedecido y el encono de los generales

de Santa Cruz, que le detestan. Ha combatido con valor, pero la moral de sus hombres se ha desmoronado ante la violencia del ataque boliviano. Los indios — esos guerreros pasivos parapetados en los cerros— han huido al ver la derrota del caudillo de los pendones negros, aumentando aún más la confusión de las fugitivas huestes.

Pese a su astucia, Gamarra ha cometido grave error estratégico. Su seguridad en el triunfo le ha impedido buscar con anticipación un camino para la retirada y por ello ahora su derrota linda con el desastre. Le han vencido la superioridad de armamento y la mayor disciplina y acometividad de las tropas de Santa Cruz, así como una más acertada dirección de la batalla. Con esta derrota pierde, no sólo una situación militar, sino su posición política, suplantada automáticamente por la brillante personalidad de Salaverry, el jefe que le recomendara no presentar batalla y cuyas órdenes ha desobedecido.

¡Malos días para el cuzqueño!

Yanacocha es la primera auténtica victoria militar de Santa Cruz. En Zepita — aunque allí ganara el título de Mariscal— la suerte de la batalla quedó indecisa y ambos ejércitos, el suyo y el del español Valdés, se retiraron del combate. En Pichincha, actuó bajo el mando de Sucre. En todas sus demás victorias, siempre hubo alguien que compartiera con él, honores y méritos. En Yanacocha, ha sido el jefe supremo, el conductor, el responsable. Así lo comprende y aunque a nadie lo dice, hace desbordar su júbilo en un parte oficial que dirige al gobierno boliviano, a las tres y cuarto de la tarde del mismo día 13 de agosto:

“Campo de batalla de Yanacocha. — Excmo. Consejo de Gobierno de Bolivia. — El Ejército Unido acaba de obtener el triunfo más espléndido. La batalla duró dos horas y cuarto, ha sido sangrienta; pero la obstinación de los enemigos contribuyó a aumentar más la gloria de los vencedores, que se han disputado la primacía con ardor heroico, tomando posiciones formidables defendidas por seis batallones bien colocados.

“Sólo han salido del campo de batalla, Gamarra, con poco más de doscientos caballos, habiendo perdido toda su infantería, tres banderas y cuatro piezas de campaña.

“Reservándome dar un parte circunstanciado desde el Cuzco, que ocuparemos pasado mañana, anticipo este aviso del campo de batalla para no retardar la satisfacción que debe llevar al Gobierno y al pueblo boliviano un acontecimiento que asegura la paz de dos Naciones y el buen comportamiento de su Ejército.— Andrés Santa Cruz”.

Concede a sus soldados una medalla con la inscripción:

“Vencedor de Yanacocha” y los cuerpos de ejército que asistieron a la batalla, agregan la misma denominación a sus estandartes.

El entusiasmo del triunfo, no le ha hecho olvidar que no es al ejército peruano al que ha vencido. No menciona en su parte al Perú; se refiere al “disidente” Gamarra, y evita así agraviar con término alguno el amor propio peruano.

La respuesta del presidente interino, Mariano Enrique Calvo, dá a Yanacocha, el carácter de un triunfo exclusivamente boliviano: “Vuestra Excelencia, el Numá de Bolivia, puede llamarse ahora el Scipión de nuestra Patria”, escribe Calvo, en tono declamatorio. Tal vez Santa Cruz estaría más satisfecho si pudiera llamarse ya simplemente “Protector”.

En esta hora de triunfo, no olvida a Orbegoso, el Presidente peruano de incoloros tintes. Y también cumple con él, al enviarle otro parte de la batalla, en términos semejantes a los de su Mensaje al gobierno boliviano. Disimula en cierto modo sus emociones y experto psicólogo, empequeñece ante Orbegoso, el mérito personal de su victoria.

Este responde: “Jamás podrá recordar el Perú la victoria de Yanacocha, sino con una ilimitada gratitud hacia la persona de V.E. y al Ejército Boliviano, que unido al nacional y ambos dirigidos por V.E. han abierto la era desde donde debe datar la pacificación de esta desgraciada República y su futuro restablecimiento”.

Es enorme el júbilo que la victoria de Yanacocha provoca en Bolivia. El gobierno concede medallas orladas de brillantes para los generales vencedores, y de oro y plata para los jefes y oficiales. La Paz y Chuquisaca, Cochabamba, Oruro, Potosí y Tarija, rivalizan en su entusiasmo.

En la primera ciudad, se declara automáticamente un feriado indefinido. Hay cinco días de desfiles, procesiones y corridas de toros. Vates improvisados celebran con ditirambos la victoria y quien recibe los homenajes es la "Señora presidenta» doña Francisca Cernadas.

En tanto, el Mariscal de Zepita se preocupa en premiar el valor de sus hombres. Los coroneles José Ballivián, Anglada y Avilés, así como el bizarro Trinidad Morán, son ascendidos a la clase de Generales. Braun y Herrera a generales de División. Pero también sabe castigar. Ordena el retorno a Bolivia, con ignominia, de los jefes Gonzalo Lanza, Penailillo y Prudencio, acusados por haber demostrado cobardía frente al enemigo.

Una actitud le contraría. José Miguel de Velasco, su Jefe de Estado Mayor, renuncia el cargo. Santa Cruz de-sigua en su reemplazo al irlandés Francisco Burdett O'Connor, mientras el ex-jefe retorna a Bolivia, con el ánimo exacerbado contra Santa Cruz.

Después de disponer algunas remociones en el Ejército, el Presidente se dirige a Arequipa, ciudad en la que celebra una entrevista con Orbegoso. Luego marcha al Cuzco.

En el camino se detiene un momento en Yanacocha, y señala con un ademán, el sitio en que derrotara a Gamarra.

Está feliz; mas en su frente, podría advertirse ese pliegue que indica cual es su preocupación no vencida: Gamarra está en fuga, pero aún queda, amenazante y más peligroso que nunca el hombre a quien Santa Cruz realmente teme: Se llama Felipe Santiago Salaverry...

FELIPE SANTIAGO SALAVERRY

—“Gamarra merece la muerte, pero conozco que si el país se pierde y muero yo, él es el único capaz de emprender la emancipación del Perú”.

¿Quién ha pronunciado estas palabras que parecen dictadas por la más prudente medida y frío cálculo? ¿Es por ventura un estadista experimentado, que escorzando el presente, ve y actúa para el futuro?

No es un estadista experimentado ni un hombre prudente. Es Felipe Santiago Salaverry, el caudillo impetuoso e irreflexivo, que sólo sabe de presentes urgencias y de explosiones instintivas.

Cuando todos barruntan que él —que ha fusilado al colombiano Delgado por haber escrito una carta irrespetuosa— va a fusilar también a Gamarra, oyen de sus labios estas palabras incomprensibles.

Salaverry, aunque sanguinario, suele tener estos meandros psicológicos. Perdona a Gamarra; olvida que le ha perjudicado y se limita a desterrarle a Costa Rica, el 19 de octubre de 1835. Con el eclipse de Gamarra, sólo quedan en escena, Santa Cruz y él.

El Mariscal de Zepita, como provecho inmediato de su victoria en Yanacocha, ha ocupado sin resistencia Cuzco, Ayacucho y se prepara para marchar al Norte.

Salaverry, que está en Pisco, se encarga de dar amplia difusión a la noticia de la derrota de Yanacocha. Es un hombre al que las dificultades y contrastes enardecen. —“¡Peruanos! —dice a sus compatriotas— la división que mandada el general Gamarra se ha perdido en las cercanías del Cuzco. Los soldados peruanos que la componían, sorprendidos y mal situados, han sufrido una completa dispersión y el invasor extranjero ha pisado y escarnecido la insignia bicolor. Pero os prometo, os juro por lo más sagrado, que no seréis colonos de Bolivia; que no

seréis presa ni juguete de un soldado sin reputación; que no seréis conquistados; castigaremos ciertamente al bárbaro que creyendo dominaros holló todos los derechos, no se respetó ni a sí mismo, atropelló la patria nuestra y no consideró el abismo que con sus manos abrió a la suya propia”.

La misma fogosidad, el mismo desdén por Santa Cruz. Salaverry está abrasado por un fuego interno que le hace lanzar proclamas como ésta:

—“¡Soldados. Tenéis trazado el camino del triunfo y de la gloria inmortal. ¡Seguidlo, soldados!... Que es el camino mismo de vuestro General.— Salaverry.

Está en inferioridad de condiciones militares, pero toma la ofensiva. No concibe otra maniobra. Se sabe más débil que Santa Cruz; no obstante, será siempre él quien ataque Primero.

El 4 de septiembre de 1835, intenta un golpe espectacular y audaz. Desde el Callao, destaca por mar, a bordo de la corbeta “Libertad» y de la goleta “Limeña”, a una columna de 250 hombres, comandados por el coronel José Quiroga, con órdenes de apoderarse del puerto boliviano de Cobija. Sabe que la aventura es inútil y carente de significado para la marcha de las operaciones militares, pero no ignora que constituirá un desafío al poder de Santa Cruz, tanto como al orgullo nacional de Bolivia.

Los barcos, después de dos semanas de navegación, atracan en la bahía de Mejillones, al sur de Cobija. El 24 de septiembre, Quiroga domina a la guarnición del puerto y captura 95 prisioneros, algún armamento y una bandera. En seguida incendia las edificaciones y embarca, entrando en Pisco, de regreso, el 6 de octubre. Allí le espera Salaverry. El recibimiento es espectacular. Forma en dos alas el ejército peruano y por medio de ellas, desfila marcial la columna de Quiroga, arrastrando por el suelo la enseña boliviana. Salaverry estalla en manifestaciones de entusiasmo y esa misma tarde concede recompensas especiales a los expedicionarios.

Mas ello no le satisface. Es necesario derramar sangre.

Tiene dos prisioneros bolivianos: el teniente Manuel Goizueta y el sargento mayor Calixto Guiraldes. Ambos son fusilados a las 4 y media de la tarde, en presencia de todo el ejército.

Ya es tiempo de atacar, Salaverry se pone en campaña y entre alegres fanfarrias militares, emprende marcha al sur, donde cree que le esperan el triunfo y la gloria.

“¡Soldados! – dice a su ejército – llegó el momento de ejercer el ministerio más santo y más patriótico que puede encomendarse al brazo de un guerrero; llegó el momento de marchar contra las hordas inicuas que piensan cantar su triunfo sobre los escombros de nuestro honor y de nuestra gloria.

“Santa Cruz es el jefe que las guía; Santa Cruz quiere aparecer como defensor de los principios y como tutor de la libertad peruana; y Santa Cruz media con fuerza armada en las disensiones ajenas y asesina cobardemente a nuestros jefes en premio al valor que demuestran en el campo de batalla. Ha sido siempre el más humilde esclavo como súbdito y cuando jefe el más cruel de los opresores. Santa Cruz se presentó como enemigo de las revoluciones militares y Santa Cruz ha dado en el Perú el primer ejemplo de ellas exaltando a Riva Agüero en el año 1823 y atacando a mano armada al Congreso y ha hecho del cadáver de Blanco el primer escalón para la presidencia de Bolivia. Santa Cruz viene a restablecer el imperio de las -leyes y Santa Cruz condena a muerte a los que bajo la protección de ellas publican sus pensamientos por la imprenta. Santa Cruz arde en amor al Perú y pretende coronar con la victoria sus esfuerzos; y Santa Cruz entrega al Perú a los españoles, haciendo desaparecer un ejército victorioso sólo por su incapacidad y nos hizo necesaria la intervención colombiana y corrió cobardemente en Pichincha y Sepulturas y en cuantas ha divisado el más ligero reflejo de las armas enemigas. Santa Cruz., basta compañeros; los labios de un soldado que ha crecido bajo banderas, se ofenden de pronunciar este nombre vilipendioso que en nuestra historia militar> es sinónimo de cuanto hay de infame y cobarde.

Este caudillo romántico, Salaverry, no ha dejado de ser un niño. Odia a Santa Cruz y le denigra. En su tiempo se hace popular en todo el Perú, una copla que Salaverry gusta repetir, refiriéndose a Santa Cruz:

Toron, ton, ton

Que viene, que viene

El cholo jetón.

Sin embargo, un día, acaso arrepentido momentáneamente, en un rasgo de ingenua magnanimidad, lanza un Decreto, indultando a Santa Cruz, si retorna a Bolivia:

“Considerando –escribe– que Andrés Santa Cruz se halla arrepentido de su desesperada empresa de conquistar el Perú, por haber al cabo reconocido la insuficiencia de sus fuerzas y capacidad y experimentado el odio de todos los peruanos por la inicua invasión, muy mal cohonestada con el llamamiento de Orbegoso y dos individuos más.

“Que conviene allanar los embarazos que impidan la pacificación de los pueblos y restituir al Perú y a Bolivia la tranquilidad que le ha robado la ambición del invasor y la traición del que le entregó un pueblo desprevenido, aunque sea necesario conceder la impunidad a tan notables criminales.

“Decreto: Se indulta a Andrés Santa Cruz de las penas a que se ha hecho acreedor su atentado de invadir el Perú, si en veinte días contados desde la fecha, repasa el Desaguadero. – Felipe Santiago Salaverry.

El decreto revela tanto infantilismo, como el que muestra luego al vestir con gran lujo a doce coraceros de elevada talla, que lucen en sus cascos, el cartel de “Coraceros de Salaverry”.

Santa Cruz, más parco en proclamas y baladronadas, organiza su Ejército para la nueva campaña inminente, El cauto Mariscal, soslayando los insultos que recibe, se preocupa en asegurar la próxima victoria.

Ha dispuesto convenientemente a sus tropas. La vanguardia está en Ayacucho y marcha luego sobre Huancavelica, presionando en el valle de Jauja. El centro se halla en el Cuzco. Aun en esto hay reminiscencias de viejo Inca, pues de la capital del imperio de sus antepasados, irradiará ahora su poder. Arequipa se halla defendida por un regimiento de infantería y otro de caballería, al mando del infatigable Felipe Braun. En las cercanías, montan guardia Quiroga y Vigil, atentos a cualquier sorpresa, ya que todo puede esperarse de un enemigo como Salaverry.

El Mariscal de Zepita domina en el sur del Perú. Sus tropas son disciplinadas y la reciente victoria de Yanacocha ha elevado su moral. Los generales y jefes que las comandan no son bisoñas en el arte de guerrear.

Cuenta con cerca de ocho mil hombres, contra cuatro mil que tiene su oponente. Pero Salaverry, aunque con un ejército inferior, lleva la ventaja de poseer una flota marítima de cierta consideración la corbeta "Libertad" de 22 cañones; el bergantín "Congreso», de 12; el "Arequipeño" de 10; y la goleta "Lima". Esta armada le proporciona rapidez en sus movimientos, factor no despreciable en la campaña próxima.

La impaciencia consume a Salaverry, Desea atacar de inmediato sin medir las probabilidades que tiene en su favor o en su desventaja. Se sitúa en Ica para operar contra Santa Cruz, y luego marcha a Pisco, a la cabeza de su caballería, con objeto de unirse a algunos refuerzos que deben llegarle por mar.

En tanto Trinidad Morán ha ingresado a Huancavelica, a la cabeza de una columna. Todo parece indicar que este avance se prolongará en profundidad, llevando la guerra hasta el seno mismo del territorio cuyos habitantes son adictos a Salaverry: el norte peruano.

Salaverry comprende que no tiene tiempo que perder. Concibe el propósito de cortar la retirada a Morán y coparle. Con este objeto, destaca al general Valle con el batallón "Cazadores de Lima" mientras él se dispone a enfrentar a Santa Cruz, que comanda el grueso del ejército. Es un primer error táctico. Repite el que cometiera

Santa Cruz en la campaña de Intermedios: dividir sus fuerzas, siendo éstas numéricamente inferiores a las del adversario.

El 20 de octubre, Salaverry parte de Ica, en busca de Santa Cruz.

El mandatario boliviano, con la experiencia de aquella campaña, comprende cuán peligroso sería alejar demasiado a su vanguardia. En consecuencia, ordena a Morán replegarse. Esa maniobra, ejecutada con acierto, motiva que las tropas del general Valle, se fatiguen estérilmente, buscando a un enemigo que ya ha alzado tiendas.

El 29 de octubre de 1835, Salaverry ocupa Ayacucho y no encuentra resistencia. Morán continúa replegándose, sin ánimo de ofrecer combate. Esto enardece aún más al belicoso caudillo, que intenta forzar los acontecimientos obligando a Morán a presentarle una línea de resistencia.

Impasible, Morán prosigue su retirada, hasta recibir un considerable refuerzo, compuesto por el batallón "Pichincha", comandado por los generales José Ballivián y Ramón

Herrera. Sitúa a sus hombres en Ninabamba, a orillas del río Pampas.

Analizando estos movimientos, Santa Cruz ha podido percatarse que es llegado el instante de decidir los acontecimientos. Conoce ya la verdadera potencia del ejército de Salaverry y precavido como siempre, ha estudiado con detención las posibilidades, antes de empeñar el combate decisivo.

Salaverry, a quien tampoco escapa la inferioridad de condiciones en que se halla, concibe un plan audaz. Por segunda vez fracciona sus fuerzas, con el propósito de asolar el sur del Perú y privar de recursos al ejército adversario, sin empeñar ninguna acción de envergadura.

Intenta atacar por retaguardia, amagando Arequipa y las fuentes de aprovisionamiento del Ejército Unido. Destaca una columna al mando del general Juan Pablo Fernandini, con misión de tomar Arequipa. Organiza otra, al mando del general Porras y finalmente, toma él mismo el comando de la tercera. Las tres

divisiones deben converger en Arequipa, por caminos diferentes> desorientando así a Santa Cruz y obligándole a contramarchar. La orden es presentar combate sólo cuando las fuerzas perú-bolivianas se hallen material y moralmente agotadas por estas caminatas.

Santa Cruz advierte el propósito de su enemigo y destaca al general Blas Cerdeña para acosar a Fernandini, cuyas fuerzas ocupan ya Vitor> localidad próxima a Arequipa.

Morán es comisionado para controlar los movimientos de Porras. La habilidad del general crucino pone a Porras en situación desesperada, obligándole a capitular con toda su división. Una tercera parte del ejército de Salaverry es perdida en esta campaña parcial. Santa Cruz intenta fusilar a Porras, pero Morán, que ha comprometido su palabra, impide que esta decisión se cumpla.

La derrota de Porras deja desguarnecida la ciudad de Ayacucho, en la que ingresa Santa Cruz el 25 de noviembre, Allí permanece por espacio de unos días. El 9 de diciembre, aniversario de la batalla de Ayacucho, realiza un solemne desfile militar, con asistencia de todo su ejército, en uniforme de parada. Los soldados concurren también a una misa de campaña, en las primeras horas del día, y a un baile en la noche.

¡Qué bien conoce los resortes que impulsan el alma de sus hombres! Teniendo enemigo al frente, Santa Cruz busca darles una impresión de seguridad y confianza. Se le ve en la misa, orando piadosamente; en el desfile, jinete en brioso alazán y en la noche, cortesano, danzando con las muchachas peruanas. Parece despreocupado y seguro de su situación. Pero, en el fondo, es únicamente una postura que busca determinado efecto psicológico.

Da a sus tropas cuatro días de descanso. Descanso para los soldados, pero no para él. Aprovecha este tiempo para revisar todos los detalles de la maquinaria bélica que ha montado, Habla con sus hombres; prueba su rancho, inquiera acerca de la cantidad de munición que poseen. Aplica a sí mismo la frase napoleónica que

alguien le ha leído: “En la guerra nada se obtiene sino por el cálculo; todo lo que no está profundamente meditado en sus detalles, no produce resultado alguno”.

Reposada la tropa, Santa Cruz emprende la búsqueda de Salaverry. Es preciso concluir de una vez.

Meditando mejor las cosas ha comprobado que su superioridad numérica le permite ahora dividir sus tropas. Destaca una división de 1.600 hombres al mando de Trinidad Moran, rumbo a Lima y el Callao, a fin de amagar a Salaverry por retaguardia. En el séquito de Moran incluye -al Presidente Orbegoso, para que los suspicaces limeños no recelen una intromisión.

Una columna destacada por Salaverry, al mando del coronel Manuel de Mendiburu, ha capturado la ciudad de Arequipa, el 31 de diciembre de 1835. Algunos días más tarde, el 8 de enero de 1836, Orbegoso y Morán ingresan en Lima. No han tenido necesidad de disparar un cartucho y la población –por lo menos parte de ella– ha exteriorizado su lealtad a Santa Cruz.

En seguida, Morán ataca las fortalezas del Callao, que caen en su poder tras corta lucha. Con este triunfo audaz y sorprendente, queda bajo el dominio del Ejército Unido, casi todo el norte del Perú. Salaverry contará en adelante sólo con el territorio que pise su ejército.

La situación es ésta: Salaverry domina en el sur y Santa Cruz en el norte. El contraste es paradójico, pues queda en poder del primero, el más poderoso foco de influencia crucina. A su vez, Santa Cruz domina en una región que es el baluarte de Salaverry.

La respectiva ocupación de estas dos ciudades, Lima y Arequipa, permite apreciar las diferencias temperamentales de los dos caudillos. Santa Cruz, que conoce las resistencias que su nombre provoca en Lima, busca temperadas y suavizarlas. Dispone que Orbegoso acompañe a Morán. Las tropas bolivianas de ocupación se conducen con disciplina, procurando captar para sí la tolerancia de los limeños. El propio Orbegoso, colaborador de esta política, devuelve a Morán,

en solemne ceremonia, la bandera boliviana capturada por las fuerzas de Salaverry en Cobija.

¡ Qué diferente se muestra Salaverry! Ingresando en Arequipa y sin cuidarse de las simpatías o antipatías de los habitantes, comienza a despotizar y oprimir. Levanta un empréstito obligado de cien mil pesos; recurre al reclutamiento forzoso; impone a los artesanos arequipeños el trabajar armas y equipo para su ejército; tala los campos, confisca bienes y arrebató a los campesinos sus ganados y sus víveres.

Es de tal suerte que las fuerzas del boliviano Santa Cruz son recibidas en Lima, con mayor simpatía que en Arequipa, las del general peruano Salaverry.

Cada día va acentuándose la resistencia pasiva de los arequipeños contra las tropelías de éste. Los campesinos ocultan sus víveres y prefieren matar a su ganado, antes que entregarlo al ejército. En toda la comarca se puede advertir sorda resistencia y un contenido deseo de rebelión.

Salaverry extrema sus rigores: —“Si no quieren por bien suministrarme recursos, pues los conseguiré por la fuerza” — amenaza.

Sus soldados, a quienes da carta blanca, atropellan, requisan, allanan.. . Han reclutado 600 hombres en Arequipa, pero comprenden que son hostiles y que no puede confiarse en su lealtad. Resultan así una carga y un peligro para el ejército, y temiéndolos Salaverry dispone su conducción al norte. Nuevo motivo de enfado para los arequipeños, las mujeres en especial, pues se les priva, sin causa aparente, de sus padres, esposos y hermanos.

Salaverry no repara ni enmienda estos errores sucesivos y continúa labrando su propio trágico destino.

Se producen los primeros choques.

El 26 de enero de 1836, una fracción del ejército boliviano, comandada por el general Quiroz, derrota en Gramadal a una columna salaverrina encabezada por el general Vivanco. No se salva un solo hombre y todos son muertos o capturados

prisioneros En la acción perece el teniente José María Deustua bravo oficial peruano.

Santa Cruz recibe nuevos refuerzos de Bolivia. Han llegado dos batallones y con ellos sus efectivos se ven aumentados en dos mil hombres más. Esto afianza su fe en el triunfo y después de ponerse en marcha sobre Arequipa, el 19 de enero de 1836, destaca una columna al mando del general Miller, para cortar la retirada a Salaverry. Las tropas se sitúan entre el ejército de éste, y el mar. Si Salaverry es derrotado, no podrá ya reembarcarse en su flota y su perdición será definitiva.

El 28 de enero, Santa Cruz vivaquea en Pocsi, pueblecillo cercano a Arequipa. Al tener noticia de la aproximación, Salaverry se repliega. A las diez de la mañana del día 30, las fuerzas bolivianas ingresan en la ciudad de Arequipa. En la lejanía, pueden todavía ver a las columnas de Salaverry en retirada.

Los bolivianos están ansiosos por concluir de una vez. Santa Cruz se percata de ese estado anímico de sus hombres y emprende la persecución sin demoras.

Destaca un escuadrón para cruzar el río de Arequipa y constituirse en vanguardia del ejército persecutor. Al atravesar el río, el escuadrón es recibido con nutridas descargas de fusiles. Es el batallón salaverrino "Chiclayo", que con dos piezas de artillería, hostiga a los bolivianos, impidiéndoles cruzar.

El combate se traba de inmediato. Es tan teniente la adhesión del pueblo arequipeño al caudillo boliviano, que hombres, mujeres y niños, ayudan a sus unidades. Combaten con ellos, desde los tejados y les suministran los recursos que precisan. Santa Cruz está informado de los movimientos de su enemigo, por noticias que sin cesar le transmiten los campesinos, arriesgando sus propias vidas.

Cada momento cobra mayor intensidad el ataque al puente. El general Blas Cerdeña, que capitanea a la columna boliviana, sufre de pronto una herida en la boca, que le pone fuera de combate. Al fin, Santa Cruz ordena suspender fuegos, dejando sólo unos cuantos fusileros para hostigar al enemigo.

A su vez, Salaverry advierte que es imprudente seguir defendiendo el puente, ya que a cada instante corre peligro de ver rebasadas sus líneas, en otros puntos del río. Ordena la retirada.

Se dirige al Uchumayu, sitio distante cuatro leguas de Arequipa. Allí se parapeta, siempre teniendo al río delante. Ocupa posiciones sólidas y el ejército boliviano, para atacarle, deberá cruzar antes una senda angosta y un desfiladero, dominado por una serranía que concluye en la "Pampa Negra". Salaverry juzga que es un sitio inmejorable para la defensa. y decide resistir

Santa Cruz insiste en la ofensiva. Envía una columna al mando del general José Ballivián. A las nueve de la mañana del 4 de febrero de 1838, el batallón de "La Guardia", con Ballivián a la cabeza, emprende el ataque. Más atrás siguen 600 hombres, comandados por el coronel Vera.

Ballivián y sus soldados, son recibidos con graneado fuego de artillería. Su situación desfavorable, les pone en riesgo de ser exterminados. Mas es preciso cruzar el puente a cualquier precio. Cubriéndose con los cuerpos de los muertos, los bolivianos avanzan y ochenta de ellos logran atravesar el río; pero llegan agotados a la otra orilla y son hechos prisioneros por los peruanos. En el vado han caído el comandante Builarte y el mayor Angulo.

Ballivián insiste en su empeño. Sus hombres siguen siendo segados, pero no retroceden. En cuatro minutos, cien bajas. Una bala le alcanza también a él, mientras en su contorno el comandante Vera y diez oficiales más se derrumban mortalmente heridos.

Es el desastre.

Maltrecho, Ballivián ordena la retirada.

Salaverry le ha derrotado; pero ha combatido con tanto valor que el mismo Salaverry, aprovechando una pequeña tregua, manda un emisario para felicitarle:

—“Decid al general Santa Cruz, que los bolivianos han ostentado ayer, un valor extraordinario pero estéril” —, encarga.

No cabe en sí de gozo. Nuevas proclamas y estreno de una marcha militar, la después famosa "Salaverrina". No se detiene ahí su entusiasmo. Admirado por el comportamiento de Ballivián, le confiere un grado honorario en el ejército.

Santa Cruz medita sobre las consecuencias de este primer contraste, No ha sido afectada en forma decisiva la potencialidad de su ejército, pero es necesario prever las repercusiones morales en el ánimo de sus hombres. Ahora, como siempre, prefiere la maniobra al ataque directo.

Despliega al general Anglada, al mando de los batallones "Segundo" y "Zepita", para que cruzando el río por un punto alejado, ataquen a Salaverry por retaguardia. Pero Anglada es sorprendido por el coronel peruano Cárdenas y se ve forzado a retirarse, dejando algunos prisioneros.

En este día, 4 de febrero de 1836, Santa Cruz pierde 599 hombres en acciones sin importancia.

Alarmado por el curso inesperado de los acontecimientos, simula una retirada. Sabe que Salaverry, mareado por los triunfos que ha obtenido se precipitará sobre él.

Es exactamente lo que ocurre.

Salaverry, creyendo desmoralizado y en fuga a su adversario, concibe el proyecto de cortarle la retirada. Para ello, adopta un plan peligroso. Pretende pasar por Congatá, Tingo y Socabaya y situarse en las alturas de Paucarpata, impidiendo la retirada al boliviano.

Socabaya... Paucarpata... Ignora que el destino ha señalado en otra forma estos dos nombres, y que ellos pertenecen a Santa Cruz. Socabaya... Paucarpata...

Salaverry emprende la marcha, a las cinco de la tarde del 5 de febrero. Llega a Congata sin novedad, y allí, fiel a su costumbre, dicta la consabida proclama. Es de una inconsciente temeridad: tiene al frente un enemigo poderoso y sin preocuparse por ello, emplea su tiempo en establecer para sus hombres el galardón de una cruz

de oro, como recompensa por su comportamiento en la defensa del puente de Uchumayu.

Sale de Congata el 6, al promediar la tarde, y llega en la noche a Tingo, otro punto –el segundo– de su itinerario. De ese itinerario que él cree que le lleva a la victoria y a la inmortalidad.

El destino va tendiendo sus redes sutiles. Santa Cruz, que continúa acampando en el panteón de la Apacheta es anoticiado por una campesina arequipeña, de la maniobra de Salaverry. Comprende al punto cuál es la intención de éste. Comprende algo más: la inmejorable situación en que se halla respecto a su adversario y lo fácil que es batirle ahora que presenta un flanco descubierto.

Santa Cruz marcha en línea recta rumbo a Socabaya, que es el tercer objetivo de Salaverry. Con ello impedirá que el general peruano se poseione de las alturas de Paucarpata y le corte la retirada.

Está visto. Será en Socabaya donde ambos rivales cruzarán sus aceros.

En la inminencia del combate, Santa Cruz arenga a sus tropas: “¡Soldados! Allí tenéis a los enemigos que habéis buscado a costa de tantas fatigas y de marchas las más difíciles, por valles, ríos y cordilleras, en la estación más penosa... Estos son los que declararon contra vosotros la guerra a muerte. Vedlos y castigadlos”.

Mediante una maniobra veloz, el ejército de Santa Cruz aprovechando la bella oportunidad que le ofrecía el enemigo que desfilaba de flanco a su presencia, se parapeta en Socabaya, mientras una columna de “Cazadores” comienza a escalar las alturas de Paucarpata.

Ballivián, al mando del “Batallón de la Guardia”, apoya el ala izquierda. Anglada, el ala derecha. El batallón “Zepita” permanece cercano al de la Guardia, para apoyar. le en caso necesario. El Batallón Cuarto, al mando de Burdett O’Connor, hace lo mismo con las fuerzas de Anglada.

Santa Cruz, organizada ya su línea de batalla, destaca a tres compañías del batallón “Arequipa”, a órdenes del coronel Peralta, para hostigar de flanco a las

fuerzas de Salaverry. El batallón 6º es destinado a la reserva; la artillería está en el centro, y sus cañones apuntan ya las bocas sobre las tropas peruanas que aparecen en el horizonte.

Salaverry tiene 1.893 hombres. El 1 y 2 Batallones de Carabineros, mandados por los coroneles Quiroga y Juan Salaverry, respectivamente: “Cazadores de la Guardia” comandado por el coronel Ríos; “Victoria” por el coronel Rivas; “Cazadores de Lima”, por el teniente coronel Juan de Dios Oyague; y “Chiclayo” por el coronel Sebastián Ortiz.

Posee también fuerzas de caballería, compuestas por el Regimiento de Coraceros; con cuatro escuadrones al mando del coronel Mendiburu; “Húsares de Junín», a cuya cabeza está el coronel Lagomarsino y “Granaderos del Callao” comandados por el coronel Zavala. La artillería, formada por cuatro piezas de campaña, está dirigida por el coronel Lucas Rueda.

Socabaya, donde se libraré la batalla, es una lomada de insensible pendiente; pedregosa, estrecha, poco propicia para la maniobra.

El 7 de febrero, a las 9 de la mañana, comienza el combate. Un soldado de las avanzadas, ha visto relampaguear las primeras bayonetas bolivianas.

—¿Son los “cuicos”? —inquire, despectivo, el general Salaverry.

Ordena luego que una columna ligera ocupe el sitio denominado “Alto de la Luna”; tras de la columna sitúa a los batallones “Chiclayo” y “Victoria”». Avanzan los peruanos, pero al llegar al Alto de la Luna, hallan que esta posición ha sido ya ocupada. Rompen el fuego contra los “Cazadores”, intentando desalojarles. Inútil empeño, pues los bolivianos responden con vigor, rechazando todos sus ataques sucesivos.

Simultáneamente, los batallones 1 y 2 de Carabineros, y el “Húsares de Junín” cargan contra el batallón de La Guardia y contra la columna del coronel boliviano Sagárnaga, procurando desbordarlos. Este empeño también fracasa y las fuerzas peruanas de aquellos dos batallones, se ven obligadas a replegarse.

Salaverry, al percatarse del descalabro, insiste en el ataque. Precipita contra las líneas bolivianas al batallón "Cazadores de Lima", "Cazadores de La Guardia" y por último al "Coraceros y Granaderos del Callao". El nuevo empuje, por su violencia, conmueve la solidez de las líneas bolivianas, que comienzan a ceder. El momento se presenta peligroso, y esta vez el propio Santa Cruz, encabezando el batallón 6º, debe intervenir enérgicamente, logrando restablecer la situación.

Las tropas bolivianas, alentadas por el refuerzo, emprenden el contraataque. Una carga furiosa acaba con el batallón "Granaderos del Callao", que se ve obligado a dispersarse.

Salaverry, espada en mano y vistiendo una capa colorada, ruga y se bate con obstinación. Ha perdido sus mejores unidades y es en vano que procura, con su esfuerzo personal desesperado, infundir impavidez a sus soldados, que comienzan a huir.

El rostro demudado, se precipita contra algunos de ellos y los mata. Grita, se debate, blastema. Querría, él solo, deshacer a todos sus contrarios, acuchillarles uno a uno, despedazarles. Pero es inútil; sus líneas ceden cada vez más notoriamente.

Una carga de la caballería boliviana, al mando de Braun, decide la victoria. Los peruanos, perdida ya toda cohesión entre ellos, emprenden la fuga y el desbande es general.

Salaverry, con frémitos, continúa acuchillando a sus hombres en retirada. Mata a ocho, en empeño trágico y estéril.

A las once y cuarto del día, no queda ya nada por hacer. Santa Cruz ha triunfado en Socabaya. Sereno, frío, algo pálido pero imperturbable, ha dado sus órdenes de combate, sin perder el control de sí mismo en ningún momento. No ha dejado de ser, ni bajo el fleco de las balas, el calculador meticuroso, el hombre sin nervios.

El botín es completo, 220 prisioneros entre jefes y oficiales. Medio millar de soldados, cinco estandartes y cuatro piezas de artillería. Salaverry ha tenido 600 muertos y 350 heridos. Los bolivianos 242 muertos y 188 heridos.

La batalla ha sido extremadamente sangrienta. Ha quedado fuera de combate el 35 por ciento de cada uno de los ejércitos. El coronel boliviano Sagárnaga está herido por siete balazos. Ha muerto su segundo, teniente coronel Manuel Buitrago.

Salaverry, a su vez, ha perdido lo mejor de su oficialidad.

Los fugitivos se dirigen a Islay, perseguidos y acosados por la caballería boliviana. La columna comandada por el general Miller, que Santa Cruz destacara con previsor anticipación para cortar la retirada de Salaverry, concluye con toda esperanza de los vencidos de alcanzar la costa.

Un pelotón boliviano captura cerca del mar a un hombre pálido como la muerte, sombrío, mudo. Se le reconoce por el dolman encamado que viste: es Felipe Santiago Salaverry. Los soldados le conducen de inmediato a Arequipa, ciudad en la que esa misma tarde ha ingresado triunfante Santa Cruz.

Salaverry dirige una carta al presidente boliviano, en la que ofrece no intervenir más en política, si se le permite marcharse al extranjero. La comunicación no recibe respuesta.

¿Cuál será ahora la actitud de Santa Cruz? Salaverry es un prisionero incómodo. Todo puede esperarse de él. Si logra escapar, reiniciará la lucha con mayor encono que antes. Si se le pone en libertad, aprovechará de ésta para intentar el desquite. Imposible pensar en atraerle a la causa del Ejército Unido, porque no perdonará jamás a Santa Cruz el haberle vencido.

Muy honda es la preocupación de Santa Cruz. Si el perdón le haría crecer ante la posteridad, comprometería con él, su propia situación.

¿Será necesario inmolarle...?

Santa Cruz, que ha leído la vida de Napoleón, sabe que el corso inmoló en Egipto a 7.000 prisioneros que le estorbaban. No ha olvidado que el propio Salaverry, fusiló en Pisco a dos prisioneros bolivianos.

Designa un Consejo de Guerra para juzgar a Salaverry y a los demás prisioneros. Todos los miembros de aquél, menos el uruguayo general Anglada, son peruanos. El consejo delibera sumariamente y el 18 de febrero, pronuncia sentencia:

Pena de muerte contra Felipe Santiago Salaverry. Igual condena contra Juan Pablo Fernandini, Gregorio del Solar, Miguel Rivas, Juan Cárdenas, Casimiro Carrillo, Manuel Valdivia, Manuel Moya, Ramón Machuca, Julián Picoaga, Lucas Rueda, José Arancibia, Sebastián Fernández, Casimiro Negrón y Valentín Eoza. Otros prisioneros son condenados a 10 años de cárcel.

El mismo día, Santa Cruz confirma la sentencia contra 9 de ellos. Estupor en Arequipa y en el Ejército. Alarma entre los propios amigos del Presidente.

¡Felipe Santiago Salaverry debe morir!

Al conocer la suerte que le espera, Salaverry grita su protesta. —“Protesto ante mis compatriotas, ante la América, ante la historia y ante la posteridad más remota, del horroroso asesinato que se comete conmigo. Habiéndome entregado espontáneamente al general Miller, él me ha presentado como prisionero a Santa Cruz, que sobre cadáveres peruanos quiere cimentar su conquista.

“Yo debía haber sido juzgado conforme a las leyes de mi país y no por un tribunal de esclavos que me ha condenado sin oírme. He sido arrastrado a un Consejo de Guerra verbal, ante quien solamente protesté de su incompetencia y de la imposibilidad de vindicarme a tan larga distancia de mis papeles justificativos; me retiré y después he sido condenado. . -

“¡Peruanos! ¡Americanos! .. ¡Hombres todos del Universo!. Ved aquí la bárbara conducta del conquistador, con un peruano que no ha cometido delitos; que no ha tenido otra ambición que la felicidad y la gloria de su patria, por las cuales

combatió hasta el momento de su muerte; ved aquí cuán horribles son los primeros pasos del que ha jurado enseñorearse del Perú, destruyendo a sus mejores hijos.

“En capilla, en Arequipa, febrero 18 de 1836.

«Felipe Santiago Salaverry”.

Es su última proclama..

Santa Cruz dirige una carta a Orbegoso, justificando esta determinación y expresa que “mientras más altos fuesen los insurgentes, menos indulgencia merecían».

Salaverry tiene tiempo para dirigir otra carta a su esposa:

—“Te he querido cuanto se puede querer y llevo a la eternidad un pesar profundo de no haberte hecho feliz. Preferí el bien de la Patria al de mi familia y al cabo no me han permitido ni lo uno ni lo otro”.

Patética es la ceremonia del fusilamiento. Los habitantes de Arequipa colman los cuatro ángulos de la plaza principal. En una de las esquinas hay nueve banquillos para nueve reos. Redobla fatídicamente el tambor y de pronto aparece a la cabeza de ellos Salaverry, el brigadier infortunado.

Marcha erguido, pese a la herida que tiene en una de las piernas; viste el uniforme de la Legión Peruana, casaca sencilla de paño, con cuello celeste y morrión de soldado.

Sin pavor y sin apuro se sienta en el banquillo que le designan. A su lado están Fernandini y los siete restantes. Ninguno de ellos pasa de los treinta y cinco años de edad.

Ya se alistan los fusileros.

De pronto Fernandini que tiene una lividez extraña, salta del banquillo y echa a correr en desesperado intento por salvar la vida. La multitud le detiene y es nuevamente sentado en el banquillo del que no habrá de levantarse más, Una... dos .. tres... Ocho descargas retumban en la amplia plaza.

Comienza el fusilamiento individual.

Solo queda Salaverry.

Al advertir que esta vez le corresponde el turno se enajena y poniéndose en pie ruge, dirigiéndose a los soldados que ya le apuntan:

¡Soldados!... ¿No me conocéis?.. ¡Qué!. . - ¿No sabéis a quién fusiláis?. . -

A su frémito sólo responde una descarga cerrada y Salaverry se desploma para siempre.

Una rosa roja – enorme rosa roja – ha florecido instantáneamente en el pecho del general.

Felipe Santiago Salaverry. . - Fugaz meteoro, deslumbrante y efímero, ha deshecho sus galas y su brillo al chocar contra esa roca fría que es Santa Cruz.

Felipe Santiago Salaverry.. Vedle ahí tendido de bruces en la plaza de Arequipa besando esa tierra en la que esperara encontrar la gloria hallando sólo la muerte .

Felipe Santiago Salaverry.. El más heroico y el más infortunado de los adversarios de Santa Cruz. Quizá en el momento en que sus oídos iban a ensordecen para siempre, llegó todavía hasta ellos el acorde marcial y lejano de la “Salaverrina” de su “Salaverrina» tocada quedamente, mientras sus ojos, a los que la muerte nublaría, contemplaban el desfile espectral de esas legiones gallardas de peruanos conducidos por él a la destrucción y a la muerte.

¡Felipe Santiago Salaverry!.

VIEJO ENSUEÑO

Sobre la misma plaza en que yacen acribillados nueve cadáveres, se yergue la figura del nuevo amo del Perú: el boliviano Andrés Santa Cruz.

Cuatrocientos años atrás, unos hombres blancos de luengas barbas y relucientes armaduras destruyeron el Imperio del Sol y subyugaron una raza. En 1836, un descendiente de conquistadores y conquistados comienza a dar cima a su esfuerzo por reconstruir el Imperio destruido.

Ensueño que el joven Andrés alentó desde sus primeros años; relatos que su madre desgranaba a orillas del Lago Sagrado; historia de remotos Incas que reinaban pacíficos y patriarcales sobre un pueblo disciplinado, culto y laborioso; atisbos de insatisfacción ante un presente de decadencia y anarquía. Son estas fuerzas confusas e inmateriales las que han determinado que Andrés Santa Cruz consagre su existencia al cumplimiento de ese anhelo que ahora parece. próximo a convertirse en realidad.

¿Será posible que llegue a realizarlo? ¿Es factible la creación de este Gran Perú, que hará desaparecer artificiales fronteras entre dos naciones gemelas? Muchos años atrás, un virrey del Perú, Manuel Guirior, habla expresado con proféticas palabras: —“El Reino del Perú, Bajo y Alto, no admite división perpetua> estando sus provincias enlazadas unas con otras. Se pondrá una piedra de escándalo y de emulación, si se pretendiese separarlas”.

El antecedente histórico, la similitud racial y la geografía misma confirman esta verdad.

El horizonte se ha despejado. Sus enemigos han muerto o se hallan en derrota. Salaverry —tan temible hace unas semanas- no es más que un cuerpo inerte. Gamarra se encuentra exiliado, sin poder ni fuerza para poder intentar algo contra

él, En Bolivia nadie osaría contradecirle. Ha batido a quienes pretendieran levantar obstáculos en su camino.

Luce su estrella tan brillante como el sol.

Pese al dominio que siempre guarda de sí y a la mesura y frialdad que norman sus actos, cree estar viviendo una ilusión. Los pueblos le aclaman y el orden se ha restablecido en el Perú, afirmándose aún más en Bolivia. De uno y otro país, llegan hasta él expresiones de estímulo y aplauso por su obra e importantes núcleos de ciudadanos – cuya opinión ha sido pacientemente influenciada por sus amigos y agentes – solicitan la Confederación Perú-Boliviana.

Flamean victoriosos los pendones de su ejército. Hay todavía mucho que hacer, pero Santa Cruz, ansioso de gustar el triunfo en su patria, realiza un viaje a Bolivia. Nuevo Inca, revive una costumbre de éstos y, precedido por un cortejo de Prisioneros, ingresa triunfalmente en la ciudad de La Paz, al son de fanfarrias militares y clamorosos vítores.

Es la primera vez que un general boliviano retorna vencedor de tierra extranjera. El país entero no escatima su aplauso regocijado a ese gobernante ejemplar que le ha salvado del riesgo inminente de una invasión.

Se suceden varios días de festejos públicos y agasajos al Presidente. Exagerados siempre en el elogio o en el vilipendio, los bolivianos le fatigan con sus protestas de adhesión incondicional; le comparan con Sucre y Bolívar; auguran para él triunfos imperecederos y le ofrecen lealtad eterna.

Está rehabilitado el prestigio militar de Santa Cruz y las dos victorias conseguidas han vigorizado la fe y enardecido el entusiasmo de sus tropas. Pocos reparan en que los triunfos obtenidos en Yanacocha y Socabaya tienen raíz no sólo en el valor y pericia desplegados en ambos combates, sino en las normas de orden, disciplina y trabajo que Santa Cruz ha impuesto en el país y en el ejército, desde seis años atrás. El triunfo militar es mera consecuencia de esa organización y sentido jerárquico que ahora prevalecen en el ejército boliviano. Se obedece a un

jefe y no se discuten sus órdenes; los oficiales no piensan en revoluciones y se han consagrado a los deberes de su profesión; los soldados no son ya mercenarios aventureros, sino ciudadanos que defienden a su patria. Su moral es alta, pues saben por qué combaten y porque confían en que no se les embarcará en locas aventuras. Están bien armados y se les paga con puntualidad. Es el milagro que ha logrado hacer Santa Cruz.

Sin embargo su ejército posee un talón de Aquiles en el que quizá no repara suficientemente: carece de flota.

Ya Salaverry, con los escasos bajeles que disponía, le ha demostrado cuán necesaria es la fuerza marítima para mantener el poderlo militar en tierra. El océano brinda más facilidad de movimientos, mayor rapidez, mejora las posibilidades de una retirada, aumenta las probabilidades favorables en el ataque.

Santa Cruz ha descuidado este aspecto en la organización de su ejército. No posee barcos de guerra y aparentemente tampoco se preocupa por obtenerlos.

A los treinta y siete años de edad, Santa Cruz ha alcanzado a ser el amo indiscutible de Bolivia; a los cuarenta y cuatro, lo es del Perú y Bolivia. En aquella época salvó a una nación desorganizada que se hallaba al borde de la disolución, ¿logrará repetir la hazaña frente a una obra más compleja?

Quizá en este momento en que, destrozados sus enemigos, nada ya amenaza a su patria, otro gobernante habría plegado sus pendones de guerra y retornado al seno de ella, para consolidar dentro de modestos límites, su labor administrativa.

Pero él no está satisfecho. Otro es su destino y diferentes sus propósitos, Ahora que la fortuna le sonríe, ahora que nadie discute su supremacía, ahora que la fuerza está de su lado, es cuando debe crear el Gran Perú y ser él, en pleno siglo XIX, algo así como un Inca redivivo. ¿Podrá conseguirlo?

No es mejor la situación del Perú en este año 1836, que la de Bolivia en 1829. Países de asombrosas semejanzas, presentan también idénticos problemas.

La hacienda pública peruana se halla en bancarrota, como consecuencia lógica de una defectuosa organización administrativa y, sobre todo, de los recientes disturbios internos y guerras civiles. En los departamentos de Lima, Libertad y Junín adeudan los subprefectos cerca de dos millones de soles, en concepto de contribuciones no cobradas. En el Perú nadie paga impuestos, el contrabando está en auge y las aduanas son organismos inútiles, que se limitan a llevar el nombre de tales, sin ejercer ningún control sobre las mercaderías que entran y salen del país.

No existen industrias de importancia y languidecen los campos por falta de trabajo. El país está anarquizado y corrompido por muchos años de desgobierno y motines militares. El tipo del oficial del ejército, es el mismo que existió en Bolivia: audaz, inculto, falso y levantisco. Carece en absoluto de toda noción de disciplina.

El regionalismo es también carcoma que roe la vitalidad interna del Perú. La costa y la sierra son regiones inconexas, cuyos respectivos habitantes se detestan. Existen siete departamentos: Arequipa, Ayacucho, Cuzco, Junín, Lima, Libertad y Puno. La población alcanza a 1.300.000 y como en Bolivia, existen inmensas regiones despobladas.

Culturalmente, pervive la Colonia, con sus costumbres, su religión y sus defectos. Lima, la orgullosa capital virreinal, constituye todavía amparo y refugio de aquel estilo, en naciente beligerancia con la sierra, en la que comienza a insinuarse más acentuadamente que en otras partes, la influencia republicana.

Por segunda vez, Santa Cruz mide la obra inmensa que tiene ante sí. De acuerdo a su hábito, no delata los temores y aprensiones que le asaltan, pero más tarde confesará:

—“Al hacerme cargo de la dirección de los negocios públicos del Perú, tomé desde luego las graves dificultades que el lamentable estado del país oponía a las reformas que su prosperidad demandaba. Las revueltas civiles y señaladamente la última, habían cegado casi todas las fuentes de la fortuna pública; el comercio, la agricultura, la riqueza, la moral, habían sufrido un menoscabo considerable y el

desorden espantoso que desde hacia mucho tiempo atrás se habla apoderado de la Hacienda, subsistía radicado en muchos intereses personales y sostenido por la propensión a las revoluciones.

Sin embargo, las dificultades son agujijones para su espíritu siempre sediento de reforma y progreso. Con renovados bríos emprende la tarea, comenzando por consolidar su posición política, ya que, aunque pacificador del Perú, existe todavía un presidente constitucional, Luis José de Orbegoso, y en estricta legalidad, los motivos de permanencia de Santa Cruz en tierra peruana han desaparecido en gran parte.

Es urgente aclarar la situación jurídica en que se encuentra. Lo hace de inmediato, con la celeridad acostumbrada y con el tacto que no le abandona en ninguna oportunidad.

Aunque ha vencido, Santa Cruz desea que la Confederación Perú-boliviana no sea impuesta por las armas sino que emerja de la voluntad de ambas repúblicas, consultadas mediante comicios populares o por medio de sus representantes legales.

Para ello —piensa Santa Cruz— nada mejor que la convocatoria a asambleas regionales, en las que se trasunte el deseo de los pueblos, de convenir en la Confederación. Algo ya se ha avanzado en tal camino, pues el presidente Orbegoso, en cumplimiento de una estipulación del Tratado de Auxilios suscrito con Santa Cruz, ha llamado a dos Asambleas deliberantes, en las que estarán presentes delegados nor y sur peruanos, respectivamente. La convocatoria se ha efectuado el 26 de junio de 1835, es decir, mucho tiempo atrás y tiempo es ya —concluye Santa Cruz— de darle cumplimiento.

Es obvio que el tema principal a considerarse será el de la Confederación, y resulta también indudable que, tanto en la composición de las Asambleas como en el curso de sus deliberaciones, estará presente la influencia indirecta del Presidente boliviano.

El bloque del Sur, se halla formado. por los departamentos de Arequipa, Cuzco, Puno y Ayacucho. Sus representantes se dan cita en Sicuani, pueblecillo andino ubicado entre Arequipa y Cuzco.

Los delegados del bloque del Norte, compuesto por Junín, Lima, Libertad y Amazonas, eligen como punto de reunión la población de Huaura, situada al norte de Lima.

La asamblea de Sicuani inaugura sus deliberaciones el 16 de marzo de 1836. Está presidida por don Nicolás Piérola y cuenta con veinticinco diputados; cinco por Arequipa y el resto representando a los otros departamentos.

Santa Cruz juzga oportuno asistir a la primera deliberación. No ha ejercido influencia directa en la elección de los asambleístas, mas, es indudable que sus agentes han puesto esmero en llevar elementos no adversos al propósito fundamental de la convocatoria.

Procura dar impresión de que la mas absoluta libertad e independencia rige las deliberaciones; pero olvida cuidar un detalle sugerente: instala su alojamiento particular en un edificio contiguo a aquél en que platican los congresales, habilitándose así para impedir y controlar todo proyecto o debate que no encaje en sus planes.

José María Torrico, uno de los secretarios de Santa Cruz, lee ante la asamblea un mensaje del presidente Orbegoso, que dice en sus partes salientes:Quiero cumplir con el deber sagrado, que reconoce en este momento mi corazón; y es recomendar a la consideración de la Asamblea deliberante el Ejército auxiliar de Bolivia, a ese ejército virtuoso, modelo de moral y disciplina, que ha derramado su sangre y sus tesoros por la pacificación del Perú”.

Santa. Cruz lee también su propio mensaje, que es síntesis de la labor cumplida y esquemático lineamiento de sus propósitos para el futuro:

–“Vais a resolver el gran problema de la prosperidad o desgracia del Perú. Los pueblos esperan con ansia vuestro fallo y desean saber si sus Representantes

los harán felices o desventurados; si contarán con la seguridad de sus personas o continuarán siendo víctimas del desorden revolucionario.

Como corolario de sus deliberaciones, la Asamblea de Sícuaní, llamada también Asamblea del Sur, declara el 17 de marzo de 1836, la independencia de los cuatro departamentos, comprometiéndose a federarse con el Estado que se forme en el Norte del Perú y con Bolivia. Confiere a Santa Cruz la suprema autoridad, encargándole no omitir ningún esfuerzo para lograr la Confederación y dejando librada a su juicio la convocatoria a un Congreso que constituya fundamentalmente el nuevo Estado.

La Declaratoria de Independencia arrancaba del convencimiento de los pueblos del sur, “por una larga y triste experiencia, de que su asociación con los del Norte, bajo el régimen de la Unidad, hace difícil, si no imposible, su organización, y por lo mismo más difícil la felicidad, que esencialmente depende de la forma de gobierno». Añadía que las revoluciones, al nacer de esa unión violenta,~ habían disuelto el “pacto general”, lo que colocaba a los pueblos del sur en el caso de “procurar su futura seguridad por los únicos medios que pueden contribuir a ella”. Tales medios eran la formación del Estado Sud Peruano, que adoptaba un gobierno popular representativo, confiado, por ahora, a Andrés Santa Cruz, con el título de Supremo Protector.

Otra ley de 19 del mismo mes, aprobaba el Tratado de Auxilios, celebrado en junio de 1835, y todos los demás actos administrativos del gobierno provisional del Perú.

Fija las armas del nuevo Estado: un sol radiante con cuatro estrellas colocadas en forma de un arco de círculo. La bandera está compuesta por los colores rojo, verde y blanco.

Finalmente, decreta honores para Santa Cruz y designa una comisión especial encargada de comunicarle aquellos acuerdos y solicitar su aceptación del título de Supremo Protector.

El primer obstáculo está vencido.

Algunas dificultades demoran la reunión del congreso de Huaura, y Santa Cruz, comprendiendo que todo retraso puede serle perjudicial, vuelve su atención a Bolivia y el 19 de abril, convoca a un Congreso Extraordinario “que no se ocupará de otros objetos, que los que contendrá el Mensaje del Gobierno”. En otros términos, deberá limitarse a sancionar la Confederación, no estorbando con discusiones que se aparten de este tópico.

Santa Cruz conoce la afición de sus compatriotas hacia los desbordes verbalistas y para evitarlos elige como sitio de reunión el pueblecito de Tapacarí, situado en el departamento de Cochabamba. Allí, los congresales deberán, por fuerza de las circunstancias, consagrarse a los asuntos fundamentales que han motivado la convocatoria y –repetiendo palabras del mismo Santa Cruz– “estarán apartados de toda influencia”.

El Congreso se reúne el 14 de junio de 1836 y al día siguiente inaugura sus sesiones, con la lectura de un mensaje del vicepresidente, don Mariano Enrique Calvo.

Alguien murmura que Santa Cruz ha elegido este sitio remoto para evitar que trasciendan las deliberaciones, pues teme encontrar opiniones contrarias a sus propósitos. Es evidente que el Congreso, aunque compuesto en su mayoría por elementos adictos a Santa Cruz, cuenta también en su seno a algunos descontentos, no convencidos por entero de las ventajas que la Confederación reportará para Bolivia. Si bien su número es escaso para poner en peligro los planes del presidente, y mucho menos para determinar el fracaso de su política, Santa Cruz prefiere prever y anticiparse a cualquier resistencia. Un escándalo parlamentario en La Paz o en Chuquisaca sería grave; en cambio, en Tapacarí, no alcanzará trascendencia.

Adopta celosos cuidados y, sin embargo, aparenta no haber ejercido ninguna presión en el Congreso, declarando enfáticamente que, mientras éste delibera, él se

encuentra “entre Ayacucho y Tacna, muy distante de influir en sus resoluciones; es decir, a doscientas cincuenta leguas”.

Los acontecimientos se desarrollan como Santa Cruz ha previsto. El 20 de junio de 1836, el Congreso aprueba todos los actos del gobierno. Ratifica la disposición de Bolivia para confederarse con los Estados Nor y Sud Peruanos y, siguiendo la norma trazada en Sicuani, autoriza a Santa Cruz para arreglar y resolver todos los detalles necesarios para completar la Confederación, así como “para tomar cuantas medidas crea convenientes al sostenimiento de la moral y de la gloria del Ejército Boliviano, mientras se halla fuera del territorio de la República”.

Cumplida la misión política, el Congreso tampoco queda corto en otorgar recompensas a Santa Cruz, a quien adjudica la propiedad de las haciendas Anquioma y Chincha, en el departamento de La Paz. A este último da el nombre de “Socabaya”.

Otorga una subvención de trescientos mil pesos para el ejército y establece montepíos para los deudos de los soldados muertos en las campañas del Perú.

Los homenajes alcanzan también al vicepresidente Calvo, a quien se designa general de división de los ejércitos de la república y jefe de las Guardias Nacionales, pese a que Calvo es un abogado senecto que ignora en absoluto la ciencia militar.

Está consolidada la posición de Santa Cruz, en el sur del Perú y en Bolivia. No ocurre lo mismo en el norte de aquel país, donde no ha desaparecido la sorda resistencia contra la intervención de Santa Cruz en asuntos peruanos. El foco de este espíritu adverso está en Lima, cuyo orgullo no alcanza a soportar que sea un mestizo —el hijo de la cacica de Huarina— quien imponga su autoridad y su mando. Se le llama “Jetiskan”, aludiendo a sus labios pronunciados. Santa Cruz significa además la preponderancia de la sierra, el advenimiento del peruano de tierra adentro, a expensas del costeño. El ancestro español de principalsímas

familias limeñas, la tradición misma de la capital virreinal, se resiste aún a renunciar a su hegemonía en el Perú.

El problema se plantea con caracteres de conflicto regional y de castas y es por ello por lo que el Norte se muestra menos cálido en su adhesión a Santa Cruz y da pocas señales de entusiasmo para secundar la obra en que éste se halla empeñado. Su oposición es pasiva porque, por el momento, nada puede hacer; pero esta impotencia para obrar fermentará poco a poco hasta hacer crisis cuando Santa Cruz no pueda defenderse.

El mismo Orbegoso, percatándose de la situación, da cuenta a Santa Cruz de los obstáculos que se oponen a los propósitos comunes:

“Aquí existe –le dice en carta fechada en Trujillo el 14 de febrero– una prevención sorda contra la intervención de Bolivia; pero estoy resuelto a sofocarla”.

- Santa Cruz responde aconsejando a Orbegoso obrar con energía. Está decidido a no tolerar nuevas insurrecciones. No ignora el desdén y la resistencia que su nombre provoca en el norte; pero expide el 3 de marzo la convocatoria a la Asamblea de Huaura, señalando el 15 de julio del mismo año, para su instalación.

En previsión de sucesos desagradables, respalda su empeño con el argumento que él conoce infalible: las armas. Ordena que el general Ramón Herrera, en aparentes funciones de ministro plenipotenciario de Bolivia en el Perú, avance al mando de una división de ejército. Herrera se dirige de inmediato con dirección a Huaura. Es suficiente.

La Asamblea se reúne el 3 de agosto. Son veinte diputados: seis por Lima, seis por Junín, cinco por Libertad y los tres restantes por Amazonas.

Orbegoso envía un mensaje, incitando a los representantes a secundar la obra de Santa Cruz: “Por lo que a mi toca –dice– no podré demostraros bastante las ventajas que miro identificadas en la organización de tres Estados federados,

regidos por una sola y general administración y por leyes justas y adecuadas a los pueblos”.

A su vez, Santa Cruz, remite también escritas, algunas palabras de aliento.

En el mes de agosto, la Asamblea sanciona una ley concordante con las anteriormente expedidas en la Asamblea de Sicuani y en el Congreso Extraordinario de Tapacari.

En virtud de ella, queda constituido el Estado Nor Peruano y confederado con los del Sud y Bolivia, reconociendo, al mismo tiempo, “la separación e independencia del Estado Sud Peruano”. Otorga también la plenitud del poder a Santa Cruz, juntamente con el título- de Supremo Protector,

El Supremo Protector deberá elegir a los plenipotenciarios del Estado, redactar un reglamento “que fije el número de diputados para el Congreso Constituyente”. “El Estado Nor Peruano –finaliza– mantendrá el mismo pabellón, Escudo de Armas y tipo de moneda que usa hasta el día, con la única diferencia de que, se sustituya Estado Nor Peruano, en lugar de República Peruana

No se detienen ahí los asambleístas. Designan a Santa Cruz con el título de “Invicto Pacificador” y decretan nuevos honores para él. Ordenan que su retrato sea colocado en la sala principal de los Congresos; que se le erija una estatua en Lima; que se donen cien mil pesos a su esposa, doña Francisca Cernadas y una espada guarnecida de brillantes al Protector. Santa Cruz, no ignora el valor relativo de estos homenajes y rechaza la donación a su esposa, pero acepta la espada y los honores.

Los obstáculos están vencidos. Desde Ayacucho, donde se encuentra, Santa Cruz se dirige presuroso a Lima, ciudad en la que ingresa en triunfo él 15 de agosto. Oficialmente informado de los acuerdos, toma solemne posesión del mando al día siguiente.

La ceremonia que se realiza con este motivo semeja a una coronación.

En el principal salón del palacio de gobierno de Lima, se han dispuesto tres enormes sillones, bajo un dosel. Santa Cruz ocupa el del centro; a su derecha, el presidente de la Asamblea, Evaristo Gómez Sánchez; a su izquierda el presidente provisional, Luis José de Orbegoso. A ambos costados, el Consejo de Estado, los diputados de la comisión designada para recibir el juramento del Protector; el cuerpo diplomático; generales del Ejército; el Cabildo Eclesiástico; los preladados de órdenes religiosas; la Universidad; la Corte Suprema de Justicia; empleados de la administración local y gran número de particulares.

En el momento convenido, Santa Cruz presta el juramento ante el presidente de la Comisión Legislativa y recibe del presidente provisional las insignias del mando. Vuelve luego a su sillón, mientras Gómez Sánchez y Orbegoso dan lectura a sendos discursos.

Concluida la ceremonia en el palacio de gobierno, la comitiva se dirige a la iglesia catedral, donde se celebra solemnísima Misa de Acción de Gracias. Con la dignidad de siempre, Santa Cruz aparenta abstraerse en místicas meditaciones, pero quizá en realidad intenta tan sólo concentrarse en si mismo para gozar mejor, con callado orgullo, de los homenajes que Lima le tributa en ese día.

Retorna después al quieto sosiego de su despacho y desde allí dicta a José Joaquín de Mora circulares al cuerpo diplomático acreditado en el Perú y a los gobiernos de América, anunciándoles el establecimiento del nuevo régimen.

“La Providencia ha querido designarme para servirle de instrumento en esta crisis tan benéfica como memorable”, comienza la carta dirigida a los jefes de Estado de América. Y concluye: “No puede obscurecerse a vuestra penetración y experiencia que los Estados Sud Americanos, lejos de tener motivos de inquietud por la creación de un Cuerpo Político, en cuya estructura van a combinarse las garantías sociales con la estabilidad del Poder y la energía de su acción, deben mirarlo como una garantía de orden, como un dique opuesto al torrente de la anarquía, y como una acertada amalgama de los intereses discordes hasta ahora.

La política externa no hallará sino motivos de seguridad y de fraternidad en la marcha que con respecto a ella siga el Gobierno actual y que adoptará después el de la Federación. Mi sistema bien conocido y acreditado en siete años de una Administración Pacífica con todas las Repúblicas de este Continente, les dará suficientes seguridades de la neutralidad perfecta y del respeto con que serán miradas, y de las relaciones francas y amistosas que procurará mantener con ellas”.

Algunas semanas más tarde, en Santiago, un estadista chileno sonrío al leer el documento. Se llama Diego Portales.

El 20 de octubre de 1836, Santa Cruz expide el decreto que crea la Confederación Perú-boliviana.

“Considerando:

“1º.— Que por el artículo 2º de la Declaratoria de la Independencia del Estado Sud Peruano, datada en Sicuani, a 18 de marzo de 1836, se comprometió él a unirse por vínculos de Confederación con el Estado que se formará en el Norte y con Bolivia.

“2º.— Que por la ley de 22 de junio de 1835, se prestó la República de Bolivia a confederarse con los Estados que se formasen en el Perú.

“3º.- Que la Asamblea de Huaura, al proclamar independiente al Estado Nor Peruano, en 6 de agosto de 1836~ lo declaró en el Art. 1º confederado con el Estado Sud Peruano y con Bolivia.

“4º Que por el artículo 4º del primero de los tres instrumentos predichos, por el 11º del tercero y por el 3º de la Ley de 20 de junio de 1836, datada en Tapacarí por el Congreso Extraordinario de la República de Bolivia, estoy amplia y plenamente facultado para iniciar, arreglar y resolver cuanto concierna al objeto de complementar la Confederación preindicada y llevarla a su perfección.

“5º.- Que por el Congreso de Bolivia estoy competentemente facultado para dirigir las relaciones exteriores de aquella República y revestido por las Asambleas de Sicuani y Huaura, de toda la plenitud del poder público.

“6º.- Que interesa satisfacer los deseos de los pueblos, tan manifiestamente pronunciados por la Confederación, acelerar la época de la nueva organización social de los tres Estados susodichos y regularizar sus relaciones con las potencias extrañas.

“Decreto:

“Art. 1º. – Queda establecida la Confederación Perú-Boliviana, compuesta del Estado Nor Peruano, del Estado Sud Peruano y de la República de Bolivia.

“Art. 2º. – El Congreso de Plenipotenciarios, encargado de fijar las bases de la Confederación, se compondrá de tres individuos por cada uno de los tres Estados susodichos y se reunirá en la Villa de Tacna, el 24 de enero del entrante año; a cuyo fin, por la Secretaria General se invitará al gobierno de la República de Bolivia y al del Estado Sud Peruano, para que nombren los Ministros que a cada uno corresponde. – Andrés Santa Cruz”.

¡El viejo ensueño se ha realizado!

XII

¿POR QUÉ, DIOS MÍO, POR QUÉ?

Pese a sus victorias, Santa Cruz no ha dejado de ser el administrador y gobernante de siempre, antes que el militar.

Munido de poderes conferidos por las tres Asambleas, emprende la reconstrucción del Perú –“donde las revueltas civiles y señaladamente la última, habían cegado casi todas las fuentes de la fortuna pública”– con la misma fe y ahincado anhelo con que procediera algunos años atrás en Bolivia.

Declara a Anca, Cobija y Callao, puertos de depósito, para contrarrestar el influjo del comercio chileno y vitalizar el del Perú. Con ello, acrecienta la suspicacia chilena.

Su autoridad no transige con los deudores al fisco; dicta un Decreto por el que se condena a la pena de cárcel a los funcionarios malversadores de fondos y a los deudores del Estado.

Promulga un reglamento de comercio y solicita a los Ministros extranjeros que sugieran iniciativas para mejorar y perfeccionar su funcionamiento y estructura. Establece una escala de sueldos para los empleados públicos que forzosamente deben cesar en sus funciones por enfermedad o invalidez.

Procura cancelar la deuda interna y externa del Perú mediante un severo régimen de economías, en las que él mismo brinda el ejemplo. Aumenta el número de aduanas y pone fin a las aduanillas interiores, que entraban al comercio. Las actividades industriales son alentadas, con buenos resultados. La exportación de azúcar a Inglaterra llega a 14.900 quintales en 1838. En 1834, sólo alcanzaba a 120 quintales. Las cifras totales de la exportación de salitre suben entre 1830 y 1837, de 11.200 quintales a 165.369.

Uniforma y reglamenta la moneda en los tres Estados de la Confederación. Unifica los Códigos, decretando la vigencia de la legislación boliviana. Es una medida importante para lograr la unidad y fusión entre ambos países.

Con los Estados Unidos de América firma el 30 de noviembre de 1836 una Convención general de Paz, Amistad, Comercio y Navegación; un Tratado similar es suscrito con la Gran Bretaña, el 5 de junio de 1837. El Protector es un convencido de que el fortalecimiento de las relaciones comerciales y políticas con las grandes potencias mundiales, irá dando personería paulatina al nuevo Estado.

Fomenta la instrucción pública, creando nuevas escuelas. Funda un colegio teórico y práctico de agricultura, horticultura y botánica. Unifica las provincias de Tacna y Tarapacá, creando con ellas el departamento de "La Ley". Comienza a construir un camino carretero entre Anca y La Paz, convencido de las dificultades que presenta Cobija.

En lo militar procura armonizar la estructura de los antiguos ejércitos de Bolivia y el Perú. Nivelaba el tiempo de servicio en ambos países: 6 años para la infantería, 8 para la caballería y artillería, y 12 para los músicos. Establece premios y aumentos de salarios para los que concurran a batallas internacionales y fija sanciones severas para los desertores. Tales organizaciones quedan completadas con un Tribunal Supremo de Justicia Militar, compuesto por la Corte Suprema y dos generales nombrados por el Ministerio de Guerra. Funda la Guardia Nacional.

Hay mucho de dramático y premonitor en esta prisa ahebrada de Santa Cruz, por cumplir su obra de gobernante. Parece que extraños presentimientos le indicaran que dispone de poco tiempo; que es preciso apresurarse. "Nunca he podido trabajar a medias —confiesa— ni servir sin lealtad a ninguna causa, una vez comprometido a servirla".

En los últimos días de abril de 1837 se efectúa el Congreso de Plenipotenciarios de los tres Estados, previsto por el decreto de 28 de octubre de 1836. Asisten a él, como representantes del Estado Nor Peruano, don Tomás Diego de Florencia,

Obispo de Trujillo; Manuel Telleria, Ministro de la Corte Suprema de Lima y el coronel Francisco Quiroz. El Estado Sur Peruano ha delegado sus poderes al Obispo de Arequipa, don José Sebastián de Goyeneche; al coronel Juan José Larrea, Prefecto del Cuzco y a don Pedro José Flores, Ministro de la Corte Superior de Justicia del Cuzco. El gobierno de Bolivia está representado por el Arzobispo de La Plata, José María Mendizábal; Miguel María Aguirre y Pedro Buitrago. Actúa como secretario, don José María Linares, después Presidente de Bolivia.

Santa Cruz se traslada a Tacna, en compañía de los delegados bolivianos, y atiende a las deliberaciones.

El 1º de mayo de 1837, se suscribe el Pacto Fundamental de la Confederación, en cuya virtud los tres Estados se comprometen a confederarse entre sí, con el objeto de mantener la seguridad interior y exterior de las Repúblicas Confederadas y de su recíproca independencia. Se reconoce al Pacto el carácter de Ley Fundamental de la Confederación estas tres Repúblicas tienen los mismos derechos y regirá una sola ciudadanía para todas. El artículo 6º del Pacto señala:

“ –Cada una de las tres Repúblicas tendrá un Gobierno propio con arreglo a sus leyes fundamentales, y a este Tratado. Mas las tres Repúblicas confederadas tendrán un Gobierno General”.

Este Gobierno residirá en un Poder Legislativo, un Ejecutivo y uno Judicial, de carácter central. El Congreso General se reunirá alternativamente en cada una de las tres Repúblicas Confederadas. Mediante esta disposición, Santa Cruz pretende evitar la preponderancia política de cualquiera de los tres Estados.

El Poder Ejecutivo de la Confederación radica en el Jefe Supremo de ella, que tendrá el título de “Protector de la Confederación Perú-boliviana”. Este durará en sus funciones diez años y tendrá el carácter y título de Generalísimo de las fuerzas de mar y tierra de las Repúblicas, dirigirá las relaciones exteriores de la Confederación, con atribución para firmar Tratados con otros países y ratificarlos previa aprobación del Senado.

Se faculta también al Protector para designar a los Senadores, para nombrar a los Ministros de las Cortes Supremas de las tres Repúblicas y para elegir a los Presidentes de ellas, de una terna que eleve el respectivo Congreso.

Finalmente, el Protector está autorizado para disolver el Congreso General “en la época de sus sesiones, cuando manifiesta e indudablemente se apodere de las Cámaras un espíritu de desorden que amenace la paz interior de la Confederación”.

Todos los poderes, todas las preeminencias son conferidas a Santa Cruz. Sin embargo, intuye que su persona no es popular y que el sistema político que intenta implantar, no posee arraigo profundo en el alma de los pueblos. La Confederación es sordamente resistida tanto en el Perú como en Bolivia.

Ya han llegado hasta él noticias de lo que ocurre en Bolivia. No han sido suficientes sus triunfos militares ni su labor administrativa, ni su empeño en demostrar que sólo busca el progreso de ambos países. Pese a todo, la Confederación es impopular, desde su nacimiento.

—¿Por qué, Dios mío, por qué? —se pregunta, repetidas veces.

Bolivia se resiste a la Confederación, porque cree que estando dividido el Perú en dos Estados, Bolivia que representa a uno solo, se hallará en situación de inferioridad en las determinaciones a adoptarse y que la hegemonía política del Perú se impondrá por esta circunstancia. Se acusa a Santa Cruz por no haber obrado como “boliviano”, aprovechando su situación de vencedor. Se repite con demasiada frecuencia que han sido el ejército, las armas y los dineros de Bolivia, los que han permitido establecer la Confederación.

El Perú tampoco está satisfecho. No ha olvidado que Santa Cruz ha nacido en Bolivia. Además, sus victorias han lastimado el amor propio nacional. Se repara inclusive en bagatelas:

“La bandera de la Confederación lleva más colores bolivianos”; “se pretende sojuzgar políticamente al Perú, imponiéndole inclusive la legislación boliviana

Santa Cruz se entristece al comprobar que su obra no es comprendida y que los pueblos que deberían alentarle con su adhesión, son los que – con increíble miopía política – le combaten con su frialdad y su pasiva resistencia.

Por momentos tiene el deseo de volver a Bolivia, anexando los departamentos del Sur del Perú, que geográfica y racialmente poseen más afinidad con su Patria. Quizá el río Pampas podría marcar la frontera. Dejar el norte del Perú, donde todo le es hostil y ajeno.

Muy sugestivo es aquel episodio relatado más tarde por el canónigo arequipeño Juan Gualberto Valdivia, un tiempo secretario de Santa Cruz:

Cierto día, en que su desaliento afloraba, Santa Cruz dice a su secretario, el español Joaquín de Mora, literato de renombre:

–“Yo nada tengo ya a qué aspiran quiero hacer el bien a estos países y me siento con capacidad y ardor para ello; si paso el Apurímac y abarco el norte del Perú, me pierdo. Que quede el norte independiente. Mi cuidado no es suficiente, por más que quiera, para atender a tanta extensión. Yo quiero y debo verlo todo. Sin ese cuidado, yo conozco que nada se hace.

“Bolivia y el sur del Perú son homogéneos. En el norte conozco que hay más elementos de riqueza pero Lima afemina al hombre más fuerte. Lima será siempre la Babilonia de América. No soy bastante para hacer entrar a esa población en hábitos de orden y progreso. Allí vivirán siempre como en ciudad de Reyes. ¡Señor Mora! Mi ambición es hacer el bien y levantar estas dos porciones de territorio, si me es posible a la cumbre de la civilización y del bienestar”.

A lo que Mora replica:

–“Insisto Excelentísimo señor, en que o todo o nada; porque el norte sin el sur como parte integrante suya, no tendrá Ud. paz, nunca, nunca. Abrazándolo todo, Ud. puede darle unión y fuerza y los peruanos, al conocer y sentir los beneficios que Ud. les hará, entrarán en sí mismos y no darán oído a los conspiradores”.

“Señor Mora –replica Santa Cruz– quedo sorprendido al observar que Ud. no conoce a este monstruo del Perú. Las revoluciones se elaboran en Lima. Ese pueblo no obra y es incapaz de obrar pero seduce; maquina y elabora toda revolución.

“En Lima se perdió el Libertador y yo mismo fui víctima de esa capital. A ese pueblo es menester hartarlo de plata ceder a los empeños inoportunos para empleos. Allí mandan las mujeres y todo el mundo vive del regalo del juego, de la tertulia y de las diversiones. Ojalá pudiera Lima dejar de ser capital. Mientras lo sea, el Perú tiene que morir de apoplejía; todos los pueblos sufren y trabajan para el regalo de esa capital.

“¡Señor Mora! –concluye Santa Cruz con ademán agorero– aparte de otras muchas y muy fuertes razones, le diré a Ud. que tengo un sentimiento Intimo que me asegura que si paso el Apurimac, no sólo me pierdo, sino que pierdo a Bolivia. Bolivia sin mi, se convertirá en una mazmorra; respeto mucho las opiniones de Ud. y siento que no estemos acordes”.

Y Mora concluye:

–“Pues aguardemos a lo que da el tiempo. Si el Norte llama a V.E. debe ceder”.

Escribe una carta al Vicepresidente Mariano Enrique Calvo, indicándole que él no se aferra a lo resuelto en Tacna y que acaso podrían modificarse varias determinaciones esenciales del Pacto. En último extremo, sólo desearía salvar Anca para Bolivia.

En todo el Perú y Bolivia, Arequipa es quizá la única ciudad que permanece fiel. Lima y La Paz se alzarán en la primera oportunidad. Lo sabe perfectamente y sus generales también se dan cuenta de ello. José Ballivián, el guerrero del puente de Uchumayo, dice a Trinidad Morán, un día que Santa Cruz abandona Lima:

–“He quedado en esta ciudad como Kleber, cuando Napoleón abandonó Egipto”.

Lenta, tímida, sigilosamente, comienza a surgir un rumor, una duda pugnante, que llega al mismo Protector:

¿La Confederación constituye un error político?

¿Ha equivocado la orientación fundamental de su vida?

Santa Cruz cavila, solo y silencioso en los corredores de su Palacio. Siempre ha sido desconfiado y ahora las circunstancias le enseñan a redoblar sus precauciones, porque adviene instintivamente que lo que le rodea es falso y traicionero. Se percata que inspira temor y respeto, pero no entusiasmo, que en realidad, nadie le acompaña en sus empeños.

La Confederación ha sido realizada no con proclamas ardientes, pero si, silenciosa, pausadamente. Se ha elaborado no al calor de multitudes enardecidas, sino en el secreto de los conciliábulos y de las logias masónicas. Es por ello por lo que no ha cuajado en el espíritu versátil de los pueblos.

Ahora que el paso está dado, Santa Cruz medita en sus antecedentes determinantes:

¿No ha sido el general peruano Escudero quien propuso a Domingo Nieto — también peruano— una fórmula de conciliación que textualmente rezaba: “Fedérense los departamentos del Sur, Ayacucho, Cuzco, Puno y Arequipa; póngase frente a ellos al General D. Domingo Nieto; y en el momento podrá disponer de ambas fuerzas beligerantes, como jefe de ellas, teniendo entendido que la federación deberá componerse de tres Estados: Bolivia, Centro y Norte; y que el general D. Andrés Santa Cruz, los presidirá a todos y saldrá garante al mismo tiempo de cuanto se estipule bajo esta base?”.

¿Cuántos otros detalles menudos conoce el Protector! La prensa peruana, aun la que no le es adicta, ha propiciado siempre la unión con Bolivia. Cierta vez, un diario El Veterano, planteó insistentemente esta interrogación:

“¿Cuál será el origen de las desgracias del Perú? ¿Será su separación con Bolivia?”

Ha sido también su enemigo, Agustín Gamarra, quien en cierto tiempo propiciara la idea de la Confederación. “El General Santa Cruz sabe que nadie más que yo- se interesa en la fusión con Bolivia”, escribió al coronel Macedo.

Pero no son únicamente Gamarra, ni El Veterano, ni los vecinos de Arequipa. Ha sido el propio presidente peruano, Luis José de Orbegoso, quien le ha llamado para concluir con la situación de anarquía en que se arrastraba el país. Eran peruanos componentes de las logias fundadas en 1829, quienes buscaban la unión con Bolivia, bajo la égida de Santa Cruz.

Muchos otros motivos pesan en el ánimo del Protector. Estando cierta vez en Arequipa, recibió la visita de una comisión de vecinos notables de los departamentos peruanos de Moquegua, Torata y Tacna, pidiéndole la anexión de éstos a Bolivia. Santa Cruz no aceptó, desilusionando a los comisionados que aguardaban más cordial acogida.

Los cuzqueños recordaban que, allá por 1829, habían depuesto al Prefecto del departamento y nombrado en reemplazo suyo al coronel José A. Bujanda, quien se dirigió a Santa Cruz, reclamando su protección y llamándole “Gran Mariscal del Perú”. En otra oportunidad, el general peruano Eléspuru, no obstante comandar una división de Gamarra, le escribió desde Puno, pidiéndole órdenes, en su calidad de jefe de la Confederación.

Fue también un clérigo astuto. e inteligente, Francisco Javier Luna Pizarro, un tiempo enemigo de Santa Cruz, quien también pensaba que la unión del Perú y Bolivia era un hecho fatal. Llevó sus planes hasta el proyecto de Constitución presentado ante el Congreso de su patria, por “el derecho de la Nación para constituirse de la manera que quisiera y le conviniese, sin más condición que la de consultar por medios genuinos su verdadera libertad”. Luna Pizarro, influyente personaje de su época, propiciaba nada menos que la Confederación, en la que el departamento de La Paz formarla el Estado del centro, debiendo ser Tacna la capital de la Confederación y Santa Cruz el Jefe Supremo.

El Protector está en una encrucijada. En el Perú nadie puede olvidar que es boliviano y en Bolivia se duda de su bolivianismo.

Calvo, su Vicepresidente, le escribe: "... empezando por los prefectos y de los más decididos amigos de Ud. apenas leían el pacto (de Tacna) cuando exclamaban que todo lo perdía Bolivia. .. No es esto lo peor. Como el único argumento fuerte que se podía oponer para calmar los ánimos es la confianza que debe tenerse en el bolivianismo de usted, se duda hasta de él. . . Me es sensible comunicárselo; pero peor sería ocultarlo.

Santa Cruz, lastimado por esa duda que le ofende, responde: —“A los que han avanzado a dudar de mi bolivianismo, es decir, de mi lealtad y de mi honor identificados con mi propia existencia, puedo anticiparles que nadie puede igualarme en amor a mi patria y cuanto he hecho y pensado hasta ahora y puedo pensar en adelante, no tiene otra mira que su prosperidad, su reposo y su gloria”.

Es quizá el mayor desencanto de su vida. Cuando ha vencido a todos sus enemigos, la Confederación suena a hueco. El sabe que la Confederación es una medida salvadora para dos naciones incipientes, indefensas, corroídas por las disensiones internas.

“Me han censurado mis enemigos —dirá más tarde— y los que se precian de puros principistas, por mi intervención en los negocios del Perú, sin hacerse cargo de las causas poderosas que nos obligaron a tomar la iniciativa en una contienda, que verdaderamente era de vida o muerte para Bolivia; ni de lo que demandaba nuestra natural defensa, ni de los proyectos de bienestar futuro para el Perú y para Bolivia, ni de la autorización, en fin, con que pasé el Desaguadero. Yo les pregunté a mi vez, si hubiera sido prudente dar lugar a la invasión de Bolivia y exponerla con excesiva confianza”.

“Trabajé intensamente —añade— por extinguir antipatías nacionales, y para reglar las pretensiones avanzadas, que cada uno de los Estados alegaba bajo diferentes pretextos, disputándose la preferencia, una Nación más antigua y

poderosa con otra que tenía a su favor el orden y la organización respetable; y oponiéndose recíprocamente obstáculos importunos a la amalgamación de ideas y a la igualdad de derechos y deberes, que debe ser el fundamento de la nueva asociación”.

Cuanto más medita y cavila, mayormente se convence que el Perú y Bolivia están llamados por el destino a constituir una sola Nación. Su estructuración geográfica, su común origen, su historia, señalan este derrotero. Ambos han formado el Imperio de los Incas; ambos, el Virreinato del Perú.

Y, sin embargo, la Confederación es un paso en el vacío. Cuando advierte que es en Bolivia donde más sañudamente se combaten sus planes, tiene estas frases:

—“Imposible fuera volver atrás sin riesgo de nuestra existencia misma, en cuyo daño se unirán sin duda a nuestros enemigos los amigos burlados, constituyéndose a su antigua forma, a la cual era inherente esa propensión amenazadora que más de una vez turbó nuestro reposo.

Perú este Intimo desaliento no trasluce al exterior.

Conoce de sobra que debe ser el último en dar pábulo al desaliento y que es desesperadamente necesario ocultar los temores que le asaltan.

Por eso, aunque quizá está vencido en lo íntimo de su conciencia, aparenta confianza y solución. Busca por todos los medios robustecer el nuevo organismo político y —trabajador incansable como es— no escatima esfuerzo ni forma alguna que puedan dar estabilidad al tambaleante Estado tripartito.

Conocedor sutil de la vanidad criolla, juzga conveniente —imitando a Napoleón— crear una orden para recompensar servicios y establece la “Legión de Honor” a la usanza francesa. Sus generales y amigos reciben las primeras condecoraciones, y, en torno a su persona, va delineándose algo así como una Corte, en la que él pretende ser el Soberano.

En oportunidades exagera la nota. Pone en vigencia un rígido protocolo y llega al extremo de ordenar que en los saludos, el usual apretón de manos, sea sustituido por un afectado contacto de dedos...

Sus Decretos van firmados en forma rimbombante:

“Andrés Santa Cruz, General de Brigada de los Ejércitos de Colombia, Gran Mariscal de los del Perú, Capitán General en Bolivia, Gran Ciudadano, Restaurador de la Patria y Presidente Constitucional de la República, Supremo Protector de la Confederación Perú-boliviana, Condecorado con las medallas de Libertadores de Quito y de Pichincha, con la del Libertador Simón Bolívar y con la de Cobija, Gran Oficial de la Legión de Honor de Francia, Fundador

y Jefe Supremo de la Legión de Honor de Bolivia y de la Nacional del Perú, etc., etc.”

Pero todo esto no es más que hojarasca con la que pretende cubrir su desaliento.

En esta época muere Juana Bacilia, su madre. El **Iris de La Paz**, periódico paceño, destaca en grandes caracteres el ancestro noble de la extinta: “La señora doña Juana Bacilia de Santa Cruz, hija del cacique Calahumana de la dinastía de los Incas del Perú...”

Santa Cruz asiste al sepelio, dolorido y severo. Y mientras en su contorno, los palaciegos derraman falsas lágrimas él rememora con un suspiro las lejanas horas vividas a orillas del Lago Sagrado, en las que su madre le hablara de los Incas del Perú y de remotas grandezas...

Quizá se advierte ahora más solo que nunca. En adelante le faltará el consuelo espiritual de una persona que nunca le pidió nada y que no habría de engañarle ni traicionarle jamás.

Aunque sus ejércitos permanecen victoriosos, sus vacilaciones van acentuándose cada vez más. El, que ha sido siempre un hombre con seguridad y

confianza en si mismo, comienza ahora a preguntar a sus generales y a los que le rodean, cuál es su idea respecto a la Confederación.

Se le advierte menos aplomo que antes. Tan pronto está en Arequipa como en La Paz, cual si temiese que se le hiera por la espalda. Su dinamismo se torna un poco anormal. Desearla hallarse simultáneamente en todas partes, pues no ignora que su presencia aquieta los ánimos y sofoca las pasiones.

—“Bolivia sin mi se convertirá en una mazamorra...”

Pero no le es posible atender todo simultáneamente. Se marcha de un sitio y la murmuración y el descontento reaparecen con vigor redoblado.

Así es imposible gobernar. La Confederación comienza a minarse sin haber alcanzado su edad adulta y quizá está ya perdida, antes que haga su aparición el enemigo tradicional: Chile.

XIII

DIEGO PORTALES

Si la Confederación está interiormente minada, también la amenazan, desde mucho tiempo atrás, enemigos externos.

El peligro se cierne desde Chile; país austral pobre y sin recursos naturales, en el Coloniaje ha constituido una mera Capitanía, mientras el Perú era un Virreinato opulento. Convertidos Capitanía y Virreinato en Repúblicas, Chile advierte que fatalmente, por el peso inexorable de las leyes económicas y políticas, será absorbido por esta nueva potencia continental en gestación.

Unos años más y la obra de Santa Cruz estará consolidada y firme. Es, pues, preciso atacarle ahora, que aún se bambolea. Asentada la Confederación, resultará menguada y acaso perdida para siempre la naciente hegemonía chilena en el Pacífico sur.

“El Gobierno chileno –dice Gonzalo Bulnes, historiador de este país– consideraba como medida de seguridad la destrucción de ese poder vecino y colosal con bases militares que había conquistado al Perú y que extendía hacia el Ecuador sus miras ambiciosas. Temía además, que Santa Cruz consiguiese realizar el pensamiento que en su ambiciosa niñez aprendió del General Bolívar, esto es, la creación de un trono americano que habría sido una amenaza perpetua para nuestra seguridad y desarrollo futuros.

Son, pues, celo y temores nacionalistas los que impulsan a Chile. La Confederación, excelentemente organizada, con un gran conductor y con un ejército potencial de veinte mil hombres, constituye –así por lo menos piensan los chilenos– un peligro inminente para la pequeña República del sur.

No es suficiente para mitigar el recelo chileno el Tratado de Amistad y Comercio firmado con Bolivia en 1834. No es suficiente la influencia del reciente

pasado histórico y los gobernantes de Santiago parecen olvidar que desde las campañas del Ejército Libertador, en 1820, 1821 y 1822, argentinos, chilenos y peruanos habían mezclado su sangre por conseguir su independencia.

Durante los primeros años de su vida republicana, Chile mantiene relaciones amistosas con el Perú y con Bolivia. Pero hacia 1832, comienzan a vislumbrarse las primeras sombras, coincidentes con la aparición en el escenario político chileno de un hombre autoritario, antiguo comerciante en Lima: Diego Portales.

Desde tal año el gobierno chileno inicia una guerra comercial. Duplica los derechos aduaneros sobre el azúcar proveniente del Perú; simultáneamente apremia al gobierno peruano para el pago de créditos y empréstitos otorgados durante la guerra de la Independencia, calculando su monto en 12.820.080 pesos, suma fabulosa para la época; por último, adopta disposiciones para hacer de Valparaíso el principal puerto del Pacífico austral, en detrimento directo de Anca, del Callao y aun de Guayaquil.

Ya en agosto de 1832, declara Portales: “Hemos puesto alas azúcares peruanas tres pesos en arroba, resolución que puede muy bien arrancar o mover al gobierno peruano a tomar la de gravar, por ejemplo, con un 20% las mercaderías que se internasen en sus puertos, después de haber pasado por el de Valparaíso, un paso que destruye nuestros almacenes de depósito y nuestro comercio, y entonces no habría otro recurso que volver atrás en la más vergonzosa desgracia y libertarles las azúcares de todo derecho, si así lo querían los peruanos, o irnos sobre ellos con un ejército”.

Y no contento con ello, fija, en 2 de septiembre del mismo año, el plazo de un año y medio para atacar militarmente al Perú.

Sus propósitos belicosos crecen de punto, cuando desde la montaña andina, descende un guerrero dispuesto a realizar la fusión entre Bolivia y el Perú.

—“Ese cacique del Perú, nos va a dar mucho que hacer”, exclama.

Es preciso destruir a Santa Cruz, a cualquier precio.

“En resumen –escribe el Vicepresidente boliviano Calvo–, el Gabinete de Chile no ha dejado de tocar resorte alguno, por reprobable que sea, para turbar nuestra tranquilidad; ya calumniando a nuestra Patria y su gobierno, ya al Capitán General Presidente y a su invencible Ejército; ya sembrando desconfianzas entre los ciudadanos para desquiciar el orden de que gozábamos afortunadamente; ya en fin, buscándonos enemigos en todas partes, como lo ha hecho con los Gobernadores de las Provincias Argentinas, a quienes ha logrado alucinar con seducciones y promesas”.

Hombre fuerte del gobierno chileno, Portales se ha percatado que la guerra es el único medio de malograr el fortalecimiento de la Confederación.

En enero de 1836, escribe a Juan Angel Bujanda, general peruano emigrado que solicita auxilios al gobierno chileno para armar una expedición contra el Perú: –“Además cualquier revés que sufran puede bastarle para desconcertarle completamente y afirmar más a Santa Cruz; la expulsión de éste del Perú parece que sólo podrá ser el resultado de formales y sangrientas batallas, a menos que no se cuente demasiado con la cooperación de pueblos inermes y oprimidos, cansados de sufrir”.

Portales guarda estrecho contacto con numerosos emigrados peruanos. En Santiago radican La Fuente, Castilla, Vivanco, Felipe Pardo. Este último que fuera Ministro de Salaverry en Chile, mata sus ocios dedicando a Santa Cruz, aceradas letrillas:

Muéstrase el pueblo impaciente
al ver que se eleva audaz
de una choza de La Paz
al solio del continente.

Jamás podrá inculparse a Santa Cruz de alentar propósitos hostiles contra Chile. Al contrario, tratará aún en sus últimos momentos de gobernante, de vivir en paz con el vecino del sur; de negociar con él; de aplacarle. Y este error de apreciación determinará finalmente su caída.

Los rasgos físicos de Portales, firmes y pronunciados, denuncian al hombre de enérgica vitalidad, de autoritario don de mando. Posee innata propensión a actuar en la sombra, desde un segundo plano, aunque dispusiera, como dispone, en las dos oportunidades en que maneja la política chilena, de la totalidad del poder. Tal vez una prueba de esa inclinación, está en la renuncia que formula del cargo de Vicepresidente en 1831.

De origen aristocrático, se declara intransigente conservador en política y se convierte en mandatario despótico. Carece de la inquietud intelectual que entibie su fuerte decisión de defender el orden público a cualquier precio. Portales es la voluntad que impone orden y disciplina; mas en las actividades que requieren cierta base de conocimientos, pide consejo y se asesora de Andrés Bello, por ejemplo, en asuntos de política externa, y de Manuel Renjifo en materias económicas.

Es inflexible y está dotado de un espíritu práctico, poco común en su tiempo. Es el patriota exaltado y ardoroso nacionalista que unifica el espíritu chileno en la empresa de anular la preponderancia que va cobrando la Confederación. Se puede decir que no es más.

Duelo de dos estadistas, acaso los de más fuste en América, en ese momento: Santa Cruz y Pórtales. Celoso éste de la naciente gloria de aquél — sin que con ello quiera significarse que no tuviese también otros motivos para defender a su patria, que creí a amenazada — busca derribarle a cualquier precio. Confesará un tiempo más tarde:

—“He debido armarme de una entereza y de una tranquilidad muy superior, para no caer agotado en la lucha que he debido sostener con este hombre verdaderamente superior..

Planteada como está la lucha, no faltan los pretextos. Chile aduce que Santa Cruz es un peligro para la paz y estabilidad del continente americano. ¿Por qué? – ¿Qué síntoma objetivo, qué prueba concluyente podría presentarse?

– No lo dice.

Cierto es que Orbegoso ha desahuciado en 16 de mayo de 1836, el Tratado comercial suscrito en 20 de enero de 1835, entre el plenipotenciario peruano Santiago Távara y el Ministro de Hacienda de Chile Renjifo; pero esta medida cae dentro de un simple ejercicio de su soberanía. Sin embargo, a los diez días de denunciado el Tratado, Portales solicita un empréstito interno por 400.000 pesos para armar a la marina contra el Perú.

Un incidente concurre a agravar la situación. Hállase en el Perú el ex-presidente chileno, general Ramón Freire, enemigo del régimen imperante en Chile. Sus propósitos de derrocar al presidente Pinto, encuentran oportunidad propicia en el ofrecimiento de remate que el Presidente Orbegoso hace de la fragata “Monteagudo” y del bergantín “Orbegoso”, ambos pertenecientes a la flota peruana.

Mediante interpósita persona, Freire alquila ambos barcos y el 7 de julio de 1836, levanta anclas, con rumbo aparente a Guayaquil, pero dirigiéndose en realidad a Chile, para promover una revolución.

Durante la travesía, se amotina la tripulación de la “Monteagudo” y entrega el barco a las autoridades de Valparaíso. Después se dirige a Chile y allí apresa al propio Freire, el 30 de agosto de 1836.

La fracasada expedición constituye excelente pretexto del gobierno de Santiago para acusar a Santa Cruz de haberla promovido y fomentado. Resuelto a iniciar las hostilidades, Portales dispone la inmediata salida de Valparaíso del bergantín “Aguiles” y de la goleta “Colo-colo” con órdenes de apoderarse de la escuadra peruana.

El 21 de agosto se consuma sorpresivamente el atentado en el Callao y caen en manos chilenas los buques “Arequipeño”, “Santa Cruz” y “Peruviana”. –Dice Vicuña Mackena: “A las dos de la mañana, aquel deshonesto atentado que entonces se celebró como una proeza heroica,, estaba cometido”.

Gran motivo de irritación para Santa Cruz. Acaba de llegar a Lima y presa de un arrebató de cólera – poco habitual en él – ordena la captura del cónsul chileno Lavalle, quien es llevado a prisión y retenido en ella por diez minutos. Alarmado el general Bernardo O’Higgins, que reside desde mucho tiempo atrás en Lima, visita al Protector a quien encuentra “mucho menos irritado de lo que esperaba”. Interviene luego el cónsul inglés Bedford Hinton Wilson y merced a sus gestiones se logra que el jefe de la expedición marítima chilena, Victorino Garrido, y el gobernador del Callao, general Ramón Herrera, firmen un convenio por el que la escuadra chilena se compromete a no realizar nuevas capturas, aunque los barcos apresados quedan en poder de Chile hasta la firma de un acuerdo definitivo.

Santa Cruz se entrevista con Garrido y ratifica su ninguna intervención en la expedición Freire. Garrido retorna a Valparaíso, llevando atadas escobas en la popa de sus buques, en señal de haber “barrido” a sus adversarios.

Santa Cruz aprovecha el viaje de Garrido para escribir al presidente chileno Joaquín Prieto:

–“La convención celebrada con el señor Garrido es un testimonio irrefragable de los vivos deseos que me animan a sostener la paz a toda costa, posponiendo la ofensa que bajo mi administración se ha hecho a este país, al propósito inalterable de mantener la mejor armonía y las relaciones más amistosas entre los dos países cuya enemistad produciría torrentes de males a los pueblos”.

Garrido ingresa en Valparaíso el 23 de septiembre y encuentra la desaprobación de Portales, quien consigue que el gobierno chileno no ratifique el Tratado. Unos días después, el Ministro envía un mensaje al Congreso, pidiendo

autorización para declarar la guerra a la Confederación Perú-boliviana (10 de octubre de 1836).

Varios meses antes han comenzado los preparativos para la guerra contra Santa Cruz. Ya en septiembre, Diego Portales anuncia al Vice-almirante Manuel Blanco Encalada su designación como jefe de las fuerzas navales y militares en campaña.

“La posición de Chile –le dice– frente a la Confederación Perú-boliviana, es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque ello equivaldría a su suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma la existencia de dos pueblos confederados, y que, a la larga, por la comunidad de su origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán como es natural, un solo núcleo. Unidos estos dos Estados, aun cuando no sea más que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias. En el supuesto que prevaleciera la Confederación a su actual organizador, y ella fuera dirigida por un hombre menos capaz que Santa Cruz, la existencia de Chile se vería comprometida”.

El Congreso chileno, “que no sabía negar nada a Portales”, aprueba una ley que autoriza a hacer la guerra “en caso de no obtener del gobierno del Perú, reparaciones adecuadas”. Se arma una escuadra compuesta de la fragata “Monteagudo”, los bergantines “Aguiles” y “Orbegoso”, la corbeta “Valparaíso” (antes “Santa Cruz”) y la goleta “Colo-colo”, al mando del Vice-almirante Blanco Encalada.

El golpe de mano de Garrido al apoderarse de los buques peruanos en el Callao, insignificante en apariencia, cobra trascendencia incalculable para el futuro desarrollo de las operaciones militares entre ambos países. El poderío naval de Chile –incipiente hasta la fecha– se ve acrecentado en la misma proporción en que es disminuido el de la Confederación, y desde aquel día, Chile asume la supremacía en los mares. “Sin esta captura –confiesa un escritor chileno– Chile

habría estado en la imposibilidad absoluta de resistir a las agresiones de Santa Cruz”.

Y así es en efecto. La flota que ahora se arma contra Santa Cruz, está formada casi en su integridad por buques que anteriormente pertenecían a la Confederación.

Con el plenipotenciario Mariano Egaña a bordo de uno de los barcos, la flota chilena llega al Callao el 30 de octubre de 1836. Después de doce días de permanencia frente al puerto, Egaña anuncia la declaratoria de guerra y se re-tira rumbo al sur.

El 26 de diciembre del mismo año, el Congreso chileno la aprueba con estos considerandos:

“1º.— El general Andrés Santa Cruz, Presidente de la República de Bolivia, detentador injusto de la soberanía del Perú, amenaza la independencia de las otras repúblicas suramericanas.

“2º.— El gobierno peruano, colocado de hecho bajo la influencia del general Santa Cruz, ha consentido en medio de la paz la invasión del territorio chileno por un armamento de buques de la república peruana, destinado a introducir la discordia y la guerra civil entre los pueblos de Chile.

“3º.— El general Santa Cruz ha vejado contra el derecho de gentes la persona de un ministro público de la nación chilena”.

Por segunda vez, Santa Cruz niega con énfasis el haber intervenido en la expedición Freire; pero los gobernantes chilenos convencidos o no de su culpabilidad, hacen pesar sobre él la acusación, justificando con ella sus actos posteriores.

Chile imputa asimismo a Santa Cruz haber intentado restar importancia comercial a Valparaíso, al adoptar ciertas disposiciones tendentes a favorecer el desarrollo del puerto peruano de Anca. Santa Cruz no atina a explicarse cómo

puede tener carácter de acto hostil una mera medida administrativa. Parece ignorar que Chile sólo busca pretextos para agredirle.

Un historiador chileno señala “como única causa eficiente de la guerra, la voluntad inflexible de Portales”. Y añade: “La guerra entonces no sólo era injusta, sino injustificable; no sólo era impopular, sino funesta a la República”.

Santa Cruz, aunque militarmente superior a sus adversarios, rehuye la lucha, pues no ignora que la Confederación está resquebrajada por dentro. Sus gestiones y afanes pecan de excesivos y son dolorosos por lo estériles. Multiplica sus esfuerzos para lograr la conciliación. Es un hombre que quiere vivir en paz, que sólo anhela consolidar su obra.

Destaca Plenipotenciarios ante el gobierno de Santiago. Va su comisionado Casimiro Olañeta, quien infidente y mendaz, habrá de traicionarle. Las instrucciones que imparte a Olañeta no dejan campo a la duda: —“El objeto esencial de su misión —le ordena— es negociar la paz exterior, que necesitamos para ocupamos exclusivamente de nuestros arreglos domésticos. No hay ni puede haber objeto para una guerra con Chile y si grandes y poderosos motivos para procurar un entendimiento amigable que restablezca la confianza entre ambos países”.

Olañeta presenta credenciales el 11 de noviembre de 1836, el mismo día en que el enviado chileno Egaña declara abiertas las hostilidades. El Ministro boliviano comienza asegurando al gobierno chileno que lleva amplia autorización para dar satisfacciones tanto de la expedición Freire, como del arresto del cónsul Lavalle y al mismo tiempo “para firmar una paz sólida, garantizada por todos los medios que el mismo gobierno chileno elija, siempre que sean conciliables con los intereses del Perú y no amengüen en manen alguna su honor”.

Portales no guarda la misma cortesía con el ministro crucino. El 10 de diciembre responde en términos alejados del lenguaje diplomático. Pide como condición previa a todo convenio, que se den amplias satisfacciones a Lavalle, la

independencia de Bolivia “y del Ecuador”, el pago de la suma que el Perú adeuda a Chile por auxilios recibidos en la guerra de la independencia y la limitación de las fuerzas marítimas del Perú. En otras palabras, exige que la Confederación sea disuelta.

Olañeta contesta con mesura y siempre en tono conciliador, que Bolivia es una nación soberana y capacitada, por tanto, para elegir la forma política de gobierno o firmar los pactos que juzgue más convenientes. Deja, empero, espacio suficiente para una nueva contraproposición.

Portales responde entregándole sus pasaportes.

Pero esta vez también ha sido traicionado Santa Cruz. Si Olañeta aparece brillante defensor de la causa boliviana en las comunicaciones oficiales, privadamente procede con doblez y falsía. En una conversación con Portales, le expresa que su deseo es hacer caer cuanto antes a Santa Cruz y que sólo ése constituye el motivo de su presencia en Chile. Llama “el cholo” a su Presidente.

Portales dispone que un amigo suyo escuche, escondido, las palabras del Ministro boliviano.

Es dramático el afán de Santa Cruz para impedir la guerra. Estaría dispuesto a conceder todas las seguridades que se le exigiera. Aceptaría cualquier sugestión y no vacila en proponer a Chile la mediación arbitral de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, “o del país que Chile indique”.

Empero, ha chocado contra una roca. Portales desdeña sus ofrecimientos y sus esfuerzos, pues la determinación está adoptada. Chile rehúsa también una mediación ofrecida espontáneamente por el Ecuador.

Hará la guerra a cualquier trance y Santa Cruz sólo más tarde comprenderá que “la prueba de que ni la seguridad de Chile ni su dignidad era el móvil de la guerra que se nos declaró, se encuentra en la obstinación con que el Gabinete de Santiago, se denegó siempre a escuchar las propuestas más racionales, hasta el punto de menospreciar la mediación de potencias poderosas y amigas. Otra ha

sido ciertamente la causa verdadera del encono y la obstinación de la administración de Chile”.

Cuando se convence que nada detendrá la guerra, se apresta para luchar.

Dirige al Congreso de 1837 un mensaje de patéticos acentos: —“Un solo pensamiento debe ocuparnos —dice— un solo objeto debemos proponernos, un solo fin debe reunir nuestros esfuerzos y sacrificios: la conservación de la Patria, de sus límites, de sus propiedades y de su dignidad. Nuestra unión será el más formidable baluarte de nuestros derechos”.

No ignora que sus palabras no alcanzarán al corazón de sus compatriotas, ya que la Confederación es resistida por la mayoría de ellos. Formula también una promesa, que es prueba objetiva de su ductilidad política, que sabe acomodarse a las circunstancias y transigir cuando es necesario:

“El Pacto de Tacna —dice en el mismo Mensaje— será un digno objeto de vuestras deliberaciones, cuando hayan desaparecido las maniobras hostiles con que nos molestan los gobiernos de Chile y Buenos Aires. Entonces meditaréis sus pormenores, calcularéis sus consecuencias y compararéis las ventajas y los inconvenientes que encierran sus artículos y si, después de un examen desapasionado, creyereis conveniente introducir en su contexto mejoras y correcciones de las que dictan las intenciones puras, la razón y la experiencia, ningún obstáculo se presentará a la realización de tan saludables reformas, a que concurriré con el mismo celo y patriotismo con que he logrado conservar, sin ejemplo en América, el reposo de Bolivia durante nueve años”.

Santa Cruz barrunta que el plan chileno consiste en cercarle y distraer a sus fuerzas atacándolas por dos fronteras. Sabe también que deberá luchar contra argentinos y chilenos simultáneamente.

Concibe un plan audaz, para anticiparse a sus enemigos y llevar la guerra al corazón mismo del territorio chileno. Encarga al general Burdett O’Connor la exploración del territorio comprendido entre Cotagaita y Atacama, pues no

desdeña la posibilidad de atravesar el desierto y atacar a los chilenos por donde menos lo esperan.

No obstante, transcurre algún tiempo antes que Chile inicie actividades bélicas. Portales prepara febrilmente un ejército expedicionario, que deberá contar con tres mil hombres. Se designa general en jefe al Vice-almirante Manuel Blanco Encalada y jefe de Estado Mayor, al coronel José Antonio Vidaurre.

El ejército chileno tiene una pequeña fracción compuesta por voluntarios peruanos, comandados por el coronel Ramón Castilla, más tarde Presidente de su patria.

La expedición se forma en Valparaíso y Quillota. Portales piensa que podrá por fin deshacer a Santa Cruz, ese enemigo de quien jamás ha recibido un agravio...

El destino ha dispuesto los acontecimientos en otra forma.

El 3 de junio de 1837, el cuerpo expedicionario chileno se amotina en Quillota y apresa al propio Portales, que fuera a inspeccionarlo. Encabeza a los sublevados el coronel Vidaurre, quien redacta un memorial en el que acusa al Ministro por sus actitudes despóticas. Resuelve asimismo, suspender por ahora" la campana contra el Perú, a "que se nos quería conducir como instrumentos ciegos de la voluntad de un hombre

Los sublevados se dirigen luego a Valparaíso, donde les espera Blanco Encalada, que no se ha plegado al motín. Conducen consigo al Ministro Portales, de quien dice el insurrecto Vidaurre:

— "Ahí llevo a don Diego como a la niña bonita de la función".

Otro oficial de nombre desconocido, se aproxima al cautivo y le dice con una sonrisa:

— "Dieguito: ¡esto no estaba en tu cuenta!"

Pero las palabras burlonas, sólo presagian la tragedia que se avecina.

Vidaurre obliga a Portales a dirigir una carta al vicealmirante Blanco Encalada, ordenándole su sometimiento a las fuerzas rebeldes. El antes altivo Ministro, accede a enviar el mensaje, acaso en un desesperado intento de salvar la vida, que ya presiente amenazada.

Pero la humillación no le salva.

Al llegar a una quebrada denominada del Barón, y cuando las tropas insurgentes toman ya contacto con los hombres de Blanco Encalada, un capitán de nombre Florín, se aproxima al birlocho en que se encuentra Portales y con voz de demudados acentos, profiere:

—“Baje el Ministro” —.

Ayudado por dos soldados, Portales desciende del vehículo y se detiene en el centro del camino.

—“¡ Hínquese usted!” — insiste Florín.

Portales se inclina hasta rozar la tierra con sus manos trémulas.

Enardecido por sus propias palabras, Florín ordena a los soldados que le acompañan que hagan fuego contra el Ministro.

Portales, que oye sus palabras, profiere esta frase que recuerda a la de Salaverry, en parecidas circunstancias:

—“¿Es posible, soldados, que tiréis contra mi?” — Los fusileros tienen un instante de vacilación, pero ante la insistencia de Florín, hacen fuego contra el inerme estadista arrodillado.

Se desploma éste, revolcándose en su propia sangre.

Muere Portales; pero el motín es sofocado.

Se acusa a Santa Cruz como a instigador del asesinato. El Protector, al conocer la perversa sindicación de que es objeto, clama indignado su inocencia.

“Si el gobierno de la Confederación — dice — hubiera tenido alguna influencia o participación en los sucesos de Quillota, habría sin duda exigido la conservación del Ministro Portales, de quien siempre tuve alto concepto. Por enemigo mío que

fuera, yo no podía dejar de guardarle las consideraciones que merecía un hombre de Estado muy distinguido por su carácter; y sin las pretensiones nacidas de causas muy extrañas estoy cierto que nos hubiésemos entendido y quizá no hubieran tenido lugar las desconfianzas que indujeron a un rompimiento tan perjudicial para él como para mí”.

“Declaro, pues, formalmente –concluye– que no tuve parte alguna ni la más remota en la revolución de Quilota, y mucho menos en la desgraciada muerte de Portales, que lamenté como un ejemplo funesto y que miré como una mancha del pueblo donde se derramó su sangre”.

Desaparecido Portales, Santa Cruz juzga que la guerra podrá ser detenida y acaso evitada.

Esa manera de pensar se trasunta también en los diarios de la época. El Eco del Protectorado, órgano oficial de la Confederación, en un comentario aparecido al saberse la muerte del Primer Ministro chileno, expresa que quizá la catástrofe era inevitable, ya que la guerra alentada por Portales era impopular. “La guerra es ya imposible”, concluye.

El más engañado entre todos, es el propio Protector. Al tener noticia de la muerte de Portales, dirige la siguiente proclama al pueblo: –“Cualesquiera que sean las consecuencias que se desarrollen en aquella República (Chile) puedo anunciaros la proximidad de la paz por cuya conservación hemos hecho tantos esfuerzos. La Divina Providencia que protege nuestra causa ha deshecho los esfuerzos que la envidia hacía para continuar una guerra de escándalo”.

Cree disipados los nubarrones que cubrían, ese horizonte hasta entonces luminoso. Con cierta precipitación deroga el decreto de interdicción con Chile. Inicia nuevas gestiones de paz, mediante su ministro Olañeta. Ofrece enviar otro plenipotenciario con plenos poderes para firmar tratados e invita a Chile a destacar un agente con el mismo objeto.

El Gobierno de Santiago no le responde.

Grande es su error. La muerte del Ministro Portales, suscita en el pueblo chileno una ráfaga de reacción nacionalista y da contenido patriótico a la guerra contra el Perú y Bolivia.

Santa Cruz es informado acerca de tales manifestaciones, y, por segunda vez, se convence que la guerra es inevitable. Hasta él llegan anónimas denuncias sobre posibles atentados contra su vida, y ello motiva que redoble sus precauciones.

Clausura el Callao para los navíos que vienen o se dirigen a Chile. Autoriza el corso contra los buques chilenos. Ordena que los naturales de este país residentes en el Perú, sean concentrados en sitios que no signifiquen peligro para la defensa. Finalmente, prohíbe toda comunicación comercial o particular con la nación enemiga.

No ignora que el gabinete de Santiago cuenta con la colaboración y el aliento de los emigrados peruanos. Ordena que si Gamarra es encontrado en territorio peruano sea fusilado en el acto. Advierte que la conspiración está en marcha en diversos puntos del Perú. Sabe que una sedición interna es mucho más peligrosa que la presencia del ejército chileno, y por eso sus medidas precaucionales y represivas son rigurosas. El 9 de marzo de 1837 fusila en Arequipa a unos oficiales que se sublevaron en Islay.

Teme un desembarco de los chilenos y conoce que está inerme contra las fuerzas marítimas adversarias, ya que la Confederación ha perdido neciamente sus mejores barcos.

Ordena a Orbegoso, que se halla en el norte, extreme la vigilancia. Imparte instrucciones a fin de privar de recursos a los invasores si éstos consiguen desembarcar. Disemina a sus tropas a todo lo largo de la costa peruana y recomienda que los soldados estén pagados con puntualidad. Asimismo, como duda de la capacidad militar y aun de la lealtad de Orbegoso, le aconseja muy discretamente, servirse de los conocimientos de los generales Ballivián y Aparicio, en sus determinaciones estratégicas.

En tal estado de zozobra e incertidumbre, Santa Cruz abandona el Perú y se dirige a Bolivia, pues ha sabido que los argentinos también amagan la frontera sur y quiere, fiel a su hábito perenne, cerciorarse personalmente de las cosas, Orbegoso queda como Presidente del Estado Mayor peruano.

El plan chileno comienza a entrar en ejecución: distraer al Protector; crearle enemigos, en todas partes; acosarle; no darle tregua; fomentar la disensión interna.

Diligente como siempre, Santa Cruz organiza su 'ejército de Bolivia y encomienda al general Otto Felipe Braun la conducción de la campaña contra los argentinos.

Por último, cuando se informa que la expedición chilena comandada por Blanco Encalada ha hecho su aparición en el puerto de Arica, se dirige al Congreso reunido en La Paz y, en 29 de septiembre de 1837, le dice:

—“La expedición de Chile se ha presentado en el puerto de Arica. Los partes adjuntos os informarán más detalladamente de este suceso. La invasión coincide con las hostilidades que han roto los argentinos. La guerra está por dos partes distintas de nuestro territorio. Entretanto, el estado de convulsión en qué se halla Oruro, indica las ramificaciones que han entablado nuestros enemigos en lo interior de nuestro territorio. El deber de rechazar la agresión extranjera y de conservar la paz interior, gravita principalmente en el Primer Magistrado de la República. La Patria está en peligro”.

La Patria está en peligro. La amenazan, por dentro y por fuera, los enemigos extranjeros y sus malos hijos.

Santa Cruz, desoladoramente solo, deberá luchar contra unos y otros. Acaso en estos dramáticos instantes, el Protector lanza una mirada en su contorno y advierte que nadie le acompaña en su empeño.

Deberá pelear contra los chilenos, contra los argentinos y contra los propios bolivianos. Acaba de sofocar una insurrección en Oruro. El norte peruano acecha la

primera oportunidad para alzarse en armas contra él. No puede confiar ni en sus más íntimos colaboradores.

Está solo. Desoladoramente solo.

Pese a ello, acepta el reto y, como los viejos campeones de gesta, se lanza a la batalla.

XIV

PAUCARPATA

Ocho buques de guerra y diez y seis transportes, recortan sus siluetas balanceantes en la rada de Valparaíso. Se ve la Libertad, la Monteagudo, el Arequipeño, la Orbegoso, la Santa Cruz, el Aquiles, la Valparaíso y la Zaldívar, meciéndose lentamente, acariciados por la brisa suave.

¿Es la flota protectoral? Debería serlo por el nombre y por el origen de los barcos. Sin embargo, es la flota chilena que se apresta a zarpar, llevando al Perú el ejército expedicionario de Blanco Encalada.

En los nombres peruanos de estos barcos reside la clave de los futuros infortunios de Santa Cruz. La Confederación se ha dejado arrebatar esa flota que tan necesaria va a serle, y que Chile sabrá utilizar sabiamente. Por imprevisión, por exceso de confianza y por otros factores, Santa Cruz ha perdido el dominio en el mar. Es el talón vulnerable de este Aquiles andino. No tiene flota y los pocos barcos con que contaba han sido capturados por su enemigo, que ahora los utiliza contra él.

En el tranquilo amanecer del 15 de septiembre de 1837, esa flota peruana por su origen y chilena por su condición actual, enfila proas rumbo al norte, llevando la guerra a las tierras del Inca.

El 22, la flota arriba al puerto peruano de Iquique. Desembarca un piquete y al son de una banda de músicos, anuncia la “liberación del Perú”, Nadie les escucha, pues los pobladores han huido al saber su aproximación.

El 24, Arica. Efectúan un segundo desembarco, sin encontrar enemigos. La población civil no ha presentado ninguna resistencia; no obstante, en la noche los soldados chilenos asaltan el edificio de la aduana y hurtan las mercancías.

En Arica, a Santa Cruz se le traiciona una vez más. Un general boliviano López destaca hasta Blanco Encalada al coronel peruano José Ponce, -para anoticiarle que simultáneamente con el avance de las fuerzas chilenas, él efectuará una revolución contra Santa Cruz en La Paz. López es el jefe de la división boliviana de Tacna compuesta del batallón Zepita y del regimiento Lanceros de la Guardia.

Le sugiere, asimismo, que el ejército expedicionario chileno se dirija a Tacna, para operar desde esa localidad.

Blanco, temiendo una celada, no altera el itinerario que tiene trazado y continúa su travesía rumbo al norte. Sabe que en Arequipa se halla el general crucino Blas Cerdeña a la cabeza de dos mil hombres, a los que espera batir sin mucho esfuerzo. Y sabe también que Santa Cruz se halla en Bolivia preocupado en esos momentos en organizar las fuerzas que destacará contra los argentinos que amagan la frontera sur, con el general Alejandro Heredia a la cabeza.

Al atardecer del 29 de septiembre de 1837, la flota chilena atraca en Islay, y es recibida con idéntica frialdad e indiferencia. Ni aplausos ni resistencias. Los moradores peruanos parecen extraños a lo que acontece a su derredor y miran con curiosidad a los invasores que alardean de la marcialidad de sus marchas militares y de los uniformes vistosos de sus soldados.

Es éste el sitio elegido por Blanco para efectuar el desembarco de la fuerza expedicionaria. No obstante, a último momento decide que el desembarco se efectúe más allá, en Quilca.

Los chilenos suman tres mil doscientos hombres que integran las siguientes unidades: Columna Peruana, Batallón Portales, Batallón Valdivia, Valparaíso, Colchagua, tres escuadrones de caballería, una compañía de artillería ligera, una escolta y dos compañías de cívicos. Es comandante en jefe el general Manuel Blanco Encalada, vicealmirante de la marina chilena. Hombre de mundo, más parece un diplomático que un militar. Es caballeroso, galante y algo lírico. Toma la misión que se le ha confiado como una cruzada, en la que su papel es la de un

redentor de los pueblos oprimidos. No odia a Santa Cruz, pero tiene un concepto falso de su situación. Desconoce en absoluto el terreno en que deberá actuar, y está confiado en los emigrados peruanos que le acompañan. Abriga quizá un juicio romántico de esta guerra, y piensa que con valor, con gallardía y con fanfarrias militares vencerá al adversario. Segundo de Blanco es José de Irrisari, literato de algún renombre, que tampoco conoce el terreno ni a los adversarios con los que peleará. Debe, pues, atenerse a Antonio Gutiérrez de la Fuente, el ex-gobernante peruano que comanda una división de 402 hombres, y que es probablemente el más interiorizado de las condiciones en las que maniobrará. Con él iría el coronel Vivanco y los políticos Pardo y Martínez, todos peruanos.

El desembarco se realiza con algunas dificultades y contratiempos, entre los que no es menor el naufragio de la fragata "Carmen" que conduce a la división peruana y parte del parque del ejército. Se pierden en el naufragio las herraduras de los caballos y zapatos para la tropa.

Es plan de Blanco Encalada ocupar Arequipa, pues le han enterado que aquella región es pródiga en recursos y no se halla suficientemente defendida. Tiene delante de sí el desierto que vencer, antes de enfrentar a las tropas crucinas. La región es inhospitalaria y sus pobladores se muestran poco dispuestos a auxiliar al ejército invasor.

No obstante, Blanco Encalada ordena la marcha sobre Arequipa.

Es el cálido atardecer del 5 de octubre de 1837, cuando el ejército chileno comienza la caminata. Las condiciones en que se realiza la expedición son muy precarias. No hay agua en la región y los soldados deben aprovisionarse

de una cantidad suficiente para tres o cuatro días de marcha. Lo mismo en lo que atañe a las armas, Todo tiene que ser llevado personalmente por ellos, pues la mayor parte de las acémilas han muerto.

Se internan en el desierto y cuarenta leguas de arena abren ante ellos su interrogante gris.

La comarca es un erial, mezquino en recursos naturales, y los chilenos llevan en su disfavor el desconocimiento absoluto de la región que intentan atravesar. Para colmo de desventuras, en la primera noche los guías se extravían y ambulan perdidos y desorientados.

Recién con las primeras luces del día siguiente encuentran su ruta y reemprenden la marcha. El calor, la aridez del terreno y la falta de entrenamiento de los soldados comienzan ya a producir los primeros estragos. Los soldados se arrastran por la arena y se arrebatan las cantimploras con agua. Se ve algunos rezagados y los demás marchan con evidente fatiga y desaliento. Atraviesan el valle de Sihuas y descansan en la hacienda Pachagui, que les brinda alimento y descanso. Pese a todo, hay ya muchos enfermos y tres soldados han muerto en la caminata.

En Pachagui quedan algunos, imposibilitados para continuar la marcha. Esta prosigue el día 9. Finalmente, es vencido el desierto y las tropas ingresan al valle de Vítor, región ,más socorrida. Se hace alto en la hacienda Churunga.

Se advierte una resistencia solapada. Los pobladores niegan y esconden los recursos que podrían ofrecer al ejército expedicionario. No es necesario mucho esfuerzo para comprender que allí merodea la mano de Santa Cruz, cuyos amigos y agentes declaran a los chilenos una guerra de recursos, sorda, callada, imperceptible, pero eficaz.

Después de las penurias del desierto, Churunga es un remanso de paz. El ejército chileno, agotado, permanece. dos días allí, para recuperar sus extenuadas fuerzas.

Se destaca a algunos emisarios para informar a Blanco Encalada de la situación. Vuelven éstos trayendo impresiones engañosas. Se le dice al general chileno que el pueblo de Arequipa espera ansioso la llegada del cuerpo expedicionario; aparentemente, no hay enemigos y Santa Cruz se ha convertido en un fantasma, cuyo paradero se ignora. Los chilenos llegan a Uchumaya, el mismo sitio

donde algunos meses antes José Ballivián se cubriera de gloria al luchar contra Salaverry.

Después de algunos contratiempos, Blanco y su ejército llegan a Challapampa, punto situado a media legua de Arequipa. Ya puede divisarse el humo y las siluetas de las casas de la ciudad. Es Arequipa. Blanco respira al comprobar que ha podido arribar al término de su expedición, sin ser hostilizado.

Sin embargo, algo le preocupa: ¿Qué es de Santa Cruz? ¿Qué significa esta ausencia absoluta de enemigos? No tiene tiempo para responder a estas interrogaciones. La marcha sobre la ciudad le abstrae de tal meditación y el 12 de octubre- ingresa en Arequipa, sin haber disparado un tiro.

El recibimiento no es hostil, pero se advierte una frialdad extraña; la ciudad parece abandonada. Unos cuantos curiosos merodean en las esquinas y Blanco penetra sin pena ni gloria, como volviendo de una parada militar.

Blanco Encalada es cortesano y despreocupado. Aunque un poco inquieto por esta misteriosa conducta de sus enemigos sabe que puede y debe divertirse y en la misma noche de su llegada, alegre música celebra la ocupación de Arequipa.

Al día siguiente, Blanco convoca a Cabildo Abierto, en la capilla de la universidad arequipeña. Allí designa jefe supremo de la República al general Gutiérrez de la Fuente, quien nombra ministro general a Felipe Pardo y Aliaga y prefecto de Arequipa al general Ramón Castilla. Los tres han acompañado al ejército restaurador y éste es el premio a su colaboración.

Tanto la convocatoria a Cabildo Abierto como la designación de La Fuente, encuentran vacío notorio en el pueblo arequipeño. Nadie parece felicitarse por la llegada de los chilenos y premeditadamente los principales vecinos han abandonado la ciudad.

Los arequipeños, adictos siempre a Santa Cruz, continúan llevando contra el ejército de Blanco su guerra de brazos caídos. Ocultan los alimentos, niegan recursos a los soldados invasores y sin disparar un cartucho les ocasionan mayores

perjuicios que en un combate armado. Después, algunas partidas de montoneros hostilizan a las tropas chilenas y son las mujeres de la región las que se muestran más decididas por Santa Cruz. El Protector ha ganado su simpatía y apoyo y son ellas quienes alientan a los varones con sus iniciativas. En Sabandía, una partida de montoneros está encabezada por una mujer y acosa a las tropas de Blanco Encalada, con incursiones nocturnas y escaramuzas constantes.

Blanco comienza a inquietarse por la falta de noticias sobre Santa Cruz. Llegan hasta él rumores contradictorios, fantásticos e inverosímiles. Se dice que Santa Cruz ha sido depuesto por una revolución. Se dice que los argentinos han invadido el sur de Bolivia. Que Santa Cruz está prisionero. Que también se han producido pronunciamientos en el norte del Perú. Que Santa Cruz se acerca a la cabeza de su numeroso ejército, Es una “guerra de nervios”.

Santa Cruz está desmoralizando previamente al adversario, ya bastante maltrecho por las penurias del camino y por la sorda animadversión que advierte en los arequipeños.

La Fuente ha asegurado a Blanco completar dos batallones con peruanos, en Arequipa, y proporcionarle, además, ochocientas mulas y cien mil pesos. Al llegar a la ciudad, no se ven ni los dos batallones, ni las ochocientas mulas, ni los cien mil pesos.

Ante la falencia de recursos en que se halla, Blanco exige un empréstito forzoso. Empero, han fugado los principales vecinos y es menguado el resultado que obtiene, Escasean también los víveres y es raro el día en que sus soldados pueden recibir el rancho antes de las dos de la tarde.

El general chileno que llegara confiado en que los pueblos le recibirían con palmas y vítores, siente crudamente el mordisco de las primeras desilusiones. —“A los pocos días de mi llegada a Arequipa —dice él mismo— comenzaron a desaparecer las lisonjeras esperanzas con que me había dirigido a aquella ciudad

que apenas me suministraba por la fuerza, el alimento del soldado. El pueblo desertó completamente de la ciudad”.

Al desembarcar en Quilca, el comandante chileno supo que en Arequipa se encontraba el general Blas Cerdeña, pero a su llegada, éste también ha desaparecido. Muy confundidamente alguien le anuncia que Cerdeña se ha replegado a Puquíná, a las catorce leguas de Arequipa. Cerdeña, que no ignora la situación crítica de Blanco, se limita a amagarle con partidas de montoneros, que sin comprometerse nunca en un combate abierto, acosan aisladamente a los chilenos, a quienes obligan a permanecer a la expectativa, noches íntegras. La intemperie y la falta de abrigo, son sus mejores aliados. Blanco intenta sorprenderlo dos veces, con resultado negativo, que aumenta el desaliento entre sus hombres.

El 3 de noviembre, un paisano le informa que el ejército, de Cerdeña ha avanzado hasta Poxi y que Santa Cruz ya trasmonta la cordillera para reforzarle. Dispuesto a anticiparse, Blanco moviliza todo su cuerpo expedicionario y avanza sobre aquel punto con ánimo de librar combate. Llega a Poxi y lo encuentra desierto. Ha sido engañado una vez más.

Contramarcha a Arequipa, con el desánimo reflejado en el semblante: una maniobra en el vacío y sus hombres se han fatigado inútilmente. Ya el 27 de octubre ha tenido una falsa alarma y el ejército debió permanecer en vano sobre las armas toda la noche.

Es evidente que las cosas no pueden continuar así. Cada día que pasa la situación es más crítica para el militar chileno y sus hombres enfermos en el hospital ya alcanzan a trescientos. El espíritu combativo de los chilenos decae paulatinamente, y sobre todo la incertidumbre mina la moral de estos hombres, que deben combatir contra un enemigo invisible y contra la resistencia del pueblo, en el que esperaban encontrar el más eficaz aliado.

Blanco Encalada está cercado, física y espiritualmente, Desde los primeros días de su expedición, no sabe a ciencia cierta qué es de Santa Cruz, cuáles son sus planes y cuál el probable desarrollo de la guerra.

¿Qué es, en verdad, de Santa Cruz? El Protector ha tenido noticia del desembarco cuando se hallaba en La Paz. Anuncia la presencia de las fuerzas chilenas en su mensaje al Congreso y luego de sofocar el motín de Oruro, parte a la cabeza de su tropas, rumbo al norte.

Con sombríos presentimientos inicia la campaña. Llega hasta él la noticia de la muerte del general Avilés, uno de los mejores jefes. Casi simultáneamente muere también el general Anglada, otro militar excelente. Los contratiempos no se detienen ahí. El 17 de enero de 1838 la fragata peruana “Confederación”, es capturada por la flota chilena mientras navega desde el Callao a Anca. Cae prisionero el general José Ballivián, uno de los más valientes jefes con que cuenta Santa Cruz.

“Ahí –exclama. Dios se está llevando mis mejores generales”.

Parece que comienza a empalidecer esa estrella “tan brillante como el sol”.

Envuelto por estos augurios, Santa Cruz emprende la marcha. Convoca a sus generales Nieto, Cerdeña, Morán, Herrera, O’Connor. El segundo, que se halla en Arequipa, recibe órdenes de sumar sus fuerzas a las de Herrera, en Puquina. El 28 de septiembre, Cerdeña abandona la Ciudad Blanca.

Momentos antes de emprender el viaje, Santa Cruz recibe un mensaje del general López, aquel infidente comandante de la guarnición de Tacna. Es una nota de adhesión y de acatamiento al Protector. ¿Quién se la ha pedido? La espontaneidad del gesto es sospechosa para Santa Cruz, conocedor sutil de la psicología de sus compatriotas. Lejos de agradarle, la nota de López le alarma, pues sospecha la traición.

–“Este López –dice a uno de sus generales– está en contra de nosotros. Ya lo verá usted”.

Unos días después de la predicción, sus sospechas se ven confirmadas. Al ingresar a Puno, un cabo del batallón Zepita se acerca al Protector y le anoticia que López anda en trajines revolucionarios en Oruro, en compañía de un capitán llamado Agustín Morales, después Presidente de Bolivia.

—“¿Qué le dije de López?” —pregunta el Presidente al mismo general.

De Lima parte la división Vigil con misión de cortar a Blanco Encalada el camino a la costa y dejarle aislado en el interior del territorio peruano. Si es derrotado, su retirada será imposible. Igual maniobra ha empleado antes Santa Cruz, contra Salaverry, en Socabaya. La división Vigil avanza velozmente por Acarí, Caravelí y Chuquibamba. En los primeros días de noviembre, y siempre en cumplimiento de instrucciones impartidas por Santa Cruz, sale de Lima otra división comandada por el general Otero, para reforzar las tropas de Vigil.

El 5 de noviembre, Santa Cruz se reúne en Usuña con el ejército de Cerdeña. El 6 marcha con todo el ejército a Polovaya y el 7 se posesiona en Poxi.

Ha desaparecido el pesimismo con que emprendiera la campaña. Lejos ya del ambiente de intrigas y falsías que le rodeara en La Paz, se siente transportado a su propio medio. La vida de campaña le hace olvidar los peligros políticos que le acechan y sólo piensa en destruir cuanto antes al enemigo.

Santa Cruz está informado de todos los movimientos de Blanco Encalada. Conoce perfectamente que el ejército chileno tiene que soslayar la hostilidad de los arequipeños y que el desorden y desconcierto ha comenzado a introducirse en su seno.

Secretos emisarios le informan con idéntica celeridad acerca del arribo de la división Vidal, que se ha situado a retaguardia de Blanco Encalada, cortándole la retirada al mar. El tiempo conspira además contra los chilenos. Cada día tienen más enfermos, más descontentos, menos víveres, menos recursos. Es, pues, cuestión de esperar.

Simultáneamente, Blanco comienza a desesperar. Está luchando contra algo impalpable, que le rodea y le asfixia. Advierte que su situación está perdida y tiene un alarde ingenuo, muy a tono con su temperamento, incapaz de medir la dura situación en que se encuentra.

Por medio del general crucino Ramón Herrera, hace proponer a éste un torneo entre ochocientos soldados por cada lado; seiscientos infantes y doscientos jinetes. El torneo será arbitrado por los cónsules de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos y su resultado decidirá la guerra, sin lugar a reclamación posterior.

La candoridad del general chileno disgusta a Santa Cruz que responde que tal torneo no “serviría para probar la ciencia militar, sino la fuerza física”. Desecha de plano tan original proposición, pues no será él quien comprometa una victoria que tiene en las manos.

Pero no es únicamente el desdén de Santa Cruz lo que Blanco debe soportar. En el seno mismo de su ejército, han surgido desavenencias y disputas. Son los jefes peruanos los descontentos. Les inquieta que Blanco intente entrar en conversaciones y arreglos con Santa Cruz, pues saben la suerte que les espera si ambos llegan a un entendimiento amigable. Reprochan a Blanco su inactividad, su falta de arrojo, su carencia de facultades organizadoras.

A su vez, el chileno recuerda a La Fuente, Vivanco y otros jefes, que las promesas de refuerzos y apoyo que recibiera en Chile no se han cumplido. Ahí está, como prueba palmaria, la hostilidad de Arequipa.

Algo más tiene Blanco para desalentarse. El general López, ese infidente boliviano que le prometiera sublevarse contra Santa Cruz, se ha unido a la división Cerdeña, fugando después hasta Chuquisaca.

Blanco se halla abandonado a sus propios recursos y debe hacer frente a la situación sin esperar ayuda extraña.

Sus fuerzas están extenuadas y son inferiores en número a las que el Protector puede oponer.

El día 14 de octubre de 1837, Santa Cruz se parapeta en los altos de Paucarpata. Al llegar al estanque de San Lucas de Paucarpata, echa una mirada y exclama:

–“Estamos en el balcón de Arequipa” –.

Y así es, en efecto. Su situación es privilegiada y puede desde allí dominar a su enemigo. Una orden suya y Blanco será aniquilado. Sus fuerzas tascan el freno de la impaciencia, ansiosas de luchar con el enemigo que tienen al frente.

Por desdicha el temperamento de Santa Cruz no sabe del heroísmo espectacular. Salaverry habría ordenado una carga a la bayoneta. A él le falta la emoción que dictaría Un ataque fulminante, hasta destrozar al ejército chileno. Teniendo todos los factores en su favor, frente a un ejército desmoralizado, impotente y vencido, prefiere entrar en conversaciones con Blanco Encalada...

El 14 de noviembre, Santa Cruz pudiendo ordenar el ataque o esperar que el enemigo se aniquile a sí mismo, envía un parlamentario a Blanco Encalada y le invita para una entrevista en el poblado de Paucarpata.

Blanco Encalada acepta la invitación con estas palabras:

–“Hoy a las tres de la tarde me tendrá Ud. en el pueblo de Paucarpata, la confianza con que me entrego sin más salvaguardias que el honor de Ud. prueba el aprecio que doy a su palabra”.

Es una salvación providencial para él y para el ejército chileno. Acude presuroso a Paucarpata; en la casa cural le espera Santa Cruz. Algunos vecinos y curiosos merodean en las proximidades, sorprendidos por el nuevo curso que toman los acontecimientos.

Al aproximarse Blanco, sale Santa Cruz. Los vecinos prorrumpen en un “¡Viva Santa Cruz!”, que éste mismo se encarga de acallar. Blanco espera un recibimiento frío, quizá hostil.

Su sorpresa crece cuando el Protector, al divisarle, avanza hacia él con los brazos extendidos y, apartándose de las formalidades protocolares, le abraza con

efusión. Pocos han podido advertir que Santa Cruz y Blanco han cambiado el saludo masónico.

Santa Cruz habla al general chileno no con el tono del vencedor que podría imponer condiciones,- sino con el del amigo que no desea aprovechar la situación ventajosa. Donde Blanco Encalada creyera encontrar hostilidad y reserva, halla cordialidad y nobleza. Espera de Santa Cruz, reproches y demandas; oye sólo palabras de amistad.

La entrevista se prolonga por espacio de dos horas. Santa Cruz, por lo habitual tan reservado y parco, platica sin descanso con el enemigo de ayer. Ratifica sus propósitos pacifistas; su ninguna intención de agredir a Chile, lo que él desea es sólo la paz y la tranquilidad para engrandecer al Perú y Bolivia con el trabajo fructífero, con la normalidad institucional, con la honestidad de gobernantes y gobernados.

Blanco comprende que Santa Cruz no hará uso de la posición ventajosa en que se halla. En la noche cenan juntos; el Protector extrema finezas y la mesa es servida por sus propios edecanes.

A las once de la noche, Blanco se retira. Al día siguiente reúne un Consejo de Guerra, al que somete un proyecto de Tratado de Paz. La simple lectura de las bases produce desconcierto entre los oficiales chilenos. Se acepta el proyecto sin vacilar. Es una salvación providencial que no esperaba nadie y nadie tampoco alcanza a comprender.

De inmediato, antes que Santa Cruz pueda cambiar de opinión, parte Irrisare rumbo a la división de Tristán, donde le esperan los plenipotenciarios de Santa Cruz, generales Ramón Herrera y Anselmo Quiroz. Blanco Encalada sale también, presuroso, para firmar el Tratado.

Este es suscrito el 17 de noviembre de 1837 y en “el nombre de Dios Todopoderoso, Autor y Legislador de las sociedades humanas”, Blanco Encalada y Anselmo Quiroz establecen paz perpetua y amistad entre la Confederación Perú-

boliviana y la República de Chile, comprometiéndose los respectivos gobiernos a sepultar en olvido sus quejas respectivas y abstenerse en lo sucesivo de toda reclamación sobre lo ocurrido en el curso de las desavenencias que motivaran la guerra.

El gobierno de la Confederación reitera su declaración de no haber autorizado jamás acto alguno lesivo a la independencia chilena, y a su vez éste manifiesta que nunca fue su propósito apoderarse en definitiva de los barcos de la Confederación, sino simplemente mantenerlos en depósitos para restituirlos ahora. En tal sentido se compromete a devolverlos a los ocho días de firmado el Tratado.

El ejército chileno se compromete asimismo a retirarse al puerto de Quilca, para verificar su embarque y retorno a su país. “El Gobierno de Chile enviará su ratificación al puerto de Anca, dentro de cincuenta días contados desde la fecha”, dice otro artículo del Tratado.

Las dos partes contratantes adoptan como bases de sus mutuas relaciones, el principio de la no intervención en los asuntos domésticos y se comprometen a no consentir que en sus respectivos ‘territorios se fragüen planes revolucionarios contra el otro.

Igualmente, ambos gobiernos- se obligan a no tomar jamás armas el uno contra el otro. Otras disposiciones de importancia secundaria y finalmente el cumplimiento del Tratado se pone bajo la garantía de S.M. británica.

Es enorme la sorpresa que tan inesperado desenlace causa en el ánimo de los soldados de Santa Cruz. Esperaban un final heroico y no una componenda de logia. El Protector advierte el descontento que su actitud ha causado entre sus hombres. Al general O’Connor que le acompaña, le dice:

—“Advierto O’Connor que usted es el único que está triste en todo mi ejército, después que hemos celebrado un tratado tan honorífico”.

Y ante la franca respuesta condenatoria de O’Connor, replica:

—“¿No sabe usted, compañero, que estamos en el siglo de la filosofía?”

—“No sé —responde O’Connor—, qué tendrá que ver la filosofía con el tratado de Paucarpata. En fin, el tiempo le desengañará, mi general”.

¿Qué motivos ha tenido Santa Cruz para dar este paso increíble?

¿Es quizá una demostración trágica de ese complejo de inferioridad que sus compatriotas y los hombres de su raza tienen frente a los extranjeros? ¿O acaso resabio atávico y ancestral heredado de sus antepasados los Incas, que jamás pudieron conquistar al Araucano?

Tal vez él no podría responderse a sí mismo> Es cierto que ha venido a esta campaña con el ánimo decaído; antes de su partida ha tenido que sofocar un motín en Oruro y la oposición continúa latente tanto en el Perú como en Bolivia. Sabe que su obra es cada vez más deleznable. Ahí está el coronel López que ha entrado en tratos con el enemigo; no olvida tampoco a su ministro, Casimiro Olañeta, que le traiciona con Portales. El mismo Calvo, su vicepresidente, desacredita la obra de la Confederación y el pacto de Tacna. No puede confiar en nadie.

En Paucarpata su situación es de indudable ventaja sobre el enemigo. Pero sabe que una derrota, que podría producirse por azar imprevisible de la guerra, significaría el desmoronamiento de la Confederación. Esta ha sido, tal vez, una de las razones principales por las que prefiere pactar y no combatir. Piensa también que en el orden internacional, está suficientemente asegurada la existencia de la Confederación por Inglaterra, que garantiza el tratado. Piensa que, interviniendo Inglaterra, la guerra está desterrada en definitiva y que en adelante podrá vivir en paz y tranquilidad.

Ha pretendido desarmar a sus enemigos con un gesto elegante. —“Tal fue mi confianza de que el Gobierno de Chile, apreciando la nobleza de mi proceder, se empeñaría en corresponder a ella, y tal mi anhelo por presentar un acto que contrastase en alguna manera con las perfidias de que de parte de Chile se había hecho notar durante la contienda, en mengua del crédito americano, que sin exigir la menor seguridad, fuera de los que presta el honor, consentí en que las tropas

chilenas se reembarcasen inmediatamente y en los propios buques peruanos... “ – dirá más tarde.

Su generosidad con los chilenos, excede los límites de la prudencia. Cuando el tratado es suscrito, son echadas al Vuelo las campanas de las iglesias de Arequipa. Santa Cruz, a pesar de advertir la impresión adversa que ha producido en sus tropas la suscripción del tratado, está radiante. Ordena, para el día 19, una parada militar en el campo de Miraflores. Presencia el paso de sus tropas, teniendo a su derecha al general Blanco Encalada, que también asiste con dos batallones chilenos: el Portales y el Valdivia.

Es su apoteosis. Ingres a Arequipa al atardecer, al son de marchas y fanfarrias, mientras el pueblo le regala otra vez con su aplauso. Su afecto al Protector sobrevive a la desilusión ante ese final sin gloria.

En las iglesias se celebran oficios religiosos en honor de Santa Cruz. En un convento de monjas, se realiza una solemne misa de acción de gracias. Unos días antes, en el mismo convento, se ha efectuado idéntica ceremonia en honor de Blanco Encalada.

El 19 en la noche, como corolario de ceremonias tan brillantes, Blanco Encalada vuelve a cenar con Santa Cruz, en la casa del general Cerdeña. Los dos hombres han intimado su amistad en el transcurso de esos días.

El descontento es tan evidente, que el día 20, cuando los chilenos comienzan a retirarse con rumbo a la costa, el pueblo arequipeño no puede contenerse más y prorrump en unos: –“¡Mueran los chilenos!” –, que alarman tanto al Protector como a sus acompañantes, entre los que todavía se halla Blanco Encalada.

El 21 no queda un solo soldado chileno en Arequipa. Sólo ha permanecido el general Blanco, con algunos hombres de su escolta. En la noche del 20 la sociedad arequipeña, obedeciendo a sugerencias del Protector, da un baile de despedida, al que asisten Blanco y Santa Cruz, siempre en inalterable cordialidad.

El 21 en la tarde, Blanco se despide de Santa Cruz, que le acompaña en persona hasta las afueras de la ciudad. Luego emprende el viaje de retomo a la costa con una escolta que el Protector ha puesto a sus órdenes.

Los navíos chilenos esperan en Quilca. Antes del reembarque, Santa Cruz adquiere toda la caballería del ejército chileno. Caballos que habitualmente costaban ocho a diez pesos, son comprados a diez y ocho y veinte onzas de oro cada uno. Cuando alguno de los generales hace notar a Santa Cruz la desproporción del precio, éste responde:

—“¡Oh, no importa eso. No tenemos en Bolivia caballos de tan buena raza como los de Chile”.

No es tal la razón, por cierto. Hay en este detalle una muestra de la psicología indígena de Santa Cruz, presta siempre a la exageración en el agasajo. Esta vez ha salido a flote el alma aimara. Todo lo que Blanco Encalada le pidiera, sería concedido sin duda.

Quizá el mismo Blanco tiene en su fuero interno una sonrisa irónica para él. Santa Cruz cree haber anonadado a su adversario con generosidades. No sabe que sólo provocará burlas y que mucho más tarde, un historiador chileno le juzgará así:

—“Santa Cruz y Blanco Encalada, los negociadores de aquel tratado, representan el primero el cálculo, el segundo la quimera; aquél el positivismo, éste la fantasía; el uno el maquiavelismo, el otro la caballería.”

El Protector está engañado por el espejismo de su propio error. Distribuye proclamas en todo el territorio, ensalzando la obra realizada en Paucarpata. Ordena que se erijan monumentos conmemorativos. Crea distinciones para los concurrentes a la campaña; reparte condecoraciones de la Legión de Honor.

Un hervor optimista le lleva a adoptar medidas peligrosas para la seguridad del Estado. Disminuye al Ejército y disuelve los cuerpos provinciales. Comete aún imprudencias mayores. Reduce la escasa flota a tres corbetas, dos bergantines y una goleta. Como siempre, contribuye a hacer más densa esa atmósfera engañosa

en que vive el coro de las adulaciones y las falsas palabras de encomio. Son pocos los que se atreven a mostrarle francamente su desaprobación por el tratado de Paucarpata, que ha permitido que el ejército enemigo, virtualmente derrotado, regrese intacto a sus bases.

Mientras Santa Cruz se sumerge en tan ilusorios ensueños, nuevamente, el 15 de diciembre de 1837 vuelven a mecerse en la rada de Valparaíso siete barcos de guerra y algunos transpones. Es la escuadra que partiera tres meses antes y que trae al ejército de Blanco Encalada.

Retorna sin gloria, silencioso, quizá avergonzado de haber encontrado nobleza y amistad donde fue a buscar odios y destrucción.

La tierra del Inca, devuelve a los hijos de Arauco sin inferirles herida ni ofensa. Se balancean los veleros chilenos, en el bochorno de esa tarde de diciembre de 1837...

TRES BATALLAS; TRES VICTORIAS

El 19 de mayo de 1837, los habitantes de Buenos Aires conocen la siguiente declaratoria de guerra:

“¡Viva la Federación!”

“El Gobierno encargado de las Relaciones Exteriores de la República en nombre y con sufragio de la Confederación Argentina.

“Considerando: Que el General Don Andrés Santa Cruz, titulado Protector de la Confederación Perú-Boliviana, ha promovido 1; anarquía en la Confederación Argentina, consintiendo y auxiliando las expediciones armadas en el territorio de Bolivia que han invadido la República.

“Que ha violado la inmunidad del territorio de la Confederación permitiendo penetrar en él partidas de tropas de Bolivia al mando de jefes bolivianos, destinadas a despojar por la fuerza a ciudadanos argentinos de cantidades de dinero como lo han ejecutado.

“Que a las reclamaciones por estos despojos no ha contestado.

“Que, despreciando las interpelaciones del Gobierno encargado de las Relaciones exteriores de la CA. ha mantenido en las fronteras de la República a los emigrados unitarios dando lugar a que fraguasen repetidas conjuraciones que han costado a la Confederación sacrificios de todo género.

“Que fomentando disturbios continuos en la provincia de Tucumán y Salta ha impedido el restablecimiento de la confianza y buena inteligencia necesarias para obtener por medio de la seducción la desmembración de otras provincias de la misma Confederación> excitándolas a erigirse en un nuevo Estado bajo su ominosa protección.

“Considerando: Que la ocupación del Perú por el ejército boliviano no se funda en otro derecho que el que le da un tratado ilegal y nulo y atentatorio, estipulado y firmado por un general peruano sin misión y sin facultad para entregar su Patria al extranjero.

“Que el general Santa Cruz con la fuerza de su mando ha despedazado el Perú alzándose con un poder absoluto sancionado por asambleas diminutas e impotentes.

“Que la intervención del general Santa Cruz para cambiar el orden político del Perú es un abuso criminal contra la libertad e independencia de los Estados Americanos y una infracción clásica del derecho de gentes.

“Que la concentración en su persona de una autoridad vitalicia, despótica e ilimitada sobre el Perú y Bolivia, con la facultad de nombrar sucesor conculca los derechos de ambos Estados e instituye un feudo personal que solemnemente proscriben las actas de Independencia de una y otra República.

“Que el ensanche de tal poder por el abuso de la fuerza, invierte el equilibrio conservador de la paz en las Repúblicas limítrofes de Bolivia y el Perú.

“Considerando: Que el acantonamiento de tropas del ejército del general Santa Cruz sobre la frontera norte de la Confederación, la expedición anárquica enviada a las costas de Chile desde los puertos del Perú bajo la notoria protección de los agentes de aquel caudillo y sus simultáneos, constantes y pérfidos amaños para insurreccionar a la República Argentina, confirman la existencia de un plan político para subordinar a los intereses del usurpador la independencia y el honor de los Estados limítrofes al Perú y Bolivia.

“Que el estado permanente de inquietud y de incertidumbre en que se habla la República Argentina por las asechanzas del gobierno del general Santa Cruz causa todos los males de la guerra y ninguna de sus ventajas.

‘Y últimamente:

“Que la doble y falaz política del general Santa Cruz ha inutilizado toda garantía que dependa del fiel cumplimiento de sus promesas.

“Declara:

“1º.— Que en atención a los multiplicados actos de hostilidad designados y comprobados, la Confederación Argentina está en guerra con el gobierno del general Santa Cruz y sus sostenedores.

“2º.— Que la Confederación Argentina rehusará la paz y toda transacción con el general Santa Cruz mientras no quede bien garantizada de la ambición que ha desplegado y no evacue la República Peruana dejándola completamente libre para disponer su destino.

“3º.— Que la Confederación Argentina reconoce el derecho de los pueblos peruanos para conservar su primitiva organización política o para sancionar en uso de su soberanía su actual división de Estados cuando, libre de la fuerza extranjera, se ocupe sin coacción de su propia suerte.

“4º.— Que la Confederación Argentina, en la lid a que ha sido provocada, no abraja pretensión alguna territorial fuera de sus límites naturales y protesta en presencia del Universo y ante la Posteridad que toma las armas para poner a salvo la integridad, la independencia y el honor de la Confederación Argentina, Juan Manuel de Rosas — Felipe Arana”.

¿Qué ha sucedido?

Diversas son las causas que determinan esta resolución del autócrata argentino.

Jujuy, provincia del norte recientemente segregada de Salta, es motivo de graves preocupaciones para los federalistas, pues se advierte en ella una tendencia marcada hacia el unitarismo. Se teme asimismo que muchos de sus habitantes deseen anexarse a Bolivia, como un recurso desesperado contra la tiranía de Rosas. En una reunión realizada el 3 de enero de 1835, en Santiago del Estero, ya se ha discutido francamente el problema entre Facundo Quiroga, representante personal

de Rosas, José Antonio Moldes, representante de Salta y el General Alejandro Heredia. Allí se llega a declarar sin embozo que: hay sobrados fundamentos para temer que esta nueva provincia (Jujuy) haciendo mal uso de su emancipación y traspasando límites que debe respetar, quiera incorporarse a la República limítrofe (Bolivia) cuyo acto sería una señal de guerra entre ambas Repúblicas, pues la Argentina no sufrirá la afrenta de que se desmembre la integridad de su territorio y por lo mismo que son traidores a la nación los autores de este proyecto, son dignos de ser perseguidos de muerte..

La alarma va aún más lejos, y en la misma fecha, los Gobiernos de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, pactan solemnemente combatir la idea de anexión de Jujuy a Bolivia.

No basta que en 28 de febrero del mismo año, la representación parlamentaria jujeña reaccione airadamente contra la sindicación y apruebe un voto que dice: “. . . El Poder Ejecutivo, vindicará con documentos auténticos al pueblo y provincia de Jujuy de la imputación gratuita de abrigar la subversiva y pérfida idea de agregación de su territorio a la República de Bolivia..

La sospecha queda flotando, pues Rosas no ignora que el peligro existe. Sabe que la influencia boliviana es indudable. Del norte argentino se viaja con más facilidad a Sucre o Potosí, que a Buenos Aires o Córdoba. El intercambio comercial es intenso y el añejo prestigio de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, atrae todavía a los estudiantes argentinos- de la región septentrional. La misma geografía favorece a Bolivia, pues las provincias del norte tienen más similitud con el territorio boliviano, que con el resto de la Argentina.

Además, el creciente prestigio militar de Andrés Santa Cruz y sus recientes triunfos en el Perú, vigorizan la sospecha que quizá entre sus planes está comprendido el de extender el territorio de la Confederación Perú-boliviana absorbiendo a alguna provincia argentina.

Rosas detesta a Santa Cruz. No ha podido olvidar que en 1833, el gobierno argentino destacó a Pedro Feliciano Cavía como representante diplomático encargado de reclamar la devolución del departamento de Tarija, habiendo Santa Cruz obligado a éste a dar vuelta desde Tupiza, sin atender su reclamo. Desde ese día, Rosas se referirá siempre a Santa Cruz, llamándole “el cholo” o “el colla», aun en sus comunicaciones oficiales.

Es él quien abriga propósitos imperialistas respecto a Bolivia, y en una carta privada, dice: —“. . . Si podemos conseguir que Tupiza y Santiago de Cotagaita queden dentro de nuestro territorio, seria lo mejor y más conveniente. A trueque de conseguir esto, bien creo que podríamos con donarle (a Bolivia) los gastos hechos en la guerra de la Independencia y también los aprovechamientos que ha sacado de Tarija, en todo el tiempo que la ha tenido usurpada; mas para obtener todas estas cosas, será preciso penetrar en la capital de Bolivia y tener por nuestro cerro de Potosí.

Hay también algo más, que Rosas no perdona Santa Cruz: la ayuda y protección -que éste ha brindado a los “unitarios” que buscaran refugio en Bolivia. Prestó asilo en territorio boliviano a los restos del General Lavalle. Santa Cruz referirá más tarde que tales exiliados sobrepasaron al número de trescientos, sólo entre las personas notables; pero, sin parcializarse nunca, en cierta oportunidad ha prestado refugio al famoso fraile Aldao del bando Federal. Ha sido vano que —en anterior oportunidad— destaque ante Rosas al coronel Hilarión Fernández, con instrucciones de buscar un avenimiento pacífico entre los dos partidos argentinos en pugna, para concluir con la sangrienta guerra civil. Infortunadamente, las pasiones están demasiado exaltadas y Rosas se niega a admitir ningún convenio “que no estuviera fundado en el exterminio de sus rivales”.

Desde entonces, para Rosas el nombre de Santa Cruz queda asociado al de sus adversarios políticos y en una circular que envía a los gobernadores de las provincias, les manifiesta que sólo la fuerza podrá contener la alianza del

Presidente Boliviano con los Unitarios. En una carta particular, manifiesta crudamente: “El cholo Santa Cruz está con la camisa arremangada en sus propósitos de atacar a la Argentina”.

En este sentimiento inamistoso, concurre, asimismo, cierto celo personal, pues la marcada egolatría de Rosas, hace difícil tolerar la presencia de otro caudillo que – surgido en el remoto altiplano andino – proyecta sombras sobre el que cree su continental prestigio.

Pero más que el supuesto o verídico anhelo separatista de Jujuy; más que los propósitos de hegemonía que se atribuyen a Santa Cruz y más que el resentimiento por la ayuda prestada a los exiliados unitarios, hay un factor que determina en forma decisiva la declaratoria de guerra:

La influencia chilena.

Es política de Portales, primero, y de sus sucesores, después, crear a Santa Cruz problemas y dificultades internacionales que le obliguen a dispersar tanto sus preocupaciones como su poderío militar. El plan de asedio al Protector tiene vastos alcances y pretende acosarle por tres fronteras: la de Chile, la del Ecuador y la de Argentina.

En octubre de 1836, el gobierno chileno destaca a Ventura Lavalle, como Enviado Especial ante el gobierno del Ecuador, para proponer una alianza contra la Confederación Perú-boliviana. Es Presidente del Ecuador, Vicente Rocafuerte y su hombre de confianza, el general Juan José Flores, ex-Presidente de la Nación. Como Rosas en la Argentina, el general Flores ve también un émulo en Santa Cruz; hombre vanidoso, sueña con derrotarle por las armas, y es, por tanto, presa fácil de los agentes chilenos y de los emigrados peruanos adversos a aquél.

El tacto y la diligencia de Santa Cruz se anticipan a sus proyectos. Envía a su vez como Ministro Plenipotenciario al Gran Mariscal Guillermo Miller, y éste, en 20 de noviembre de 1836, logra firmar con Antonio Morales, Ministro de

Relaciones del Ecuador, un Tratado de Amistad y Alianza, que asegura la tranquilidad de la frontera norte del Perú.

Por el artículo X de dicho Tratado, el Gobierno de Bolivia y el de los Estados Nor y Sur del Perú, se obligan a no tener en la provincia de Piura y en el departamento de Amazonas, ninguna fuerza de tropas de línea que pase de doscientos hombres. La misma obligación contrae el Gobierno del Ecuador, para no enviar a la provincia de Loja y cantones de Machlla y Santa Elena, más tropa que la expresada.

Es un triunfo diplomático completo.

No ocurre lo mismo en la Argentina.

En los primeros días de septiembre de 1836, Chile envía a la Argentina a dos agentes confidenciales, Francisco Javier Rosales y José Joaquín Pérez, encargados de la misma misión: proponer un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra el Perú y Bolivia, para “protegerse mutuamente”.

Rosales lleva consigo unos documentos fraguados, en los que Santa Cruz aparece con proyectos de anexar a Bolivia las provincias de Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy y Cuyo. Con tales miras –según el enviado chileno– obraría de acuerdo con los unitarios argentinos refugiados tanto en Bolivia como en el Uruguay, teniendo estos últimos la misión de distraer a las fuerzas de Rosas, mientras Santa Cruz opere en el Norte.

Una vez en Buenos Aires, Rosales muestra los documentos que porta produciendo en el ánimo de los gobernantes argentinos, la inquietud buscada. Uno de ellos, el general Alejandro Heredia, escribió a su hermano Felipe, funcionario de Salta: No queda duda alguna de las pretensiones de Santa Cruz sobre nuestra República y especialmente sobre esas provincias, ésta y la de Catamarca... Los escuadrones de Puna, Quebrada de Humahuaca, Iruya y Valle Grande se acantonarán en los puntos que presentando forrajes y mayor facilidad para la subsistencia de la tropa, formen un escalón cuyos elementos estén recíprocamente

protegidos... Dentro de diez o doce días espero un extraordinario de Buenos Aires, anoticiándome del resultado que hubiese tenido la solicitud del enviado chileno, relativamente a una alianza con nuestra República, para contener la necia ambición de un colla que nos ha salido con aspecto de Napoleón. ..“

La suspicacia argentina crece día a día. Cuando el caudillo unitario Javier López es vencido y fusilado en Monte Grande, algunos prisioneros declaran que el teniente coronel boliviano Fernando Campero ha sido enviado por el Mariscal Santa Cruz para formar una división de ejército en Jujuy y fomentar el separatismo de los jujeños contra Salta, con la finalidad de anexarse a Bolivia. Ya antes, el gobernador de Puna, Luis Paredes, ha comunicado al gobierno central que desde Moraya, el mismo Campero ha partido con 200 soldados a reunirse con el general crucista Burdett O'Connor, en Tupiza.

La verdad es que Santa Cruz, anoticiado de los trajines chilenos, comienza a adoptar sus precauciones, tanto en lo diplomático como en lo militar.

En diciembre de 1836, ordena al Ministro de Bolivia en Buenos Aires, general Mariano Armaza, aproximarse ante Rosas y brindarle amplias seguridades de la amistosa disposición del gobierno de Bolivia. El mismo, se dirige personalmente al mandatario argentino, en 5 de abril de 1837, reafirmando sus pacíficos propósitos.

No obstante, pronto se percata que maniobra en el vacío, pues Rosas, ya sugestionado por los enviados chilenos, desdeña todo intento de acercamiento.

Marrajo gobernante como es Santa Cruz también ha previsto este resultado y desde mediados de 1836, comienza a organizar sus fuerzas militares en la frontera argentina. En realidad, ha visto avecinarse el conflicto, desde muchos años atrás. Ya en 1832, Facundo Quiroga le amenazó con arrebatarse Tarija e invadir el territorio boliviano “hasta extender su poncho sobre la plaza de Chuquisaca”.

Sabiendo que no se trata de meras bravatas llama al general Francisco Burdett O'Connor, experto conocedor de la región y le dice, a tiempo de mostrarle el cartel de desafío enviado por Quiroga:

–“Aquí tenemos una novedad y muy seria. Yo no pensaba que usted se separase ni por un momento de mi lado, desde que lo saqué de sus montañas; pero ya veo que es de absoluta necesidad que nos separemos por un corto tiempo. Nadie mejor que usted conoce aquel territorio que puede llegar a ser el teatro de una campaña. Tomará usted un batallón de infantería y un regimiento de caballería, marchará a Tarija y pondrá toda la provincia en estado de defensa contra ese gaucho”.

Paulatinamente, la situación va agravándose.

Rosas habla ya con desenfado “de la guerra que debe empezar a hacerse contra el cholo Santa Cruz” y remite al general Alejandro Heredia 500 fusiles, 400 carabinas y otro material de combate.

Unos días después, el 13 de febrero, dicta un decreto clausurando la frontera argentina con Bolivia, para todo comercio y comunicación epistolar; el 8 de mayo, designa al mismo Heredia “General en Jefe del Ejército Argentino contra el tirano Santa Cruz”.

Escribe a los gobernadores del norte argentino, “que no se descuiden ni un momento y que se mantengan en una continua preparación, porque si Santa Cruz no baja, acaso tendremos nosotros que ir a visitarlo”.

Finalmente, el 19 de mayo de 1837, declara la guerra a Bolivia.

Rosas pretende justificar su determinación, acusando a Santa Cruz de “haber violado la inmunidad del territorio de la Confederación Argentina permitiendo penetrar en él partidas de tropas de Bolivia; mantenido en las fronteras de la República a los emigrados unitarios dando lugar a que se fraguasen repetidas conjuraciones”. Añade “que la ocupación del Perú por el ejército boliviano no se funda en otro derecho que el que da un tratado ilegal nulo y atentatorio, estipulado y firmado por el general peruano sin misión y sin facultad para entregar su patria al extranjero”. Concluye manifestando “que el ensanche de tal poder por el abuso

de la fuerza invierte el equilibrio conservador de la paz de las Repúblicas limítrofes al Perú y Bolivia”.

El gobierno boliviano responde con un extenso manifiesto, suscrito en Chuquisaca por el Ministro Mariano Enrique Calvo:

–“Al través de las multiplicadas y falsas acriminaciones dirigidas contra el Presidente de Bolivia, y de las fingidas e insidiosas protestas de desinterés que contiene el manifiesto del Gobierno de Buenos Aires, se descubren en todo su aspecto los odios personales, el furor del partido que le devora y las antiguas pretensiones que mantiene sobre nuestro territorio... Las verdaderas causas de la guerra que se nos declara, no pueden encontrarse sino en las pasiones que dominan a los jefes de aquella administración y en la fantástica idea que han concebido de realizar sus siniestros designios, al favor de la cooperación del Gobierno de Chile. .. El Gobierno boliviano jamás se arrepentirá de haber dado benéfico asilo a unos americanos desgraciados, que victimas de la discordia civil, se acogieron a las leyes de la República, huyendo de la encarnizada persecución de sus hermanos. . . No fueron frívolas excusas ni extravagantes observaciones las que presentó el Gobierno para negar el paso a la legación argentina de que vino encargado el señor Pedro Feliciano de Cavía, en febrero de 1833. Razones poderosas e inconvenientes insuperables promovidas por el mismo Agente argentino> obligaron al Gobierno a no recibirle en su carácter> bajo la sincera protesta de que este paso no procedía de prevenciones siniestras, ni de falta de consideración al Gobierno de Buenos Aires.

“Las provincias de aquella República no se hallaban en perfecta inteligencia entre sí, como era necesario para que Bolivia hubiese podido contar con la debida reciprocidad en la observancia de sus pactos. En tal estado no era prudente aventurarse a tratar con la República Argentina...”

“Entre los motivos que el Gobierno de Buenos Aires funda la declaración de guerra, se encuentra también la reincorporación de Tarija a la República. La

provincia de Tarija ha pertenecido al Alto Perú desde tiempo inmemorial; el Congreso del Río de la Plata reconoció por ley de 9 de mayo de 1825, la libertad de las provincias del Alto Perú para disponer de su suerte y de su gobierno.. . etc.”

Con celeridad en él rutinaria, Santa Cruz se apresta a la guerra y designa General en Jefe del Ejército del- sur al General Otto Felipe Braun, militar de nacimiento alemán y guerrero óptimo. Viene combatiendo en América desde las guerras de la Independencia y es aparte de profesional eficiente, un hombre leal, enérgico y organizador. Santa Cruz conoce el arte de elegir a sus hombres.

Asesora a Braun, un brillante Estado Mayor: el irlandés Francisco Burdett O’Connor, el general Sebastián Agreda y Timoteo Raña, un tarijeño temerario.

Braun establece su cuartel general en Tupiza y a fines de agosto de 1837, pone a sus tropas en marcha hacia la frontera argentina. El ejército que comanda no supera el número de 2.400 hombres chicheños y tarijeños en su mayoría, y está distribuido en las siguientes unidades: Batallón 1º de “La Guardia”, 5º de línea, 6º “Socabaya”, 8º de “Nacionales”; Regimiento “Guías de la Guardia” y Regimiento 2º de “Nacionales”.

Santa Cruz no puede atender personalmente esta campaña, pues urgentes asuntos políticos y la amenaza de invasión chilena, le retienen en el Perú. Logra, sin embargo, efectuar un corto viaje a La Paz y allí dicta un decreto estableciendo la interdicción con la República Argentina, primero, y luego –declarada ya la guerra– adopta sus últimas providencias militares.

Retorna después al Perú, confiado “en sus viejos peones” como llama a esos guerreros a quienes encomienda la suerte de las armas bolivianas en la frontera sur.

El 12 de septiembre de 1837, el Congreso dirige una proclama al Ejército: – “Soldados: No consideremos enemigos a los ciudadanos de la Confederación Argentina; hemos formado con ellos una sola familia, hemos peleado juntos por nuestra libertad e independencia; nuestra sangre, mezclada con la suya, ha sido

derramada a torrentes por el enemigo común; los huesos de los bolivianos y argentinos aún se conservan reunidos en los campos de Guaqui, Vilcapujio y Viloma..

Juan Manuel Rosas, o más propiamente, los gobernadores de las provincias argentinas norteañas, logran reunir un ejército considerable. El 1º de septiembre llegan a Jujuy las fuerzas del coronel Felipe Heredia, compuestas por los regimientos “Cristiano de la Guardia», “Coraceros de la Muerte”, “Escuadrón de Rifles”, “Cazadores de la Libertad” y “Coraceros argentinos”. En Jujuy se acoplan a ellos los regimientos “Restauradores a Caballo”, “Defensores de las Leyes” y los batallones 1, 2 y 4. Comandante en jefe es el general Alejandro Heredia, gobernador de Tucumán y mediocre militar. No es mejor como literato, pues al comenzar la campaña lanza también una proclama que empieza así: “Desde que la República Argentina midió fuerzas con el Imperio del Brasil y obtuvo el mejor resultado, no teme agarrarse con el Estado que la provoque...”

El día 7 de septiembre, Heredia decide marchar hacia la quebrada de Humahuaca, encabezando la vanguardia de su ejército. Lleva consigo al “Cristiano de la Guardia” y al “Restauradores”

A su vez, Braun ocupa la localidad fronteriza de La Quiaca continuando luego marcha hacia el sur ya en pleno territorio argentino, por la misma quebrada de Humahuaca.

El 13 de septiembre de 1837 chocan ambas vanguardias en el sitio denominado Santa Bárbara, una pequeña ladera plena de obstáculos; la fracción boliviana está comandada por el Teniente Coronel Fernando Campero y la componen unos doscientos veinte hombres de infantería y un grupo de caballería.

El combate se inicia a las ocho de la mañana y se prolonga por espacio de algunas horas. Según el parte del General Braun, los argentinos suman ochocientos hombres, “lo que da lugar a tomar a los nuestros en el centro y repetir sus cargas. Arrollados por última vez y perseguidos por los bravos “Guías” dejaron con

vergüenza el campo que debió ser suyo por su cuádruple fuerza y por el conocimiento íntimo que tenían del terreno que les favorecía. Los guerreros de Bolivia, que nunca han vuelto las espaldas al enemigo, que siempre tienen presente las lecciones de su Capitán General cuya imagen la llevan grabada en el corazón, lograron aterrar a los que aquel día se les presentaron, los batieron y los escarmentaron, dejando en el campo 150 muertos y heridos; por nuestra parte quedaron fuera de combate veinte individuos de tropa.

Libres ya de enemigos, las tropas bolivianas se internan hasta Chorrillos, localidad situada a ochenta leguas de la frontera, mientras el general Felipe Heredia retrocede hasta la ciudad de Salta.

Primera Batalla. Primera victoria.

Es interesante observar cómo avanzan las tropas de Braun. Divididas en dos columnas paralelas, llevan en el centro una interminable columna de vivanderos — hombres > mujeres y niños — que marchan junto al ejército y le abastecen. En determinado momento, esta fracción auxiliar llega a contar más de dos mil individuos, en pintoresca caravana que es en cierto modo, una migración. Ante la perspectiva de un negocio fructífero, la mayoría de los pobladores de las regiones fronterizas > han abandonado sus residencias permanentes, para seguir la suerte precaria de este ejército errabundo. Se ve a las abnegadas “rabonas», infatigables y sobrias, atendiendo con celo y sacrificio a sus soldados y cuidando que nada les falte. Es una forma muy particular de hacer la guerra, indudablemente.

Braun espera en vano un contraataque. Lo extraordinario de su situación es que los pobladores argentinos, lejos de hostilizar a sus fuerzas, les prestan todo género de auxilios e informaciones, manteniéndolas al tanto de las actividades de sus propios compatriotas. Son numerosos los desertores argentinos y el ejército boliviano ve engrosar sus filas día a día.

Sin adversarios contra quienes combatir, Braun resuelve retroceder hasta la frontera, situando su cuartel general en Yavi, sitio cercano a la población fronteriza de La Quiaca. Permanece allí, en actitud pasiva, hasta el mes de abril de 1838.

Santa Cruz ha podido desligarse momentáneamente de sus asuntos en el Perú y con su habitual actividad llega durante el mismo mes de abril hasta Moraya, localidad boliviana situada a nueve leguas de la frontera con la Argentina. Platica con Braun e informado de la situación en 18 de abril, expide un decreto por el que declara concluida la guerra y ordena la disolución de los batallones de voluntarios. Dispone, asimismo, que el regimiento de la "Guardia" se restituya al Perú, donde su presencia será necesaria para combatir a los chilenos que ya se aproximan.

Piensa, con algún fundamento, que nada ya debe temer de los argentinos. Su estrella "sigue tan brillante como el Sol".

En cumplimiento de las disposiciones del Protector el General Braun retorna a Tupiza, licenciando a la mayor parte de sus tropas. Empero, la guerra le ha enseñado a ser previsor. Con los efectivos que aún posee reorganiza su reducido ejército que ahora se compone apenas de 1.219 hombres. Ha dejado en Iruya una vanguardia diminuta al mando del coronel Timoteo Raña, como fracción de seguridad y observación.

Durante algún tiempo no hay atisbo de reacción enemiga; pero a fines de mayo, una división argentina al mando del general Gregorio Paz se introduce por el río Seco a la quebrada de Acambuco y a la pampa de "Las Trincheras», capturando a algunas fracciones adelantadas bolivianas.

Algunos días más tarde, el 11 de junio de 1838, otra división argentina, esta vez encabezada por el propio Heredia, intenta efectuar un ataque sorpresivo contra la guarnición del coronel Raña.

La confusión de los bolivianos es notoria en los primeros momentos. El asalto se ha producido al amanecer, prolongándose durante nueve horas. Hacia las dos

de la tarde, se advierte un languidecimiento en los empeños de los argentinos y algunos minutos más tarde, se pronuncia su derrota.

Acaba de librarse el combate de Iruya y por segunda vez en esta campaña, el triunfo ha sido para las fuerzas de Santa Cruz. Dos batallas. Dos victorias.

No se ha disipado la polvareda que levantan los argentinos en su huída, cuando Timoteo Raña, excitado aún

por el combate, escribe el parte: "Viva la República. — Comandancia Principal de Iruya — Junio 11 de 1838. — A Su Señoría el Coronel Jefe de Estado Mayor del Ejército del Sur. — Señor: Son las dos de la tarde, momento en el que me cabe el dulce placer de poner en conocimiento de S.S. para que se sirva transmitirlo a S.S. Ilustrísima el General en Jefe, que el honor de las armas de la República ha quedado bien puesto, escarmentando a un osado enemigo, que pensando obtener ventajas se atrevió temerario a insultar a la columna del General. A las cinco y media de la mañana se presentaron a nuestra vista - en número de 500 infantes y 300 de a caballo. Mandé dispersar una guerrilla y el enemigo hizo otro tanto, habiéndose "in continenti". empeñado un fuerte ataque entre ambas partes con un fuego sostenido y obstinado hasta este momento en que nuestros bravos pusieron en fuga a los cobardes enemigos, que por todas partes han emprendido una vergonzosa huida, quedando completamente deshechos y dispersos, a los que se les persigue.

Sobrados motivos tiene el Protector para sentirse satisfecho, pues sus pendones tremolan victoriosos desde Lima hasta Jujuy. Un nuevo triunfo se suma a los dos ya conseguidos.

En conocimiento del avance del general argentino Paz, las fuerzas bolivianas acantonadas en Tupiza, siempre bajo el mando del general Braun, se movilizan con premura hasta la ciudad de Tarija, donde se les suman algunas fracciones organizadas por el famoso guerrillero Eustaquio Méndez.

En Tarija, Braun tiene conocimiento que los argentinos han ocupado el valle de San Luis de Entre Ríos. Como quiera que este avance representa serio peligro para la ciudad, Braun decide contenerlo utilizando la totalidad de recursos con que cuenta.

En la madrugada del 24 de junio de 1838, argentinos y bolivianos traban combate en las serranías de Montenegro. Braun, O'Connor y Agreda dirigen personalmente a los soldados de la Confederación. Este último viste a los cardos del monte con kepis y capotes de sus hombres simulando tiradores y valiéndose de tal estratagema, maniobra hasta llegar a la retaguardia enemiga.

Se combate con fiereza por espacio de algunas horas; al final, como aconteciera en Humahuaca e Iruya, la mayor experiencia de los bolivianos y la atinada dirección de sus jefes prevalece nuevamente. Los soldados de la Confederación Perú-boliviana, capturan prisioneros a 20 oficiales argentinos, a 292 hombres de tropa, y considerable material bélico.

La tercera batalla. La tercera victoria.

Con el triunfo de Montenegro, desaparece en definitiva el peligro de una invasión - por la frontera sur de Bolivia. Juan Manuel Rosas está demasiado lejos para prestar cooperación efectiva a sus hombres que combaten en el norte. No han prosperado los propósitos de alianza con Chile y este país, que descontaba una fácil victoria argentina, ve esfumarse sus esperanzas.

Santa Cruz ha desbaratado los planes chilenos, al triunfar diplomáticamente en el Ecuador y por las armas en la Argentina. Su prestigio en el exterior se consolida y libre ya de preocupaciones en estas fronteras, puede concentrar su atención en el enemigo al que aún no ha derrotado.

Las victorias alcanzadas frente a los argentinos, tienen sobre todo una repercusión moral. Ha abatido el orgullo del tirano de Buenos Aires y aunque es evidente que ésta ha sido sólo una guerra local para los argentinos —“la guerra

desconocida>' se la llamará más tarde— ella ha permitido alejar el temor de una invasión y de una peligrosa dispersión de fuerzas.

Santa Cruz no precisa nuevas anexiones, pues bastantes problemas internos quedan aún por resolver. No obstante, en su deseo de consolidar la seguridad militar, incorpora a Bolivia el territorio argentino de Puna, perteneciente a la provincia de Jujuy. En él están comprendidas las poblaciones de Santa Catalina, Yavi, Santa Victoria, Cangrejillos, Puesto, Abrapampa, Cochinoca, Pasto Chico y otras. Designa autoridades bolivianas para el gobierno de Puna y anexa este territorio al departamento de Tarija. Timoteo Raña, Sebastián Agreda y Bernardo Trigo, se suceden en la administración del nuevo territorio.

Unos meses más tarde, el 12 de noviembre de 1838, el General Alejandro Heredia muere asesinado y alguien acusa a Santa Cruz, como a instigador del hecho. No falta empero quien le disculpe con estas palabras irreverentes:

—“Con esa muerte, el único que ha perdido es Santa Cruz porque cualquiera que reemplace a Heredia, no será tan borracho, tan ladrón ni tan cobarde como el finado. .

El Protector no ha intervenido personalmente en la reciente campaña argentina, pero es indudable que sus disposiciones previsoras —adoptadas mucho tiempo antes de la ruptura de hostilidades— han influido en forma decisiva en los resultados obtenidos. Es por ello por lo que con no disimulada satisfacción, dirige un Mensaje al Congreso, manifestando:

Algunos caudillos de las Provincias Argentinas, que todavía no han renunciado a la idea quimérica de dominar a Bolivia, se prestaron fácilmente a las sugerencias inmorales del Gabinete chileno y se presentaron en nuestra frontera a amenazar el territorio sagrado de la Patria. Su presencia bastó para inflamar el patriotismo y armar en masa a nuestros pueblos del sur. Acaban de publicarse los resultados gloriosos de aquella campaña, en que han lucido el patriotismo del ejército y de los pueblos. En todas partes donde se han presentado nuestros

enemigos, ha sido sólo para aumentar las glorias del Ejército y robustecer la Confederación”.

La victoriosa culminación de la campaña contra la Argentina, señala el climax del poderío de Santa Cruz y también de Bolivia, lo que es históricamente más importante.

Ejerciendo su influencia política en el Perú; denotados los chilenos y argentinos; y consolidada, bien que precariamente, su estabilidad interna, Bolivia es, en este año - de 1838, la primera nación del continente suramericano. Es sin disputa la potencia militar más poderosa; la República que cuenta con legislación más moderna y con un prestigio continental no igualado por ninguna de sus vecinas.

La enseña boliviana flamea triunfante desde Jujuy hasta la frontera con el Ecuador; sus ejércitos son temidos y no conocen aún el amargo sabor de la derrota.

¡Qué alto ha llegado el hijo de Juana Bacilia! —¡Qué tiempos venturosos para su Patria!

Mas ¡ay! las tuyas serán las últimas victorias militares que conocerá Bolivia y nunca desde entonces, volverá a recuperar tamaño esplendor. En adelante, su camino estará jalonado de derrotas e infortunios y con la única excepción de la batalla de Ingavi —victoria defensiva— sus pendones no volverán a flamear más besados por la brisa acariciante del triunfo. .

XVI

EL AMIGO DE SAN ANTONIO ABAD

Desembarcan Blanco Encalada y sus hombres sin traer el triunfo, pero salvados de una derrota cierta. Aún no han posado pie en tierra chilena> cuando llegan a sus oídos gritos de desaprobación y de protesta de una multitud que les espera en el puerto.

El gobierno y el pueblo chilenos han tenido noticias ciertas acerca de la suscripción del tratado de Paucarpata, y desaprueba el convenio de Blanco Encalada.

El recibimiento es hostil. Mentando los desbordes de esa multitud que se agita contra Blanco, se recata el gobierno chileno> que explota el sentimiento nacionalista de su pueblo para provocar una reacción que justifique y facilite los planes que tiene en vista.

Se ha olvidado que Blanco pudo ser destruido con una sola orden de Santa Cruz y se ha olvidado que el ejército chileno en Arequipa no tenía salvación posible.

Sólo se piensa ahora en armar un nuevo ejército para destruir al Protector y para nadie es un secreto que el gobierno chileno desaprobará el tratado. El gobernador de Valparaíso, Victorino Garrido, obedeciendo instrucciones superiores, alienta y estimula esta reacción del pueblo.

Se crea el clima espiritual para una nueva guerra. No es, pues, sorprendente que a los tres días del arribo de Blanco Encalada, el 18 de diciembre de 1837, el presidente Joaquin Prieto y su ministro Tocornal expidan un decreto por el que se desconoce el Tratado y se ordena la continuación de hostilidades contra el gobierno protectoral.

La decisión chilena se basa en que el tratado de Paucarpata “no satisface las justas reclamaciones de la Nación chilena, ni repara debidamente los agravios que se le han inferido, ni lo que es más, precave los males a que se ven expuestos los pueblos vecinos al Perú y Bolivia, cuya independencia y seguridad permanecen amenazadas».

Llega a declarar que “aun las cláusulas que son favorables a Chile, tienen conceptos dudosos y ambiguos que sólo darían lugar en lo futuro, a guerras entre los dos países”. Concluye estableciendo que los plenipotenciarios Blanco e Irrisari se han excedido en las instrucciones recibidas.

El 30 de enero de 1838, Santa Cruz, en un extenso manifiesto, señala la precaria situación en que se hallaban las tropas chilenas invasoras antes de la firma del tratado impugnado y explica “los motivos que habían inspirado al Gobierno Protectoral su resolución de preferir una paz, que le era fácil obtener por otros medios, a una victoria, que, a sus ojos, no habría sido más que una calamidad, puesto que su trofeo hubiera sido regado con torrentes de sangre americana”. El manifiesto destruye también todas las aserciones sobre las que Chile basaba su empeño en proseguir la guerra..

Sin embargo, definida como está la situación, el gobierno de Chile prepara presurosamente la campaña. El país vibra al deseo y al afán de una revancha.

Blanco Encalada es sometido a un Consejo de Guerra; pero el tribunal, pese a las consignas que recibe, le declara inocente.

Irrisari, su segundo, que se halla en el Perú, es conminado a volver a Chile. El coronel contesta con un panfleto “Defensa de los Tratados de paz de Paucarpata”, que es una apología del Protector y una muestra de la injusticia con que procede Chile. Por toda respuesta, el gobierno inicia contra él juicio criminal.

Los preparativos para la segunda expedición chilena se realizan con celeridad, pues no se ignora que cada día que pasa, será más firme la posición del Protector. Como en oportunidad anterior, el gobierno cuenta con la colaboración de los

emigrados peruanos, cuyo número ha aumentado. El 17 de enero, llega a Valparaíso el general Agustín Gamarra, a bordo de la fragata inglesa "Cigar". El coronel Angel Bujanda, su amigo, ha muerto envenenado, unos meses antes.

Los demás emigrados peruanos continúan merodeando alrededor del ejército chileno, en espera de la orden de partida. Allí está otra vez el general La Fuente, salvado por una cláusula del tratado de Paucarpata, dispuesto a reanudar sus andanzas contra Santa Cruz. Siguen también Pardo, Castilla, Vivanco, olvidando las enemistades que les separan y unidos por su común odio a Santa Cruz.

El más peligroso de todos es Agustín Gamarra, que vuelve a la escena después de temporal eclipse, con el odio acrecentado y dispuesto a jugar todas las cartas en esta partida definitiva.

El gobierno de Santiago prepara la segunda expedición, asegurando antes los recursos que le darán el triunfo. Ha recogido las enseñanzas de la primera campaña y espera no cometer los mismos errores.

Es designado jefe de la expedición el general Manuel Bulnes. Jefe de Estado Mayor es el general José María de la Cruz y segundo el coronel Pedro Godoy.

El ejército zarpa de Valparaíso el 15 de julio en 26 transportes protegidos por los buques de guerra "Monteagudo», "Santa Cruz", "Confederación» y "Janequeo». Consta de 5.800 hombres distribuidos en los siguientes batallones: Santiago, Valparaíso, Colchagua, Aconcagua, Carampangue, Portales y Valdivia; de los regimientos de Cazadores y Granaderos; del escuadrón Lanceros, de Carabineros de la Frontera y una batería de artillería, comandada por el coronel Maturana. La caballería, por el general Baquedano. En Coquimbo, el ejército se organiza en tres divisiones.

Manuel Bulnes es un viejo soldado de las guerras de la Independencia. Nacido en Concepción, el 25 de diciembre de 1799, sufrió a los dieciséis años de edad el primer destierro a la isla de Quiriquina, a causa de sus ideas revolucionarias adversas al régimen español entonces imperante. En 1818 se le ve actuar con brillo

en las batallas de Cancha Rayada y Maipú, que decidieran la independencia de Chile. A los treinta y dos años, los méritos alcanzados en sus campañas contra algunos reductos realistas del sur de Chile, logran para él, el grado de general de brigada.

Es en esta época en que toma el mando de las fuerzas que van a combatir a Santa Cruz, una de las más prestigiosas figuras del ejército chileno.

Santa Cruz ha tomado esta vez sus precauciones en forma anticipada. Nuevamente el Estado Nor-Peruano, es declarado en Asamblea el 15 de febrero de 1838. Santa Cruz vuelve a llamar a sus “viejos peones» y eleva el contingente a 16.000 hombres distribuidos en la dilatada extensión comprendida entre el norte del Perú y Bolivia. Divide su cuartel militar en tres secciones geográficas. El norte del Perú, con centro de operaciones en Lima y 6.000 hombres al mando del general Domingo Nieto. En el centro tiene a Arequipa como base principal y cuenta con 5.000 hombres. Otros cinco mil hombres, con Braun a la cabeza, son situados en Tupiza para cubrir el sur de Bolivia.

El propósito de Santa Cruz, es que el ejército del centro se mantenga a la expectativa, presto a auxiliar al del norte si le atacan los chilenos; o al del sur, si los argentinos.

El ejército del norte es el que mayores preocupaciones provoca al Protector. Su jefe, Nieto, es un militar peruano a quien conoce desde los tiempos de la campaña de Intermedios; ha concurrido a Junín y Ayacucho y su nombre está asociado a ese episodio novelesco en el que diera muerte al colombiano Camácaro, en el Portete de Tarqui. Sus ascensos militares han sido rápidos y en 1833, a los treinta años de edad, lucía ya los entorchados de general.

Más tarde, cuando la guerra civil entre Orbegoso y Gamarra, Nieto ha enviado comisiones a Santa Cruz proponiéndole anexar al Perú a Bolivia y formar una confederación a cuya cabeza estaría Santa Cruz.

Después de permanecer en el Ecuador como ministro de la Confederación, Nieto vuelve al Perú y acepta el cargo de prefecto de La Libertad y declara su adhesión a los proyectos del Protector.

Sin embargo, Nieto no pertenece emocionalmente a la Confederación. Se trasluce su estado de ánimo en una proclama que lanza el 13 de octubre de 1837, con motivo de la primera invasión chilena. En ella, aunque reafirma su peruanismo, deja entrever su resistencia a la Confederación. Atemorizado ante sus propias palabras. Nieto dirige luego varias cartas a Santa Cruz en las que le reitera su adhesión con frases sumisas. Posteriormente, incurre en un desfalco de fondos, que Santa Cruz salva con los de su propio pecunio; pero ese rasgo de nobleza del Protector no logra la lealtad de Nieto. Tan artero como Gamarra, está en acecho de una oportunidad propicia para derribar al Protector.

Mantiene comunicación frecuente con los emigrados peruanos, y aunque sus notas son evasiva, deja entrever propósitos falaces.

La segunda expedición chilena anuncia a Nieto que se aproxima el momento de consumar la traición. Santa Cruz acaba de encomendarle el mando del ejército del norte y tiene en sus manos el destino de 6.000 hombres.

Sabe> además, que no está aislado en estos trajines. El mismo Orbegoso, presidente del Estado Nor-peruano, conspira sordamente contra Santa Cruz. El complot va creciendo en la sombra.

Las tres divisiones del ejército del norte están comandadas por los generales Nieto> Morán y Otero. No puede dudarse de la fidelidad de estos dos últimos hacia Santa Cruz. Nieto recata ante ellos sus intenciones de infidencia.

“El fue enemigo de la Confederación – dirá Santa Cruz– como lo es de todo gobierno que ponga límites a su ambición y que contraste su propensión de medrar con los fondos públicos; aunque en sus documentos ‘oficiales, en sus cartas particulares y en sus palabras, nunca me manifestó sino adhesión a la causa, gratitud a mi persona y respeto a mi autoridad”

Santa Cruz tiene motivos para calificarle en esta forma, pues Nieto, en una carta particular, le ha dicho al darle las gracias por la condecoración de la Legión de Honor:

..... y aunque no me haya considerado bueno para la banda de "Gran Legionario", sino sólo para la del Honor, yo acreditaré en los campos de batalla y en los lances difíciles en que pueda encontrarse comprometida la -causa, de la Confederación y la autoridad de Ud. que soy de los primeros en sostenerla".

Conociendo que le rodean la infidencia y la traición, Santa Cruz adopta ciertas precauciones elementales. Hace tiempo que sospecha de la lealtad de Orbegoso y de Nieto. Es, pues, prudente vigilar a ambos.

Orbegoso, a su vez, recela de Santa Cruz, porque teme ser depuesto del cargo que ocupa. Un día que el Protector ordena al general Herrera que ingrese a Lima a la cabeza de una división, Orbegoso se opone y piensa que Herrera le destituirá. Santa Cruz da la contra-orden; no obstante, como tiene dudas acerca de la capacidad militar de Orbegoso, le ordena no comprometerse en ninguna acción decisiva si —como espera— el ejército chileno, llega a desembarcar en el norte. Le manda, además, situar a la división de Nieto en Canta y a las fuerzas de caballería en Trujillo. La falta de barcos le obliga a utilizarla para controlar los posibles movimientos de la escuadra enemiga.

Como es probable que los chilenos no repetirán el error táctico de la primera expedición, todo hace presumir que la campaña se libraré esta vez en el norte peruano. Esto desfavorece al Protector, pues en Lima y comarcas adyacentes no contará con la adhesión incondicional del pueblo, como habría ocurrido en la sierra. Organiza su plan de defensa con vista a la campaña que se realice en Lima o sus alrededores. De desembarcar los chilenos en el norte, es indudable que la capital peruana será la meta de sus esfuerzos, tanto por su importancia militar como por su significado político.

El Protector dispone que Orbegoso sólo comprometa batalla cuando la capital se halle amenazada. El presidente peruano adviene de inmediato que sus fuerzas son insuficientes para contener el ejército de Ruines y llama a Nieto, que se halla en Trujillo. Nieto debe dirigirse a Pativilca a la cabeza de su división.

Este movimiento, estrictamente militar, motiva que los limeños consideren que Nieto se aproxima a la capital con fines revolucionarios. Llegan los rumores hasta el mismo Orbegoso y éste - dándoles fe, decide ir hasta Pativilca a entrevistarse con Nieto. Mayor motivo de alarma para los alebronados capitalinos quienes aseguran que el presidente se prepara a huir y que la situación está perdida.

Orbegoso, que conoce estos comentarios, acuerda continuar en Lima y ordena a Nieto acercarse. La división de Nieto debe arribar a Chancay el 1º de julio.

Nieto constituye un enigma. Nunca ha sido, eso se sabe, partidario decidido de la Confederación, y ahora rumores cada vez más difundidos le señalan como conspirador.

La noticia de la aproximación de sus fuerzas hace que las sospechas dejen de ser tales, para transformarse en denuncias concretas.

Orbegoso decide esta vez no esperar e ir en busca de Nieto, para conocer la situación. El 21 de julio, sale de Lima, dejando al general boliviano, Otero, en su lugar. Llega a Chancay el 22 en la noche y su sorpresa es grande al saber que sus órdenes no han sido cumplidas y que la división de Nieto, que debía hallarse ya en esa localidad, aún no ha arribado, ni presenta señales de hacerlo. Allí le avisan que Nieto y sus hombres han acampado en Huaura. Se traslada inmediatamente de Chancay a Huacho y luego a Huaura. Cuando llega, ya no cabe ninguna duda. Nieto se ha pronunciado contra la Confederación y ha manifestado su decisión de destruirla en el mismo sitio donde se reunió la Asamblea que la sancionara.

Afirma Orbegoso que los pueblos del norte se hallan descontentos con Santa Cruz y creen llegado el momento de desconocer su autoridad.

El 21 de julio, el pueblo Huaraz firma un acta en la que se declara abiertamente contra la Confederación, junto con todo el departamento de Huaylas. El 24, se pronuncia Trujillo en términos parecidos. La conspiración ha sido premeditada y para realizarla se escoge el “mejor momento”: aquel en que llegan los barcos invasores.

¿Qué hace en tanto el presidente Orbegoso? Como se extraña en Lima su presencia y falta de noticias suyas, escribe el 26 – varios días después que Nieto le ha hecho conocer su decisión subversiva – que esta división, la de Nieto, es un “modelo de subordinación y patriotismo”.

Luego, temeroso de que Morán y Otero se insubordinen, decide marchar a Lima, a la cabeza de la división de Nieto. Morán es el jefe de la tercera división del ejército del norte y seguro ya de la infidelidad del presidente, se niega a obedecer una orden de éste por la que debe trasladarse a Pacasmayo. Orbegoso se indigna.

Mientras tanto, en Lima se han conocido los movimientos operados en el interior y se ha difundido la desinteligencia que existe entre los jefes crucinos y el presidente Orbegoso. La capital cree que ha llegado la oportunidad para derribar a Santa Cruz. El 29 de julio convoca a Cabildo Abierto. Allí se resuelve desconocer la autoridad de Santa Cruz, disolver la Confederación y pactar la paz con Chile.

Además, se decide llamar a la división de Nieto, para respaldar esta actitud.

Nieto ingresa a Lima a las doce de la noche del mismo día 29 y sitúa su división en la plaza de armas, ya que Los cuarteles están ocupados por fuerzas adictas a la Confederación.

Orbegoso se despoja de la máscara. Al día siguiente, 30 de julio, expide un decreto que proclama la independencia del Estado Nor-Peruano y lo declara “libre de toda dominación extranjera”. El decreto ratifica subsistente el estado de guerra con Chile y la libertad de la división boliviana para regresar a su país.

Procura además, que secunden su infidencia los jefes Otero y Morán, pero ambos rechazan tales intimidaciones y proclaman su lealtad al lejano Protector. Se entablan negociaciones con Otero y, como resultado de ellas, se acuerda que los bolivianos abandonaran Lima replegándose hasta el Desaguadero. Orbegoso ha olvidado que los chilenos se hallan a las puertas de Ancón y que esas fuerzas le serán necesarias en poco tiempo más.

Morán, a su vez, se repliega a la sierra.

Y así, allí donde Bulnes esperara ser enfrentado por tres divisiones, sólo hallará Una. Para el ejército chileno, estas noticias aunque no del todo inesperadas, son motivo de júbilo. En la noche del 6 de agosto, la flota chilena ancla en la isla de San Lorenzo, a una milla de la capital peruana.

Al día siguiente, las tropas desembarcan en Ancón. Antes, Orbegoso ha comisionado a uno de sus hombres ante Bulnes para que le anoticie de los cambios políticos operados y le manifieste su intención de no continuar con las hostilidades militares.

Pero el designio de Bulnes es implacable y el desembarco continúa como si la nota de Orbegoso fuera ignorada. Sin embargo, destaca a Victoriano Garrido a conferenciar con el presidente peruano; mas éste fracasa en su cometido acaso en obediencia a instrucciones preconcebidas.

Bulnes, contesta así a las proposiciones de Orbegoso:

“He recibido la nota que por ausencia de VS. me dirige hoy el Jefe del Estado Mayor del Ejército que sirve a las órdenes de SE. el Presidente Provisorio, intimándome que me reembarque o me retire a Chancay con las tropas de mi mando, sin lo cual no se procederá a pacto alguno ulterior y que en aquella villa se me suministrarán los refrescos necesarios, con tal que yo continúe, como es de esperarse, manifestando las disposiciones amistosas y benévolas que he protestado hasta aquí.

“He expuesto ya en mi anterior comunicación las razones que he tenido para verificar mi desembarco y he usado al exponerlas el lenguaje más amistoso y más conciliatorio. No prolongaré la discusión de este punto porque no merecería la aprobación de mi gobierno si me entretuviese en una larga correspondencia diplomática cuando he sido mandado a hacer la guerra al presidente de Bolivia> usurpador de la soberanía del Perú. El oficio a que contesto considera a esta nación ya independiente; y sin embargo aún ocupa el usurpador la mayor parte de su territorio; la considera también en guerra con la república de Chile; y sin embargo la república de Chile nunca ha declarado la guerra al Perú, sino al enemigo del Perú. Me es -indispensable, aunque doloroso, decir a VS. que las opiniones de su gabinete no están en esta parte muy de acuerdo con los hechos. En cuanto a la intimación de embarque o retirarme, llamaré la atención de V.S. sobre la imposibilidad de verificarlo sin comprometer el éxito de la campaña con una-marcha retrógrada, que cansará a la tropa, maltratará los caballos, y retardará las operaciones urgentes que es preciso emprender sobre el ejército usurpador. Estoy, pues, obligado a no retroceder en este punto, desde donde entablaré las negociaciones..

Orbegoso piensa que aún es posible aplacar al chileno. No escarmentado con el fracaso de la misión Garrido, continúa enviando notas a Bulnes y sigue así por la pendiente de su propio desprestigio. Las exigencias Chilenas crecen en proporción directa con la pusilanimidad, del presidente peruano. Llegan a proponer un convenio, por el cual el gobierno-del Perú y el ejército chileno harán la guerra a Santa Cruz, comprometiéndose el primero a proporcionar al ejército restaurador y escuadra, sin cargo alguno al de Chile, los recursos de todo género que hayan menester para las operaciones de la campaña; debiendo empezar a correr por cuenta del expresado gobierno los gastos originados por el ejército desde el día de su desembarco.

Los enviados de Orbegoso se muestran dispuestos a aceptar este dictado chileno. Y tal vez lo habrían acatado de no ser los mismos chilenos quienes, sin esperar el resultado de las negociaciones, comienzan a cometer tropelías contra los pobladores. El 14, inesperadamente, Orbegoso declara rotas las hostilidades con Bulnes.

El conflicto se plantea, no ya entre Santa Cruz y los chilenos, sino entre éstos y el gobierno peruano que encabeza Orbegoso. Más exactamente, entre Chile y Perú.

Los militares peruanos Gamarra, La Fuente, Castilla, Plasencia, Torrico, Deustuá, Laseca, Lertzundi y otros jefes exteriorizan su deseo de seguir combatiendo a las órdenes de Bulnes, mientras un pequeño grupo de los antiguos emigrados peruanos se retira de las filas chilenas, encabezado por Pardo y Aliaga y Vivancó. Para la mayoría de los expedicionarios peruanos ha prevalecido el odio político y la pasión personalista sobre el sentimiento cívico y así peruanos combatirán Contra peruanos, en beneficio del enemigo extranjero.

Declaradas las hostilidades, la suerte será decidida por las armas. Las probabilidades del triunfo de Orbegoso son casi nulas. Su ejército es inferior en número y organización y carece de jefes capaces.

Otero, el jefe boliviano que se retirara con su división a Jauja, ha sabido de los aprietos por los que pasa el presidente peruano y se dirige a Orbegoso ofreciéndole el apoyo de su división. Su mensaje es noble y promete conseguir de Santa Cruz, luego de vencidos los chilenos, una revisión política que contemple y satisfaga las aspiraciones de los pueblos del norte. Su carta es de 15 de agosto, un día después de rotas las hostilidades.

Acaso esta unión sería todavía salvadora: Pero el temor de Orbegoso a los bolivianos es superior a la conveniencia propia y rechaza el ofrecimiento de Otero pidiéndole que acelere su regreso a Bolivia.

La primera medida militar de Orbegoso es una orden de repliegue. Sus fuerzas son retiradas hasta Aznapuquio, donde se sitúan el 21 de agosto.

Los chilenos comienzan a movilizarse amenazando el ejército peruano en forma flanqueante. Llegan el día 16 a un punto denominado Collique y poco después aparentan un ataque a las posiciones peruanas de Aznapuquio. Prosiguen luego hasta Naranjal y Bocanegra.

El 21 en la tarde, los chilenos se dirigen hasta Portada de Guía. Nieto, al advertirlo, se sitúa en Monserrat; pero Orbegoso, sin concertar nada con él, moviliza sus fuerzas con dirección a Guía, Su acción desorienta a todos, ya que estaba acordado que el ejército procuraría evitar un encuentro decisivo. Algo más hace Orbegoso: pide refuerzos a Nieto, ya con ánimo de enfrentarse a los chilenos.

El choque es inevitable. Una columna de cazadores chilenos establece contacto el día 21 con tres batallones peruanos y en pocos momentos, se compromete el combate. Ni chilenos ni peruanos están preparados para una batalla general. La caballería peruana está desorganizada y evoluciona independiente, sin coordinar su acción con la infantería, que ya está comprometida en un ataque. Los regimientos atacan sin orden ni concierto "en el mismo desorden en que llegaban, sin una dirección sistemada, sin cálculo ni previsión alguna".

Los refuerzos que envía Nieto a Orbegoso sirven de poco ya que ingresan al campo de batalla sin obedecer a ningún plan. Los chilenos comienzan a presionar más deshaciendo a las indisciplinadas tropas que les enfrentan. A las ocho de la noche, la victoria es completa. Han combatido ochocientos peruanos, contra casi todo el ejército chileno.

Esa tarde está teñida de vergüenza para Lima. La "Babilonia de América" como la llamara Santa Cruz, conoce, después de la angustia de la derrota, la humillación de ver a los hombreé de Orbegoso en fuga. Los chilenos invaden por primera vez la capital peruana.

La catástrofe de Portada de Gula ha sido tan concluyente que toda resistencia de la capital sería estéril. La confusión hace presa en militares y civiles y en últimas horas de la tarde la plaza de armas es hollada por los tacones chilenos,

El presidente peruano, disfrazado y oculto en una casa, espera la primera oportunidad propicia para huir. El 11 de noviembre se asila en un buque francés y deja a la ciudad librada a su propia suerte.

Bulnes ha obtenido su primer éxito militar; no por cierto contra Santa Cruz, pero es innegable que esta derrota de Orbegoso afectará también al Protector.

El 24 de agosto un comicio popular elige presidente provisional del Perú al mariscal Agustín Gamarra. Su sometimiento a Ruines ha sido incondicional y ha tenido el tacto de cubrir su ambición colaborando activamente con el militar chileno.

XVII

“MAÑANA, MORAN, MAÑANA...”

El ejército del norte se ha derrumbado con la derrota de Portada de Guía y la posterior deserción de sus jefes. Ruines puede ya contar con una base de operaciones.

¿Qué hace Santa Cruz?

¿Hasta qué grado le han afectado estas traiciones frente al enemigo y ese despertar de infidencias y rencores contra su persona y su gobierno? ¿Irá a desmayar este caudillo que no conoce el desaliento?

El Protector se ha informado muy rápidamente de los sucesos. No ignoró en ningún momento que el norte del Perú no era suyo y comprende los motivos psicológicos que han determinado este derrumbe. ¿Orbegoso? Le conoce desde mucho tiempo atrás y aunque quizá no esperara de él una deslealtad como la consumada es evidente que jamás le otorgó su confianza. Aun en los tiempos en que guardaban perfecta armonía, sus indicaciones al presidente peruano siempre insinuaron órdenes. Jamás ha confiado mucho en el militar trujillano y por eso el golpe le afecta en forma muy relativa.

Ha perdido el ejército del norte, salvando sólo las divisiones comandadas por Otero y Morán, que permanecieron leales a su bandera. No obstante, la situación militar no es desesperada, ya que sus ejércitos están intactos y puede maniobrar con ellos en el sur del Perú, donde la naturaleza y los hombres le son favorables,

Se percata, eso sí, de que ha cesado la época de las maniobras y de tanteos y que es hora de buscar la solución por las armas. Empero, hay un extraño complejo en el alma de Santa Cruz. Aunque ha tenido suficientes pruebas de la deslealtad del gobierno de Chile, una obsesión que se asemeja a un hechizo, le hace pensar que todavía es tiempo de un arreglo amistoso. Sus ejércitos no conocen el sabor

amargo de la derrota pero existe algo impalpable en el alma de Protector, que le impele a rehuir la: lucha.

Ha buscado apoyo en las grandes naciones europeas. El mismo tratado de Paucarpata fue impuesto bajo los auspicios de los representantes ingleses. Ahora espera también una intervención directa de las potencias, que sofoque las amenazas de Chile.

Irá a pelear porque no tiene otro remedio, pero en el fondo de su alma alimentará la esperanza de una mediación, de un arreglo amistoso, de una intervención" oficiosa, que jamás llegarán.

Y con este espíritu –disposición para luchar, pero esperanza de no hacerlo– Santa Cruz comienza a mover sus ejércitos a principios de octubre, aprontándolos para-el duelo que es inevitable, aunque él no se resigne a creerlo.

Capturada la capital del Perú, Bulnes, a quien secundan con diligencia y eficacia los militares peruanos, se apresta a fortalecer sus filas. El general Castilla se dirige al interior, con alguna tropa, para reclutar soldados. Frisancho, Torrico y otros militares, también peruanos, organizan nuevas unidades. Advertidos de que tienen al frente un adversario peligroso, imbatible hasta la fecha, procuran organizar sus tropas en un máximo grado de eficiencia.

Santa Cruz ha fijado su base de operaciones en Tarma. Desde allí despliega algunas fuerzas, más para conocer la situación del enemigo que con el propósito de empeñarse en un combate decisivo. Los Restauradores –así se denomina el ejército de Bulnes– actúan en idéntica manera, temerosos de una sorpresa.

Avanzadas de ambos ejércitos toman contacto el 18 de septiembre. Una columna peruano-chilena, comandada por los coroneles Plasencia, Torricá y Sesse, avista en Matucana a cierto número de tropas confederales, comandadas por Otero. Un ligero tiroteo y las tropas de éste, sin comprometerse en un combate a

fondo, se retiran porque ya han cumplido su objetivo de determinar la posición del enemigo..

La escaramuza, intrascendente en sí, adquiere mucha resonancia moral. Es la primera vez que las tropas de Santa Cruz no han logrado un triunfo y él dirá más tarde: —“Esta operación militar mal calculada y mal ejecutada, cuyo triste resultado no habría pasado, en otras circunstancias, da la esfera de un malogrado ataque parcial, fue de la más funesta trascendencia, después del trastorno de julio y de la derrota de Guía. Nuestros Cazadores, siempre coronados por la victoria, cambiaron ya en incertidumbre su confianza guerrera; la moral del ejército se quebrantó con tales acontecimientos, y aumentando éstos la confianza y el poder de nuestros enemigos, despertó a su vez la traición y comenzó a preparar los planes que nos condujeron a la catástrofe final”.

En el norte, La Fuente, que llegara hasta Trujillo, proclamando allí la Restauración, ha debido sostener un corto combate con tropas irregulares encabezadas por el oficial boliviano Urbina. La Fuente, superior en número, ha derrotado al boliviano el 30 de septiembre.

El 1º de agosto, Santa Cruz, al conocer la defección de Orbegoso, ha nombrado en su reemplazo a José de la Riva Agüero, prestigiosa figura de la política peruana. La designación, aunque nominal —ya que el norte está fuera del control de Santa Cruz— significa el propósito que tiene de no renunciar a sus derechos políticos sobre ese territorio. A los pronunciamientos ya producidos contra la Confederación en el norte, se añade ahora el de Huaylas, que proclama presidente del Perú al general Vidal. Es tan caótica la situación que en un momento determinado hay simultáneamente siete presidentes en el Perú: Orbegoso, Gamarra, Santa Cruz, Riva Agüero, Pío Tristán (presidente del Estado Sur-Peruano), Nieto y Vidal.

Trujillo, Huaylas e Ica son adictas a Gamarra, vale decir a los chilenos, y el norte, en general, está perdido para Santa Cruz. Sólo le queda el centro y Bolivia, donde comienzan a aflorar síntomas de convulsión.

Santa Cruz continúa sus preparativos para la campaña. En circunstancias tan críticas, no deja de ser el buen administrador de siempre. Cuando podría suponerse que le preocupa adquirir pólvora y fusiles, está afanado en la creación de un colegio de señoritas en el Cuzco.

Sus medidas militares, sin embargo, no están descuidadas. Destaca al norte una división al mando del general Herrera, en cuya lealtad confía. Herrera ha sido, hasta ese momento, presidente del Estado Sur-Peruano y queda designado para que le reemplace durante su ausencia, el general Pío Tristán.

El ejército "Restaurador" ha sido incesantemente reforzado. Santa Cruz logra, por su parte, tras algún esfuerzo, unirse con las divisiones de Herrera, Otero y Morán. Al sur, para precaver un posible desembarco, deja una división comandada por el general Blas Cerdeña.

Jauja es la base de operaciones del ejército protectoral; la vanguardia, a cargo de Trinidad Morán, llega hasta Chiclayo.

Los planes de Santa Cruz todavía son desconocidos. Pero algo serio ha tramado este astuto gobernante, pues, olvidando su enojo con Orbegoso, le escribe el 20 de septiembre, en términos que buscan una reconciliación.

Orbegoso acepta la invitación de Santa Cruz y lanza una proclama, avisando su cambio de política. Ataca con dureza a los chilenos y a Gamarra y extrema los elogios para Santa Cruz que "puesto a la cabeza del ejército numeroso, aguerrido, disciplinado, debía vengar los ultrajes a la Patria y la sangre derramada el 21 de agosto".

—"Cantemos a la libertad y a la victoria —concluye— y aprovechemos las dolorosas lecciones que nos ha producido el infortunio".

Santa Cruz decide realizar maniobras estratégicas. Bulnes comienza a alarmarse, pues su situación no es del todo halagüeña. Las enfermedades han empezado a cebarse en sus hombres y hay cerca de un millar de soldados inutilizados temporalmente. Siente la hostilidad que le cerca. El 29 de octubre, al saber la aproximación de Santa Cruz, convoca a un consejo de guerra, al que también son llamados los jefes peruanos que le sirven.

Después de amplia deliberación se acuerda fijar una posición defensiva en Aznapuquio. Está previsto que si Santa Cruz no ataca, el ejército se retirará de allí a la línea de Huaraz a Lima, que ofrece más ventajas ya que alejará a Santa Cruz de sus bases y dará tiempo para la llegada de refuerzos de Chile.

El 8 de noviembre, los chilenos abandonan Lima, en cumplimiento del plan acordado. Santa Cruz acaba de perder una oportunidad favorable, pues ha debido por lo menos hostigar esta operación. Demora demasiado en su avance y permite así que el ejército de Bulnes retire sus enfermos y se aprovisione con holgura. La división chilena que sitiaba al Callao, también se ha replegado a Aznapuquio y la escuadra a Ancón.

Un crítico militar chileno, dirá a propósito de esta tardanza: "Si Santa Cruz se propone entorpecer el reembarco de nuestras tropas en Ancón, lo habría conseguido con la mayor facilidad con sólo posesionarse de los cerros y dominar esa caleta con una fuerte columna; y el éxito hubiera sido mayor si aprovecha el momento en que parte de la tropa hubiese estado embarcada para hostilizar el resto y destruirlo; si tal sucede el ejército libertador se hubiese visto en una situación harto difícil y comprometida".

Y agrega otro: "Nos atrevemos a asegurar, sin temor a errar, que en soles contrarios y en situaciones semejantes, el ejército unido le habría embarazado el desembarco y obligado a aceptar la batalla en el terreno que le hubiese sido más favorable. El general Santa Cruz habiendo-nos dejado practicar nuestros movimientos y todo reposo y comodidad y sin perder una sola bayoneta, nos ha

puesto en el caso de pronosticar que el día que la suerte nos proporcione el encuentro que tanto deseamos, el campo de batalla pertenecerá a la resolución, a la pericia y al valor”.

Lima queda sin gobernantes por espacio de veinticuatro horas. Al día siguiente se levanta en el horizonte una polvareda. Es el ejército de Santa Cruz que llega a la capital virreinal, demasiado tarde ya para hostigar a los chilenos.

Respiran los limeños. Aunque Santa Cruz nunca ha sido santo de su predilección, es indudable que con su arribo la capital se ha librado de la presencia humillante de los hombres de Bulnes. A las ocho de la mañana del 10 de noviembre, resuenan en las calles los cascos de la caballería boliviana, comandada por Morán. Unos minutos más tarde ingresa la división de Herrera. Y, finalmente, un estremecimiento en todos los pechos. Es Santa Cruz que llega. Se le tributa un recibimiento emocionante. Airoso, en su caballo bayo, Santa Cruz sonrío satisfecho y halagado. Lima acoge jubilosa al Protector: parece haber olvidado sus rencores y su desdén para él.

Con Santa Cruz llega la casi totalidad del ejército. Son 6.000 hombres que ocupan la ciudad, abandonada sin lucha por los chilenos. Muchos de ellos son aquellos mismos hombrecitos pequeños y animosos que cuatro años antes cruzaron el Desaguadero.

Santa Cruz, impresionado momentáneamente, exclama:

—“~Ah! los chilenos. - - ¡Ya los cogí!”

Mientras la ciudad virreinal recibe a Santa Cruz, el presidente peruano Orbegoso, continúa encastillado en el Callao. Santa Cruz, sea porque necesitase de refuerzos o simplemente porque quisiera medir hasta qué punto es verdadero su arrepentimiento, le solicita algunas fuerzas. Necochea es mensajero que pide a Orbegoso tropas y armamentos. Este de inmediato envía pertrechos y algunos hombres. Quiere redimir así, con larguezas inusitadas, su conducta anterior.

Pero Santa Cruz no volverá a confiar más en él y no satisfecho con este cumplimiento instantáneo de su pedido, depone a Orbegoso del mando de la fortaleza. Venga así, fríamente, la traición anterior.

Orbegoso queda prisionero virtual en la misma fortaleza que antes tuviera bala su mando. Ha sido burlado por el Protector y se ve preterido y olvidado- Se consuela en forma lírica con una “Protesta a la Nación”, que nadie lee, porque sus amigos y enemigos se hallan preocupados con los chilenos. El mismo Orbegoso tiene el valor de reconocerlo: “El (Santa Cruz) batirá el orgullo chileno; esto está en el orden de las cosas. Si él entonces no desconoce su posición, si no se alucina con quiméricas e irrealizables esperanzas dejará a mi patria para disponer de sí propia y de este modo ganará lauro inmortal”. Luego, se refugia en la fragata francesa “Andrómede”, surta en el Callao.

Santa Cruz solicita a Orbegoso una entrevista, a bordo de la nave. Ella se realiza, pero sólo sirve para comprobar que el abismo que se ha abierto entre ambos hombres es incolmable. Después de dos horas de conversación no arriban a resultado alguno.

Orbegoso es ya un muerto político y el 4 de diciembre parte del Callao con rumbo al Ecuador, en un exilio voluntario, que acaso tiene también mucho de expiación.

Mientras tanto, ¿qué ha hecho Santa Cruz para batir a los chilenos? Los halagos de la ciudad parecen haberle

hecho olvidar que el ejército de Bulnes está todavía intacto, En momentos en que debe dar órdenes militares, está cambiando reverencias con los cortesanos limeños.

Es en vano que el más leal de sus generales, Trinidad Morán, le diga el día de la llegada: —“Mientras usted está recibiendo los inciensos de todas esas mujeres, déjeme ir con mi división a arrollar a los chilenos antes que lleguen a sus buques,

sino ellos se embarcan y nos hacen marchar y contramarchar por la costa todo el tiempo que se les antoje mientras nosotros no tenemos un solo buque”.

–“¡Oh! mañana, Morán, mañana” – responde Santa Cruz.

La frase resume todo el drama que se prepara. Es el deus-ex-machin que va apresurando el desenlace final. El mismo Santa Cruz, inconscientemente, contribuye como el que más a su propio infortunio.

Y mientras Santa Cruz pronuncia esas palabras, que son su propia condenación, el desesperado Morán aún alcanza a ver en la lejanía la polvareda que levantan los últimos soldados de Bulnes. ¡Qué fácil habría sido batirlos ahora!

Más tarde, Santa Cruz, dirá: “Cuando el enemigo evacuó la capital, una columna de su caballería que había quedado en observación en Copacabana, apoyando el embarque de su ejército en Ancón pudo ser alcanzada y batida indudablemente, si el general que marché a la cabeza de nuestro ejército mientras yo estaba detenido en la ciudad por el arreglo de negocios muy graves hubiera cumplido con su deber en aquella ocasión”.

En el fondo, Santa Cruz sigue atenaceado por esa idea de conseguir la paz sin combatir. Acaso sueña con el apoyo de esas potencias europeas a las que ha pedido auxilio, y que nunca llegarán a hacer sentir su influencia. Confía, quizás, en su ministro en Londres, Vicente Pazos Kanki, que ha pedido a Su Majestad Británica que “obligue a Chile” a cumplir con el pacto de Paucarpata, suscrito con la garantía del cónsul inglés, y a deponer hostilidades.

Lord Palmerston, el ministro victoriano, está demasiado atareado en otros quehaceres para oír este pedido del lejano presidente de una república diminuta.

Los extranjeros residentes en Bolivia y en el Perú siempre han sido amigos del Protector, que ha ganado su simpatía con las medidas de orden y de progreso que adoptara en su gobierno.

Santa Cruz recurre a ellos, que están más próximos que la reina inglesa. Y es Hugh Wilson, aquel que se le acercaba “con más respeto que al Rey”, el encargado

de llevar a cabo una nueva gestión ante los chilenos. En su calidad de Encargado de Negocios de Su Majestad Británica, se entrevista en Huacho con el ministro chilena Egaña, el 13 y el 14 de noviembre. Wilson propone “que los ejércitos beligerantes evacuen desde luego el territorio peruano, para que libre de toda influencia extraña, se reuniesen los congresos de los tres Estados y se pronunciasen por la disolución o la continuación de la Confederación”.

Pero las exigencias chilenas son inaceptables y Wilson fracasa.

Santa Cruz responde a uno de sus generales que solicita instrucciones: “Desde Jauja diré a usted más fijamente si es posible negociar o es indispensable batirnos”. Destaca aún dos embajadas con el mismo propósito de obtener la paz. La primera encabezada por el ministro Benito Laso es insultantemente arrojada por Gamarra. Y otra encomendada al coronel Eusebio Guilarte estrella sus esfuerzos frente a la arrogancia chilena.

Los chilenos se han retirado hasta Huacho. Luego, considerando poco propicio el lugar, hasta Huaylas, el 16 de noviembre. Bulnes tampoco quiere comprometer batalla, antes de estar seguro del triunfo. Además, le han hablado de que muy pronto estallarán revoluciones a retaguardia del ejército protectoral, y piensa que quizás será necesario esperar un poco. Su propósito es mantenerse en inactividad hasta abril de 1839, con la esperanza de que imprevistos acontecimientos se le anticipen.

Hay otro motivo para que Bulnes se sienta satisfecho: Santa Cruz lleva muchos días de permanencia en Lima y ese lapso ha permitido que lleguen refuerzos de Chile.

Anoticiado de que los chilenos han establecido una nueva línea en Huaraz, Santa Cruz dispone la suya. Su primer propósito es tender una línea entre Chancay y Pasco. “Aquel plan ofrecía varias ventajas cuales eran colocar mejor nuestras tropas bajo todos sus aspectos, facilitando su aumento con refuerzos del centro, dar tiempo a que se complementasen nuestros armamentos marítimos para poder lu-

char don alguna igualdad en el mar y dar lugar a que el enemigo se debilitase en su permanencia durante la estación lluviosa en climas malsanos a la vez que se granjease más y más el odio de los pueblos que vejaba y oprimía”.

La campaña militar no amengua sus planes políticos. Comprende que es necesario combatir a los chilenos también en el ánimo de los pueblos invadidos. Y para desarmar a los enemigos de la Confederación convoca a un congreso extraordinario en Bolivia, ordenando que las elecciones se realicen “quince días antes de la guerra con Chile” y que se reúnan tres congresos en La Paz, Cuzco y Lima “setenta y cinco días después de que la guerra estuviese concluida”.

El objeto principal de estas asambleas será determinar la futura existencia de la Confederación, o su total disolución, si tal fuera la voluntad de los pueblos.

Cicatería de viejo zorro: una victoria militar le permitirá formar congresos a su sabor, dictando sus determinaciones. Es, pues, necesario por el momento dar la impresión a los pueblos que él no contrariará sus aspiraciones. Es preciso evitar la revolución teniendo al enemigo al frente.

Quizá porque confía en el triunfo de sus fuerzas, Santa Cruz continúa haciendo planes políticos para el futuro. La defección de Orbegoso y los sucesivos pronunciamientos de los departamentos del Norte, le han hecho pensar que lo más acertado para sus planes es reformar la Confederación, y limitarla sólo al Estado Sur-Peruano y Bolivia-Es, en el fondo, una concepción que está cercana a la realidad de esos pueblos. El sur del Perú y Bolivia mantienen afinidades asombrosas. ¿Por qué no interpretar, entonces, el deseo de ambos pueblos y prescindir de la región que le es hostil?

Madura poco a poco la idea, la transmite a algunos de sus amigos íntimos; pero lo inmediato, lo urgente es vencer a Bulnes.

Santa Cruz endereza nuevamente sus afanes y preocupaciones al campo de los preparativos militares. Ya ha podido darse cuenta que su punto débil se halla en el mar, Es tarde para tratar de organizar la flota protectoral, pues sus mejores barcos

navegan ahora bajo bandera chilena. Sin embargo, es necesario combatir, aunque sea en pequeña escala, a las fuerzas navales chilenas. Y destaca contra ella naves corsarias, alquilando O contratando marinos extranjeros. Pero es más un consuelo psicológico que una arma efectiva. Dos de estos filibusteros, franceses ambos, son dispersados a poco por la escuadra chilena, al mando de Simpson. Es indispensable decidir las cosas en tierra.

La situación del ejército de Bulnes, pese a los refuerzos recibidos, ha empeorado sensiblemente. La región en que debe maniobrar es malsana y sufre algunas bajas en hombres y animales. Desde Huacho, hasta el callejón de Huaylas, su última posición, "el ejército ha ido derramando soldados", al decir de Gamarra.

Se suceden algunas escaramuzas precursoras de la batalla final. En Chiquián, una columna del ejército protectoral sorprende al coronel Torrico, que se ve obligado a replegarse a Recuay. Pero la acción, para el reducido número de hombres que han intervenido en ella, no tiene mayor significado militar.

Los chilenos abandonan Recuay, considerando lo inapropiado que es este sitio para librar en él la batalla que se anuncia inminente. Gamarra, experto conocedor del terreno, consigue que el ejército restaurador se sitúe en el departamento de Huaylas, que es el que ofrece mayores ventajas para combatir contra Santa Cruz. Mientras tanto, con otros- generales peruanos, se preocupa por allegar hombres, recursos, armas y municiones.

El 5 de enero de 1839, el ejército chileno ocupa Huaraz, replegándose ante la aproximación de las fuerzas crucinas. Santa Cruz ha intentado allí una sorpresa y poco ha faltado para conseguirla, pues, aunque el plan chileno es de repliegues, ahora Santa Cruz ha obrado con rapidez. El movimiento sorpresivo estaba dirigido sobre la misma persona del general Bulnes, que logra escapar perdiendo la gorra.

Alentado por esta nueva retirada de los chilenos, Santa Cruz acelera su marcha contra ellos. El 6 de enero, Bulnes se ve obligado a detenerse en la ribera norte del río Buín y a presentar combate con parte de sus tropas.

Santa Cruz que logra avistarlo desde una legua de distancia, ordena al general Cerdeña que le hostigue al mando de una columna ligera. En tanto, dispone que Morán y Guilarte, avancen hacia el mismo objetivo, por direcciones diferentes. “La columna mandada por el general Guarda –dice el parte oficial– rompió sus fuegos, al mismo tiempo que el batallón Ayacucho y parte de la división de Morán emprendieron un ataque de frente. La columna del coronel Guilarte se desplegó sobre el flanco derecho del enemigo. En vano los batallones Carampagne y Portales intentaron resistir; la posición se forzó a bayoneta y arrojados al fondo de la quebrada, se dispersaron unos, otros se ahogaron y los demás se apoyaron en las alturas del otro lado del Muín, ocupadas oportunamente por todo el resto de sus fuerzas. Herido gravemente el general Guarda, al llegar al puente se encontró cortado, y siendo invadable el torrente, apenas lograron pasar por un paso mal seguro que quedó, los capitanes Leuper, del Cazador del Centro y Ureta, del Ayacucho, con unos pocos soldados que no pudieron ser seguidos oportunamente”.

Cortado el puente, los combatientes se limitan a hostigarse a través del río. Al anochecer se desencadena furiosa tormenta que dura hasta las ocho de la noche. Aprovechando las sombras, pasa el río una ligera columna de Santa Cruz, en simple labor de reconocimiento.

En el campo han quedado ciento cuarenta muertos de parte del ejército chileno y catorce del de Santa Cruz. Hay también cuarentiún heridos, entre ellos el general Guarda, jefe valiente y audaz.

La situación crítica para los chilenos, ha sido salvada por el propio Santa Cruz.

Todo ha ocurrido así: Trinidad Morán ha sabido por unos indios que es fácil vadear el río y sorprender a - los chilenos que se hallan en la otra ribera, desprevenidos. Corre en plena lluvia hasta la carpa de campaña de Santa Cruz y como lo hiciera un tiempo antes en Lima, solicita orden de atacarlos. Santa Cruz, a quien despertara, contesta nuevamente, con un bostezo:

–“Mañana, Morán, mañana..

Un crítico militar dirá más tarde que la acción de Buín pudo haber sido decisiva para las armas de Santa Cruz, de atacar con más vigor a los chilenos que estaban desconcertados. Otro opina que Santa Cruz anduvo cauto, porque “arrollados - los cuerpos chilenos más allá del puente, contra todas las sugerencias que no conviniendo el movimiento estratégico, le invitaban a cargar y consumir la victoria, ordenó el repliegue y supo no aventurarse en ese abismo donde habría sido sacrificado todo su ejército, pues si pasaba el puente era inevitable el movimiento envolvente del enemigo, que le cortaría el paso y le destruiría en los médanos”. Quizá el antecedente del combate de Uchumayu, determinó su actitud en esta oportunidad.

Bulnes se ha replegado a San Miguel con el propósito de reparar las averías que sufrieran sus fuerzas. Santa Cruz acampa en Carhuas, donde permanece hasta el día 13 de enero.

Ese día, decidido a forzar el curso de los acontecimientos, ordena a sus tropas atrincherarse en un campo enmarcado por el río Santa y la cordillera.

Es una llanura situada tres leguas al sur de San Miguel y de Caraz. Se halla extendida entre el Santa río caudaloso y un cerro desprendido de la cordillera, que se llama Punyán. Frente al Punyán se alza otro cerro de forma cónica, llamado Pan de Azúcar, escarpado y de violenta pendiente.

Más adelante, la llanura está cortada por una barranca profunda del torrente Ancash que, desprendiéndose de la cordillera, vierte sus aguas en el río Santa.

El sitio se llama Yungay...

XVIII

YUNGAY

El drama llega a su fin. Posesionado el ejército protectoral de Yungay, 96 leguas al norte de Lima, Santa Cruz destaca su vanguardia hasta Punyán, con el propósito de sondear las fuerzas del enemigo. Las noticias que recibe son desalentadoras.

Fiel a su costumbre de convencerse de las cosas por sí mismo, el Protector avanza con su Estado Mayor, para efectuar un reconocimiento de las posiciones de Bulnes. Comprueba que sus informantes no le han engañado. Ruines está bien posesionado en San Miguel, a dos leguas de Yungay, y sus fuerzas son superiores en número a las que podría oponerle Santa Cruz. Y éste no ha olvidado la máxima napoleónica, de que para el ataque es necesario ser superior en número.

Algo más viene a sumarse en su contra. Las tropas de su ejército comienzan a desertar. Son por cierto unos cuantos soldados> nada más; pero el síntoma es hartamente alarmante. Hasta Yungay, nunca habían desertado sus soldados, en vísperas de combate.

Está, Pues, decidido que Santa Cruz no atacará. Intenta todavía parlamentar con Bulnes, y le envía un mensajero, el coronel Eusebio Guilarte, el 15 de enero; aquél ni siquiera le recibe.

Queda el segundo recurso habitual: la maniobra estratégica. A ella recurre nuevamente el Protector. Comienza el bloqueo de los Restauradores y les impide el aprovisionamiento, acosándolos con guerrillas. Acaso espera que como en Paucarpata, serán el hambre y la guerra de recursos los que decidirán el éxito militar.

Pero Ruines no es Blanco Encalada. Se percata con rapidez de su situación y después de un breve consejo de guerra, realizado en la tarde del 17, decide atacar a

Santa Cruz. Pierde con ello sus excelentes posiciones defensivas, pero prefiere evitar el estancamiento que minaría la moral de las tropas chilenas.

La batalla es inminente. Ninguno de los dos ejércitos combatientes está en la plenitud de sus medios. El chileno, por el hambre. El Perú-boliviano, por el cansancio. Santa Cruz ha perdido en las últimas semanas, cerca de 1.300 hombres, entre enfermos, rezagados y desertores. Al comprometer esta batalla, no posee sino 4.052 combatientes. Bulnes tiene seis mil.

Santa Cruz está privado de dos de sus mejores militares: Braun y O'Connor, que tuvieron rol preponderante en las anteriores victorias. Están a su lado Trinidad Morán, el Ney sin traición de este Napoleón criollo; Bermúdez, Ramón Herrera, José María Pérez de Urduinea, Quiroz y Guilarte. José Miguel de Velasco se halla en Bolivia. Tampoco cuenta con la eficaz colaboración de Ballivián. Está Otero, valiente, decidido. Y, finalmente, a su lado, Casimiro Olañeta, solazándose con la caída ya próxima.

Sus soldados son excelentes y fogueados en muchos combates. Algo se ha amenguado en ellos el espíritu combativo, pero aún puede esperarse mucho de su arrojo y bizarría. Permanecen leales a Santa Cruz y combatirán decididamente por él. No ocurre lo mismo con los jefes. Ha cundido en ellos el espíritu de la indisciplina, y ya no siguen a Santa Cruz con la devoción de otros tiempos. Acaso suspiran por verle fracasar. Alguien ha contado al Protector, en vísperas de la batalla, que muchos jefes bolivianos han brindado en Tarma por su derrota. En estas condiciones Santa Cruz se ve obligado a librar batalla.

No ignora que la revolución ruge a sus espaldas. Recuerda las palabras cínicas del general José Miguel de Velasco, en Tapacarí, cuando él le dijera que estuviese pronto para viajar a Lima:

—“Yo no voy, porque en Lima nos tienen a medio sueldo, cuando allí ni dos sueldos nos bastarían; y le diré aún más, mi general, que si Ud. se va alejando tanto de la Patria, yo he de hacer revolución”.

El ejército chileno lleva a la cabeza a Manuel Bulnes, buen militar, prudente, enérgico y conocedor de su oficio. Lleva también a Agustín Gamarra, acaso mejor guerrero que Santa Cruz y profundo conocedor del terreno. Los más eficaces colaboradores del general chileno son militares peruanos: Gamarra, Castilla, Eléspuru, Plasencia, Vidal, Frisancho, Deústua. Entre los chilenos, José María de la Cruz, como jefe de Estado Mayor, Godoy y Contreras.

La vanguardia chilena está formada por ocho compañías de Cazadores, al mando del general Crisóstomo Torrico. La segunda división compuesta por los batallones Carampague, Portales y Cazadores del Perú, está comandada por el general peruano Juan Bautista Eléspuru. La tercera división compuesta por los regimientos Valparaíso, Colchagua, Huaylas, bajo la dirección del general Francisco Vidal, también peruano. Tiene además, seis piezas de artillería. La cuarta división está formada por los batallones Santiago, Aconcagua y Valdivia; la caballería está al mando del general Castilla. Prácticamente, todo el ejército está mandado por jefes peruanos, en pos de una victoria chilena.

La tropa es combativa y tiene a su favor la superioridad numérica. Aunque zarandeada por el hambre, presenta un nivel más alto que las fuerzas protectorales.

Santa Cruz ignora, además, que la noche anterior al combate, un general boliviano, Magariños, hombre de su confianza, destacado para efectuar un avance nocturno, le ha traicionado poniéndose en contacto con el general Gamarra.

En esta madrugada del 20 de enero de 1839, sobre la planicie de Yungay, puede verse al ejército de Santa Cruz en posición de combate.

El general Anselmo Quiroz y el coronel Guilarte, con cinco compañías compuestas de 600 infantes, se han posesionado del Pan de Azúcar. El Punyán está defendido por 200 hombres al mando de Fructuoso de la Peña. Cruzando el río Ancash está la división que manda Ramón Herrera, desplegada ya en formación de combate. El ala izquierda está cubierta por la división de Trinidad Morán. A la

retaguardia de las dos alas se hallan tres piezas de artillería y dos cuerpos de caballería, al mando del general Pérez de Urdininea. Muy cerca de ellos, el cuartel general del Protector.

A las cinco de la madrugada se oye el clarín chileno que anuncia el ataque. Santa Cruz acaba de cometer su primer error táctico al considerar inexpugnables sus posiciones del Pan de Azúcar y del Punyan y aislarlas del grueso de su ejército. Bulnes, con una certera visión comienza el ataque con una carga hacia los dos cerros, que conceptúa llaves de la victoria.

El comandante Pablo Silva, al mando del regimiento Aconcagua, derrota pronto a los defensores del Punyán.

Posesionados de este primer reducto, los chilenos emprenden el ataque contra el Pan de Azúcar. Las compañías de cazadores del Carampangue, del Santiago, del Valparaíso y la sexta de Cazadores del Perú, comandados por Jerónimo Valenzuela y el coronel Juan Antonio Ugarteche, atacan esta posición. Valenzuela muere a poco, mientras en lo alto, los soldados de Quiroz resisten el ataque creciente de las fuerzas chilenas.

Se lucha con ferocidad, pero al fin cae también el Pan de Azúcar, cuando “las cinco compañías que guarnecían la cima del Pan de Azúcar perecieron todas con ellas el general Quiroz, que las mandaba, un coronel y sus demás oficiales”. Es el mismo Ruines quien consigna este parte.

Santa Cruz ha sido espectador del desastre, impotente para conjurarlo, pues el resto de sus fuerzas se halla desconectado de los defensores de ambos cerros. Ha sido en vano que en pleno ataque al Pan de Azúcar, destaque en defensa de Quiroz el batallón 49, comandado por el capitán Manuel Isidoro Belzu. Belzu, que partiera a la cabeza de unos pocos valientes, vuelve a los diez minutos, ensangrentado y jadeante. Todos sus hombres han muerto, batidos por el batallón Colchagua y cinco compañías del Portales, después de lanzarse a una desesperada y estéril carga a la bayoneta.

En la refriega entre el 49 de Bolivia y el Colchagua ha muerto el general peruano Eléspuru, jefe de la primera división del ejército chileno.

Pero el empuje del batallón 49 al diezmar al Colchagua y al Portales, ha hecho vacilar todo el ataque chileno. Advertido de esto, Bulnes lanza al combate a sus tres batallones de reserva. Atravesando la barranca de Ancash, logra flanquear el ala izquierda de la línea boliviana. Todas las fuerzas chilenas han sido lanzadas al ataque, bajo la protección de un eficaz fuego de artillería, dirigida por el comandante Marcos Maturana. Los bolivianos, en un último alarde de valor, se parapetan tras un cerco de piedra y desde allí ofrecen su última resistencia. Una nueva carga de caballería chilena acaba por desbaratarlos.

A las cuatro y media de la tarde ya no resta nada por hacer. Santa Cruz ha perdido la batalla. El ejército boliviano lamenta la pérdida de dos generales y más de mil cuatrocientos soldados, todos muertos. Caen prisioneros los generales Urdininea, Guarda y Bermúdez, nueve coroneles, cien oficiales y seiscientos soldados. Siete banderas, toda la artillería, 2.500 fusiles y gran parte del parque.

Por el otro lado, Bulnes ha perdido un general, dos jefes, once oficiales y 215 soldados muertos; 28 oficiales y 407 soldados heridos.

Gamarra, aunque sin intervención activa en la batalla, ha sido un colaborador eficaz de Bulnes. Da el título de Mariscal de Ancash al general chileno y de General de División del Perú, al general José María de la Cruz.

Vencedores los chilenos, muestran su saña con los vencidos. “La mortandad – dice el propio Santa Cruz – que hicieron de soldados indefensos, desarmados y la crueldad con que trataron a los prisioneros, son impropias de pechos generosos y esforzados. El General Quiroz fue asesinado después de la batalla; el general Armaza lo fue también a la distancia de veinte leguas, por un ayudante del general Torrico; y puede asegurarse que la mitad de los muertos fueron sacrificados lejos del campo de batalla”.

El autor del Diario Militar de la Campaña del Ejército Restaurador, afirma que después de la batalla se encontró 277 soldados muertos en la distancia de una legua que hay de Yungay a Manco. Fueron soldados que, al huir, tuvieron el infortunio de ser alcanzados y lanceados por la espalda por la caballería chilena que les perseguía.

Santa Cruz ha sido concluyentemente derrotado.

Sus disposiciones tácticas han sido erróneas, al aislar a los defensores del Punyan y del Pan de Azúcar, del resto del ejército. Ha colocado a su caballería demasiado lejos del campo de batalla dando así libertad de maniobra a los escuadrones enemigos. En todo el transcurso del combate, le ha faltado el “golpe de ojo”, que al mostrarle la situación real de los acontecimientos, le dictase también las disposiciones que era urgente adoptar. El ejército Perú-boliviano en Yungay, ha combatido, en rigor, sin un general en jefe.

“Los soldados del enemigo, es menester confesarlo – dirá e] general Bulnes – han llenado cumplidamente su deber, sin debilidad, sin traición y sin pasarse siquiera uno de ellos. .

En una comparación de hombre a hombre, Bulnes ha demostrado ser mejor guerrero y le ha vencido en buena lid.

El general Castilla expresará obsecuentemente al ministro de Relaciones Exteriores de Chile: el Presidente (Gamarra) me manda declarar paladinamente ante las repúblicas americanas y ante el mundo entero, que todo es debido a los talentos, práctica en la guerra, y genio previsor del gran Mariscal de Ancash, general en jefe del Ejército Unido...

Y mientras sus hombres son lanceados por la espalda, ¿qué es de Santa Cruz? Son las tres-de la tarde de ese veinte de enero, y al ver que la batalla está perdida, acompañado por sus generales Riva Agüero, Cerdeña y Miller, abandona el campo.

Su huída es dramática y semeja en algo a la de Napoleón, después de Waterloo. Ha dejado su cartera con documentos en el campo de batalla y velozmente se dirige hacia la capital peruana. A poco, le sigue Morán, herido.

En la noche del 25 de enero, un acelerado galopar de caballos conmueve algunas calles de Lima. Es Santa Cruz que llega, fatigado y fugitivo, en compañía de tres militares. Nadie sabe de su arribo, las calles están desiertas y detrás de las puertas y ventanas, la población, medrosa, vive desde hace algunos días en espera de las noticias del norte. Al pasar por el Rastro de San Francisco, un niño de seis años sobresalta al Protector con este grito:

– “¡Viva Santa Cruz!”

El general se detiene sorprendido; mas luego continúa su marcha, El niño que así le gritara, relatará el episodio muchos años más tarde. Se llamó Ricardo Palma.

Santa Cruz, “heraldo de su propia desgracia”, ingresa en el Palacio de Riva Agüero y allí él – hombre impasible y duro como el granito de sus montañas – llora por primera vez en su vida, abatido sobre un sillón del silencioso palacio.

Como trasunto de esas horas de angustia, queda la proclama que dirige a los Perú-bolivianos, el mismo día de su arribo a Lima:

– Una adversidad pública me obliga a dirigiros la palabra para hacérosloa conocer. Os la diré con la franqueza que demandan vuestros nobles sentimientos. No trato de disminuirla ante vosotros con ofensa de vuestro patriotismo, cuando es necesario repararla con vuestra constante cooperación. El ejército del Norte, que marchaba a restituiros la libertad y dignidad nacional, ha sufrido un contraste entre los anuncios más probables de victoria y se ha retardado el día de la reivindicación de la Patria. Una insigne traición, estallada en los críticos momentos del combate, ha sido el desgraciado acontecimiento que nos priva hoy del triunfo, dándolo a vuestros pretendidos conquistadores, La Divina Providencia ha querido tal vez exaltar vuestras virtudes llamándonos a grandes esfuerzos que no dejaréis

de hacer, cuando están comprometidos el honor, la independencia de la patria y vuestra personal seguridad.

“Pueblos: El ejército no se ha perdido del todo. Sus numerosos restos marchan reunidos a ocupar el valle de Jauja, El ejército del Centro y del Sur se conservan intactos y muy en breve, unidos a las fuerzas que salvaron de Yungay, presentarán al enemigo nuevas e invencibles huestes vengadoras, que sólo exigen vuestra eficaz cooperación para obtener una segura victoria. Entretanto las fortalezas, del Callao contienen todos los elementos necesarios para asegurar el fundamento de vuestra independencia. Son inexpugnables; serán invencibles!”

Este luchador infatigable no se considera vencido. Sabe que ha perdido una importante batalla, mas no la guerra. No ignora que puede contar todavía con unos seis mil hombres, diseminados en diferentes puntos del Perú y Bolivia. El problema es reunirlos.

Debe actuar de inmediato antes que adversos acontecimientos se precipiten. Se dirige a un chileno amigo, el prócer Bernardo O’Higgins para que en su nombre proponga la paz a Bulnes, basándola en las condiciones más favorables a los deseos del gobierno chileno. Santa Cruz se compromete a desistir de la Confederación y a repasar el Desaguadero con las tropas bolivianas, limitándose en lo futuro a gobernar en su país, sin intervenir en la política del Perú.

En sus proposiciones desliza una última maniobra de astucia, al pretender salvar por lo menos Arica para Bolivia. La cláusula 4^o de las condiciones que ofrece, promete una indemnización de dos millones de pesos a Chile, en cambio del puerto peruano de Arica. A la vez, quedaría compensada la deuda del Perú al primer país.

Por otra parte, aún espera que al conjuro de su nombre y de su viejo prestigio volverán a agruparse los soldados del altiplano y a reverdecer los laureles de Socabaya, Iruya y Montenegro.

El 28 sale de Lima con su comitiva de generales y oficiales y llega a Arequipa, “después de una carrera increíble por la extensión y naturaleza del terreno que atravesó en menos de cuatro días”. Protegiendo la retirada ha quedado en Lima el general Vigil con una división y en las fortalezas del Callao, el indomable Morán, con cuatrocientos hombres.

Santa Cruz abraza el propósito de juntarse con el Ejército del Centro y dar una nueva batalla en las proximidades del Cuzco, obligando así al ejército de Bulnes a marchar más de doscientas leguas.

“En efecto – expresará más tarde – las fuerzas que se reunieron entre Tarma y Ayacucho, tanto de las que allí había como de las que se replegaron de Yungay, no bajaban de 2.100 hombres; entre el Callao y Lima había dos columnas con cerca de 1.500; y en el centro existían tres batallones y cinco escuadrones con cerca de 3.000 que eran susceptibles de aumentarse, sin contar con el Ejército del Sur de Bolivia.

“Entretanto el enemigo, que había quedado reducido en Yungay a menos de 4.000 hombres, debía diseminarse mucho en la vasta extensión del territorio, que tenía que atravesar para proseguir las operaciones y cargado como estaba de la odiosidad de todos los pueblos, no podía dejar de sucumbir”

– La situación es grave pero no desesperada – se repite a sí mismo. El poderío militar de la Confederación está mellado pero no desaparecido, y es posible, con algún esfuerzo, volver a reorganizar al ejército.

“Salvemos, si, nuestro sagrado territorio; nos queda el partido de pelear para vencer; y no hay pueblo que no triunfe cuando se arma en su propia defensa” – son sus palabras en ese momento.

Con estas ilusiones, llega a Arequipa, la ciudad que siempre ha sido leal. Pero el desencanto le aguarda.

No ha comenzado todavía a desarrollar sus planes, cuando llega una noticia que le coime de estupor y desconcierto.

José Miguel de Velasco, su antiguo Jefe de Estado Mayor y Vicepresidente de Bolivi, se ha sublevado contra él en Tupiza y ha desconocido su autoridad. Velasco ha sincronizado la revolución con el ataque chileno, para asestarle esta puñalada por la espalda. Lleva su deslealtad a un extremo monstruoso al enviar un mensaje de felicitación a Bulnes, por su victoria sobre Santa Cruz, vale decir, sobre los bolivianos sus compatriotas:

“Ilustrísimo señor General en Jefe del Ejército de Chile, restaurador del Perú, don Manuel Bulnes.....

Chuquisaca, 28 de marzo de 1939.

“Mi estimado y muy distinguido general:

“Tengo el mayor placer de felicitar a Ud. por la batalla de Yungay. La victoria allí reportada ha sido ciertamente célebre en su doble relación con la guerra y con la política. Se ha cubierto Ud. de gloria y la ha dado a su Nación, vengándolo del oprobioso Tratado de Paucarpata. Tenga Ud. su retribución en la gratitud general y quiera especialmente aceptar la mía y la de toda esta República. Por una casualidad han tenido Jugar los sucesos de Yungay y Bolivia, como si hubieran sido combinados.

“El 9 de febrero, aprovechando yo mi llamamiento, bien extraño a mandar el ejército del sur, del que me recibí pocos días antes, proclamé la salvación de la patria con el feliz resultado de haber correspondido simultáneamente a mi voz todos los departamentos de la República. De consiguiente era nuestro empeño hacernos fuertes y el 23, en que recibí en Potosí, de marcha para el norte, la célebre noticia de la victoria de Ud. en Yungay, el 20 del mes anterior, tenía yo casi la seguridad de batir a Santa Cruz, de quien era preciso creer que regresase precipitadamente, abandonando la campaña del norte de Lima, al tener aviso de nuestra conmoción.

“Ud. nos ha ahorrado la sangre que nos habría costado el desengaño de aquél y de su impotente orgullo. Pero al menos han servido nuestros pronunciamientos y

nuestra actitud militar, para abatir la esperanza de su despecho, en las numerosas fuerzas de que todavía habría podido disponer en el sur del Perú, para prolongar la guerra contra el Ejército Unido. Congratulémonos mutuamente y si la unidad de sentimientos es la mejor base de la amistad, yo me complazco en ofrecerla a Ud. de mi parte, suscribiéndome su muy atento y obsecuente servidor. — José Miguel de Velasco.

La noticia de la revolución de Velasco se difunde en Arequipa. Contaminada por el espíritu subversivo, se alza también contra el Protector, el 20 de febrero de 1839, un día antes de la fecha fijada por éste para ponerse nuevamente en campaña contra los chilenos.

Reviven adormecidos rencores. Se recuerda el fusilamiento de Salaverry, cuya sombra parece alzarse de su tumba, en mudo ademán acusatorio.

Los arequipeños rodean la casa en que se asila Santa Cruz y en actitud amenazante, piden su cabeza.

Poco a poco llegan más detalles de la infidencia de Velasco y de los sucesos ocurridos en Bolivia. En un Decreto-proclama dictado por éste, manifiesta: “que se había obligado a dar aquel paso para libertar a la patria del despotismo y la tiranía que se habían entronizado en ella”.

El movimiento revolucionario es rápidamente secundado en todo el país. El 14 de febrero se han pronunciado Tarija y Oruro. José Ballivián en La Paz, y José María Linares, en Potosí, han izado la bandera de la rebelión el día 15.

El 22 de febrero, Velasco, mediante decreto firmado en Potosí, asume el mando supremo de la República y encomienda la Secretaría de Estado a Manuel María Urcullu.

Santa Cruz comprende que todo está perdido.

El mismo día 20, desde su domicilio sitiado, expide dos Decretos mediante los que renuncia a la presidencia de Bolivia y a la autoridad protectoral ejercida sobre los Estados de la Confederación. Dirige una proclama a los bolivianos:

Deseoso de evitar nuevos escándalos y de ahorrar lágrimas y sangre, no sólo he dimitido la autoridad legítima de que estaba investido, y desaparezco de la escena política, sino que he resuelto hacer el único sacrificio costoso a mi corazón: alejarme del suelo natal.

“Ya no existe la Confederación ni tengo yo intervención en los negocios públicos. ¡Quiera el Cielo que vuestros enemigos se muestren consecuentes en sus protestas y no se obstinen en llevar adelante su plan de humillaros! Mas si queréis ser respetados, fuerza es que permanezcáis unidos; que toméis una actitud reposada e imponente, y que todo lo sacrificuéis a la independencia y a la seguridad de la Patria

Y como descargado de una obligación obsesionante, Santa Cruz recobra su serenidad imperturbable y se desprende del poder sin lamentaciones ni quejas.

Son los propios bolivianos, no los chilenos, quienes le han derrotado.

Batido por una furiosa borrasca, Santa Cruz sale de Arequipa, rumbo a la costa. Le acompaña una escolta de quinientos hombres del batallón “Cuzco”, comandada por el coronel Manuel Larenas.

Lentamente, su figura se disipa entre las sombras de la tempestad.

En el trayecto de Arequipa a Laja, sobre el camino a Islay, unos desconocidos hacen fuego contra él, mientras la tormenta de rayos y lluvia, descarga su furor.

Santa Cruz, calado hasta los huesos, se adelanta a su escolta y llega a la hacienda “La Jara”. Allí le espera una mujer, doña Petronila Herrera y Rivera, que le brinda refugio. El destino ha dispuesto que sea una matrona arequipeña quien brinde la postrer muestra de lealtad al abatido gobernante.

Le acoge con solicitud. Calma su fatiga y sacia su sed. Santa Cruz cena frugalmente y escoltado sólo por dos ayudantes, parte de “La Jara” a las cuatro de la mañana, sin ser advertido por el batallón de su guardia.

Sabia ha sido la precaución, pues cuando Larenas trata de poner en marcha a sus soldados, éstos se amotinan contra él y le matan, dispersándose luego. El segundo jefe, Fructuoso de la Peña Santa Cruz, salva la vida por milagro.

En tanto, Santa Cruz sigue galopando rumbo a Islay. Le persigue una partida de lanceros chilenos que en varias ocasiones están en trance de capturarlo.

Llega, finalmente, el día 22 y busca asilo presuroso en la casa del Vice cónsul inglés, Crompton. El 23 llega una patrulla en su búsqueda.

Anunciados los persecutores que Santa Cruz se halla refugiado en casa del Vice-cónsul, irrumpen violentamente en sus habitaciones y a mano armada, exigen que éste les entregue al ex-protector.

El atropello está a punto de consumarse, cuando Crompton llama en su auxilio a la marinería de la fragata inglesa “Samarang”, surta en el puerto. Cincuenta marinos restablecen el orden.

El barco saldrá luego para Guayaquil y su capitán ofrece a Santa Cruz, refugio en él. El ex-protector acepta sin dilación.

Escortado por los rubios marinos que acaban de salvarle la vida, Santa Cruz se dirige a la “Samarang”.

Cuando llega al puente, oye sorprendido que se le saluda con una salva de veintiún cañonazos.

Alguien inquiera al capitán del barco el porqué de estos honores y el marino inglés, capitán Broughton, responde:

– “¡Es el homenaje a la grandeza en la adversidad!”

XIX

EL CÓNDOR TIENE LAS ALAS QUEBRADAS

Los jefes, oficiales y soldados bolivianos prisioneros en Yungay son encerrados en la fortaleza del Callao, donde les aguardan sufrimientos y penurias sin cuenta. Otros, más afortunados, emprenden la retirada rumbo a Bolivia. Entre ellos, los coroneles Fructuoso de la Peña, sobrino del ex-Protector, Manuel Isidoro Belzu, Ildefonso Sanjinés, Feliciano Deheza y algunos más, quienes recogiendo a los soldados fugitivos, logran organizar una fracción compuesta por dos batallones, con 500 hombres en total.

Estas fuerzas militares, reunidas con premura, son incorporadas luego a las conducidas por los generales Francisco de Paula Otero y Juan Pardo de Zela, cuyas tropas aún se conservan intactas.

Los restos del ejército de Santa Cruz llegan hasta Coracora, 30 leguas al norte de Arequipa. Otero y Pardo de Zela no han abandonado aún la esperanza de reanudar la campaña, bajo el mando de aquél.

En Coracora enfrentan al primer desencanto, al saber que Santa Cruz, fugitivo e inerme, se ha embarcado en Islay, rumbo a Guayaquil. Para colmo de infortunios, unos días después se ven cercados por las tropas peruanas que comanda el general Deústua.

Aislados en territorio extranjero, Otero y Pardo de Zela comprenden que la resistencia sería estéril y aun la victoria, de alcanzarla, igualmente infructuosa. Se reúnen en un Consejo y después de corta deliberación suscriben un acta, con las siguientes declaraciones:

“Habiendo caducado la autoridad del general Andrés Santa Cruz, como consecuencia de su fuga al exterior, el ejército del Norte queda sin jefe a quien obedecer; habiendo asumido la Presidencia provisional del Perú el general Agustín

Gamarra, la división boliviana se pone a órdenes de éste, debiendo nombrarse dos jefes de ejército para que en calidad de comisionados especiales marchen cerca de su persona a manifestarle los votos de su ejército, a la vez que a recabar las garantías que fuesen compatibles con los compromisos que cada uno de esos individuos tienen, y en particular sobre el modo y forma que deben marchar los jefes, oficiales y tropa que pertenecen a la República de Bolivia, a la patria de que dependen. Entretanto, el Ejército se mantendrá en el territorio que actualmente ocupa o en los pueblos que se le designe y que más facilidades ofrezca para su subsistencia.

El 13 de marzo de 1839, capitulan ante los oficiales Nanetti y Haza, delegados de Deustua.

Conviene en que las tropas bolivianas, con sus armas y un cartucho por plaza, marchen por la ruta que se les designe, bajo las órdenes de sus respectivos jefes, a ponerse a disposición del Gobierno de Bolivia, debiendo los que quisieran quedar en territorio peruano, someterse a las leyes de esta República y a las órdenes del mencionado jefe Deustua.

Anoticiado del acuerdo, Agustín Gamarra lo desaprueba y ordena que las fuerzas bolivianas sean desarmadas y hechas prisioneras:

—No tienen derecho los militares comprendidos en las actas de Coracora — dice— sino a esperar la generosidad que el gobierno quiera dispensarles, como en tanto no dé la República de Bolivia, las satisfacciones que debe a la del Perú y se ajuste un Tratado de paz con su gobierno. No es posible que se permita el libre regreso a su país a los bolivianos existentes en territorio nacional. Como prisioneros de guerra no consiento que marchen sobre el Desaguadero, los jefes, oficiales y tropa de aquella República, rendidos en Coracora.

Está visto. Gamarra no es Santa Cruz; ni Coracora, Paucarpata.

Sólo unos cuantos jefes y soldados logran escapar. La mayoría cae prisionera y es destinada a hacer la limpieza de las calles de Arequipa, zurrón a la espalda y escoba en mano.

La adversidad atenaza a los amigos del ex-Protector. Después de ultimar a los heridos en Yungay, los soldados de Bulnes marchan sobre Tarma y Jauja. Cometan un crimen más, al asesinar, mientras duerme, al prisionero boliviano general Armaza. El oficial chileno Torrico confisca los bienes del general Otero y concluye con los últimos hombres del ejército de Santa Cruz.

Contento está Gamarra. Ha logrado, tras muchos años de lucha, vencer en definitiva a ese ex-camarada del seminario de San Antonio Abad. Ya nada tiene que temer y no usará clemencia con él.

Por de pronto, Gamarra adjudica a Santa Cruz, el calificativo oficial de "Enemigo Capital del Perú" y le borra de la lista militar, junto con los demás jefes que le ayudaran. Muchos de ellos han ganado lauros y galones en las guerras de la Independencia y el Perú les debe grandes sacrificios. Se olvidan todos estos méritos, pues nada detiene a Gamarra en su empeño de destruir y pulverizar la obra y el recuerdo de su rival. Dirige una proclama a los vencedores de Yungay:

—“La Confederación Perú-boliviana no existe sino como el recuerdo de sus ridículas aspiraciones y de oprobio. El Perú recobró ayer su libertad por el impulso de vuestros brazos y os bendice como autores de su honra y dicha. ¡Qué gloria para vosotros!”

Pero no es únicamente en el Perú donde se denigra a Santa Cruz. En Bolivia, su Patria, la campaña de vilipendio cobra mayor intensidad.

A la revolución del general Velasco, sigue el estallido de rencores y saña insospechados. Nadie recuerda haber sido amigo del ex-Protector y quienes más vigilante celo demuestran en patentizar su repudio son precisamente aquellos que le deben mayores favores y beneficios.

El 16 de julio de 1839, se instala en Chuquisaca el Congreso Nacional, y su presidente, José María Serrano, antes Incondicional colaborador de Santa Cruz y co-responsable en su política, inaugura las deliberaciones con estas palabras:

Gracias al cielo, bolivianos, gracias a vuestro inextinguible patriotismo; gracias a los heroicos hijos de Caupolicán y Lautaro, ha desaparecido de entre nosotros ese abominable monstruo, que insensible a los encantos de la virtud, era como el hierro de la ambición y la codicia, perpetuamente arrastrado por el magnetismo fatal del poder y las riquezas...”

Animado por el ejemplo, el Congreso sanciona una ley:

“Por haber influido (el Mariscal Santa Cruz) directamente con medidas de coacción y violencia en las elecciones populares.

“Por haber destruido de hecho la independencia y soberanía de Bolivia, estableciendo un régimen de gobierno contrario a la Constitución de la República.

“Por haber dilapidado fondos públicos, suprimido rentas nacionales y pasándolas al extranjero, so pretexto de una aduana común.

“Decreta:

“Art. it— Se declara a don Andrés Santa Cruz. Presidente que fue de Bolivia, insigne traidor a la Patria, indigno del nombre boliviano, borrado de las listas civil y militar de la República y puesto fuera de la ley desde el momento en que pise su territorio. ...”

Casimiro Olañeta, el Talleyrand criollo de la Confederación, habla del “alcázar de Yungay y del Pan de Azúcar, donde se destrozó la más ignominiosa tiranía”. Será en adelante el más enconado enemigo del Protector, después de haber sido un colaborador en altas situaciones de confianza, durante toda su administración.

El Presidente Velasco ordena el 26 de marzo, el embargo y secuestro de los bienes de Santa Cruz: Estando acusado el general Santa Cruz por todos los departamentos de la República —dice— de los crímenes que conforme a la Constitución de 20 de octubre de 1834, exigen su juzgamiento conforme a las leyes;

habiéndose sustraído de este juzgamiento por su evasión y fuga a bordo de un buque de la marina de S.M.B. y debiendo el Gobierno impedir la ocultación y extracción de los cuantiosos bienes propios y de los nacionales de que dicho Santa Cruz es poseedor y detentador, los cuales deben sufrir las responsabilidades que los tribunales correspondientes declaren en juicio respectivo, se procede al embargo y secuestro de todos los bienes muebles e inmuebles que se encuentren en posesión del ex-Presidente Santa Cruz y especialmente la medalla del Libertador”.

Y en efecto, Santa Cruz es despojado de todos sus bienes, aun de aquellos que heredara de sus padres.

En la plaza de una de las principales ciudades de Bolivia, el nuevo gobierno prepara un festejo militar en honor del Ministro de Chile. Se simula la batalla de Yungay y quienes representan a los soldados bolivianos, huyen “cubiertos de harapos y de ignominia” mientras se iza, triunfante la enseña de la estrella solitaria.

Un periódico del gobierno, reproduce en todos sus números, el siguiente epigrama:

De Yungay en el campo glorioso El valiente chileno triunfó, y al rapaz y feroz boliviano, del Perú para siempre arrojó.

El encono político y la demencia colectiva contra Santa Cruz bordean lo monstruoso. Se llega inclusive a amenazar con el fusilamiento a la esposa de Santa Cruz, la abnegada María Francisca Cernadas.

Un periódico editado en La Paz, “El Duende”, en su edición del 25 de marzo, inserta este remitido:

“Los Códigos de Santa Cruz, no son códigos de la República Boliviana sino de aquel déspota que los hizo traducir del Código Napoleón, con sólo el objeto de eternizar su nombre en ellos y por lo mismo merecen ser quemados...” En otro número, publica el siguiente soneto:

EPITAFIO

Para la tumba del Tirano de Bolivia

Aquí yacen los pérfidos pendones
Alzados por la horrenda tiranía,
Su segur, sus venenos y falsía
Y el luto que cubriera las Naciones.

Excecrables delitos a millones
Inauditas maldades a podía,
La ambición descarada, atroz, impía
Y un ladrón mayor aún que mil ladrones.

Santa Cruz yace, y con él... ¡oh gloria!
Los Nerones, los Silas... mil tiranos,
Que ennegrecen el lienzo de la historia

Con hechos espantables e inhumanos.
Huye pues caminante, estas cenizas
Que sin temer contagio, incauto pisas.

Con igual encono se persigue a los pocos amigos que han permanecido leales a Santa Cruz.

Velasco borra del ejército al Mariscal de Montenegro Otto Felipe Braun y al general Francisco Burdett O'Connor. "por ser agentes eficaces y activos de la ominosa Confederación».

Ambos jefes –alemán el primero e irlandés el segundo– han permanecido fieles a Santa Cruz, mientras sus compatriotas reniegan su nombre.

Es curioso observar que al caído ex-Protector, sólo le acompañan dos clases de amigos: sus generales extranjeros y los callados y fieles soldados indios. -

Extranjeros son Braun, O'Connor, Miller, Morán, Herrera.

Indígenas de pura cepa son esos soldaditos cuyo sacrificio anónimo le cubriera de gloria en las batallas.

Ni unos ni otros solicitaron jamás recompensa alguna. Y especialmente los indígenas –que veían en Santa Cruz el adalid de su raza– le acompañaron siempre con su adhesión devota, invulnerable, inextinguible. Son los Mamani, los Quispe, los Choquehuanca, los Condori, sobre cuyos esfuerzos e inmolaciones oscuras se asentó su gloria y cuya sangre generosa hizo posibles sus victorias.

En este sombrío panorama de deslealtades, se destaca también a contraluz, la fidelidad de sus viejos generales extranjeros Braun y Burdett O'Connor.

El primero ha nacido en Hessen (Alemania) el 13 de diciembre de 1798. Su espíritu aventurero le trae a América donde se pone al servicio de la causa de la Independencia, en Colombia, a órdenes de Simón Bolívar. En la batalla de Junín es sargento mayor; en la de Ayacucho ostenta los galones de teniente coronel. Jefe del Regimiento “Granaderos de Junín” permanece en Bolivia y cuando la invasión de Gamarra, en el año 28, ofrece sus servicios al ejército boliviano. A la cabeza de un cuerpo de caballería sorprende a los peruanos en Canguasi y les causa considerables daños.

Santa Cruz advierte pronto sus aptitudes y le designa Prefecto de La Paz, en tres oportunidades. Luego, en la campaña del Perú, tiene actuación descollante en la batalla de Yanacocha; en Socabaya su comportamiento es tan valeroso, que obtiene una de las tres espadas de honor ofrecidas por Santa Cruz a los jefes que más se distinguieran en el combate. Las otras dos son conseguidas por el general Francisco Anglada, el bizarro uruguayo que muere en 1836, y por José Ballivián, después Presidente de Bolivia.

Santa Cruz le encomienda la conducción de la guerra contra los argentinos, con los resultados conocidos. Allí obtiene el título de Mariscal de Montenegro.

Es meritoria su foja de servicios a Bolivia; empero, el odio político le alcanza también a él, y de una plumada se le echa de ese ejército que tantas glorias le debe.

Amargado por tan grande ingratitud, Braun abandona el país y permanece por algunos años en el extranjero; sin embargo, pese a las injusticias con él cometida, el hechizo de esta tierra hosca y amarga se ha aprehendido para siempre en él y vuelve en 1848. Muere veinte años más tarde.

No menos interesante es la figura del irlandés Francisco Burdett O'Connor, nacido el 1º de junio de 1791, en la ciudad de Cork.

En 1818 abandona su patria y como Braun, viene a Colombia, donde también sirve a órdenes de Bolívar. Concorre a la mayoría de las batallas de la independencia americana y después de Ayacucho, adopta la nacionalidad boliviana, uniéndose en matrimonio con una dama tarijeña, doña Francisca Ruilova.

Acompaña a Sucre en su viaje al Alto Perú y es allí donde Santa Cruz le conoce. Fiel siempre a su hábito de rodearse de colaboradores eficaces, le toma a su servicio, incorporándole al ejército. Asiste a las campañas de la Confederación y su experiencia de viejo guerrero decide más de un combate. Bajo las órdenes de Braun concurre a La campaña argentina; su conocimiento de la región y sus vastas vinculaciones con los pobladores resultan de máxima utilidad para las fuerzas bolivianas.

A la caída de Santa Cruz corre la misma suerte que Braun, y es despojado de los títulos logrados en tantos años de esfuerzos y sacrificio. Acepta las cosas filosóficamente y retorna a sus actividades campestres en Tania. Muere el 5 de octubre de 1871, a la edad de ochenta años.

Hay, finalmente, otro jefe que ha sido leal con el vencido: el valeroso Trinidad Morán, venezolano de nacimiento y uno de los varones cuyo perfil prócer se

destaca con mayor nitidez entre todos los del drama crucino. Es la encarnación del coraje y de la lealtad, y aun después de vencido el Protector, resiste en el Callao durante dos meses. Al cabo de ellos, comprendiendo que la lucha es inútil, capitula con honor.

Es el último general de Santa Cruz que mantiene enhiesta la bandera de la Confederación. Distinción privilegiada que el destino le depara, acaso como providencial recompensa a sus méritos de militar insobornable, intrépido y fiel. Rodeado de desleales, cumple con Santa Cruz hasta el final, y sólo abate sus pendones orgullosos, cuando sabe que éste ya no le precisa más.

Algunos años más tarde –nuevo Ney sin flaquezas– morirá fusilado contra un tapial...

Así, con la dispersión y la infidencia, se derrumba la obra de Santa Cruz. Le han vencido, más que los enemigos extranjeros, la deslealtad y ceguera de sus propios compatriotas. Sus más próximos colaboradores de ayer se tornan ahora en acérrimos adversarios.

El mismo se encarga de enrostrarles su infidencia:

–“Nadie- ignora –dice– que el general Velasco pasó el Desaguadero como mi Jefe de Estado Mayor General, que suscribió con tal carácter los tres primeros boletines del Ejército y el parte de la batalla de Yanacocha, por la cual obtuvo el título de Gran Mariscal; que su actual Ministro, don Miguel María de Aguirre, fue el Intendente del Ejército y uno de los Ministros que suscribieron el Pacto de Tacna con el señor Buitrago y el Arzobispo de Chuquisaca; que el señor Serrano (aquel que al inaugurar el Congreso de 1839 hablara del heroísmo de los hijos de Caupolicán y Lautaro) congratulándose por la derrota del “abominable monstruo» que es Santa Cruz) cantó la victoria de Yanacocha... – “Jamás imaginé que Velasco y Ballivián, Olañeta y Aguirre, Linares y Molina, Urcullo y Buitrago y otros tantos a quienes yo beneficié fuesen los principales instigadores de los actos de barbarie

que se han cometido conmigo, con mi inocente familia y con una multitud de ciudadanos dignos de respeto”.

Hay quien murmura que el origen del odio de Velasco hacia Santa Cruz estriba en que éste le olvidó al distribuir las condecoraciones de la “Legión de Honor”...

El nuevo gobierno boliviano se dá a sí mismo el nombre de “Restauración” pretendiendo quizá imitar al régimen establecido en Francia a la caída de Napoleón.

Mediante su Plenipotenciario en Santiago, Manuel Molina, firma con Chile un Tratado de Amistad, Alianza y Comercio, por el que ambas Repúblicas “ratifican solemnemente la sincera y cordial amistad que habían cultivado entre sí desde que comenzaron a existir y que interrumpida por la política perturbadora de D. Andrés Santa Cruz, ha revivido espontáneamente a consecuencia de haber sido depuesto D. Andrés Santa Cruz de la Presidencia de- Bolivia y disuelta la pretendida Confederación Perú-boliviana”.

Por el mismo Tratado, las dos Naciones se comprometen a interponer sus oficios ante los gobiernos de las Repúblicas vecinas, para que éstos no permitan la residencia de Santa Cruz en su territorio. Asimismo Chile se obliga a auxiliar a Bolivia contra toda agresión o tentativa que dirija a restaurar la autoridad de Santa Cruz.

El 14 de agosto de 1839, el Ministro boliviano Eusebio Gutiérrez suscribe en el Cuzco otro pacto similar con el gobierno peruano. Por él Bolivia se obliga a dar satisfacciones al Perú “por las ofensas que le había inferido durante todo el tiempo de la intervención crucista, desde el año 1835”. También se compromete a otorgar al Perú una indemnización justa, prudente y posible por los graves perjuicios que causó la Confederación.

Mientras aquellos acontecimientos se suceden ¿qué es de Santa Cruz?

Con muerte en el alma, el abatido ex-Protector desembarca en Guayaquil y fija allí su residencia precaria. Agradece al capitán y a la marinería de la “Samarang” la

protección que éstos le han prestado y recuerda que es la segunda vez que debe la vida a marinos ingleses. La primera fue muchos años atrás, cuando, soldado realista, fugaba de su prisión de Las Bruscas, en la Argentina. En aquella oportunidad le recogió la tripulación de un barco pirata inglés y Santa Cruz debió su salvamento a la circunstancia pueril de conocer una palabra de aquel idioma: handkerchief.

El hombre que ha sido amo absoluto de Bolivia y del Perú, comienza a paladear los sufrimientos del ostracismo. Sus enemigos le han privado de todo recurso y se ve obligado a vivir en las más modestas condiciones.

Por fortuna, no es un desconocido en el Ecuador. La noble nación no olvida que Santa Cruz es uno de los guerreros a quienes debe su independencia y le acoge con respetuoso afecto.

Santa Cruz sabe agradecerlo: —“Afortunadamente para el honor del nombre americano —escribe— existe un pueblo que respeta el infortunio, venera los principios y sabe agradecer los servicios prestados a la causa de la Independencia. Siendo yo un general de Colombia, desde la batalla de Pichincha, a la que tuve la fortuna de concurrir dirigiendo a las huestes peruanas, ¿cómo han podido imaginar y menos esperar los Restauradores, que mi suerte fuese del todo indiferente a los Ecuatorianos”.

Su situación económica es miserable. En Bolivia se le acusa de malversador y defraudador; sin embargo, carece de lo indispensable para vivir en el destierro.

Aun en ello, encuentran sus adversarios motivo de censura: “Santa Cruz vive o manifiesta vivir con la más grande miseria —comenta editorialmente un diario boliviano adicto al gobierno— para acreditar que nada tiene, que su manejo ha sido muy puro y que sus enemigos le calumnian... Sale él mismo al mercado a comprar las viandas que necesita, regatea sus precios y por último compra lo más barato, que sin duda alguna es lo peor. Su vestido es muy pobre; su mesa, miserabilísima y no bebe en ella más que agua... Un día fue a casa del Cónsul

francés a rogar le que le comprase vino a bordo y que lo introdujese a su nombre para no pagar derechos. El cónsul le mandó unos cajones de Burdeos y una canasta de champaña. ¡Cosa asombrosa! A pocos días después se estuvo vendiendo el vino, y para satisfacer al Cónsul le dijo que sus necesidades eran tales, que había preferido comer carne a beber vino. . . Esta es la condición a que se halla reducido el que quería ser más que Bonaparte. En la prosperidad fue el más orgulloso de los mortales y en la desgracia el más miserable de los hombres. .

Pero su alma es grande y sabe sobreponerse a estas miserias.

Con el pensamiento posado en el futuro juicio histórico que merecerá su obra, consagra parte de su tiempo a la redacción de un Manifiesto explicativo de su conducta pública y de los móviles de su política en la Presidencia de Bolivia y en el Protectorado de la Confederación Perú-boliviana.

Lo da a publicidad el 26 de enero de 1840. Es un documento extraordinario, medular y sereno –hasta el grado en que serenidad puede exigirse a un hombre perseguido y desterrado– y particularmente precioso para el conocimiento exacto de algunos acontecimientos y personajes de la época.

En el Manifiesto, Santa Cruz subraya el relato de las penosas condiciones en que hallara a Bolivia, cuando asumió la Presidencia de la República, en 1829. Su obra de administración interna y los progresos alcanzados por el país. Las causas mediatas e inmediatas de su intervención en la política peruana. Las razones de seguridad y defensa que la justifican. Sus victorias militares contra Gamarra, Salaverry y Rosas. La agresión chilena, que él tratara de evitar por todos los medios y con todos los sacrificios. Las verdaderas determinantes de su calda: la anarquía y desunión de bolivianos y peruanos, antes que la acción del enemigo externo. Las persecuciones a que se somete a sus amigos y a él mismo. Concluye formulando votos por la felicidad de Bolivia y la concordia entre los bolivianos.

Primero desde su retiro de Guayaquil, y luego desde Quito, lamenta sincera y hondamente la suerte de su Patria. Inmenso es su dolor al conocer la inconsciencia suicida con que se destroza y mutila la obra a la que él consagrara su existencia.

Todo ha sido inútil y Bolivia, la patria lejana, vuelve a ser presa de la anarquía, del desorden y de las ambiciones de caudillejos militares iletrados y atrabiliarios. La ingratitud de sus compatriotas no amengua su preocupación por los problemas de su país. El 14 de junio de 1841, venciendo su resentimiento contra el General Velasco, le envía carta, quizá la más bella que escribiera jamás:

“A primera vista —le dice— tal vez parezca a Ud. extraña la comunicación de un hombre a quien la revolución ha puesto, hace dos años, fuera de la política de su patria; pero su lectura le hará conocer que no es importuno su objeto. Verá Ud. que sin interés alguno particular y con absoluta prescindencia de los sucesos y de su trascendencia con respecto a mi persona, no me propongo dirigir a Ud. sino la voz de la razón y del patriotismo. Un hombre que desde su retiro observa la marcha de Bolivia y de su gobierno; que, aunque lejano espectador de sus desgracias, ve los peligros que le rodean por la agitación interna y por las maquinaciones de sus enemigos externos; que prevé las más funestas consecuencias contra su felicidad e independencia; un boliviano que por 10 años tuvo la honra de presidir los destinos de su patria, cuya gloria y prosperidad son y serán siempre el sentimiento dominante de su corazón, es el que se propone exponer a Ud. sus ideas, sobreponiéndose a las ofensas personales, a los agravios, a las injusticias que ha sufrido, y que mira como muy secundarios...”

Expresa luego que a su juicio, la Restauración no ha satisfecho el anhelo del pueblo; pues el erario público está exhausto, los habitantes moralmente armados contra el Gobierno y fraguando revoluciones. Esta situación interna se halla agravada por la amenaza exterior, pues el “funesto” Gamarra acecha en las fronteras, presto a invadir el territorio boliviano.

Concluye aconsejando a Velasco tolerancia y olvido de pasados y supuestos agravios. “Considere a los bolivianos por lo que fueren en adelante –dice– no por lo que hubiesen sido antes del gran día de la reconciliación boliviana. Sólo miro a mi Patria, sólo miro a mis compatriotas, cuya ventura ha sido y será siempre el objeto constante de mis votos y esfuerzos”.

La carta no merece respuesta.

Pero la imagen de Bolivia y el recuerdo nostálgico de sus montañas se ha hincado muy hondo en su corazón y Andrés Santa Cruz, el proscrito, no puede resignarse al olvido.

Ha propuesto la concordia, sin ser oído; ha buscado la armonía, sin ser atendido. Ha extendido la mano generosa, para recibir sólo afrentas. Sus renunciamientos, sus palabras conciliadoras, devienen inútiles frente a la terca obstinación de sus adversarios que no le perdonan su gloria pasada.

En una existencia plena de vicisitudes ha saboreado todas las satisfacciones y amarguras del poder. Su ambición personal ha muerto en Yungay y ahora queda en él únicamente el deseo inextinguible de seguir sirviendo a su Patria, de salvarla de la catástrofe que ve avecinarse.

Es un hombre que va superando a su tiempo. Piensa y actúa en función de lo porvenir, en resguardo de los intereses del futuro de Bolivia, en previsión de los peligros que la asedian.

Quizá debió morir en Yungay, a la cabeza de sus soldados indios. El 29 de enero de 1839 concluyó en realidad su carrera política, y detrás del Pan de Azúcar escondióse para siempre esa estrella tan brillante como el Sol.

En adelante será una sombra atormentada –conmovera en sus quiméricos esfuerzos por recobrar la perdida grandeza– a la que aguardarán decepciones y sufrimientos, en un lento y definitivo ocaso de sus calidades vivientes.

Perdida su proporción prócer, los años comienzan a dejar sentir su huella demoledora en él. Y vendrá a confundirse lastimosamente entre esa gleba de

revolucionarios impenitentes en que es tan pródiga la historia boliviana, si bien — preciso es decirlo — siempre le distinguirá de ellos, el objetivo de sus propósitos.

No buscará el mando por el mando mismo, sino como un medio de obtener beneficios para su país para restablecer el orden y la disciplina; para consolidar la estabilidad de una nación tambaleante.

Con todo y pese a todo, quizá debió morir en Yungay...

Si no es posible el entendimiento amistoso, habrá que tentar otros medios. Andrés Santa Cruz realiza un recuento de sus posibilidades. Cavila sin prisa y aunque hay atisbos de desaliento frecuente, su deseo de reconquistar el poder no acaba de extinguirse por entero.

Ese general boliviano que pasea su tedio por las callejas de Quito, recatará siempre en el fondo de su alma, la constancia y el impulso que pueden revivir en cualquier momento al caudillo animoso y temible.

Reaniman su coraje las noticias que recibe de Bolivia. Presiente el dolor de la Patria, desgarrada y destrozada. Conoce a sus compatriotas y sabe que no existe uno solo de ellos capaz de restaurar el orden, el concepto de jerarquía y la austeridad que en su tiempo, hicieron de Bolivia la nación mejor organizada de la América Austral. Es cierto que ha abandonado ya sus planes sobre la Confederación y olvidando al Perú, endereza ahora sus preocupaciones hacia Bolivia, la tierra de su nacimiento.

Cree contar todavía con la adhesión y el afecto de algunos de sus viejos partidarios y de esos soldados que solían pelear por él con la sonrisa en los labios, sin temor a las fatigas y a la muerte.

Allí están sus “viejos peones”, Burdett O’Connor, Otto Felipe Braun, Blas Cerdeña... Podrá haberles desterrado el encono de un gobierno, pero él sabe que acudirán a su primer llamado. Allí están algunos conjurados de la Logia “Independencia Peruana”, aquellos que un día — que ahora parece tan remoto —

juraran a orillas del Titicaca, en un sitio donde reinaban la humildad y el silencio, trabajar por el Perú y Bolivia.

Allí está, finalmente, la gloria y el prestigio de sus triunfos militares, no amenguados por la última derrota.

¡Oh! Cómo añora el clarín de las batallas y el fuego de los nocturnos vivacs; las fatigas de esas marchas a través de los Andes helados o la intimidad acogedora de su lejano hogar paceño! ¡Cómo añora a sus montañas –gigantea blasonados por los siglos–; a la pampa hirsuta y zahañera; a ese maravilloso Lago Sagrado!...

La Patria... La Patria...La Patria.

Si grande su nostalgia y candente su deseo de retornar al país, no menores los anhelos de sus amigos –los pocos que aún permanecen fieles– por encumbrarle nuevamente en el poder.

Mantienen correspondencia con él, por medio de secretos emisarios que burlan la censura establecida por el gobierno de Velasco. Las conspiraciones nacen casi espontáneamente.

Desde Quito, el ex-Protector envía a Bolivia al general ecuatoriano José Antonio Pallares, con misión aparente de gestionar la restitución de sus bienes y efectiva de establecer contacto con los amigos conspiradores.

Pallares llega a Bolivia y organiza la sedición; pero una infidencia malogra sus planes y es obligado a abandonar el país. Sin intimidarse por ello, un fiel amigo, el doctor Fermín Eyzaguirre, reemplaza al ecuatoriano e intenta complicar en la revolución al Prefecto de La Paz, general Carlos Medinaceli, antiguo subordinado de Santa Cruz. Medinaceli rechaza las proposiciones y en 6 de febrero de 1841, encarcela a Eyzaguirre y a otros conjurados en la fortaleza de Oruro.

Cuatro meses más tarde, el 10, el 12 y el 15 de junio, estallan sucesivamente tres conatos revolucionarios en Cochabamba, Sucre y La Paz.

El 10 de junio, el Presidente Velasco ha concurrido a la Procesión de Corpus Christi, ostentando la medalla de brillantes que antes perteneciera a Santa Cruz. Al

volver al Palacio, ésta se desprende y cae al suelo, ante la sorprendida mirada de algunos centenares de personas.

–“Es mal augurio – dicen los sibilinos cochabambinos.

Esa misma noche, el general Sebastián Agreda y el coronel José M. Gandarillas, jefe del batallón 59 sacan a las topas rumbo al palacio, en franca revuelta, Velasco, que ignora lo que acontece en la ciudad, es sorprendido por uno de sus edecanes, el coronel Gregorio Gómez Gotilla, quien le intima rendición. El Presidente Opta por entregarse.

El resto es tarea fácil. Los conjurados someten a los cuerpos de caballería existentes en la plaza y después de algunas horas, la revolución está triunfante.

Se la ha realizado en nombre de Santa Cruz y Velasco es deportado a la Argentina. En las calles de la plácida ciudad cochabambina, resuenan unos estentóreos:

– ¡Viva Santa Cruz! – Al conocerse la caída de Velasco, las campanas de Sucre son echadas a vuelo. El general Agreda convoca a un comicio popular y en el salón del Congreso, se proclama la Presidencia de Santa Cruz. Dos Ministros de la Corte Suprema, Dulón y Cabrera, cogen un retrato del ex-Protector y respetuosamente destocados, lo pasean en triunfo por las calles. Por esas mismas calles, dos años antes este retrato habla sido arrastrado y atado a la cola de un asno.

El movimiento crucista adopta el nombre de “Regeneración”, seguramente como contrapartida al de “Restauración” que distinguía a los secuaces de Velasco.

El 12 de junio, el general Agreda asume el poder, hasta que el ex-Protector se restituya al país.

En La Paz acontecen sucesos semejantes.

El pueblo se insurrecciona y reunido en Cabildo abierto, proclama el nombre de Santa Cruz. Llama también al ex-Vicepresidente Mariano Enrique Calvo, desterrado en Jujuy. Calvo emprende inmediato viaje de retorno al país y por una

coincidencia frecuente en las luchas políticas bolivianas, encuentra en su camino al Presidente Velasco, que le reemplaza en el destierro.

La revolución cunde en toda la República. El 3 de julio, el capitán Juan José Pérez, la proclama en la ciudad de Santa Cruz.

La noticia del triunfo de los partidarios de Santa Cruz y el temor a que éste sea nuevamente repuesto en la Presidencia de Bolivia, alarma al Perú. El Consejo de Estado dicta en 6 de julio de 1841 un Decreto por el que faculta a Agustín Gamarra para declarar la guerra.

Nuevamente la amenaza de invasión se cierne- sobre Bolivia.

Es vano que en 27 de agosto Calvo se dirija a Gamarra dando seguridades de que el nuevo régimen de Santa Cruz no alentará propósitos intervencionistas en ningún país extranjero. Gamarra no se encuentra dispuesto a escuchar explicación alguna y acelera sus preparativos guerreros.

Calvo, al comprobar el fracaso de sus intentos de aplacamiento de Gamarra, comprende que es preciso sacrificar a Santa Cruz en bien del país e invita al general José Ballivián a asumir la Presidencia de la República y el mando del ejército.

Por un milagro de patriotismo, el general Velasco, que en el sur ha organizado una fracción revolucionaria, decide reconocer la autoridad de Ballivián y se somete, declarando estar dispuesto a cualquier sacrificio.

El 2 de octubre de 1841, Gamarra a la cabeza de un ejército compuesto por 6.000 soldados, cruza la frontera boliviana y ocupa la ciudad de La Paz, el día 13 del mismo mes.

Se suceden algunas escaramuzas y finalmente, los ejércitos de Bolivia y del Perú, se enfrentan en los campos de Ingavi, el 18 de noviembre de 1841.

Desastre completo para Gamarra. Viendo vencidas a sus tropas, pronuncia estas palabras:

—“¡Aquí es preciso morir!”

Y muere en pleno campo de batalla, mezclando su sangre con la de 500 de sus hombres. 24 jefes, 150 oficiales y 3.200 soldados caen prisioneros en poder de Ballivián.

Con el triunfo de Ingavi, queda consolidada la independencia de Bolivia y desaparece para siempre la figura de Agustín Gamarra, besando la tierra que intentara hacer suya.

Así concluye su existencia, cuando el daño que ha causado a la obra de Santa Cruz es ya irreparable.

Sin él, sin su intransigente peruanismo, sin las ambiciones oscuras que le devoraron siempre, quizá la Confederación habrá llegado a vencer los demás obstáculos que se le presentaron.

Combatió a Santa Cruz con astucia y con saña; buscó destruirle por todos los medios. Su tenacidad implacable fue arma demoledora que vulneró la obra de Santa Cruz, hasta derrumbarla.

Y cuando por fin el buen éxito parecía sonreírle, halló la muerte en la misma tierra que hollaba y sus restos conceños y magros, se confundieron con los de bolivianos y peruanos, a los que tanto daño había causado.

¡Terrible destino el suyo!

Santa Cruz ha cumplido ya medio siglo de existencia. No ignora que el triunfo de Ingavi significa el fracaso de sus planes; pero hay en él un hervor de entusiasmo cuando le informan sobre los detalles de la espléndida victoria. Son hombres formados por él los que han detenido al invasor: José Ballivián, Manuel Isidoro Belzu... con sus soldaditos indios de Yanacocha, Montenegro y Yungay...

Va sobreviviendo a sus adversarios. Primero fue Salaverry; luego, Diego Portalés; ahora, Agustín Gamarra; pero también queda cada vez más solo.

El tiempo, enemigo implacable, destruye todo: hombres, ideales, ambiciones.

Así, entre vagas esperanzas y quiméricos proyectos, transcurre el año 42; su familia se le ha reunido. Está Francisca, la abnegada compañera y esposa, cuya suave presencia mitiga sus tristezas; están sus hijos; le rodean sus amigos.

Un día, retorna a su hogar con extraño brillo aprehendido en sus ojos. Muy pocos lo advierten y por lo demás, él procura recatar la emoción que le turba.

Del Perú y Bolivia ha recibido ciertos informes confidenciales que le dicen que ha sonado la hora de su retorno a la Patria. Las circunstancias parecen favorables, pues el Perú, se halla envuelto en sangrienta guerra civil. Castilla y San Román izan la bandera de la rebelión contra el gobierno de Lima y estas preocupaciones de política interna, han motivado que se olvide un poco al ex-Protector y desmayera la vigilancia, que se ejerce sobre él. Además, le han dicho que el general peruano Vivanco se halla de su lado y que le ayudará en sus intentos para recuperar el poder, ahora en manos del general José Ballivián, el vencedor de Ingavi.

Santa Cruz comprende que ha llegado la oportunidad de obrar con rapidez. La conspiración en su favor se extiende por toda Bolivia y el ejército se halla comprometido. En La Paz, el oficial Carrasco; en Oruro, Juan José Pérez; en Cochabamba, el general Sebastián Agreda; el coronel José María Aguilar, en Sucre, y J. Goitia en Potosí.

Pero, por segunda vez, la delación de un sargento echa sus planes por tierra. Por salvar la vida, Aguilar revela los nombres de sus camaradas. Seis procesos militares sumarios y cumpliendo el fallo de los jueces, el 14 de febrero de 1843, son fusilados los oficiales Felipe Aramayo y Pedro Cardozo; el 16, Tomás Herrera, José María Blanco y Juan de Dios Cossío; el 3 de marzo, el teniente coronel Fructuoso de la Peña Santa Cruz, sobrino del ex-Protector e Isidro Gámez.

La conspiración concluye así, trágicamente.

Es demasiado para Santa Cruz. Exasperado por la suerte que ha cabido a sus amigos, decide arriesgarse él también. El 23 de septiembre de 1843, se embarca con sigilo en el bergantín peruano "El Paquete". El 15, desembarca furtivamente en la

caleta peruana de Camarones. Allí le espera un arriero y acompañado por éste, toma el camino de Tacora, burlando la vigilancia de las autoridades.

La noticia de su arribo a tierra peruana –divulgada por otra infidencia– provoca extraordinaria alarma entre los gobiernos de Bolivia, Chile y el Perú. Ballivián solicita facultades extraordinarias al Congreso y decreta la interdicción epistolar y personal entre Bolivia y el Perú. La Junta de Gobierno de Lima pone en vigencia una ley que declara benemérito de la Patria al individuo que entregue vivo o muerto a Santa Cruz y moviliza destacamentos armados, para capturarlo. Chile pone en actividad algunos barcos de su escuadra.

Sin arredrarse por estos aprestos, Santa Cruz continúa marchando, por extraviadas sendas, rumbo a Bolivia. Viaja en las noches y, durante los días, permanece oculto en cualquier sitio, desorientando así a quienes le persiguen.

Es un intento fútil, porque en la noche del 2 de noviembre de 1843, una partida armada comandada por el coronel peruano Pedro Cisneros le captura por sorpresa, en la hacienda Chaupiquiña, cerca del río Lauca.

Con grandes precauciones se le conduce a la hacienda Santa Catalina, en Tacna. Está perdido.

El Gobierno chileno, mediante su Cónsul en Tacna, reclama que se le entregue el cautivo “a fin de conservarlo en mejor seguridad, allí donde no tenía partidarios ni familia”.

El Perú y Bolivia acceden a la petición chilena y suscriben un convenio tripartito por el que Santa Cruz es entregado en calidad de rehén del gobierno de Santiago. La suprema gratitud de aquellos dos pueblos.

Cóndor de alas quebradas, Andrés Santa Cruz es conducido a bordo de la fragata “Chile”, que parte de inmediato rumbo a la tierra enemiga.

Su propia patria le ha vendido.

LOS GIGANTES. LA PAMPA Y EL LAGO...

—“Tenía el aire de un simple indio de las cordilleras bolivianas, de las tribus que hablan el quechua o aimara. De una talla tan pequeña como Thiers, flaco, seco, de un color cobrizo, frente estrecha y cabellos gruesos. Sus ojos eran negros de ébano, brillantes, pero con una expresión de desconfianza; sus mejillas, anchas y salientes y sus labios espesos; la cara parecía siempre afeitada. Su juicio era recto, con cierta penetración y espíritu práctico, pero con poca ciencia. No cesaba de soñar con la revolución y con la conquista de su trono. Mantenía comunicaciones secretas con sus partidarios de La Paz y de Potosí y más de una vez consiguió burlar a su Hudson Lowe».

Así le describe Domeiko, que le conoció en esta época.

“Tenía el aire de un simple indio de las cordilleras..

Es su Santa Elena.

Le habían traicionado sus amigos y ahora acaba de venderle la Patria, su Patria, la tierra que tanta gloria le debe.

Le ha entregado maniatado, a sus enemigos. Y es el Presidente chileno Manuel Bulnes —aquel vencedor de Yungay— quien ordena su destierro a Chillán, bajo rigurosa vigilancia. Es designado guardián del prisionero el coronel Benjamin Viel, antiguo oficial de Napoleón Bonaparte.

Es fútil que Santa Cruz redacte una “Protesta”, vibrante, con la que pretende encubrir la humillación que sufre.

“Yo no reconozco —dice— en el Gobierno de Chile derecho alguno para perseguirme y menos para hacerme prisionero, sean cuales fueren los pretextos que se inventen.

Sólo le responden la carcajada sardónica de los chilenos y la mueca de desdén y de olvido de sus compatriotas.

Deshechos sus sueños de grandeza, deberá languidecer en este severo destierro de Chillan. No se le permite ninguna correspondencia con su Patria y él —que siempre ha sido hombre parco en palabras— se torna aún más taciturno y sombrío. Es un espectro que medita.

Pero el hombre no se resigna jamás a la pérdida de su libertad. Y menos, este Cóndor Indio de quebradas alas.

Despaciosamente traza planes de fuga a la Argentina. Recurre al auxilio de sus viejos amigos los frailes y compromete a unos misioneros del Colegio de Chillan para que le ayuden en su escape. Soborna a los indígenas de la región para servirse también de ellos.

Mas todo es inútil. La vigilancia que sobre él se ejerce es cada vez más estrecha y todos sus proyectos son desbaratados uno a uno.

Está condenado a morir en Chillán, por más que se refugie con ahincada constancia en sus ilusorios propósitos de fuga.

Cuando se convence de la inutilidad de sus esfuerzos, procura obtener su liberación por medios directos. Dirige alguna comunicación al Presidente Bulnes, a sus amigos de Bolivia, a sus amigos del Perú. Es un solitario que se debate desesperadamente, sin resignarse al olvido.

Se asfixia en Chillán; pero su angustia no encuentra ecos y sólo el Mar Pacífico quiebra sus aguas entre las peñas que Oprimen al cautivo.

Tiene momentos de profundo desaliento. ¿Se le dejará morir abandonado en estas breñas hostiles?

Renueva gestiones y su esposa dirige una carta al Rey de Francia Luis Felipe y otra a su Ministro Guizot, solicitando la intervención del gobierno francés. El Monarca accede a interponer sus buenos oficios para que el gobierno de Santiago

mejore la calidad de trato que da a Santa Cruz en Chillán. Rosales; ministro chileno en París, responde que Santa Cruz está “muy bien tratado”.

Simultáneamente, el gobierno de la Reina Victoria de Inglaterra, instruye al ministro británico residente en Lima, Mr. Pitt Adams, para que interceda en favor del prisionero.

En 4 de julio de 1845, Mr. Adams dirige al Canciller peruano una nota concebida en estos términos:

–“He recibido instrucciones de S.M. por las que consta que la Reina compadece sinceramente los infortunios que han caído sobre el Mariscal Santa Cruz y SM. intercede por él”.

A su vez, el Ministro inglés en Santiago, Mr. John Walpole, en nota dirigida el 24 de agosto de 1845 al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, le dice:

“Con referencia a una conversación habida entre el infrascrito y el Ministro de Relaciones Exteriores, tocante al futuro destino del general Santa Cruz, el infrascrito tiene el honor de anunciar el recibo de otra comunicación por parte de su gobierno, en que es requerido a emplear su mediación con el gobierno chileno, para inducirlo a suavizar el riguroso tratamiento y poner término a las molestias que sufre en su salud el general Santa Cruz.

“El infrascrito, en consecuencia, tiene el honor de suplicar a S.E. don Manuel Montt que induzca a su gobierno a adoptar la sabia y humana conducta de poner en libertad al general Santa Cruz. Y si esto es incompatible con los intereses y tranquilidad de los Estados de Sur América dé al menos las órdenes para que no se use con él ninguna restricción innecesaria y para que su confinamiento sea lo menos perjudicial a su salud y comodidad”.

El gobierno del Ecuador va aún más lejos, cuando mediante su Ministro en Santiago, dirige a su vez una nota, que contiene estas expresiones: -

“Juzga mi gobierno, como debe suponer, que tal resistencia no puede tener por objeto privar al general Santa Cruz de su libertad, pues ni las teorías conservadas

del orden social, ni las leyes de la guerra, ni el juicio de la posteridad sobre los hechos que se registran en los fastos de la historia, podrán jamás consagrar el principio de que un gobierno negocie con otro la entrega y esclavitud de un hombre, que si en un tiempo fue un poder hostil, no es en el día sino una individualidad que vive de lo pasado. El derecho de la guerra termina con la victoria.

De Bolivia, su patria, no llega jamás una sola palabra en favor suyo.

La presión extranjera – cada vez más intensa y enérgica – obliga finalmente al gobierno chileno a reconsiderar su actitud respecto a Santa Cruz.

Con renuencias indisimuladas invita finalmente al Perú y a Bolivia a tratar el asunto, fijando Santiago como sede de las conversaciones. El Presidente peruano Ramón Castilla designa como su representante a Benito Lazo, antiguo amigo del cautivo, José Ballivián, Presidente de Bolivia, nombra a Joaquín Aguirre. Chile, a su Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Montt. Es el mes de agosto de 1845.

El 7 de octubre los tres plenipotenciarios arriban a un acuerdo y se firma el Tratado Tripartito de Santiago, por el que se resuelve la suerte de Santa Cruz: deberá abandonar América y trasladarse a Europa, garantizando con sus bienes – los escasos que aún le quedan – el compromiso de no volver a pisar tierra americana. El Gobierno de Bolivia queda encargado de proporcionarle los recursos indispensables para su sustento, “mientras observe buena conducta”. Se le asignan seis mil pesos anuales.

El acuerdo es canjeado en Santiago, el 17 de diciembre de 1845.

¿Qué puede hacer?

Callar y resignarse. Acepta las condiciones que le son impuestas y compromete su palabra de cumplir lo que se le exige.

El 19 de abril de 1846, desde Valparaíso, dirige a sus compatriotas un mensaje de despedida:

“Compatriotas y amigos:

“Al separarme de la América por un acuerdo de tres gobiernos que consideran en riesgo su seguridad, debo manifestaros, por despedida, los sentimientos inalterables de mi corazón. Largo tiempo han estado a discreción de la calumnia, arma de mis perseguidores, así como mi persona y familia y todo cuanto poseíamos en la tierra, proscritos y confiscados, sufriendo el peso de una persecución sin ejemplo en nuestros anales, sin que me hubiera sido permitido, ni aun posible, el defenderme.

“Me he consolado, sin embargo, con la convicción de no haber dado mérito para un tratamiento tan ilegal, persuadido de que la mayoría de mis compatriotas y los hombres justos han estado muy distantes de prestar su fe a tan absurdas calumnias, y mucho más lejos de aprobar actos odiosos, excluidos de la práctica de los pueblos civilizados.

“No intento hacer ahora mi vindicación: larga debiera ser esta tarea que por otra parte considero innecesaria. No deseo pertenecer más a la carrera pública y para vivir tranquilo en la vida privada, me basta saber que los pueblos que no se engañan en sus juicios y los hombres imparciales me favorecen con sus recuerdos y con sus simpatías.

“Este es mi verdadero pecado. Por cruel que sea la penitencia la soporto con resignación, esperando mi defensa de la posteridad, que juzgará sin pasiones.

“Debo hacer entretanto una declaración que nadie podrá contradecir con fundamento, ni con apariencia de razón; yo no he intentado jamás menoscabar la soberanía de Bolivia, ni del Perú, ni turbar la paz de ninguna República vecina. Cuando escuchando la opinión dominante creí necesario amalgamar los intereses de aquellos dos pueblos por medio de una Confederación de Estados, pensé por el contrario elevarlos a su mayor prosperidad sofocando la anarquía y facilitando un arreglo conveniente a las cuestiones que más de una vez han alterado y serán causa de que se alteren de continuo sus buenas relaciones. Y en esto no hice otra cosa que seguir los consejos de los hombres influyentes, de prestigio más merecido en

ambas Repúblicas. Apelo al juicio de mis mismos enemigos, entre los cuales existen algunos de los más eficaces cooperadores de aquel proyecto.

“Declaro asimismo que desde que destruido por las defecciones y la fuerza, cayó bajo el peso de intereses y de preocupaciones contrarias, no he intentado, ni intentarla restablecerle aun cuando tuviera necesidad de hacerlo. La opinión pública ha sido siempre una de mis guías.

“Tampoco es cierto que yo haya tratado de turbar la paz de mi patria, cuya prosperidad no ha dejado de ser, ni en la adversidad ni en el cautiverio, el objeto privilegiado de mis fervientes votos. Aunque no haya debido conformarme con los procedimientos ilegales de mis perseguidores, de los cuales un deber natural me imponía la obligación de defenderme, me he complacido siempre de sus progresos, como he lamentado sus infortunios.

“Mas la prosperidad que he aspirado para mi patria, era sin perjuicio de la independencia y de los derechos de los pueblos vecinos, a cuya amistad hice sacrificios tan evidentes como costosos; porque además de la justicia sentía la necesidad que de ella tenía.

“Un hombre solo, sin ejércitos, ni escuadras, es incapaz de amenazar a ningún gobierno, a menos que tuviera todo el apoyo de la opinión. Poco me conoce el que me atribuya propensiones al desorden ni sentimientos de venganza, que nunca cupieron en mi pecho.

“He aceptado, no obstante y sin pesar, mi ostracismo, porque quise dejar de ser el blanco de pasiones innobles y el motivo de procedimientos ilegales. Deseo alejar los pretextos de que se repitan algunos actos que han tenido en conflicto el sistema constitucional y el derecho público. Hubiéralo ya adoptado espontáneamente hace mucho tiempo si una proscripción imprudente y una confiscación injustificable no me hubieran opuesto barreras insuperables.

“Hoy que debo al acuerdo diplomático precitado la revocación de esos actos antisociales y la libertad de mi persona, no vacilo en ausentarme, confiado en la

fidelidad con que espero se cumplan los prometimientos que se han contraído. Quiera Dios que así terminen los abusos mencionados y se borre, si es posible, de nuestra historia este funesto ejemplo de intervenciones llevadas hasta lo personal.

“Resignado a mi destino no dirijo quejas ni increpaciones contra nadie; pero debo publicar mi reconocimiento a los gobiernos de Europa y América que han tomado interés por mi libertad y mi suerte. Lo debo asimismo al mayor número de los extranjeros y también de los chilenos que me han dispensado favores durante mi cautiverio, sin participar del espíritu hostil de mis pocos enemigos.

“¡Bolivianos!: Yo viviré y moriré tranquilo en mi retiro siempre que pueda saber que sois dichosos a la sombra de instituciones y de garantías positivas.— Valparaíso, abril 19, 1846,— Andrés Santa Cruz.

El 20 de abril de 1846 se embarca a bordo de la fragata “Nouvelle Gabrielle», rumbo a Burdeos.

No volverá más a Bolivia. Se le ve inmóvil en la borda, acaso tratando de fijar en sus retinas ese contorno lejano y esfuminado de la tierra americana, Su espíritu, al que ningún convenio tripartito podrá aherrojar, vuela desde la fragata hasta esos eriales del desierto de Atacama, hasta las lejanas montañas de su Patria.

Se ha obscurecido para siempre esa estrella tan brillante como el Sol.

En Europa recibe la justicia que merece. La Corte francesa le acoge con honores extraordinarios.

Muy pronto sufre estrecheces de dinero, pues el Gobierno boliviano olvida con frecuencia remitirle la ayuda pecuniaria que le tiene asignada.

Soporta la situación y la soslaya con digna modestia sin perder en ningún instante la posición de privilegio que ocupa en la sociedad francesa y en los círculos americanos residentes en París.

Cierto día, llegan buenas noticias. Ha caído José Ballivián y el nuevo presidente de Bolivia es Manuel Isidoro Belzu. La batalla de Yamparaez ha encumbrado al nuevo caudillo.

Belzu ha sido subordinado y camarada de Santa Cruz, en muchas campañas. Aún recuerda el viejo Mariscal aquel episodio de Yungay en el que Belzu, encabezando al batallón 4º se cubriera de gloria al arrollar a los chilenos en un temerario ataque a la bayoneta.

Sin embargo, sus esperanzas son relativas, porque sabe, por amargas experiencias, que los mejores amigos de antaño suelen convertirse en enconados adversarios. Es, pues, posible que Belzu siga el camino trazado por Olañeta, Ballivián, Velasco y el propio José María Linares-

Por fortuna, hay gratitud en el alma del mestizo Belzu. En 1848, le encomienda la representación diplomática de Bolivia ante los gobiernos de Francia, Inglaterra, Bélgica y España, Santa Cruz acepta sin dilación.

Fija su residencia en París y ya más desahogado económicamente, rodea su misión de fastuosidad y decoro. El prestigio que alcanzara en América se desdobra en Europa. No precisa mucho sacrificio republicano para ostentar el título de Marqués de Santa Cruz, que le es conferido por una Corte europea y tampoco es raro verle visitar al Emperador Napoleón III ni al Rey Leopoldo 1 de Bélgica, que le distinguen con su amistad. En cierta oportunidad, el 30 de noviembre de 1852, el Emperador de los franceses y la Emperatriz honran con su presencia una recepción que ofrece en su residencia de la calle de Anjou-San Honorato, N° 40. Una vez más, confirma la impresión de que sus mejores amigos han sido siempre los extranjeros. Ellos le ayudaron cuando gobernaba, Ellos le hacen justicia, ahora que está caído y vencido.

Algún tiempo después es acreditado Embajador ante la Santa Sede y recibido en audiencia especial por el Sumo Pontífice Pío IX, suscribe un Concordato, que es el primero que firma el Papa con una nación americana.

En enero de 1855, Belzu —hastiado por el mando— convoca a elecciones para elegir a su sucesor. Antes, jubila al Mariscal Santa Cruz, pues su deseo es ocupar la situación que éste desempeña en Europa.

Alguien incita al viejo ex-Protector a presentar nuevamente su candidatura a la Presidencia de Bolivia. Vacila un tiempo, pero las adormecidas “saudades” que algún viento misterioso le trae desde la Patria, le inducen a abandonar Europa y dirigirse a la Argentina, previa la correspondiente autorización.

Desde Salta lanza su candidatura, acompañada de un extenso programa de gobierno que revela su profundo conocimiento de la realidad boliviana, en cuanto a sus problemas y necesidades.

Mas lo que él ignora es que el candidato “oficial” a la Presidencia es un yerno de Belzu, el inocuo general Jorge Córdova. Podría ya prever el resultado de las elecciones.

Estas se realizan un tiempo después y naturalmente, Jorge Córdova, militar mediocre e ignorado, derrota al Mariscal, cuyo prestigio abarca un continente.

Los años le han dado filosofía, y sin conceder mayor importancia al fiasco, se establece en Salta, quizá con propósito de reiniciar sus actividades revolucionarias; pero Córdova, que le teme, consigue que se le aleje de esa población.

Está escrito, Santa Cruz no volverá jamás a la tierra en que nació. Se traslada a la provincia de Entre Ríos. Muy pronto, un acontecimiento de familia le vincula con el Presidente de la Argentina, cuando su hijo mayor, Simón, contrae matrimonio con la primogénita del general Juan José de Urquiza, mandatario de aquella República.

Pero su espíritu está desencantado y los años han comenzado a dejar su huella en él. No es ya el hombre angustiado que no conocía el reposo. Lentamente, va perdiendo los bríos de otrora.

Un prosaico negocio de compraventa de tierras absorbe ahora su actividad, Es quizá una fuga del amargo presente que le circunda y del olvido político en que se le ha sumido. Porque en su Patria sólo se le recuerda para agraviarle. Ni una palabra de gratitud por su obra.

En este lento declinar de sus facultades, cree que debe retornar a Europa, y lo hace, en busca de salud. Se instala en Versalles, donde reside su familia.

Es en realidad un vencido. Definitiva, desoladoramente vencido. En Versalles su vida tiene todavía los últimos resplandores, precursores del fin. Es designado nuevamente Ministro de Bolivia en Inglaterra.

Pero Santa Cruz, el estadista, el conductor de hombres, el político ha muerto en Yungay. Ahora es sólo una sombra gloriosa, que vive y se sustenta del recuerdo.

Cuenta ya 72 años y suele vérselo vagando por los jardines de su residencia, con la nostalgia aprehendida en el semblante venerable. Ha encanecido totalmente y de la antigua apostura, airosa conserva únicamente una severa y serena dignidad, que los años acentúan más y más. Se produce en él un retorno místico hacia las prácticas religiosas. Siempre fue un creyente convencido y todos los domingos puede contemplársele, acompañado por su esposa y sus hijos, asistiendo al Santo Sacrificio.

De tarde en tarde unos fugaces resplandores. Cuando sabe que ha estallado el conflicto armado entre España y el Perú, escribe al Presidente peruano Pezet una carta conmovedora en la que él —¡anciano glorioso!— ofrece sus servicios en defensa de la tierra de los Incas.

Le atormentan todavía las noticias que recibe de su Patria. ¡Ah! Cuanto sufre al saber que esa nación que él soñara grande, es ahora presa de caudilejos sin relieve. Bolivia, su país, está sumida en la anarquía y en las revoluciones, inconsciente de los peligros externos que la acechan.

Y él, titán impotente, cóndor de quebradas alas, debe sofocar su angustia, al saber que cada vez se malogra más la obra que fue el objeto cardinal de su vida.

Es su tragedia. Asistir desde la distancia a la destrucción de su Patria. Presentir el futuro zarpazo de Chile.

Recuerda lo mucho que él hiciera por fortificar a Cobija y vincular el litoral boliviano con los centros vitales del interior. Ahora, los acontecimientos justifican

sus temores. Se ha descubierto guano y salitre en el desierto de Atacama y Chile comienza a asentar su influencia en esas regiones abandonadas.

El presente lo que vendrá.

Se siente fatigado. Su salud es cada vez más delicada y parece haber anuncios premonitorios del gran silencio final.

Se sumerge en profundas meditaciones, en estas noches tibias del invierno de su existencia. Recuerda.... recuerda...recuerda...

¿Qué será de aquellos bravos granaderos –esos sus soldaditos indios de curtidos rostros y temerario valor– a los que él condujera tantas veces a la victoria?..

¿Qué de los viejos generales?

Pasan como sombras las figuras aladas de Trinidad Morán> de Blas Cerdeña, del alemán Felipe Braun, del irlandés Burdett O'Connor, del inglés Miller. Así debió recordar Napoleón a Dessaix, a Lannes, a Ney.. Espectros alucinantes proyectados a contraluz en el recuerdo torturante y nostálgico.

Sus pensamientos vuelan más atrás. A esos remotos días de su infancia, junto a Juana Bacilia. A esos relatos de Incas muertos; de maravillosas ñustas; a esas historias de sangre y conquista, musitados a la sordina por su madre, a la vera del Lago Sagrado, sollozante y plácido.

¡El Gran Perú!.. El viejo ensueño.. ¡La Confederación.. Sus viejos amigos: los gigantes encanecidos por los siglos..la pampa inhóspita, de recatado encanto.. el Lago de sus antepasados...

Otoño de 1865...

El 12 de junio ha redactado su testamento. Un documento severo, lleno de melancólica dulzura. Palabras de agradecimiento a su esposa... consejos a sus hijos...perdón para sus enemigos...

Hay un extraño tremolar de banderas. Un fondo de clarines acompaña al desfile de las legiones imaginarias.

Yanacocha, Socabaya, Iruya, Montenegro,..Yungay... Son sus soldados en marcha hacia la Eternidad. ¡Banderas, timbales, clarines!

¡Cuánta pasada grandeza!

.....
.....

Un día, al subir las escaleras de su casa, se desploma de súbito. Cuando sus hijos acuden a asistirle, encuentran que los ojos de Andrés Santa Cruz y Calahumana, están ya velados por la muerte.

Es la una de la tarde del 25 de septiembre de 1865.

¡Tal su gloria y tal su infortunio!

BIBLIOGRAFÍA

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia.

Archivo particular del Sr. Andrés Santa Cruz (nieto)

Arguedas. Alcides, "La Fundación de la República".

Los Caudillos Letrados.— La Plebe en Acción— La dictadura y la Anarquía—

Los Caudillos Bárbaros.— Historia General de Bolivia.

Aranzaes. Nicanor, Diccionario Biográfico— Las revoluciones de Bolivia.

Basadre, Jorge. La Iniciación de la República.— Historia de la República— Perú: problema y posibilidad.

Blanco, Cleómedes, Biografía del Gral. Pedro Blanco.

Burdett, O'Connor. Memorias.

Ballivián, José, Exposición de motivos.

Bulnes. Gonzalo, Historia de la Campaña del Perú.

Bilbao, Manuel, Historia del General Salaverry

Crespo, Luis S., El Día Histórico. Historia de Bolivia.— Episodios Históricos de Bolivia— Esbozo biográfico de Santa Cruz.

Cevallos, Pedro, Historia del Ecuador.

Cortez, a. E. Diccionario Biográfico Americano

Camacho, Eliodoro, Arte Militar.

Diarios bolivianos de lo época.

Díaz, Julio A., Historia del Ejército de Bolivia— El ejército a través de un siglo— Fastos militares de Bolivia.

Dulanto, Jorge, cuatro biografías.

Encina, Francisco, Diego Portales.

Gutiérrez, J. Rosendo, Tratados Y Convenciones de Bolivia.

Iturricha, Agustín, La Administración Santa Cruz.

Ibarguren, Carlos. Juan Manuel de Rosas.

Larrazábal, Felipe, Vida de Bolívar.

López, Vicente E., Historia Argentina.
Mitre, Bartolomé, San Martín. — Historia de Belgrano
Mercado, Moreira M., Historia Internacional de Bolivia.
Olañeta, Casimiro, corona Fúnebre — Folletos escogidos — Discursos,
Orbegoso, Luis José, Memorias.
Paz Soldán, Mariano. Historia del Perú Independiente>
Paz, Luis, Historia del Alto Perú,
Prescott, William. The Conquest of Perú.
Santa Cruz, Oscar. El Gran Mariscal Santa Cruz — El Gran Perú
Santa Cruz, Andrés (nieta), Documentos inéditos.
Sánchez, Luis A., Portales pintado por sí mismo.
Sotomayor V. Ramón, Santa Cruz— Artículos diversos— Estudio Histórico de
Bolivia.
Sánchez, de Velasco. Memorias
Rojas, Castro. Historia Económica de Bolivia.
Vergara, Miguel Angel, Jujuy bajo el signo federal.
Vivero, Domingo. Gobernadores y Virreyes del Perú.— Gobernadores del Perú
independiente.
Vicuña, Mackena B., Diego Portales.

El autor desea hacer público su agradecimiento al Señor Andrés Santa Cruz (nieta)
por la colaboración documental facilitada para esta obra.

ÍNDICE GENERAL

- I. El señor Maestro de Campo
- II. El realista
- III. El patriota
- IV. Intermezzo
- V. Aristides
- VI. “Ya diviso mi estrella tan brillante como el Sol”
- VII. Mientras el lago musita su canción eterna
- VIII. En nombre de la Santísima Trinidad
- IX. La guerra a muerte
- X. Felipe Santiago Salaverry
- XI. Viejo ensueño
- XII. ¿Por qué, Dios mío, por qué?
- XIII. Diego Portales
- XIV. Paucarpata
- XV. Tres batallas; tres victorias
- XVI. El amigo de San Antonio Abad
- XVII. “Mañana, Morán, mañana
- XVIII. Yungay
- XIX. El cóndor tiene las alas quebradas
- XX. Los gigantes, la pampa y el lago

Bibliografía